

Paraucaaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 33- 1986



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros

y colaboradores:

Héctor Abarzúa, Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegria, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúñez, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Alfonso Calderón, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giraoni, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Omar Lara, Miguel Lawner, Carlos H. León, Miguel Littin, Juan López Carmona, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Maldavsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio

sumario

A los lectores	5
De los lectores	8

nuestro tiempo

Fernando Murillo Viaña: <i>Estados Unidos y el problema militar en América Latina</i>	13
---	----

exámenes

Augusto Varas: <i>Régimen militar en Chile (1973-1985)</i>	27
Patricio Palma: <i>El Ejemplo del general Prats</i>	43
Entre la historia y la tragedia (José Miguel Varas)	58
Tribunal de honor (Carlos Prats)	61

temas

<i>Variaciones sobre Juan Rulfo. Comprende: Verdad y mentira en la creación literaria (Juan Rulfo), p. 71 / "Pedro Páramo" treinta años después (Juan Rulfo), p. 72 / De una charla con Juan Rulfo (Fernando Benítez), p. 75 / Nostalgia de Juan Rulfo (Gabriel García Márquez) p. 79 / Aspirar el aire Rulfo (Volodia Teitelboim).</i>	83
---	----

la historia vivida

Carlos H. León: <i>El mejor lugar del mundo</i> (Testimonio de Caroline Richards)	93
Ejercicio del regreso: En forma de carta (Rosalba Campra)	102

conversaciones

<i>Ser mujer en Chile: 1. Olga Poblete: su larga marcha (Luis Alberto Mansilla), p. 111 / 2. Vivir y luchar, hoy y mañana (Catalina Ríos)</i>	126
---	-----

El sentido de lucha (Fanny Pollarolo) / La mujer y la tortura (Victoria López)

146

textos

Nilda Aguirre: *Recuerdo de un poeta popular*, página 151 / Claribel Alegría: *Poemas*, página 156 / Isabel Allende: *Dos palabras*, página 160 / Eugenia Echeverría: *Sangre en el ojo*, p. 167 / Bárbara Jacobs: *Escrito en el tiempo*, p. 173 / Evelyn Ross: *Que me canten las mañanitas*, p. 179 / Virginia Vidal: *La última luna*

182

crónica

Veinte años haciendo canciones (Payo Grondona), p. 189 / *Gustavo Mujica y el jardín de los senderos que se bifurcan* (Radomiro Spotorno), p. 191 / "Dar alas a la realidad" (Jacqueline Mouesca), p. 194 / *Los noventa de Dolores* (V.T.), p. 200 / *Varia Intención* (Encuentro cultural en "la capital de las artes" - Premio Tirso de Molina para Jorge Díaz - Carlos Hermosilla, grabador de Chile - "El día que me quieras" del venezolano Cabrujas - Historia inconclusa de un premio denegado - Lo que jamás podrán devolvernos), p. 202 / *Textos marcados*

212

notas de lectura

Nina Asturriaga - Las veladas del exilio - Hacia la liberación del lector latinoamericano - Teología de la liberación y lucha de clases - Memoria del exilio

216

Las pinturas de las portadas son de Irene Domínguez, así como las reproducciones de páginas 4, 11, 12, 69 y 70. Los dibujos son de Patricia Tagle.

Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Fernando Moreno Turner, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Raquel Olea, Carlos Ossa, Carlos Ossadón, Alfonso Padilla, Isabel Parra, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Tellez, Mario Toral, Juan G. Torres, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Sergio Vusković, Oscar Zambrano.

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Leonardo Cáceres, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Varas, Virginia Vidal.

Diseño gráfico
Fernando Orellana

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal:
M. 20.111-1978.
Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington):
Nº 80-642682.
Impresores:
Graficinc, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



LO QUE ESPERAMOS DE 1986

Todos coinciden en que 1986 puede ser en Chile un año decisivo. No se trata de hacer pronósticos alegres, ni de adelantar la crónica de la muerte deseada de la dictadura. Pero el deterioro de ésta, la soledad de que se va rodeando el tirano, el debilitamiento de sus bases políticas y sociales de apoyo, y frente a ello, la combatividad y coraje cada vez mayores del pueblo, y la coherencia y profundidad crecientes de sus acciones, hacen pensar que el "ya va a caer" lleva camino de convertirse en algo más que una consigna bienintencionada y entusiasta.

Pero Pinochet no caerá, ni pronto ni en mucho tiempo, si no se produce el consenso necesario en la oposición. Y nada que se diga sobre 1986 tendrá sentido verdadero si no se acompaña con decisiones concretas que conduzcan a aquel objetivo. Se trata de tender puentes, de buscar convergencias, de hallar el lenguaje y la práctica que convengan a unos y otros. Y eso es posible sólo si, junto con convenir en que Pinochet es el gran obstáculo para avanzar hacia la democracia, se acepta la idea de que barrerlo es tarea de todos los que se oponen a él y si, conscientes de ello, se proscribe el derecho a recusar opositores, a autoerigirse en legitimadores del bien y la verdad.

Se habla de la necesidad de un acuerdo nacional, y es evidente que todos los que no estamos con Pinochet, estamos por un tal acuerdo. Pero por uno que no pueda parecerse, ni de cerca ni de lejos, a una búsqueda de consenso con quien, justamente, ha desencadenado la necesidad de concertarse para derribarlo. El diálogo con el dictador es peor que un error: es una estupidez y roza de cerca, por decirlo serenamente, la traición.

Un acuerdo no es ni más nacional ni más democrático porque proponga una retórica que, supuestamente, no despertará resistencias en el interior de las Fuerzas Armadas. Esto es sólo una ilusión. La conducta del ejército la definirá la dinámica de la lucha social; los militares saben, más que nadie, que las batallas las ganan los que disponen de mayor poder de fuego, lo que debe entenderse también en términos de "correlación de fuerzas políticas y sociales". Muchos de ellos (recuérdese el caso reciente del ministro de defensa de Marcos en Filipinas, abandonar al patrón y cómplice cuando sientan en éste el tufo inequívoco del derrotado; otros, más honestos o más sensibles, no podrán dejar de comprender, a su debido tiempo, los

acontecimientos. Si algunos dicen que la fe remueve montañas, otros sostenemos que la rebelión popular (que no tiene por qué entenderse necesariamente como insurrección armada) transforma las conciencias, sin excluir las de los propios militares.

Un acuerdo es poco nacional y dudosamente democrático si privilegia en su tentativa de concertación a intérpretes que hace apenas cuarenta y ocho horas danzaban, y no exactamente en calidad de aprendices, en los aquelarres convocados por el brujo-dictador; y excluye a quienes vienen combatiendo sus malas artes desde el primer día. No se trata de pedir títulos de nobleza singulares según sea la cuota de sufrimientos vividos, pero sí de hacer justicia a la verdad que fluye de la práctica social. Y ésta no está hecha sólo de palabras. Obras son amores. Y piénsese que la dificultad para saber quién es quién en este falso juego de la verdad, no se le plantea a Pinochet: ¡él no se equivoca a la hora de tener que distinguir a sus verdaderos enemigos!

(Subrayemos, de paso, a propósito de lo anterior, nuestro sincero asombro ante el "homenaje de admiración y solidaridad, de confianza moral y política" que rinde un dirigente de la oposición a los "coordinadores" del llamado Acuerdo Nacional —hombres "de patriotismo ejemplar, con valor y dignidad", agrega, sin perjuicio de que uno de ellos haya sido ministro de alto coturno en la cartera de economía de la dictadura— por haberse hecho cargo de las gestiones para entablar el diálogo con Pinochet. Contrastan estos verbos de artificio con el fuego graneado que se descarga sobre los que, según él, se "autoexcluyen" de los acuerdos porque sustentan "estrategias violentistas estériles", haciéndose merecedores del calificativo de "insensatos", "totalitarios" y "monolíticos".)

No puede ser verdaderamente nacional y tampoco democrático, un acuerdo que no tenga en cuenta con un mínimo de signo positivo la existencia en la vida política de Chile de corrientes que corresponden a realidades históricas probadas y profundas. El movimiento popular no es una entelequia, nadie lo ha fabricado en un laboratorio, ni es tampoco un conejo o plumero extraído del sombrero de copa de un ilusionista. Apartarlo desdeñosamente con un papirotazo y descalificarlo so pretexto de sus tendencias "antidemocráticas" es, devolviendo al acusador la acusación, "hacerle el juego a la dictadura". Si democracia ha habido en Chile, que no se olvide que ésta nunca fue tan respetada y garantizada como en los tres años del único gobierno identificado con el movimiento popular que ha tenido el país en su historia.

Es francamente antinacional y contrario a la democracia un acuerdo que, diciéndolo o no, cuenta como elemento esencial para el cambio con lo que pueda o no pueda decidir el gobierno de los Estados Unidos. Quienes piensen que en Chile cabe una solución a la haitiana, de simple y hasta amable relevo palaciego dispuesto en Washington, demuestra entender poco o nada de la realidad de nuestro país. Todos sabemos que la presencia norteamericana es un componente presente y activo en la política chilena, pero comprobarlo no significa aprobarlo y mucho menos asignarle un cierto papel arbitral. Por el contrario, no se necesita mayor reflexión para comprender que un cambio verdadero tendrá que abrirse camino sin contar con bendición reaganiana alguna.

1986 será un año decisivo. Podría ser, incluso, año de desenlaces. Dependerá de la intensidad de las acciones que se emprendan, de su alcance masivo, de su variedad y continuidad y, naturalmente, del grado de concertación de que sean capaces las grandes corrientes de la oposición. Se avanzará poco si se sigue insistiendo en dividir a ésta en dos, en colocar de un lado al Mesías y del otro a los desamparados de la fe, y en imponer una política dictada por la ceguera y la soberbia.

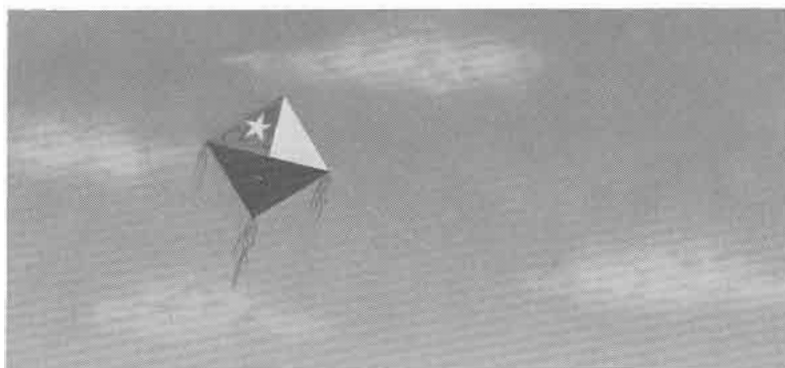
Ya no quedan muchos años para que se termine el siglo veinte. Atrevámonos a decir que antes de llegar al veintiuno habrá declinado la ola derechista que tiene sumergida una buena parte del planeta desde principios de la década del 70. La marejada ha llegado a su cénit y ya empiezan a advertirse las señas que marcan el comienzo de su decadencia inexorable. Quienes viven obsesionados por ciertos fantasmas deberían tratar de entender lo que puede significar este reflujó, mostrar, en consecuencia, su perspicacia y lucidez y descubrir que aquellos demonios —si es que en verdad existen— nunca despertarán si se produce la necesaria y posible gran alianza de todos los demócratas que están en Chile contra Pinochet. Tal vez eso permitiría que nuestro país, repuesto ya de su larga travesía del desierto, tuviese el raro privilegio de inaugurar una nueva e inédita sociedad democrática avanzada. Acometer la posibilidad de este sueño acaso sea signo de sabiduría política verdadera.

de los lectores

Gracias por la tarjeta de saludos de Año Nuevo que me mandaron. No sé si es la "edá" como dicen nuestras campesinas, pero me emocionó el motivo. Recordé la primavera de mi tierra con ese azul del cielo y los volantines elevándose; mi casa, mi compañero que se quedó allá bajo tierra, mis hijos creciendo y toda esa alegría de los años jóvenes, de la lucha y de la esperanza nunca perdida.

Felicitaciones por las ediciones del Meridión. Me devoré el *Neruda* de Volodia, leí también *Dawson* y ahora estoy leyendo el libro de Violeta.

A. vda. de Valdés (Malmö, Suecia)



Facsímil de la tarjeta de Año Nuevo enviada por Araucaria y diseñada por la dibujante chilena Patricia Graf.

Estando en un exilio "voluntario" desde hace casi diez años, ha sido como una bendición conocer el número de **Araucaria** destinado a conmemorar el aniversario de Neruda. Imaginense lo que esto puede significar en un país con una lengua tan extraña como éste y tantas otras cosas que por sabidas no necesito contar. Soy profesor de español, de literatura hispanoamericana. Se los vuelvo a repetir: encontrarse con **Araucaria** ha sido para mí como toparse con un vaso de agua en el desierto del Sahara.

Rubén Hinzpeter (Ramat Gan, Israel)

Les escribo desde Winnipeg, Canadá, donde la gente se precia de tener la esquina más helada del mundo. Por aquí las temperaturas han estado bajo los menos veinte grados, pero la temperatura política está muy bien. Hay un gran espíritu de unidad entre los chilenos y en lo cultural se ha avanzado bastante: hoy tenemos

tres conjuntos de música andina, un conjunto de danza para adultos y niños y un museo de la solidaridad, donde se guardan todos los testimonios de nuestro paso por la ciudad. **Araucaria** ha sido en estos largos años una fuente de inspiración y reflexión, que nos ayuda a mantener los lazos con nuestra patria y con nuestros hermanos en el exilio. Esperamos poder encontrarnos pronto con **Araucaria de Chile** en Chile, leyéndola libremente en la Plaza de Armas. Mientras tanto les envío, por si sirven, algunos poemas.

(Publicamos una breve muestra de esos poemas)

*En la distancia se pierde
el jinete de mis sueños.
Petro negro en el camino
y el mar mío a lo lejos.*

*Un puñal en el costado
clavado entre los huesos.
La sangre libre ya cae,
mi sueño se va muriendo.*

*Caballos grises
de la tarde.
Cuerpo y sombra
los une el aire.*

*El sol ya muere,
lunas que nacen.
Caballos grises
seres de Marte.*

*Quietud del río.
Caballo y sombra
ya se han unido.*

Luis Camilo Torres
(Winnipeg, Manitoba, Canadá)

Les mando esta carta desde un pueblecito del norte de Suecia, muy cerca del Círculo Polar Ártico, donde me encuentro viviendo por razones de estudio, lo que me ha hecho alejarme de mi ciudad de exilio, Gotenburgo.

Quiero contarles que gracias a **Araucaria** no perdemos el contacto cultural, no sólo con Chile sino también con Latinoamérica, y la revista es, además, de consulta obligada, cuando se trata de informar a nuestros amigos suecos sobre la situación cultural de Chile.

Quiero también decirles que tengo alguna preocupación literaria y hace seis meses que trabajo en una novela. ¿Me podrían ustedes informar sobre las posibilidades de publicarla en España? Les rogaría me mandaran algunas direcciones de editoriales para enviarles el libro y ver si se interesan en su publicación.

Patricio Olivero (Umea, Suecia)

*Esta consulta nos la hacen, a menudo, lectores de **Araucaria** y aún, a veces, nos envían manuscritos enteros de novelas o libros de cuentos pidiéndonos que les enviemos una opinión y que los ayudemos a encontrar un editor. ¡Cuánto nos gustaría poder ayudarlos! pero muy pocas veces nos es esto posible. Creemos, sin embargo, que puede ser útil para los autores orientarse sobre algunas modalidades de procedimiento que a veces facilitan la llegada a los editores. **Primero:***

NUNCA hay que enviar un manuscrito a una editorial si ésta no lo ha solicitado previamente. Libro que llega así va derecho al canasto. Y esto se explica porque, de otro modo, las editoriales necesitarían disponer de un verdadero batallón de lectores, cosa que rara vez ocurre. **Segundo:** Simplemente hay que escribir indicando que se es autor del libro tal y cual, inédito, contando de modo sumario en qué consiste éste. Si se trata de una novela, hay que explicar sus características y proporcionar un breve resumen de su argumento. **Tercero:** Para ilustrar lo que es el libro es necesario acompañar una muestra: una quincena de páginas que puedan servir para que el editor se forme una idea del interés del texto, de su calidad de estilo, etc. **Cuarto:** Hay que presentarse como autor: dar los datos personales esenciales: edad, profesión, nacionalidad, antecedentes literarios, si se tienen, etc. **Quinto:** Si el editor se interesa es seguro que escribirá pidiendo más antecedentes, o pidiendo el envío del manuscrito completo. Si ocurre esto último, el autor debe tener en consideración que es muy importante la pulcritud, claridad y corrección de los originales que se presentan. El texto debe estar mecanografiado, sin errores y ojalá sin correcciones que afeen o dificulten la lectura. Es obligatorio el doble espaciado: lo normal es que las carillas no tengan más de treinta o treinta y dos líneas. De lo que se trata es de hacer lo más grata y fácil posible la tarea del lector que trabaja para el editor, y cuya opinión será en definitiva esencial para determinar si el libro se publica o no.

Como no son pocos los amigos de **Araucaria** que nos escriben pidiendo ayuda o consejo, queremos informar que hemos preparado una lista de una veintena de editoriales españolas con sus direcciones, seleccionadas entre las que, a juicio nuestro, pueden mostrarse más sensibles al interés por la creación literaria de los chilenos. Enviaremos una fotocopia de esta lista a quienquiera que nos lo solicite.

SETENTA AÑOS DEL DIRECTOR

En el cumpleaños las campanas tienen siempre el alegre repique de la fiesta, y más si aquél tiene el signo solemne de la llegada a la plena madurez, a la elevada atalaya que permite otearlo casi todo.

Nuestro Director, Volodia Teitelboim, cumple setenta años, en los mismos días en que —cuando promedia marzo— la imprenta comienza a entregar los primeros ejemplares del número 33 de **Araucaria**. Sabemos que él se resiste a celebrarlo y que en lugar de un balance, preferiría hablar de la obra hecha examinándola como referencia de lo que viene, de lo mucho que todavía se propone hacer: los libros terminados pero no corregidos, los proyectos ya madurados, las ideas apenas en germen. Presidiéndolo todo, un propósito dominante: no descansar mientras no se haya puesto fin a la dictadura de Pinochet.

No quiere festejarlo, le gustaría que se hablara de ello lo menos posible; pero nosotros nos empeñamos en contrariarlo, de modo que, sin su autorización, saludamos al Director desde las páginas de su propia revista, expresándole nuestro afecto y deseándole la felicidad que sabemos es la suya: disponer de la salud, la energía y los años necesarios para prolongar por mucho tiempo más su obra.

El comité de redacción





Estados Unidos y el problema militar en América Latina

FERNANDO MURILLO VIAÑA

Las intervenciones militares en América Latina posteriores a las guerras de la independencia, en el pasado anterior a la Segunda Guerra Mundial, fueron eminentemente internas, sin vinculación extranacional o lisa y llanamente constituyeron agresiones militares abiertas de Estados Unidos. Puede que algunas acciones militares nacionales hayan tenido vinculaciones extranacionales, como la guerra civil de Chile en 1891 (intereses británicos ligados al control de la producción de nitrato), pero no fueron conducidas bajo dirección u orientación militar extranjera. Hubo también algunos conflictos armados de tipo fronterizo inspirado en rivalidades nacionales (Guerra del Pacífico) y uno que otro conflicto armado entre naciones latinoamericanas vinculado indirectamente a intereses imperialistas como fue, en cierta medida, la guerra del Chaco (recursos petroleros).

Las agresiones militares directas de Estados Unidos se desarrollaron inicialmente en el marco de la expansión territorial hacia el sur (México). Luego obedecieron a propósitos hegemónicos en

Fernando Murillo es periodista. Fue jefe de redacción de la revista *Chile-América*, que se publicó en Roma durante varios años. En la actualidad vive en España, en el exilio. El artículo que publicamos es el fragmento de uno de los capítulos del libro *América Latina en los Ochenta*, que publicará pronto el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid.

América Central, el Caribe y al control del enclave de Panamá (el canal interoceánico).

Por otra parte, Estados Unidos ha intervenido en América Latina desde fines del siglo pasado recurriendo a la penetración económica e ideológica-cultural. Sin embargo, en la mitad de la década de los 30 hay una evolución en los criterios militares norteamericanos y se inicia, en el curso de todo un proceso, una mayor presencia militar en los niveles del gobierno de Washington y, de hecho, esto entra a pesar en la política exterior.

Los ejércitos latinoamericanos prácticamente no tenían vinculación directa con Estados Unidos. Habían sido formados con modelos alemanes, franceses y británicos.

A raíz de rivalidades y conflictos fronterizos entre estados latinoamericanos en la primera mitad de la década del 30, Estados Unidos propicia la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, en diciembre de 1936. Allí es donde se dieron los primeros pasos firmes para la construcción del sistema interamericano de defensa, al establecer el mecanismo de las Reuniones de Consulta de los Cancilleres latinoamericanos en el marco de la Unión Panamericana¹. Antes de que este mecanismo se hiciera operativo "fue necesario el término de las disputas interburocráticas en el gobierno norteamericano entre los "unitaristas" y los "multilateralistas", las que culminan a comienzos de 1938 con la creación de un solo canal para el tratamiento de las políticas diplomática y militar hacia América Latina: el *Standing Liaison Committee* (SLC). A partir de su creación se incrementan los agregados militares y navales y las misiones militares en y hacia América Latina y se aumentan las visitas oficiales de unidades de combate: aparecen los primeros planes militares norteamericanos (los Rainbow Plans), de defensa conjunta del subcontinente (y no sólo de un país, como los Color Plans), en los que si bien no se establece la cooperación de las fuerzas militares latinoamericanas se señalan las bases navales que necesitaría Estados Unidos para dislocar su dispositivo bélico"².

Cuando el 1º de septiembre de 1938 Hitler desata la invasión alemana de Polonia, el aparato diplomático-militar norteamericano ya unificado, acomete la tarea de construir lo que inicialmente se describe como un sistema interamericano para la defensa intercontinental frente a eventuales agresiones del eje nazi-fascista. Esto no fue fácil, debido a que algunos gobiernos latinoamericanos de fuerte tendencia nacionalista hicieron gran resistencia, refugiándose en el principio de neutralidad. Tras una serie de consultas y un muy acti-

¹ Antonio Cavalla Rojas, *Intervención norteamericana en las Fuerzas Armadas de América Latina*. Reimpresiones del Proyecto Lázaro Cárdenas. "Qué Hacer", abril 1981, págs. 1 y 2.

² *Ibid.*, pág. 3.

vo trabajo diplomático, fue robustecido el sistema interamericano y se preparó la fundación de la Organización de Estados Americanos (OEA).

En realidad, para llegar hasta la organización de la OEA, Estados Unidos realizó un perseverante tejido. En la Octava Conferencia Internacional Americana, celebrada en Lima a partir del 9 de diciembre de 1938, no se hizo ninguna proposición para introducir cambios estructurales, sino, que se puso todo el empeño para que fuera aprobada una "Declaración de los Principios de la Solidaridad de América". Este documento, que se hizo más conocido como la "Declaración de Lima", significaba que se había logrado la "unidad espiritual" de los pueblos en torno a los principios republicanos, el respeto a la soberanía de los estados y a los derechos humanos. En el fondo de toda esa retórica estaba, sin embargo, la concepción panamericana. Para resolver ulteriores problemas seguiría operando el mecanismo de las reuniones de consulta de los Cancilleres.

Hubo tres reuniones de consulta (1939, 1940 y 1942). La de 1939 se realiza en Panamá y puso en evidencia con cuánto cuidado manejaba la situación Estados Unidos. Allí se aprobó una resolución para extirpar de las Américas la propaganda de doctrinas que tiendan a "poner en peligro el común ideal democrático norteamericano" y se analizan los problemas militares que la conflagración mundial plantea de inmediato a las naciones americanas. Se opta por una proclamación de "neutralidad", pero se define por primera vez una zona de seguridad alrededor del continente con exclusión de las posesiones europeas. Los países se comprometen a mantener esta zona libre de "todo acto hostil de los beligerantes no americanos"³.

En 1940; en la reunión de La Habana, prosigue la discusión iniciada en Panamá en torno a "la acción subversiva de los agentes del Eje en territorio americano" y se declara que "todo atentado de un Estado no americano contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía e independencia política de un Estado americano, será considerado como un acto de agresión contra los Estados firmantes del acuerdo". (Compromiso que se volatilizó en la Guerra de Las Malvinas.)

En la tercera reunión de consulta realizada en Río de Janeiro, tras una intensísima actividad diplomática y militar norteamericana, luego del ataque japonés a Pearl Harbour, se aprueba un conjunto de medidas que alinea a los países y a sus fuerzas armadas junto a los norteamericanos en la guerra contra el Eje y se crea la Junta Interamericana de Defensa (*Inter American Defense Board*) y se establecen las bases jurídicas de la "cooperación militar interamerica-

³ *Ibid.*, pág. 3.

na", todo lo cual sirve para que Estados Unidos opere por medio de instrumentos bilaterales y multilaterales hasta la actualidad.

Se puede sostener que en ese momento quedan establecidos los mecanismos para la penetración e intervención en gran escala del militarismo norteamericano en las fuerzas armadas de América Latina. Sin embargo, es importante aclarar que esto es un largo proceso bastante complejo que va evolucionando en la medida que se desarrolla el pensamiento estratégico norteamericano, hasta llegar a alcanzar los niveles planetarios actuales.

A partir de la creación de la Junta Interamericana de Defensa (JID) las cúpulas militares norteamericanas toman contacto directo con las fuerzas castrenses de América Latina. Se realizan numerosas conferencias castrenses (las *Staff Conferences*), tras las cuales sigue una cadena de acuerdos bilaterales de cooperación. Tampoco esto fue muy fácil para los norteamericanos porque en los medios castrenses latinoamericanos existían grandes simpatías hacia el Eje y cierta fascinación por las victorias militares y navales espectaculares del primer momento. Pero como esta acción fue acompañada por una gran presión política en cada país, no se tardó en lograr un asentimiento general.

En 1940 había entrado en vigencia una decisión presidencial norteamericana, por la cual se autorizó a los Departamentos de Guerra y Marina para proveer asistencia a los gobiernos de las repúblicas latinoamericanas en orden a incrementar sus fuerzas armadas. La famosa Ley de Préstamos y Arriendos (*Lend-Lease Act*) que debe considerarse como el inicio de la adaptación de los ejércitos latinoamericanos al modelo norteamericano y como el comienzo del armamentismo regional. La provisión de material bélico se facilitó en alto grado con créditos del Banco de Exportación e Importación (Eximbank).

Entre 1940 y 1942 hubo elementos en el Departamento de Estado y en la cúpula militar que abogaron porque la JID fuera equivalente a un verdadero pacto militar global. Pero otros consideraron que aquello no era necesario y que las relaciones bilaterales eran suficientes y más efectivas para lograr todo lo que la cúpula militar norteamericana deseaba. En la reunión de consulta de Río de Janeiro se llegó a una solución de compromiso. La JID quedó reducida a la condición de un organismo asesor sin facultades de comando, pero en la misma ocasión se aprobó la resolución 39 que recomendó "la inmediata reunión de Washington de una comisión de técnicos militares y navales nombrados por cada uno de los gobiernos para estudiar y recomendar las medidas necesarias para la defensa del Continente".

Hasta la década de los sesenta, los norteamericanos prefirieron no forzar las cosas, el JID mantuvo su carácter asesor, pero entre

tanto fueron conquistando una a una las instituciones castrenses de cada país, es decir, aplacaron todas las resistencias, incluso la de aquellos gobiernos latinoamericanos resistentes a los pactos militares que restringieran su soberanía.

Se puede decir, por tanto, que durante la Segunda Guerra Mundial el apoyo de América Latina se obtuvo sólo a través de los acuerdos bilaterales, sin participación militar. Sólo el Brasil participó en operaciones conjuntas con la marina estadounidense en el Atlántico Sur contra los submarinos alemanes. Estados Unidos instaló una misión militar en Río de Janeiro, que fue la primera en el subcontinente. Otra participación restringida en el esfuerzo bélico correspondió a México. Por esto, ambos países pasaron a la condición de aliados privilegiados. Estados Unidos concedió en ese momento ayuda militar equivalente a 493 millones de dólares por medio del Acta de Préstamos y Arriendos, pero el 73 por 100 se destinó al Brasil, el 8 por 100 a México y el 8 por 100 a los abastecedores más importantes de materias primas (Venezuela, Chile, Perú y Bolivia). Estos últimos países, sin embargo, suscribieron acuerdos separados para proporcionar materias primas a precios considerablemente rebajados. El único país excluido de la ayuda fue Argentina debido a su ultra nacionalismo amparado en una muy prolongada política de "neutralidad". Los norteamericanos, en cambio, dieron cierta ayuda económica y militar al Paraguay.

La línea de cooperación latinoamericana queda determinada del siguiente modo:

- Cooperación para la defensa del Canal de Panamá y del Hemisferio Occidental.
- Mantener el abastecimiento seguro de materias primas estratégicas.
- Acceso norteamericano a las bases navales y aéreas más importantes de la región⁴.
- Instalación de misiones militares en todas las repúblicas del subcontinente.
- Estandarización de los equipos militares latinoamericanos según los modelos norteamericanos.
- Cambio de los reglamentos de instrucción y entrenamiento de los militares de América Latina en escuelas norteamericanas.
- Evitar la utilización innecesaria de fuerzas norteamericanas en el Hemisferio Occidental.
- Continuar la relación especial con México y Brasil.

⁴ Sistema de bases en América Latina: Panamá, Cuba (Guantánamo), Puerto Rico, Ecuador, Perú.

Entre 1940 y 1944, Estados Unidos se dedica a completar el sistema panamericano hasta que adviene el Gobierno de Truman y se inicia la "guerra fría", donde el enemigo ya no es el Eje Alemania-Italia y Japón, sino el "eje chino-soviético".

En 1947, en la Conferencia de Quintandinha, Brasil, nace el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) y al año siguiente (1948) se aprueba en Bogotá la Carta de la OEA. Aparte de los planes militares que empiezan a desarrollarse, Estados Unidos tiene una preocupación política fundamental: atajar el nacionalismo latinoamericano y subordinar toda la región a sus intereses.

Durante la "guerra fría", los norteamericanos se empeñaron por dar una base jurídica a sus planes de construcción de un sistema interamericano de defensa, que hasta entonces se basaba en la Junta Interamericana. En 1947 llegaron a la Conferencia de Río de Janeiro con el proyecto de Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y una proposición para crear un órgano de comando militar unificado permanente. Hubo acuerdo sólo para lo primero, pero franca oposición para lo segundo. La ratificación de este Tratado se prolongó hasta 1950. Lo suscribieron todos los países latinoamericanos, menos Guatemala, que en esos momentos afrontaba la acción desestabilizadora estadounidense contra el proceso democrático constitucional en marcha. Guatemala se integró al TIAR sólo cinco años después, luego del derrocamiento de Jacobo Arbenz. El TIAR se basó en un documento que reflejaba claramente el espíritu de la "guerra fría". Se estableció que sería "considerado como un ataque contra todos los estados americanos", un ataque armado de "cualquier" Estado contra un Estado americano. Cada Estado quedaba en libertad de tomar las medidas que considerara oportunas entre tanto el Organo de Consulta (reunión de los Cancilleres de América) no dispusiera que las medidas debieran ser colectivas. El documento no se limitó a definir lo que debía considerarse un ataque armado, sino que amplió el concepto de agresión a "otros actos que en reunión de consulta puedan caracterizarse como agresión".

La creación del TIAR estuvo también basada en las concepciones estratégicas que fueron madurando en Estados Unidos y que culminaron en un sistema militar planetario. Si el TIAR nació en 1947, en 1951 se creó la OTAN y en el mismo año el ANZUS.

En la Conferencia de 1948 en Bogotá, donde se creó la OEA, los norteamericanos reabrieron el debate sobre "un comando militar permanente", pero el desacuerdo anotado en Río se mantuvo y como transacción se acordó establecer un "Comité Asesor de Defensa", distinto de la Junta Interamericana, pero éste nunca se organizó ni llegó a funcionar. La JID mantuvo, por tanto, su condición de instrumento de interacción militar único.

A fines de la década del 50, la JID elaboró el primer plan para la defensa intercontinental bajo dirección norteamericana.

Durante el Gobierno de Truman, cuando estalló la Guerra de Corea, Estados Unidos propuso los Acuerdos de Asistencia para la Defensa Mutua (*Mutual Defense Assistance Agreement*, MDAA). Estos quedaron firmados en 1952 por todas las repúblicas latinoamericanas menos México y Argentina. Son los famosos "pactos militares". Los convenios obligaban a las partes a prestarse ayuda mutua y asistencia militar para colaborar a la defensa hemisférica, pero tenían una cláusula por la cual los estados latinoamericanos se comprometían a colaborar "con la defensa militar del mundo libre". Otra disposición determinaba que los firmantes se comprometían a facilitar y ceder la producción de materias primas, productos manufacturados o semi manufacturados de importancia estratégica que sean necesarios para Estados Unidos por insuficiencia en aquel país y disponibilidad en los otros y que debían cooperar con Estados Unidos reduciendo sus relaciones comerciales con los países que "amenacen la seguridad del Continente". Estados Unidos, en cambio, proveería armamentos. Es decir, el compromiso trascendía en medio de cierta ambigüedad los límites de la defensa continental. En virtud de ello, Colombia se comprometió con un contingente simbólico en la Guerra de Corea dando una mano a Estados Unidos en sus propósitos de internacionalizar al máximo ese conflicto. Con los pactos, Estados Unidos comprometía también el asesoramiento técnico.

Estos convenios se perfeccionaron escalonadamente. En 1952, empezaron a recibir ayuda militar y equipos Colombia, Ecuador, Perú y Chile; en 1953, el Brasil, la República Dominicana y Uruguay, y, finalmente en 1954 y 1955, Nicaragua, Guatemala, Haití y Honduras.

Aparte de entrar a estandarizar y reforzar los ejércitos latinoamericanos para todos los fines ya señalados, Estados Unidos suplía su necesidad de deshacerse del parque militar sobrante de la Guerra Mundial y hacer altamente rentable la producción de armamentos. Esta línea se ha mantenido invariable hasta la Administración Reagan, que ha hecho del presupuesto militar un incentivo para la actividad económica de su país⁵.

En un informe requerido por el Congreso a fines de 1960, se estableció que había misiones militares norteamericanas en 18 países; que 800 militares norteamericanos estaban asignados como agregados o especialistas en la Zona del Canal de Panamá; que se realizaba entrenamiento militar en escuelas instaladas en Estados

⁵ Guillermo Estévez Boero, dirigente socialista argentino, en su intervención "Encuentro en la Democracia" en Madrid, 1983.

Unidos y Panamá; que eran considerables las entregas de armamento a América Latina, ya sea por ventas o créditos; que eran constantes las visitas de altos mandos latinoamericanos a Estados Unidos y que se había establecido un comando unificado para América Latina en la Zona del Canal, Comando Sur (*Southern Command*, SOUTHCOM).

Tendríamos que dedicar un considerable espacio para entregar cifras sobre armamentos y otros pertrechos, así como los detalles sobre los altos costos de este material. Lo que interesa establecer, sin embargo, es que con esta política se desarrolló el armamentismo latinoamericano, desatando en la región una carrera absolutamente desproporcionada, innecesaria y en abierta contradicción con los intereses de los pueblos. Si Estados Unidos tomó el liderazgo de esta operación muy pronto fueron países extracontinentales los que entraron a competir.

En 1957 la Junta Interamericana confeccionó su tercer plan de defensa intercontinental, pero la penetración en las fuerzas armadas pasó de modo fundamental a los servicios de inteligencia, que podían operar unilateral y directamente. No sólo se ocupa de esta tarea la Agencia Central de Inteligencia (*Central Intelligence Agency*, CIA), sino que los servicios de inteligencia de cada rama de las fuerzas armadas. Sostiene Cavalla que "debe considerarse también como tarea de inteligencia e intervención directa los cursos de adiestramiento y las faenas de los grupos militares, orientadas a uniformar las doctrinas y las tácticas de las fuerzas armadas latinoamericanas para servir a los intereses de seguridad de Estados Unidos".

El montaje de la intervención en las fuerzas armadas latinoamericanas había sido arduo, pero, salvo en Brasil, la mayoría de los ejércitos mantenían las influencias europeas y eran más dependientes de las oligarquías locales que de los norteamericanos al terminar el Gobierno de Truman.

Esta situación se prolonga, en cierta medida, durante el inicio del Gobierno de Dwight Eisenhower (1953-1960). En este período se mantienen las prioridades extralatinoamericanas, "un abandono despreciativo, pero tiránico" hacia la región⁶. Pero se intensifican los contactos con las cúpulas militares del subcontinente, se aumenta el adoctrinamiento de jefes, oficiales y clases en las escuelas militares norteamericanas, se hacen transferencias de armamento como "cebo" a los países reticentes y se potencia espectacularmente a la CIA. En la mira de Estados Unidos hay dos países: Guatemala y Argentina. En 1954, Estados Unidos logra que la Décima Conferencia Interamericana de Caracas dé legitimidad a la intervención en Guatemala, donde se clausura el proceso democrático iniciado bajo

⁶ M. A. Cabrera, P. Calderón y María Pilar Colchero, *EE.UU. 1945-1985. Economía Política y Militarización de la Economía*, IEPALA, Madrid, 1985, pág. 92.

Juan José Arévalo y se derroca a su sucesor Jacobo Arbenz, utilizando mercenarios guatemaltecos y tropas de paístes limitantes en una versión muy semejante al uso que Reagan está dando en la actualidad a los "contra" y a los vecinos de Nicaragua. Es un momento muy contradictorio, pues mientras se tolera una serie de cambios de tipo progresista en América Latina se castiga a otros. Un caso particularísimo es la acción de la CIA contra José Figueras, en Costa Rica, para abrir camino a los conservadores. En cambio, a pesar de los fuertes intereses de Rockefeller en Venezuela y Ecuador (la *Basic Economic Corporation*), Wolfgang Larrazábal logra encabezar una alianza entre la oficialidad militar liberal y el pueblo para derrocar a Pérez Jiménez.

Los analistas atribuyen esta contradicción en el panorama latinoamericano de aquella época, al hecho de que la Casa Blanca y la cúpula militar estadounidense estaban demasiado absorbidos por el curso de los acontecimientos fuera del hemisferio.

En 1960, los norteamericanos son sorprendidos por un acontecimiento totalmente nuevo en América Latina. Una guerrilla armada logra un gran apoyo popular y destruye la prolongada dictadura de Batista en Cuba. Para Estados Unidos era indigerible que triunfara un proceso revolucionario a pocos kilómetros de sus costas y en el Caribe. No vacilan en tratar de cercar desde el primer momento tal proceso, pero con esa actitud contribuyen a que la Revolución Cubana no sólo se transforme en un símbolo para los pueblos oprimidos de América Latina, sino que concite un movimiento de solidaridad internacional extraordinario, lo cual contribuye al surgimiento de numerosos movimientos guerrilleros en buena parte de América Latina.

Desde ese momento todo problema interno, todo conflicto social en cualquier otro país de América Latina adquiere la categoría de una "subversión castro-comunista". Debido a ello se reorientó toda la política militar y los programas de ayuda. La "ayuda" para la defensa hemisférica pasó a denominarse "ayuda para fortalecer la seguridad interna". Con este objeto el entrenamiento y la preparación técnica de los militares latinoamericanos se orientó hacia la "anti-insurgencia". Estados Unidos había hecho experiencia en esta materia en Corea y VietNam. Sólo tuvo que afinar procedimientos ya ensayados para adaptarlos a las situaciones locales.

Había que controlar "al enemigo interno" y eso no se podía hacer con los antiguos métodos policiales. Había que poner a tono a los servicios policiales, reforzarlos dando a las fuerzas armadas la capacidad de acción policial. Se cambió el carácter de la ayuda en pertrechos dando preferencia a la entrega de vehículos de transporte, equipos de comunicaciones, armas livianas, etc. Por eso, en los nuevos programas, Estados Unidos ya no sólo se interesó por

entrenar militares, sino que tomó en cuenta a los policías, a la par que concedió gran importancia a la creación de servicios de inteligencia. La CIA tomó a su cargo la tarea de destruir la guerrilla latinoamericana. La CIA operó junto con los militares bolivianos en las acciones contra la guerrilla del Ché Guevara en Bolivia.

Pero no se abandonaron los recursos diplomáticos. En agosto de 1960, en la reunión de consulta de San José, se adoptan por primera vez sanciones contra una nación latinoamericana: Cuba. Se utiliza el expediente del TIAR. En la Octava reunión de consulta de Punta del Este, Uruguay, en 1961, se excluye a Cuba de la OEA. En 1962, en la reunión del Consejo de la OEA, en Washington, se alinea a los países latinoamericanos junto a Estados Unidos en la crisis de los misiles.

Cuando surge, en 1963, en la República Dominicana, la posibilidad de que se forme un gobierno nacionalista y democrático encabezado por Juan Bosch, se monta la invasión de ese país. Consumado el primer golpe, se reúne la Décima Conferencia de Consulta y Estados Unidos logra que ésta dé legitimidad a la Primera Fuerza Interamericana de Paz, algo que muchos gobiernos y ejércitos latinoamericanos habían resistido por mucho tiempo. Esta fuerza se integra con 23 mil soldados norteamericanos, 1.130 brasileños, 250 hondureños, 180 paraguayos, 160 nicaragüenses y la presencia simbólica de Costa Rica y El Salvador. Es decir, en realidad era una fuerza operativa esencialmente norteamericana con una participación decorativa de unidades del subcontinente.

Todo esto coincide con la llegada de John F. Kennedy a la Presidencia de Estados Unidos (1961-1963). El Gobierno de Kennedy es evidentemente diverso, pero esta diversidad consiste en que combina la "guerra fría" con la "coexistencia pacífica". Alejándonos del enjuiciamiento de la política internacional global de Kennedy, los hechos hablan por sí solos en cuanto a la América Latina. La política que aplica acentúa la dominación en el área con nuevos métodos; la Alianza para el Progreso fue un espejismo. Bajo su mandato se puso en marcha la "contrainsurgencia" y la Doctrina de la Seguridad Nacional. Esto no se hace a la vista, sino dentro de un tejido subterráneo de adoctrinamiento y conquista de los militares latinoamericanos. Sucesivos golpes de Estado favorecen los intereses transnacionales.

Se ha tratado de defender a Kennedy afirmando que lo que consideraba intolerable era la subversión, pero no el comunismo en sí: "si el pueblo de cualquier país escoge el sistema comunista en unas elecciones libres, después de habersele dado oportunidad para la presentación de diferentes puntos de vista, los Estados Unidos están dispuestos a aceptarlo. Lo que encontramos discutible es que un sis-

tema resulte impuesto por un pequeño grupo militante gracias a la subversión”⁷.

Con estos criterios lanzó la invasión de Bahía Cochinos para liquidar la Revolución Cubana en 1962. Afortunadamente fracasó.

Después de la siembra que hicieron los ideólogos de la “guerra fría”, no es extraño que el pueblo norteamericano fuera receptivo para un discurso sobre la “seguridad nacional”. Kennedy captó esto y le concedió al problema una prioridad fundamental. “Hoy día existe sólo una suprema y primordial cuestión con la que se enfrenta el pueblo norteamericano... Tanto si a esa cuestión le damos el nombre de seguridad nacional, como de política exterior, o de deseos de paz, subsiste el hecho de que en esta era nuclear ningún otro asunto público ejerce influencia tan directa y tan decisiva sobre las vidas de todos nosotros”⁸.

Pero el asunto no es si una nación deba o no tutelar su existencia. El problema es que la Seguridad Nacional fue adoptada como “doctrina estratégica” de las fuerzas armadas con un desprecio total por la persona humana, trasgrediendo hasta el principio cristiano de “cautelar la legitimidad de sus procedimientos”.

Kennedy no sobrevivió a la puesta en práctica de la “contrainsurgencia” ni de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Lamentablemente, no conoció los profundos cambios que la estrategia norteamericana introdujo en la América Latina y en sus fuerzas armadas y las consecuencias que eso tuvo para la vida de millones de sudamericanos. La Doctrina de la Seguridad Nacional concebida como una acentuación de la represión contra “el enemigo interno” y como una concepción geopolítica derivó en una militarización de la política, una militarización de la economía, una militarización de los Estados, una militarización de la cultura y una militarización de la represión.

* * *

Durante la administración Reagan, sus consejeros han impuesto la tesis de que cualquiera política de Estados Unidos hacia la América Latina debe estar subordinada a la confrontación global “geopolítica” con la Unión Soviética. Estiman que la región es el lugar privilegiado para reiniciar el proceso de contención del enemigo (cualquier movimiento de liberación o autodeterminación nacional entra en este calificativo). Debe procederse a la reconstrucción de poderosas alianzas político-militares bajo el liderato norteamericano. Cualquier otro tipo de políticas (como los derechos humanos y la

⁷ Theodore C. Sorensen, *Kennedy, el hombre, el Presidente*. Ediciones Grijalbo, S. A., Barcelona, pág. 767.

⁸ Citado por Sorensen, *op. cit.*, pág. 765.

no proliferación nuclear, entre otras) deben subordinarse a estos criterios. Ese es el origen de que a partir del primer año de Gobierno de Reagan, todo el sistema militar haya sido reanimado, incrementándose los programas de asistencia militar y las ventas de armas. Una atención fundamental se ha dado a Honduras, El Salvador y Costa Rica. A este último país que no tiene ejército se le han hecho donaciones de material antiinsurgencia y ya está potenciando una fuerza policial-militar.

A estos mismos planes corresponde el propósito de liquidar la Revolución Nicaragüense. La Administración Reagan, en su afán de hegemonizar militarmente al continente, ha creado fuerzas militares hasta en las pequeñas Islas del Caribe.

Los territorios del Caribe Oriental contaron en el pasado con una limitada fuerza policial destinada a mantener el orden público y a reprimir la delincuencia. Al producirse la independencia política de diversos microestados, surgieron problemas de violencia política. Los sectores conservadores tenían temor, también, a la influencia ideológica de Granada. Esto dio motivo para que Estados Unidos aumentara la ayuda militar a la región en el marco geopolítico de la confrontación Este-Oeste. En 1982 fue duplicado el presupuesto para el entrenamiento militar de las fuerzas del Caribe Oriental y de Jamaica.

El pequeño Estado de Barbados ha pasado a ser el brazo militar fundamental de Estados Unidos en la región. Ese país tenía en 1975 apenas 175 soldados. El incremento de esta fuerza ha sido enorme y el presupuesto de defensa del país bajo el Gobierno conservador de Tom Adams es considerable. Las cifras en dólares barbadienses son intraducibles. Sin embargo, es importante saber que esta fuerza militar cumplió tareas represivas en otros microestados del sector: en St. Vincent, en 1979, y en Dominica, en 1981. En 1982 se estacionó frente a las costas de St. Lucía para garantizar el proceso electoral que llevó a la victoria al partido conservador de John Compton. Antes de la invasión a Granada, Barbados cumplió la tarea de organizar una fuerza multilateral. Esta misma fuerza de la cual sólo estuvieron excluidas St. Kit Nevis y Monserrat participaron junto con las tropas norteamericanas y de Jamaica en la invasión de Granada.

Otros estados caribeños como Trinidad y Tobago, Guyana, Bahamas y Belice no participaron en la invasión. Todos estos microestados confrontan en este momento serias dificultades económicas. No obstante, deben soportar obligaciones militares por imposición de la administración Reagan⁹.

⁹ Andrés Serbin. *El Caribe Oriental: las secuelas de Granada*. "Nueva Sociedad", núm. 76, Bogotá, marzo-abril 1985, págs. 125 y 126.

A propósito de la militarización del Estado en América Latina habría que decir que las dictaduras que surgieron en las décadas del 60 y del 70 no tuvieron ninguna relación con el viejo tipo de golpes palaciegos o el caudillismo. Ni son tampoco comparables con los gobiernos fuertes de las "democracias oligárquicas". Esta vez se impuso un modelo de gobierno diseñado fuera de cada país, que consistió en unir las cúpulas civiles más conservadoras —y más definitivamente comprometidas con los intereses imperialistas y transnacionales— con las fuerzas armadas. Fue una tentativa clara del imperialismo de terminar con los Estados-naciones refundándolos en términos de Estados sometidos y cooperantes a la globalización de la economía y a la confrontación Este-Oeste, de ahí la fuerte carga anticomunista que los ha dominado. Es decir, un proyecto geopolítico encuadrado rígidamente en la concepción estratégica norteamericana de parcelar las llamadas "zonas de seguridad" dentro de una planificación mundial para la contención del "enemigo", a cargo de tecnócratas reaccionarios.

El proceso tuvo una larga, aunque irregular preparación, comenzando por el Brasil a partir de los años 40. El primer ensayo de golpe se confía en 1961 al Mariscal Denny en el marco de la renuncia del Presidente Quadros, para impedir la elección de Goulart como Presidente. Este ensayo fracasa como fracasó en Chile el primer intento para impedir que Allende fuera proclamado Presidente en 1970 (asesinato del General Schneider). Sin embargo, el proceso de militarización de los Estados se pone en marcha inexorablemente en 1964. Primero es derribado Goulart en Brasil y luego el radical Illia en Argentina (ya ni siquiera se trataba del peronismo, era un gobierno reformista moderado). En 1969 los militares toman el poder en Bolivia. En 1972 le toca el turno a Uruguay. En 1973 es derribado Allende en Chile.

Donde se habían instalado gobiernos militares de tipo progresista ocurre algo semejante. En 1975 se margina a Velasco Alvarado en Perú y a Rodríguez Lara en Ecuador.

En Centro América, donde el dominio norteamericano es casi histórico, hay diversos reajustes en las dictaduras de turno.

Es muy importante establecer que toda esta movida de origen norteamericano tuvo una especie de catecismo o código ideológico en el llamado informe Rockefeller. En agosto de 1969, Nelson A. Rockefeller realizó una gira por América Latina en "misión presidencial". Fue una gira tormentosa debido a las contramanifestaciones populares que debió afrontar. Los Rockefeller tenían fuertes intereses en Venezuela y Ecuador.

Nixon encomendó esta misión a Rockefeller ante el fortalecimiento de los sentimientos nacionales en América Latina. Existía alarma porque militares entrenados en las escuelas norteamericanas

cambiaban su actitud y adoptaban posiciones de independencia. Al terminar su cometido, el magnate norteamericano presentó su "*Rockefeller Report on the Americas*".

En ese informe, Rockefeller no sólo se pronuncia abiertamente por promover gobiernos militares, sino que pone especial énfasis en la necesidad de distinguir entre militares "seguros" y militares "nacionalistas".

Se trata de un documento que requiere ser conocido in extenso y con minuciosidad para comprender en qué medida se temía que los militares nacionalistas, junto con abandonar la doctrina de la seguridad, cortaran los lazos con la estrategia norteamericana.

Esto explica los motivos por los cuales los Estados Unidos estimularon las fuerzas de represión al interior de las fuerzas armadas. Lo que quería Estados Unidos era militares que se preocuparan más de la seguridad que del desarrollo¹⁰.

El adoctrinamiento de los militares en Estados Unidos es el origen de toda la crueldad de que se hizo gala al producirse la militarización de los Estados. Las enseñanzas de contrainsurgencia (COIN) tienen su origen en la terrible experiencia norteamericana en Corea y Vietnam. La contrainsurgencia, como fue enseñada a los militares latinoamericanos, es de una ferocidad inimaginable. Si a ello se agregan todos los elementos ideológicos de la Doctrina de la Seguridad Nacional, no es difícil comprender la causa de los horrores registrados en las faenas represivas cumplidas en Brasil (algo que parece haberse olvidado un poco), en Argentina, Uruguay y Chile, métodos que en una medida diversa se aplican también en Colombia y en Perú.

La militarización de los Estados trae aparejada cambios profundos en la economía, en la educación, en el mundo del trabajo y en la vida social.

Por fortuna, se puede sostener que los intentos de reemplazar o destruir los Estados-naciones no han tenido éxito definitivo. La reacción contra ellos no necesita siquiera ser demostrada.

¹⁰ Existe un análisis de Joseph Comblin sobre este informe. Un buen resumen se encuentra en "*EE.UU. 1945-1985. Economía Política y Militarización de la Economía*", antes citado.

Régimen y gobierno militar en Chile (1973-1985)

AUGUSTO VARAS

El golpe militar de 1973 ofreció a las Fuerzas Armadas chilenas la oportunidad histórica para materializar sus tradicionales reivindicaciones corporativas, acalladas durante más de cuarenta años ¹. Sus autoimágenes institucionales, que las caracterizaban como síntesis de la nacionalidad y elemento fundamental e intocado del sistema de valores patrios, encontraron en ese momento las posibilidades de desplegar todas las potencialidades castrenses. Consegúan salir así de un involuntario ostracismo político ².

Sin embargo, después de más de una década de gobierno, las Fuerzas Armadas se enfrentan a una realidad mucho más opaca que la posiblemente anticipada por su oficialidad y mandos. Dado el carácter que adoptó la insurrección cívico-militar y los rasgos que

¹ Un análisis del sistema de valores castrenses en: Augusto Varas y Felipe Agüero, *El Proyecto Político Militar*.

² Decreto Ley número 1. Allí se fundamenta el golpe indicando que "la fuerza pública, formada constitucionalmente por el Ejército, la Fuerza Aérea, la Armada y el cuerpo de Carabineros, representa la organización del Estado... (y) su misión suprema es la de asegurar... (los) valores... superiores y permanentes de la nacionalidad chilena". Sobre tal tipo de frustraciones institucionales en los sesenta, ver: General Carlos Prats González, *Memorias. Testimonios de un Soldado*, Pehuén editores, Santiago, 1985.

Augusto Varas es profesor e investigador de FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Vive en Chile.

finalmente adquiere el régimen, las instituciones armadas desempeñan una función política que no se compadece ni es proporcional al desarrollo organizacional que han observado en estos años. Menos relación aún tiene esta función con un modelo ideal de sociedad alimentado por los valores constitutivos del ser militar.

Pasado un tiempo razonable de prueba, las Fuerzas Armadas comienzan a mostrar signos inequívocos de desazón y se preguntan acerca de la proyección y estabilidad del orden que han ayudado a instaurar ³. La estabilización del régimen y de sus transformaciones requeriría de una base política que no pudo encontrar su existencia depende cada día más del sistema de alianzas que éste logre establecer. En este contexto, las Fuerzas Armadas son uno de los términos que cualquier ecuación política debe considerar. Sin embargo, el precio que una real apertura democrática hará pagar a las instituciones castrenses será su mayor dependencia y control por parte de los grupos civiles que dirijan tal alianza o coalición.

Más temprano que tarde las Fuerzas Armadas volverán a enfrentar el histórico sistema de contradicciones que las ha empujado directamente a la lucha política. Sin embargo, ahora deberán utilizar como armas la argumentación, los modelos alternativos, la viabilidad de las propuestas, su proyección y aceptación ciudadana.

De esta forma, se cerraría un ciclo en el cual las instituciones armadas, que habían estado relativamente alejadas de la cotidianidad política iniciarían una nueva fase en su desarrollo institucional.

No obstante, la forma como ellas se reinserten en la vida política dependerá de las características de su actual subordinación al Ejecutivo—alto mando.

El proceso de hegemonización institucional

A pesar de las apariencias, la consolidación hegemónica en el interior de las Fuerzas Armadas se produce con posterioridad al propio golpe militar. Contrariamente a las afirmaciones acerca de la larga preparación del quiebre constitucional ⁴, los antecedentes proporcionados por el Senado estadounidense y el proceso de deliberación castrense durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular,

³ Florencio Varas, Gustavo Leigh, *El general disidente*. Ed. Aconcagua, Santiago, 1979.

⁴ Cf. Augusto Pinochet, *La hora decisiva*, Ed. Andrés Bello, 1980. En esa obra se afirma la larga preparación de la intervención militar, lo que es contradicho en la entrevista otorgada a *Las Últimas Noticias*, 8 de agosto de 1974, "El pronunciamiento comenzó a planificarse el 20 de marzo".

permiten afirmar el inestable carácter institucional de la insurrección militar⁵.

La multiplicidad de grupos internos, la diversificada trama de influencias externas nacionales e internacionales, los abortados intentos golpistas, la acción casi unilateral de la Armada durante los días previos y la no despreciable presencia interna de sectores tanto constitucionalistas como directamente partidarios de la gestión gubernamental, muestran que si bien hubo una coordinación de las actividades militares, el conjunto de elementos convergentes en el golpe militar no participaba plenamente de una misma estrategia, y menos de un idéntico cuerpo doctrinario o ideológico. Si bien sus posiciones antigubernamentales les daban cierta unidad, éstas no bastaban para estabilizar una hegemonía clara en su interior e impulsar un determinado modelo económico-social una vez logrados los objetivos insurreccionales.

Por tales razones, el golpe militar adquiere plenamente su carácter institucional después de un año de gobierno⁶. Esta realidad va a determinar la evolución de las características institucionales durante estos años y ayudará a explicar, en parte, las actuales tensiones que enfrentan las Fuerzas Armadas.

En la medida que la dirección del movimiento insurreccional era disputada por los diversos sectores que apoyaron y estimularon la deliberación castrense, tanto estos actores civiles como sus proyectos y propuestas políticas y económicas buscaron y encontraron interlocutores válidos en el interior de las Fuerzas Armadas. Dado que la hegemonía militar se materializa a través de la consolidación de la verticalidad del mando, la continuación del proceso de deliberación castrense impedía tal hegemonización.

Esta situación se reflejó claramente en las relaciones entre las diversas ramas de las Fuerzas Armadas. Inicialmente cada una de ellas reivindica una autonomía incompatible con la conducción unitaria del proceso postgolpe. En este contexto, el alto mando del Ejército logra resolver a su favor estas contraindicaciones apoyándose en un elemento propiamente corporativo, tal es la intransable primacía del Ejército por sobre el resto de las ramas de las Fuerzas Armadas.

Además, era el Ejército quien podría desempeñar de mejor forma las funciones represivas iniciales tanto por su presencia y cobertura nacional, lo que lo diferenciaba de otras ramas, como por su capa-

⁵ Cf. Senado de los Estados Unidos, *Covert Action in Chile*, Washington, 1975. Lo mismo se desprende de la afirmación de Pinochet, "si el 11 desobedece una sola unidad habría significado la guerra civil". *la Tercera*, 24 de agosto de 1975.

⁶ Cabe recordar la posición abiertamente autonomista del general Leigh y el accionar independiente de la Fuerza Aérea de Chile, expresados en los juicios públicos a los personeros de la UP.

cidad de enfrentar fuerzas irregulares y al mismo tiempo disuadir a otras ramas o a sectores de ellas, evitando así un enfrentamiento entre iguales. Esto lo diferenciaba definitivamente del cuerpo de Carabineros.

Así, el alto mando del Ejército logra consolidar su dirección sobre éste y el conjunto de las instituciones armadas en un solo proceso que reforzó ambos propósitos. De esta forma, recién en junio de 1974 la hegemonía interna pudo considerarse relativamente clarificada, aún cuando no se vió automáticamente lograda, a través de la publicación del Estatuto de la Junta de Gobierno ⁷. Paralelamente, la unificación del conjunto de los organismos armados bajo el Ministerio de Defensa y el ejercicio de la Dirección de Inteligencia Nacional por un oficial general o superior de las Fuerzas Armadas, le otorgan todo el poder al Comandante en Jefe del Ejército y presidente de la Junta de Gobierno.

Este proceso de consolidación de la dirección superior de las Fuerzas Armadas tuvo como efecto la creciente no-deliberación de sus miembros y la rápida neutralización de oficiales y grupos castrenses capaces de cuestionar tal hegemonía. Ello se vió apoyado por la sistemática llamada a retiro de los oficiales superiores que constituyeron el núcleo de dirección militar, lo cual dejó al cuerpo de generales del Ejército constituido por oficiales generacionalmente distantes de la dirección institucional. Ello aumentó el ascendiente de ésta sobre el resto del generalato con el consiguiente refuerzo de la hegemonía interna ⁸.

Después de un año de gobierno militar, las tendencias internas comenzaron a clarificarse estabilizándose una hegemonía que hasta el día de hoy permanece casi inalterada. Ello se vió posibilitado tanto por la fragmentación de las fuerzas de apoyo al régimen como por la aplicación de medidas represivas internas que llevaron a las Fuerzas Armadas a una nueva fase de no-deliberación, ahora en el interior de otro esquema político-institucional y de un nuevo sistema de relaciones cívico-militares.

⁷ Cf. Decreto Ley número 527 (26 de junio de 1974). *Estatuto de la Junta de Gobierno*. Igualmente, los DL núm. 444, del 4 de mayo de 1974; y el DL núm. 646, del 17 de septiembre del mismo año, que incorporan al Ministerio de Defensa al Cuerpo de Carabineros y a la Dirección General de Investigaciones. A su vez el Decreto Ley número 521, del 14 de junio de 1974, unifica los servicios represivos en la DINA, la que si bien pasa a depender de Interior, es dirigida por un oficial general o superior de las Fuerzas Armadas en *servicio activo*.

⁸ Cf. Genaro Arriagada, "El marco institucional de las Fuerzas Armadas", trabajo presentado al taller *Seis años de régimen militar en Chile*. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, 1980. A los factores mencionados en el texto, el autor destaca la creciente inestabilidad de la carrera militar y su dependencia de la voluntad del alto mando.

Corporativización

Las exigencias de dirección institucional y política, tanto del estado chileno como de conjunto de las Fuerzas Armadas, generaron una situación que se caracterizó por la creciente corporativización⁹ y la consecuente segregación social de sus institutos.

En la medida que el cuestionario a la hegemonía recientemente estabilizada podía gestarse a través de la crítica y confrontación de opiniones entre oficiales asignados a funciones de gobierno, el mando institucional comenzó un persistente proceso de exclusión de estas funciones de otros miembros de las Fuerzas Armadas y, en el interior del Ejército se estableció una drástica separación entre las funciones asignadas al mando institucional y aquellas de carácter estrictamente gubernamental¹⁰.

Estas medidas se explican a la luz de la pugna en el interior de las fuerzas de apoyo al régimen respecto del carácter del modelo a aplicar y, en consecuencia, respecto de las fuerzas sociales posibles de integrar a la gestión gubernamental.

Al igual que en el campo castrense, la dirección económica del país hasta abril de 1975 se caracterizó por un conjunto de políticas que intentaban estabilizar la situación económica sin alterar radicalmente la presencia de los diversos grupos y sectores que originaron el régimen¹¹. Tal pugna se expresó a través de diversos oficiales superiores que comenzaron a adoptar distintas posiciones frente al curso económico y político a seguir. Por tales razones, la precaria unidad de mando sobre el conjunto de las Fuerzas Armadas lograda en el curso de 1974 peligraba al igual que los planes de estabilización económica.

El tratamiento económico intensivo de 1975 y la recesión que le siguió durante 1975 y 1976, se expresó en el interior de las Fuerzas Armadas bajo la forma de la consolidación del mando institucional, la dirección del Ejército y su alto mando, sobre el conjunto de las instituciones armadas. De esta forma, las Fuerzas Armadas en cuanto *instituciones* (diferentes de la suma de sus miembros) quedan definidas como el único soporte estable del *régimen* y, aún cuando ellas no desempeñarán las funciones gubernamentales tradicionales

⁹ Cuando nos referimos a la "corporativización" de las FF.AA., estamos indicando el proceso por el cual éstas se distancian y segregan del resto de la sociedad y del Estado; formulan su propia doctrina o ideología; generan intereses institucionales propios y diferentes al resto del país; y se plantean como actores políticos estables y diferenciados del resto del sistema de partidos.

¹⁰ Cabe destacar la importancia de CONARA, dirigida por un oficial superior designado por el presidente de la Junta, respecto de la racionalización administrativa. Este fue uno de los mecanismos que terminaron con el "cuoteo" institucional.

¹¹ Cf. Tomás Moulián y Pilar Vergara, "Ideología y política económica", Estudios CIEPLAN, núm. 3, junio de 1980.

de una fuerza de apoyo, su función social en cuanto instituciones jerarquizadas, no-deliberantes y obedientes, tendrá una importancia política que se mantiene hasta la actualidad. Desde esta posición de poder político-militar, el alto mando ha podido variar políticas gubernamentales sin tener que pagar el costo de una sustitución del titular del mando institucional y del Ejecutivo. En la medida que éste es plenamente autónomo en sus decisiones gubernamentales, no depende de alianzas ni acuerdos castrenses previos. En esa misma medida puede alterar el curso y ritmo de las políticas gubernamentales de acuerdo a su propio sistema de relaciones.

En la medida que la dirección de las acciones del Ejecutivo no depende del estado de las relaciones castrenses, dada la total hegemonía de éste sobre el conjunto de las Fuerzas Armadas, su titular se convirtió en un factor estable del juego político nacional, adquiriendo cada vez más una capacidad de dirección sobre el conjunto de las materias bajo su competencia, impensable bajo otro esquema de relaciones militares, como sucedió, por ejemplo, en Argentina.

Todo lo anterior ha sido posible gracias al carácter que han asumido las Fuerzas Armadas y a la función política y social que comienzan a desempeñar desde 1973.

Crisis ideológica de las Fuerzas Armadas

Aún cuando la doctrina de la seguridad nacional fue un importante elemento de legitimación, tanto interna como nacional, de las razones que movieron a las Fuerzas Armadas a la insurrección de 1973, no es menos cierto que este conjunto de elementos ideológicos no alcanzó a permear al conjunto de la sociedad chilena. El papel de los elementos propios de la doctrina de seguridad nacional apenas se vio expresado en algunas actividades publicitarias gubernamentales, así como en campos como la educación, donde el gobierno pudo definir algunos contenidos. Sin embargo, tales esfuerzos no llegaron a constituirse en elementos valóricos de importancia nacional, toda vez que se enfrentaron con dos complejos ideológicos extraordinariamente más fuertes que los contenidos de tal doctrina. Nos referimos a la ideología de la economía de mercado que fundamentó y legitimó al «modelo económico», y a la ideología mercantil que inundó la sociedad chilena con subproductos culturales. Frente a éstos, la doctrina, valores y creencias de las Fuerzas Armadas carecieron de significación y no pudieron contrarrestar una dominación ideológico-cultural que tenía asiento en un dinámico proceso de transformaciones económicas.

La ideología del mercado, con su insistencia en el tema de la libertad constituida en el terreno del intercambio económico, expresó importantes dimensiones culturales de la sociedad chilena, que se

vieron expresados por esta ideología. Tal es el caso del acendrado consumismo que se manifiesta de diversas maneras en los más variados grupos sociales. En la medida que esta concepción de libertad, y por ende de democracia, carecía de un sentido que trascendiera lo material, ella se agotó en su ejercicio mecánico cotidiano sepultando los esfuerzos de quienes la quisieron empapar de un determinado complejo valórico o de sentidos y símbolos no-materiales. Las instituciones armadas se vieron, en consecuencia, estructuralmente incapacitadas para articular una respuesta de otro tipo. Sus contenidos ideológicos ponían énfasis precisamente en el opuesto de la libertad formal. El sentido valórico de las afirmaciones autoritarias, verticalistas y estamentales capaces de definir un determinado liderazgo político, se vió impedido de encontrar especificidad en un contexto cultural cuyos soportes se nutrían de la ideología del mercado ¹².

Por su parte, la ideología mercantil se constituyó como una infraideología, como un sedimento de valores y actitudes secretados por las actividades que sólo aspiraban a la simple maximización de utilidades. Así, la sociedad chilena se inundó de mercancías ideológicas, transnacionales y autóctonas, que inhibieron todo intento de hegemonía sustantiva. Los elementos ideológicos castrenses no sólo fueron incapaces de neutralizar su presencia, sino que los propios miembros de las Fuerzas Armadas, en cuanto individuos, fueron consumidos por ella. En la medida que las instituciones armadas accedieron a niveles de consumo superiores a la media histórica, esta ideología mercantil barrenó el arraigo social institucional de una doctrina que ya no tenía la capacidad de fundar un nuevo orden.

Esta crisis ideológica se expresó institucionalmente en las actividades de la Academia Superior de Seguridad Nacional (ASUSENA). Creada en diciembre de 1974 por orden del presidente de la Junta de Gobierno, comenzó sus actividades con el propósito de homogeneizar las perspectivas de los altos mandos institucionales respecto del conjunto de materias gubernamentales. Acceden a ella los oficiales de Estado Mayor que han sido asignados para desempeñar funciones en el gobierno.

Un somero análisis de sus actividades muestra que los propósitos iniciales de constituir un foco de creación intelectual castrense de nivel superior ha dejado el paso a las funciones de ideologización de los altos mandos por parte de los ideólogos civiles del régimen. De esta forma, si bien la ASUSENA —actualmente Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos— expresó en términos

¹² Cf. Norbert Lechner, "El proyecto neoconservador y la democracia", Documento de trabajo, FLACSO, 1981.

institucionales la hegemonía lograda por el alto mando del Ejército en el período antes señalado, también expresó el fracaso del intento castrense de fundar las bases doctrinarias e ideológicas del gobierno militar. Su función le es arrebatada por aquellos ideólogos del mercado que intentan aplicar tales formulaciones al plano político y social ¹³.

Una impotencia ideológica similar se observa en el terreno de las formulaciones doctrinarias en el interior de las propias Fuerzas Armadas. La seguridad nacional como doctrina e ideología legitimadora del golpe militar apareció pronto como un elemento poco consensual y altamente controvertido. Así, las formulaciones que al respecto difundieron las distintas ramas de las Fuerzas Armadas difirieron en materias de importancia y se constituyeron en enfoques alternativos desde los cuales podían formularse modelos políticos y sociales altamente diferenciados ¹⁴.

A su vez, en el interior de los institutos castrenses se dieron diferencias significativas toda vez que el proceso de formulación doctrinaria sólo comenzó con fuerza a partir de 1974. Por estas razones, no es de extrañar que recién en 1978 la Academia de Guerra del Ejército contó con un manual de seguridad nacional como texto base de los oficiales del Estado Mayor. Igualmente, la apreciación sobre las derivaciones de los contenidos de la seguridad nacional fue evaluada de diversa manera, en algunos casos restringiéndola al terreno propiamente militar, en otros extendiéndola al campo político nacional, e incluso legitimando la regresión y violación masiva de los derechos humanos.

Si se compara la importancia ideológica de las Fuerzas Armadas en países como Argentina, Uruguay, Brasil y Perú, entre otros, con el papel de las instituciones armadas chilenas en este terreno, se puede apreciar la enorme distancia entre ellas y el peso político diferencial que las primeras han asumido como instituciones de la Defensa.

Este factor de incompatibilidad ideológica entre la principal fuerza de soporte del régimen militar con el resto de los sectores y grupos de apoyo, le ha presentado a las Fuerzas Armadas y a las fuerzas civiles dominantes una contradicción que comenzó a notarse cada vez con mayor nitidez. Tal contradicción se expresó, junto a otras causas y factores, en la permanente pugna entre «privatistas» y «estatistas» que encontró en las Fuerzas Armadas un eco y una

¹³ Tal fue el sentido de las conferencias de Gordon Tullock en la ASUSENA en diciembre de 1980.

¹⁴ Un análisis de las divergencias doctrinarias y las diversas tendencias en el interior de las Fuerzas Armadas en Fernando Bustamante, *El discurso militar*, manuscrito no publicado.

significación que ha sido proporcional a la frustración institucional en estas materias. Como veremos más adelante, esta contradicción se ha constituido en una de las principales fuentes de conflicto, que pueden llevar a las Fuerzas Armadas a una nueva fase en su desarrollo institucional.

Modernización y profesionalización

Aunque no hay una secuencia temporal entre la crisis ideológica de las Fuerzas Armadas y el proceso de modernización y profesionalización observado en estos últimos años, se puede afirmar que su relativo fracaso como fundadoras de un nuevo orden social —precio por la unidad de dirección y verticalidad del mando—, apoyó y profundizó las tendencias corporativas.

Otros factores de importancia que influyeron y reforzaron un mayor desarrollo de las actividades propiamente militares fueron el incremento sustancial del gasto de defensa, la importación masiva de armamento moderno y la puesta en alerta de sus instituciones frente a las hipótesis bélicas que se han barajado en la última década.

El control absoluto del Estado y la prácticamente discrecionada asignación de recursos para las instituciones armadas se ha expresado en un incremento sustancial del gasto militar en este período.

Por su parte, la incorporación masiva de armamento moderno no sólo significó un aumento del gasto en personal, sino que también implicó un conjunto de nuevas construcciones, material logístico, entrenamiento, capacitación y sistema de apoyo para los nuevos modelos.

De esta forma, las Fuerzas Armadas recibieron un reiterado estímulo a su modernización y consiguiente profesionalización, la cual, si bien se vio congelada posteriormente, producto de las medidas económicas recesivas del período de "tratamiento intensivo", volvió a adquirir fuerza a raíz del incremento de las tensiones internacionales en 1977-1982.

El estímulo institucional recibido por el conjunto de las ramas de las Fuerzas Armadas durante este período se dio en el contexto anteriormente analizado de creciente hegemonía del alto mando del Ejército. Desde este punto de vista, el proceso de modernización y profesionalización ocurrido durante estos años reforzó la dirección institucional, incrementando los niveles de corporativización en forma difícilmente comparable con los del pasado.

Esta nueva realidad para las Fuerzas Armadas significó que su reinserción en la sociedad chilena, iniciada en sus aspectos políticos en los años setenta, se vio retrotraída hacia etapas anteriores con la consiguiente segregación social de sus institutos. El efecto conjunto y combinado de un nivel de consumo muy superior a la media histó-

rica, de la disponibilidad de armamento moderno y de la preparación para un eventual conflicto bélico ejercieron una fuerza sobre sus institutos difícil de contrarrestar, convirtiéndolas, nuevamente, en un compartimento estanco dentro de la sociedad. Por tales razones, es perfectamente posible comprender cómo las discrepancias en el interior de la Junta de gobierno, que estallaron en 1978, no lograron alterar la firme base de poder que el alto mando del Ejército continúa ejerciendo hasta hoy.

De esta forma, modernización y profesionalización implicaron un refuerzo del nuevo estado de no-deliberación y obediencia de las instituciones armadas. Ello proporcionó estabilidad al mando superior y al Ejecutivo, y al mismo tiempo flexibilidad para disponer libremente de ese recurso político en el momento necesario.

Este proceso de corporativización se diferencia del observado en el período 1931-1973 en la medida que durante esos años las Fuerzas Armadas se reinsertaron como instituciones en la vida del estado, marginando a la civilidad de sus principales actividades¹⁵. A diferencia de esa etapa, si bien las Fuerzas Armadas se recorporativizan en el actual período, el proceso de inserción institucional en el conjunto del Estado se ve más bien detenido.

De 1931 a 1973 las Fuerzas Armadas habían iniciado un persistente proceso de relación con el conjunto del estado chileno. Sus conexiones institucionales llegaron hasta áreas tan lejanas de su competencia como el deporte y la recreación. Sin embargo, la tendencia que —se podría haber pensado— se iba a profundizar considerando la experiencia histórica, se vio frenada tanto en relación con el ritmo observado en el pasado, como en relación a las posibilidades reales de “inundar” a la sociedad civil¹⁶. La presencia castrense en el resto de las actividades del Estado sólo tiene algunas prolongaciones más allá de las existentes en 1973 y que se explican fundamentalmente por las necesidades del proceso represivo. Así, desde el Ministerio de Defensa se controló el conjunto de las telecomunicaciones y se le dieron mayores atribuciones a cada rama para supervisar sus respectivas áreas a través de la dirección de Aeronáutica, del Litoral, de Fronteras y del Instituto Hidrográfico de la Armada.

De las nuevas actividades en las cuales están representadas institucionalmente las Fuerzas Armadas, se pueden mencionar la Comisión Nacional de Energía Nuclear, la de Energía, la del Cobre, la de Reforma Administrativa y la Corporación del Cobre. Igual-

¹⁵ Un análisis más detallado en: Augusto Varas, Felipe Agüero y Fernando Bustamante, *Chile, democracia, Fuerzas Armadas*.

¹⁶ Sobre este aspecto un análisis en profundidad en: Augusto Varas, “La intervención civil de las Fuerzas Armadas”, en Hugo Fruhling, Carlos Portales y Augusto Varas, *Estado y Fuerzas Armadas en el Proceso Político Chileno*.

mente, se insertan en actividades de comunicación de masas tales como Radio Nacional y el Consejo de Censura Cinematográfica. En todo caso, estas dos últimas actividades sólo muestran la precariedad de la función ideológica que terminan desempeñando.

Junto a la modesta extensión del campo de atribuciones de las Fuerzas Armadas, comparada con la discrecional asignación de fondos públicos, se constata que éstas no permean al estado con su ideología corporativa. Si bien, éste adquiere características fundamentalmente represivas¹⁷, no se implementa, hasta la Constitución de 1980, un modelo de relaciones cívico-militares distinto al existente *de facto*. Así es como el proyecto de Ley de Seguridad Nacional, terminado en 1976 por mandos castrenses, no logra ser considerado. Desde este punto de vista, la presencia militar en el estado se vio reducida a las funciones técnicas realizadas por CONARA y al papel político-militar que desempeñan los intendentes uniformados.

La ausencia de una penetración institucional en el estado y en la administración pública, desestimulada por las razones político-institucionales antes analizadas, inhibió la capacidad de fundar un nuevo orden por parte de las Fuerzas Armadas. Ello, junto al creciente proceso de modernización y profesionalización, tuvo por efecto un cierre corporativo que culminó en el inicio de actividades bélico-industriales.

Las crecientes dificultades políticas internacionales y la imposibilidad de seguir financiando un gasto cada vez mayor en armas, llevó a las Fuerzas Armadas a iniciar un proceso de industrialización bélica de relativa importancia que les abrió amplias perspectivas de desarrollo. A medida que la base de sustentación del alto mando del Ejército, tanto sobre su institución como sobre el resto de las instituciones armadas, pasaba por mantener el nivel logrado de crecimiento de la capacidad bélica, las posibilidades de estabilización económica, que es otro elemento de su sustentación, se vieron amenazadas. Para conjurar este peligro se inició una actividad de "sustitución de importaciones bélicas" que comenzó a

¹⁷ Un estudio de las características del Estado de excepción en: Hugo Fruhling, "La evolución del aparato del Estado en Chile. Del Estado de compromiso al Estado autoritario", mimeógrafo, 1980; y, del mismo autor: "Disciplinando la sociedad. Estado y sociedad civil en Chile, 1973-1978", trabajo presentado a la Primera Conferencia General de la Asociación Chilena de Investigaciones para la Paz (ACHIP), Las Acacias, 23 de julio de 1981. Fruhling indica que las transformaciones ocurridas en el aparato del Estado han sido menores y se han orientado a descentralizar la ejecución de políticas y centralizar su definición. Esto ha implicado una mayor capacidad de control del conjunto de la ciudadanía por parte del Estado, lo que en un contexto de incremento de las medidas y leyes represivas ha significado un mayor nivel de represión institucionalizada.

adquirir cierta importancia. Todo ello contradiciendo flagrantemente los postulados fundamentales que guían la política económica del régimen hasta este momento¹⁸.

Estos desarrollos muestran que las tendencias a la creciente corporativización tienen una base material que, en el caso de las Fuerzas Armadas, se ha traducido en la necesidad de una segregación social, lo que se ha expresado en la idea de un *Ejército Profesional*.

Coincidiendo con la incorporación de nuevos equipos bélicos, se critica la existencia de un Ejército que tenga como base el reclutamiento obligatorio que sólo dura dos años¹⁹. El cuestionamiento a este tipo de organización se fundamenta en la escasa permanencia del contingente reclutado; el gasto que ello implica y la consiguiente destrucción y desperfectos del armamento; la falta de mística y el peligro de la infiltración; la necesidad de una mayor dedicación y profesionalización. Comparando con el personal permanente de la Marina, Fuerza Aérea y Carabineros, al igual que en el caso de países como Canadá, Inglaterra, Australia y Nueva Zelanda, se afirma la necesidad de un Ejército con "una especialización aún mayor para enfrentar con buen éxito la guerra contemporánea. Esta especialización, la entrega, el profesionalismo..., con ello se abarca toda la gama de "ocupaciones" de la profesión militar²⁰.

En suma, la crisis ideológica de las Fuerzas Armadas como elemento fundador de un nuevo orden; la marginación de la acción política directa de sus institutos y la simultánea función de apoyo al régimen; la corporativización acelerada por el aumento de sus medios y recursos, en un contexto de conflictos limítrofes, dan cuenta, en gran parte, de las tendencias a la segregación social y al mismo tiempo muestran el papel que puede jugar en su interior la disputa entre las fracciones de apoyo al régimen. En la medida que las Fuerzas Armadas comiencen a incorporarse a la acción política, producto de las contradicciones en el seno de las fuerzas de apoyo al régimen, en ese mismo momento comenzará a debilitarse su función de soporte del mismo.

¹⁸ Este análisis ha sido tomado de: Augusto Varas, "Relaciones Hemisféricas e Industria Militar en América Latina", en *Socialismo y Participación*, núm. 17, marzo de 1982.

¹⁹ Cf. teniente coronel Jorge Muñoz Pontoy, "Ejército profesional", Memorial del Ejército, núm. 387, enero-abril de 1976. Cabe destacar que las Fuerzas Armadas chilenas, desempeñando la función política de soporte del régimen, si bien se ideologizan no se "politizan" y, por el contrario, aspiran a un mayor nivel de profesionalización. Esto las diferencia radicalmente, por ejemplo, del caso argentino. Cf. Guillermo O'Donnell, "Modernización y golpes militares. Teoría, comparación y el caso argentino", *Desarrollo Económico*, núm. 47, octubre-diciembre de 1972.

²⁰ *Ibid.*

Contradicciones y alternativas institucionales

Las principales contradicciones que han enfrentado las Fuerzas Armadas se han dado en el contexto de la crisis política nacional. Sin entrar en detalles, éstas se podrían resumir en la creciente tensión entre ciertos sectores empresariales deseosos de transferir la totalidad del poder político al capital privado y otros grupos que han intentado retener el control estatal del país²¹. Privatistas y estatistas enfrentaron una misma limitación: carecían de una base social y política lo suficientemente amplia para lograr sus propósitos. Los primeros la buscaron intentando una alianza de centro-derecha. Los segundos, a través de la creación de un movimiento de apoyo a la gestión militar.

En este contexto, las Fuerzas Armadas quedaron enfrentadas a una encrucijada. Por una parte, sus tendencias estadistas tendieron a predominar so pena de perder el control de los recursos del Estado y amenazar su autonomía corporativa frente al peligro de nuevas formas de control civil. Por otra parte, la incorporación activa al juego político que ello implicaba tendió a debilitar el carácter funcional que han tenido hasta este momento, con el consiguiente cuestionamiento de la hegemonía del alto mando del Ejército. Estas tensiones quedaron de manifiesto, por ejemplo, durante la gestión ministerial de los generales Danús y Frez. Situación que vale la pena de analizar más de cerca.

Hasta el momento de la crisis ministerial de septiembre de 1983, todo parecía indicar que las posiciones de algunos oficiales superiores del Ejército se habían consolidado después de su enfrentamiento con la tecnocracia económica gubernamental, especialmente con el Ministro Sergio De Castro y su equipo. Más allá de suposiciones y rumores, tal enfrentamiento fue real.

En efecto, tanto los generales Gastón Frez y Danús —en CODELCO, ODEPLAN, y Ministerio de Economía, respectivamente— desplegaron una permanente crítica a la forma como el equipo económico intentaba manejar la crisis. La devaluación del peso se convirtió en uno de los principales elementos en la pugna cívico-militar al interior del régimen. Tal situación se complicó cuando se comenzaron a sentir los efectos de demostración de la primera devaluación del peso mexicano. Esta imprevista medida concentró la atención del general Danús en ODEPLAN, porque reforzaba sus posiciones frente al Ministerio de Hacienda. Así, éste puso a trabajar a parte de su equipo en analizar las alternativas y efectos que podría tener una medida similar en el caso chileno.

²¹ Un análisis más detallado de esta situación, en: Augusto Varas, "Crisis política y alternativas democráticas"; en: Daniel y otros: *Autoritarismo y Alternativas Populares en América Latina*. FLACSO, San José, 1982.

Las críticas al manejo de la economía que se generalizaron en el interior de algunos círculos castrenses se explica, en parte, por el tipo de contacto que cada miembro del alto mando ha tenido con las actividades productivas del país. A través de las intendencias regionales o bien desde posiciones en la administración central en Santiago, una parte considerable del cuerpo de generales y muchos coroneles —que tienen un papel destacado y referencial en las zonas de sus respectivos regimientos— han visto con preocupación el rápido e irreversible deterioro de las actividades económicas regionales. Por ejemplo, en Iquique, donde se suponía que el “ajuste automático” tendería a mostrarse más ágil dinamizándose la exportación pesquera, la crisis de la Zona Franca arrastró al conjunto de las actividades económicas asociadas, mostrando las rigideces que enfrentaba una recuperación confiada solamente a través de los instrumentos del mercado. Algo similar ocurrió en todas y cada una de las regiones del país.

La imposibilidad de responder dinámicamente a la crisis mediante estos mecanismos activó las presiones sobre los intendentes regionales (la mayoría de ellos del Ejército, salvo algunas excepciones, donde hay marinos o aviadores) los que reaccionaron sin tener canales institucionales disponibles para manifestar o proponer soluciones alternativas, ya que en su calidad de funcionarios de gobierno debían aplicar una política. De esta forma, quedaron social y políticamente entre dos fuegos. Por una parte, los empresarios de la zona respectiva (piénsese en la movilización de los agricultores del Sur) y, por la otra, el Ejecutivo jugándose a fondo por la mantención del “esquema De Castro”. Ya en otros momentos esta misma situación había generado tensiones en el interior del Ejército. Tal fue el caso de la remoción del General Juan Guillermo Toro Dávila de la I División del Ejército, precisamente como producto de sus críticas a la forma como se estaba enfrentando la crisis del sector pesquero exportador.

En este contexto, y a pesar de la falta de transparencia del medio castrense, puede establecerse la plausibilidad de que la presión militar por una política distinta al ajuste automático tuvo un cierto arraigo en el cuerpo de generales. En estas circunstancias se explica el intento del Ejecutivo de solucionar salomónicamente la tensión sustituyendo a Sergio De Castro y al Ministro De la Cuadra y al General Danús en un mismo marco institucional, para así resolver al interior del propio Ejecutivo las tensiones existentes. De este modo, se encapsulaba el conflicto en el interior del gobierno, conjurando el peligro de escalarlo en el interior de las propias ramas de la Defensa.

La solución encontrada por el Ejecutivo no resolvió totalmente el conflicto, ya que no logró superar la crisis de fondo que generó

tal discusión. En la medida que éste se había comprometido personalmente con la mantención del tipo de cambio, el control de la inflación y todas aquellas políticas que eran parte sustancial del ajuste automático, cualquier fórmula que tratara de resolver la crisis, distinta a la defendida por el propio Ejecutivo, habría implicado una erosión de su poder en el interior de las Fuerzas Armadas. En consecuencia, se presenció, una vez más, un cambio de política encabezado por el propio Presidente, lo que tuvo por efecto su consolidación en el interior del Ejército y las otras ramas, a lo menos en el mediano plazo. Este esquema le permitió dirimir la disputa, al tiempo que se mantuvo a una cierta distancia de las tensiones dentro de las Fuerzas Armadas provocadas por sus propias decisiones.

Sin embargo, lo más destacado del breve período en el que se trasluce este esquema de resolución de conflictos fue la incapacidad del equipo militar —Danús y Frez— para darle coherencia al conjunto de políticas reactivadoras. Este ejercicio de cooptación de la disidencia militar se transformó en un boomerang para éstos, en la medida que no fueron capaces de llevar a cabo de manera radical políticas reactivadoras vía acción estatal y absorción de la cesantía.

Los generales Danús y Frez quedaron atrapados en un esquema en el que ellos aparecieron como los responsables de no haber podido llevar a cabo una política sentida por un sector importante de sus compañeros de armas, como resultado de los límites insuperables que les opuso la tecnocracia económica gubernamental. El discurso de despedida del General Frez en ODEPLAN fue ilustrativo al respecto.

Estos sectores castrenses quedaron desprovistos de una política autónoma, diferente y diferenciable de las alternativas barajadas por el Ejecutivo. En la medida que éstos no tuvieron un respaldo económico, teórico, ni orgánico proveniente de grupos civiles, sus fórmulas alternativas se redujeron a tratar de resolver, en ese marco de definiciones macroeconómicas, aspectos críticos generados por el mismo modelo o estrategia global. De esta forma, quedaron sin especificidad político-económica. Desde este punto de vista, se podría ver el resultado de la fracasada gestión Danús-Frez como un abortado intento de modificar una política, sin la fuerza suficiente para realizarlo y, al mismo tiempo, sin la capacidad necesaria para una revisión de fondo del esquema económico.

En otras palabras, tal gestión mostró que las relaciones de poder al interior del régimen siguieron estructuradas en torno a un "equilibrio catastrófico", en el cual el principal punto de conciliación lo pone el propio Ejecutivo. Al revés económico de los generales en el gabinete se le sumó su derrota política como alternativa técnica, si bien no de poder, frente al equipo "de Chicago". Incluso podría

pensarse que detrás de esta corta y fracasada experiencia siempre estuvo presente la ubicuidad presidencial.

Indudablemente, ante tal incapacidad de gestión técnica-económica las posiciones del Ejecutivo se fortalecieron al interior de las instituciones armadas, puesto que junto a este "equilibrio catastrófico" se observó la ausencia de alternativas de poder efectivas al interior de la sociedad civil, y por consiguiente en el interior de las Fuerzas Armadas.

En la medida que las posiciones críticas que emergieron tíbiamente con la gestión Frez-Danús fueron momentáneamente derrotadas, se estrechó el espacio político interno en las instituciones armadas para posibilitar la emergencia de posiciones alternativas a las soluciones impuestas desde el alto mando-Ejecutivo. Con esto se reforzaron las tendencias, inauguradas en 1975, de marginar a las Fuerzas Armadas de la gestión directa del Estado y del gobierno en su calidad de *instituciones*, y de vincular a oficiales superiores en cuanto *individuos* a la gestión gubernamental, por tanto, supeditados no al mando respectivo, sino a la persona del Presidente-Comandante en Jefe.

De este modo, las Fuerzas Armadas resultaron marginadas relativamente de la gestión gubernamental y erosionadas las posiciones disidentes en materias económicas en su interior, sin una alternativa clara y distinta al conjunto de "ajustes pragmáticos" llevados a cabo por el nuevo equipo económico, y finalmente expresado en el Gabinete Jarpa-Escobar.

Neutralizadas en cuanto *instituciones* como gestoras y administradoras del Estado, así como alternativa técnico-económica, las Fuerzas Armadas terminan relegadas a sus funciones legislativas en cuanto Junta Militar. Este papel institucional les ha permitido plantearse como contrabalance al peso incontrarrestado del Ejército-Comandante en Jefe, con lo cual se ha generado en el último tiempo un interesante sistema de contradicciones que se han expresado en la resistencia de la Junta Militar a disminuir su capacidad de control político, endosándole parte de sus funciones al Consejo de Estado. Estas nuevas contradicciones han surgido producto de la puesta en práctica de la Constitución de 1980, y la ausencia de un claro itinerario de transición hacia ella.

El ejemplo del general Prats

PATRICIO PALMA

I

Nuestro país vive horas difíciles. La crisis que conmueve a la sociedad en su conjunto ha terminado por ser reconocida por todos los sectores sociales y políticos. Cada chileno, civil o militar, enfrenta el imperativo de reflexionar sobre la situación y actuar en consecuencia. En otro momento crítico de nuestra historia, hace quince años, el general Carlos Prats se vio colocado frente a un desafío similar. Y lo asumió con la responsabilidad que exigía de él su investidura de Comandante en Jefe del Ejército de Chile.

¿Qué lecciones emanan de su actitud de entonces?

¿Qué valor actual tienen sus planteamientos como estadista y entrega militar?

¿En qué medida su pensamiento y su acción trascienden los acontecimientos en los que le correspondió participar directamente?

No es tarea sencilla responder a estas interrogantes. Una reflexión objetiva sobre la figura de Carlos Prats tropieza, en primer lugar, en que los sucesos en que el General jugó un papel relevante

Patricio Palma es Doctor en Ciencias Históricas por la Universidad Karl Marx de Leipzig, República Democrática Alemana. El trabajo que publicamos forma parte del Seminario "El pensamiento democrático del general Carlos Prats", realizado en México a principios de 1985.

se proyectan aún directamente sobre el acontecer nacional. Se trata de sucesos ya incorporados a nuestra historia, pues sin duda, marcaron un hito en su desarrollo. Pero son, al mismo tiempo, dramáticamente actuales. Respecto de ellos no cabe neutralidad y, en esa medida, impregnan el accionar de las fuerzas que hoy protagonizan los graves conflictos sociales y políticos que ha agudizado el régimen militar. De aquí que en el campo de los que ayer impugnaron la conducta de Prats subsisten todavía visiones interesadas, que apuntan a deformar sus posiciones y enlazar su trayectoria.

En segundo término, una tal reflexión debe tener presente que la dialéctica entre la actuación objetiva del general Prats y su posición subjetiva no admite una reducción esquemática. Preciso es evitar la fácil tentación de aplicarle una "etiqueta" política o ideológica. El General actuó en los marcos de un proceso revolucionario y, en los hechos, asumió responsabilidades en su conducción. Su incorporación al proceso, sin embargo, no resultó de definiciones políticas militantes, sino que se realizó desde la particular óptica de lo que entonces era un militar profesional "no deliberante". Un examen sereno de su actuación entre los años 1970 y 1973 lo muestra como un hombre guiado por sólidos principios: un acendrado patriotismo, profundas convicciones democráticas y con un gran sentido de lealtad. Un hombre libre de prejuicios, que no colocó en su visión política una frontera preestablecida respecto de la profundidad de las transformaciones que exigía el progreso social de su país. Una visión que, por lo mismo, fue adquiriendo contornos más nítidos al calor de su directa participación en los acontecimientos. En estas condiciones, el examen de la intervención práctica del general Prats en los asuntos políticos pasa a ser el criterio decisivo para intentar un juicio sobre su posición.

Por último, la reflexión debe, necesariamente, considerar el entorno social y político de la actuación de Prats. Incorporado al proceso revolucionario desde una perspectiva singular, los grandes parámetros que enmarcaron tanto su concepción del mundo y de la sociedad como su conducta política concreta no pueden por cierto abstraerse de aquellos que servían de referente a las luchas de clases en Chile en esos momentos: El carácter y los objetivos de las transformaciones que requería la sociedad; los medios y los métodos que entonces se emplearon para impulsar esas transformaciones. Esos parámetros se han modificado radicalmente en estos doce años de dictadura militar. Muy pocos chilenos discuten ya la absoluta necesidad y la urgencia de adoptar medidas económicas enfiladas tanto a superar los principales obstáculos que bloquean al país en definitiva, medidas orientadas a superar la crisis estructural de la economía chilena, como a resolver los angustiosos problemas que agobian a la mayoría de la población. Pero es ya también evidente

que la adopción de tales medidas presupone un cambio político. Su realización exige antes materializar en un nuevo régimen democrático, el consenso creado en torno a su necesidad. Entre 1970 y 1973 el General Prats sustentó a un gobierno constitucional, generado a través de mecanismos que, si bien imperfectos, expresaban la opinión de los ciudadanos. Esos mecanismos ya no existen. Esta realidad coloca hoy a militares y civiles de vocación democrática frente a la tarea de conquistar previamente el derecho a plantear sus opiniones y a ponerlas en práctica si han encontrado el respaldo suficiente.

Teniendo presente estos problemas, evocaremos en lo que sigue tres momentos de la actuación del General Carlos Prats, en los que resaltan sus claras posiciones respecto a tres asuntos que hoy se ubican en el centro de la discusión política chilena:

- a) la relación entre civiles y militares en un proceso de transformación social;
- b) la relación entre el carácter de un proceso de cambios (sus metas perspectivas) y el contenido de la doctrina de las instituciones armadas; y
- c) la relación entre los objetivos y los métodos de la transformación social.

II

La situación creada en Chile a partir de septiembre de 1970 colocó objetivamente a las Fuerzas Armadas en el centro de las luchas políticas. Y, como no tardaría en quedar de manifiesto, convirtió a sus mandos en actores principales de aquellos conflictos.

En el marco de una favorable coyuntura internacional, regional y subregional, las condiciones específicas de la sociedad chilena de entonces crearon la posibilidad de iniciar la excepcional experiencia que vivió nuestro país durante los tres años siguientes. Fruto de un prolongado proceso, al que no habían sido ajenas las luchas de la clase obrera y otras capas de trabajadores la solidez de la institucionalidad existente alcanzaba también a las instituciones armadas. En sus filas, incluso a nivel del Alto Mando, existían hombres que sustentaban firmemente una doctrina "constitucionalista". Como tuvo ocasión de precisar el propio General Prats, esta doctrina subrayaba la potestad presidencial sobre unas instituciones "esencialmente profesionales, jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes", en tanto subsistiera el "Estado de Derecho"¹. La reafirmación de estos criterios por el General Schneider, pocos días

¹ Así definía el artículo 22 de la Constitución Política del Estado a las Fuerzas

antes de ser asesinado por un comando golpista², no fue sino la expresión del pensamiento entonces dominante entre los hombres de armas. Lo cual contribuye a explicar el fracaso de los primeros planes conspirativos orientados a bloquear por medios militares el proceso de transformaciones³.

Las tesis de Schneider, formalizadas en el entorno de la crisis institucional que detonó el movimiento militar encabezado por el General Viaux en 1969⁴, no pretendían ciertamente facilitar el inicio de un proceso revolucionario en Chile.

En esencia, apuntaban a fortalecer una institucionalidad entonces amenazada concretamente "desde la derecha". En ello radicaba precisamente su contenido democrático. A nivel de la doctrina de las instituciones armadas, sin embargo, tales tesis coexistían con las orientaciones profundamente antidemocráticas que sustenta la llamada impropriamente "doctrina de la seguridad nacional". Estas orientaciones, principalmente concebidas y elaboradas por políticos y militares norteamericanos, transmitidas a nuestras instituciones de defensa por instructores norteamericanos y enfilados en último término a cautelar intereses también norteamericanos, habían encontrado eco en los círculos civiles y militares chilenos más refractarios al progreso social⁵. La potencia del movimiento popular y democrático, sumada a la existencia de jefes militares que no compartían lo esencial de aquella doctrina militarista, habían sido hasta entonces capaces de impedir el quiebre del ordenamiento institucional. Pero, ¿qué iba a ocurrir cuando cambiaran drásticamente

Armadas. Prats lo reitera en noviembre de 1972, recalcando la potestad presidencial. V. General Prats, c., "La Doctrina Schneider" (Respuesta a P. Aylwin). En: *El Mercurio*, 5-XI-72, Stgo.

² V. Garcés, Joan E., *Allende y la experiencia chilena*. Ed. Aries, Barcelona, 1976, Cap. VII.

³ V. United States Senate, *Hearings before the select Committee to Study Governmental Operations with respect to Intelligence Activities*. 94 th. Congress, 1 st. Sesión, December 4 and 5, 1975. Vol. 7, Appendix A, *Cover Action in Chile, 1963-1973*. Pese a la censura que afectó la publicación de buena parte del material probatorio, queda aquí demostrada la escandalosa intervención norteamericana en los asuntos internos chilenos.

⁴ Tomando pie en el deterioro de la situación material de los militares durante la administración de Eduardo Frei, el General Roberto Viaux encabezó un movimiento militar en octubre de 1961. Pocos meses después, el jefe del movimiento "reivindicativo" mostró su verdadera faz: Viaux, en contacto con la CIA, organizó el intento de rapto del General Schneider que culminó en el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército. Con ello se esperaba precipitar un golpe de Estado que impidiera el acceso de Allende a la Presidencia.

⁵ V. entre otras publicaciones, Baraona, P. y otros, *Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional*. Ed. Portada, Stgo. 1973. Los diferentes trabajos de ideólogos civiles del golpe militar en Chile apuntan a exaltar una función mesiánica de las instituciones armadas, en una clara perspectiva antidemocrática.

los presupuestos económicos y políticos de aquella institucionalidad?

De esta situación concreta daba cuenta la concepción política general de la Unidad Popular: en 1970 la coalición podía acceder al gobierno del país en el marco de elecciones presidenciales, pero no resolver de inmediato el problema del poder del Estado. En otras palabras, la correlación de fuerzas existente, posibilitaba iniciar un proceso de transformaciones socioeconómicas, pero no aseguraba su irreversibilidad. La solución de este problema —en definitiva, la configuración de un nuevo poder político— dependía de que el movimiento popular lograra, al influjo y en el contexto de los cambios iniciados, elevar su influencia en la sociedad, ganar aliados para su proyecto y generar con ello una correlación de fuerzas superior.

La política militar implícita en esa concepción reflejaba también lo específico de la situación descrita. Careciendo la Unidad Popular de una fuerza militar propia significativa, la suerte del proceso de transformaciones dependería decisivamente de que el movimiento popular lograra obtener de las instituciones armadas, o al menos de parte significativa de ellas, respaldo para su proyecto. Si bien un desenlace armado no podía descartarse totalmente, como efectivamente ocurrió, la Unidad Popular se jugaba por evitarlo. Su política militar se orientaba necesariamente a impedirlo. Así, que se diera esa situación, no deseada, dependería sobre todo de la conducta que asumieran los sectores que se oponían a los cambios que impulsaba el gobierno.

Sabido es que la necesidad se abre paso a través de lo casual. El Presidente Allende decidió nombrar Comandante en Jefe del Ejército al General que detentaba la primera antigüedad al momento del asesinato del General Schneider. Con ello, correspondió al General Carlos Prats interpretar, desarrollar y —sobre todo— traducir a la práctica los planteamientos de su antecesor en el cargo, en las nuevas condiciones. Un hombre que, como militar, comprendía perfectamente que de la conducta que asumieran las Fuerzas Armadas y sus integrantes, en especial el Alto Mando, dependía en gran medida el éxito o el fracaso de la experiencia que iniciaría el país. Y que, por la misma razón, tenía claro que un fracaso conduciría a una tragedia de enormes proporciones: La tragedia que hoy vive Chile.

De esta comprensión emanaron los objetivos fundamentales de su acción de mando, reseñados posteriormente en su carta-renuncia. Prats era conciente de que “el ejército ya había dejado de ser un compartimento estanco de la comunidad nacional” y que las presiones, tensiones y resistencias propias del proceso en marcha “iban a perturbar cada vez más intensamente la tradicional margi-

nación del ejército del quehacer político contingente”⁶. El General no desconocía, sin duda, el carácter relativo de aquella “marginación”. Recalca con todo un hecho real: el inevitable compromiso directo de los hombres de armas en las luchas de clases que se aproximaban. De allí su noble decisión como jefe militar. De una parte se plantea afianzar la cohesión intrainstitucional y garantizar la verticalidad del mando para así encausar al ejército en la doctrina “constitucionalista”. De otra, abrir las Fuerzas Armadas a una activa participación en las grandes tareas del desarrollo nacional, comprometerlas institucionalmente en la empresa de transformaciones que se iniciaba⁷.

Preciso es señalar el alcance de estas definiciones, para no proyectar una imagen deformada de las relaciones que se establecieron entre Prats y los partidos de la Unidad Popular. El General no propone ni suscribe un compromiso entre las instituciones armadas y el Gobierno Popular que integran esos partidos. Son su vocación democrática y su convicción de que las transformaciones planteadas por la Unidad Popular eran indispensables para el progreso de Chile las que lo llevan a adoptar esas dos decisiones, coincidentes con la política que seguía la coalición popular.

La fuerza y los límites de la doctrina “constitucionalista” se esclarecieron durante los tres años siguientes. Hasta el tristemente célebre Bando N° 5 de la Junta Militar que emerge del golpe de septiembre de 1973 se ve obligado a reconocer que el gobierno derrocado era “legítimo en su origen”. No casualmente en el plan que desembocó en la instauración de la dictadura ocupó un lugar central la campaña para deslegitimar la gestión del Gobierno Popular ante considerables sectores de la población y entre los propios militares⁸.

Solamente cuando se alcanzó este objetivo se crearon en las Fuerzas Armadas condiciones favorables al golpe de Estado.

Precisamente por su relación con este problema, la segunda definición de Prats tenía un alcance estratégico. Sólo un ingenuo —y Prats no lo era— podía pretender de las Fuerzas Armadas un respecto abstracto, puramente formal a la letra de la Constitución. En definitiva, la transformación de una sociedad no se reduce sólo a la interpretación de los textos existentes. Así la vigencia de la doctrina militar “constitucionalista” se supeditaba en última instancia a que

⁶ General Prats, C., Carta-renuncia a sus cargos de Comandante en Jefe del Ejército de Chile y de Ministro de Estado, 23-VII-73. Extracto en: García, Pío (Ed.), *Las Fuerzas Armadas y el golpe de Estado en Chile* (recopilación de la revista *Chile hoy*), Ed. Siglo XXI, México, 1974, pp. 213. Texto íntegro en: *Una vida por la legalidad*, FCE, México, 1976, pp. 81-84.

⁷ Id.

⁸ V. por ejemplo las recientes declaraciones de Orlando Sáez, entonces uno de los dirigentes civiles de esa campaña, a la revista *Cauce*, N° 20, 3-IX-84. Stgo.

sado con la editorial de Santiago, le permitirían imprimir el "Historial Mítico del Ejército". Este era su propio sueño. Su mujer lo había comprendido y estimulado, no objetándosele jamás que era mucho más práctico destinar ese dinero a adquirir también una propiedad, como constantemente se lo recalaba su amiga Elsitita. La portada brillante y coloreada, que había imaginado para su obra, la veía ante sus ojos como un desmenuzado y borroso afiche, de esos que han permanecido largos años pegados en una pandereta derruida... Con voz muy débil, habló:

—Mi General, reconozco que el comandante Espíndola me entregó un cheque por diez mil escudos, que cobré en Santiago. No puedo, sin embargo, decir el destino que di al dinero. Es una cuestión de honor.

—Efectivamente, Mayor; ésta es una cuestión de honor; no sujeta al Reglamento de Disciplina ni al Código de Justicia Militar. En usted reconozco a un jefe distinguido y a un excelente Oficial de Estado Mayor; pero, lo ocurrido me impone cumplir un deber que no puedo eludir: debo someterlo a un Tribunal de Honor. Lo siento... realmente...

—“Si algún oficial, de cualquier jerarquía que sea, cometiere un acto deshonesto para sí o para la unidad, cuerpo o repartición en que sirve, podrá ser sometido a un Tribunal de Honor, para que juzgue si puede continuar en el servicio.” Así legaliza el artículo 203 del Código de Justicia Militar este Tribunal, que hoy constituimos, destinado a juzgar en conciencia el caso del mayor Roberto Ramírez Moreno, en virtud de lo ordenado por el Comandante en Jefe de la III División de Ejército y ante la acusación formulada en su contra por el abogado de la señora Elsa Carrasco viuda de Espíndola. ¡Secretario, lea los antecedentes!

El Presidente del Tribunal, coronel Orellana, se sentó y el Secretario, teniente-coronel Inzunza, procedió a leer el escrito del abogado Sepúlveda, dirigido al Comandante en Jefe de la III División del Ejército. Los otros tres vocales del Tribunal, teniente-coroneles Ferrada, Garrido y Benavente, escucharon con atención.

Los antecedentes expuestos por el abogado eran precisos. En el talonario de cheques adjunto, su último talón registraba con fecha primero de junio, la suma de diez mil escudos a nombre de “R. Ramírez”, quedando un saldo de 430 escudos. Se acompañaba, también, un certificado del Banco de Santiago que establecía que el cheque había sido cobrado el dos de junio, registrándose la cédula de identidad de Roberto Ramírez.

Después de una corta deliberación entre los cinco miembros del Tribunal, se acordó que era innecesario efectuar mayores diligencias previas y sólo procedía imponer, al acusado, del cargo que se le

imputaba, dándole cuarenta y ocho horas para que presentara su defensa escrita.

El comandante Inzunza se sentó a la máquina de escribir a redactar el acta. Su rostro estaba contraído de sincera amargura; era amigo de Ramírez y lo admiraba por su extraordinaria calidad humana.

—¿Qué pudo ocurrir? —se preguntó, mientras mecánicamente escribía las frases rituales del encabezamiento.

Dos días después, el mayor Ramírez abrió la puerta de la sala donde funcionaba el Tribunal. Los cinco vocales lo esperaban en silencio; sus rostros eran inexpresivos.

—¡Siéntese, Mayor!

La frase del coronel Orellana sonó hueca.

Ramírez ocupó la silla que le indicara el Coronel y esperó.

—Hemos analizado su breve escrito, Mayor —comenzó a decir el Coronel—. En verdad, no es una defensa ni un descargo, de modo que no nos deja alternativas para agotar la investigación. Usted reconoce haber cobrado los diez mil escudos, pero insiste en que no puede declarar qué hizo con ese dinero. Ofrece devolver cinco mil escudos a la viuda y está dispuesto a reconocer la deuda del resto, que sólo podrá reintegrar cuando logre reunir el saldo. Todo esto no basta para borrar su acto deshonesto. Bien sabe que debemos tomar un acuerdo por votación y que tres votos en contra suya significan la declaración de que usted no puede continuar en el Ejército...

—Sí, mi Coronel; lo sé muy bien —interrumpió Ramírez, casi con mordacidad.

—¡Ramírez —intervino con vehemencia el comandante Ferrada—, su caso es muy extraño! ¿Por qué quiere tirarlo todo por la borda? ¿Usted tiene una carrera brillante y un hogar honorable que defender! ¿Por qué tanta porfía en ocultar lo que hizo con el dinero? ¿Qué futuro tiene por delante si deja el Ejército con este baldón?

—Perdone, mi Comandante, no se trata de porfía; pero, no puedo... —empezó a decir Ramírez.

En ese instante se sintieron unos golpes discretos en la puerta de la sala. El capitán Luengo pidió permiso para entrar. Se acercó al coronel Orellana y le habló al oído. El Presidente del Tribunal hizo una mueca extraña y movió afirmativamente la cabeza, sin decir nada. Luego, volviéndose a Ramírez, le ordenó, con expresión dubitativa:

—¡Mayor, pase a la otra oficina y permanezca allí!

Ramírez se puso de pie y saludó militarmente; su rostro reflejaba sorpresa e inquietud cuando cruzaba la puerta. Los vocales miraron expectantes al Coronel. Este exclamó:

—¡El sargento Mujica pide ser escuchado por el Tribunal para

informar de algo muy importante en relación con lo que investigamos!

—Y volviéndose al capitán Luengo, agregó:

—¡Que pase inmediatamente!

El Sargento sostenía una hoja de papel en su mano derecha. Los vocales lo observaron con curiosidad. Todos sabían que él era el dactilógrafo del Cuartel General y que había trabajado de auxiliar del extinto.

—¡Permiso, mi Coronel!... —empezó a decir el sargento—. Me he permitido traer este telegrama... que acabo de encontrar en los cajones de mi comandante Espíndola, que en paz descanse, cuando estaba preparando el acta de entrega de la Sección.

Luego de un instante de vacilación, agregó con vehemencia:

—Creo que por lealtad a mi mayor Ramírez tengo la obligación de entregarlo al Tribunal.

Se acercó a la mesa y en ella depositó el papel que traía, volviendo de inmediato a adoptar la posición militar.

El coronel Orellana leyó para sí el texto del telegrama. En seguida aclaró para los demás:

—Este telegrama fue colocado en Santiago el dos de junio, a las diez y media de la noche, y dice así: "Comandante Espíndola. Cuartel General III D. E. Concepción. Pagué suma exigida. PUNTO Reglamentos en mi poder PUNTO Regreso mañana. Mayor Ramírez".

Los cuatro comandantes se miraron entre sí, con expresión de perplejidad.

—Gracias, Sargento —dijo el Coronel.

El mayor Ramírez empezó lentamente a declarar, mientras el comandante Inzunza registraba apresuradamente sus frases. Los demás miembros del Tribunal escuchaban expectantes.

—El comandante Espíndola estuvo en Santiago el 31 de mayo, para retirar del Estado Mayor del Ejército los nuevos reglamentos secretos de movilización militar. Salió a las seis de la tarde del Ministerio de Defensa y pasó a la oficina de su amigo el arquitecto Echeverría, para ver los planos de la casa que tenía proyectado construir. Salieron tarde de allí y el señor Echeverría lo invitó a comer a un restaurante de calle Catedral, pues debía tomar el tren nocturno, de regreso a Concepción, a las diez de la noche. Al salir del restaurante, ambos se encontraron con la desagradable sorpresa que la citroneta del señor Echeverría había sido abierta y, junto con sustraer algunos efectos personales del arquitecto, se habían robado el portadocumentos del comandante Espíndola, que contenía los reglamentos secretos de movilización militar y que él tuvo la debilidad de dejar en el auto. En su desesperación, el Comandante optó por regresar a Concepción con el propósito de dar cuenta a mi General de

lo ocurrido, mientras el señor Echeverría hacía diligencias para ubicar a los autores del robo. El Comandante llegó en la mañana del primero de junio al Cuartel General y sólo a mí me confidenció su grave problema. Estaba a punto de informar a mi General, cuando recibió un llamado telefónico de Santiago. Un individuo anónimo le dijo que tenía el portadocumentos y que, por los papeles que encontró en él, había identificado al Comandante como su dueño. Le agregó que él no era espía ni traidor; pero que se daba bien cuenta de la importancia de los reglamentos secretos que tenía en su poder; por lo que se los devolvería previo pago de diez mil escudos en dinero efectivo. Lo citó para encontrarse, de uniforme, en el Parque Forestal esquina de Miraflores, el día dos de junio, a las nueve de la noche, y que si hacía cualquier gestión policial, los reglamentos no los recuperaría jamás y él y sus cómplices sabrían cómo sacarles provecho. El comandante Espíndola bien comprendía que su lamentable descuido lo implicaba en el delito señalado por el artículo 257 del Código de Justicia Militar, que sanciona a quien por negligencia o inobservancia de la reglamentación, dé lugar a la sustracción de documentos secretos. Pero, al día siguiente, tenía que dictar una conferencia de guarnición y, dada nuestra íntima amistad, me rogó que lo remplazara en la ingrata tarea. No vacilé en hacerlo. Pedí permiso, viajé a Santiago, cobré el dinero y a las nueve de la noche me encontré con los chantajistas en el lugar indicado. Cuatro individuos se apostaron en las cercanías para prevenir una celada policial, mientras rápidamente intercambiamos el dinero y los documentos con un sujeto siniestro, con aspecto de hampón. Cuando terminó todo, quise llamar por teléfono a Espíndola, comprendiendo su impaciencia. Me dirigí al centro y no pude ubicar un teléfono público para hablar a larga distancia. Entonces pasé al Telégrafo y le puse el telegrama "extrarrápido" que ustedes ya conocen...

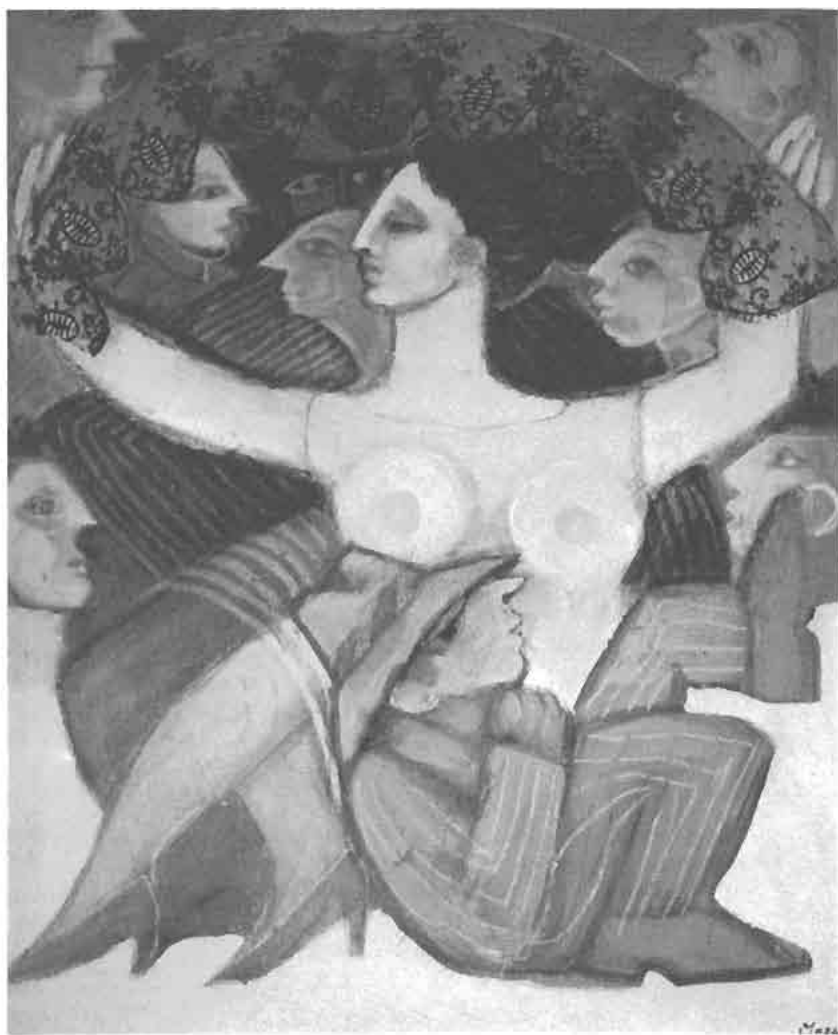
Los miembros del Tribunal de Honor se miraron de reojo, interrogativamente. Ninguno habló.

El mayor Ramírez sentía que su vista se nublaba. Entre las lágrimas, que pugnaba por contener, surgía el borroso recuerdo del rostro inmóvil y azulado de su amigo muerto, enmarcado en el lúgubre rectángulo de vidrio del ataúd, que contenía su cuerpo semidestrozado. A esta imagen se superpuso, por un instante, la del rostro dolorido de Elsitá, que parecía hacerle un gesto de reproche.

—Gracias, Mayor, puede retirarse —dijo el Coronel.

Los cinco vocales del Tribunal de Honor se pusieron de pie mientras el Mayor salía lentamente de la sala.





Variaciones sobre Juan Rulfo

1

Verdad y mentira en la creación literaria

JUAN RULFO

Todo escritor que crea es un mentiroso; la literatura es mentira, pero de esa mentira sale una recreación de la realidad; recrear la realidad es, pues, uno de los principios fundamentales de la creación. Considero que hay tres pasos; así como en la sintaxis hay tres puntos de apoyo: sujeto, verbo y complemento, así también en la imaginación hay tres pasos: el primero de ellos es crear el personaje, el segundo crear el ambiente donde ese personaje se va a mover y el tercero es cómo va a hablar ese personaje, cómo se va a expresar, es decir, darle forma. Estos tres puntos de apoyo son todo lo que se requiere para contar una historia. Ahora, yo sí le tengo temor a la hoja en blanco, y sobre todo al lápiz, porque yo escribo a mano.

Cuando empiezo a escribir no creo en la inspiración, el asunto de escribir es un asunto de trabajo: ponerse a escribir a ver qué sale y llenar páginas y páginas, para que de pronto aparezca una palabra que nos dé la clave de lo que hay que hacer, de lo que va a ser aquello. A veces resulta que escribo cinco, seis o diez páginas y no aparece aquel personaje que yo quería que apareciera, aquel personaje vivo que tiene que moverse por sí mismo; cuando de pronto aparece y surge, uno lo va siguiendo, uno va tras de él. En la medida en que el personaje adquiere vida se puede entonces ver hacia dónde va; siguiéndolo lo lleva a uno por caminos

desconocidos, pero que estando vivo conducen a una realidad o a una irrealidad, si se quiere. Al mismo tiempo, se logra crear lo que, al final, parece que sucedió o pudo haber sucedido o pudo suceder, pero nunca ha sucedido. Entonces creo yo que en esta cuestión de la creación es fundamental saber perfectamente que uno va a decir mentiras, que si se entra en la verdad, en la realidad de las cosas conocidas, en lo que uno ha visto o ha oído, está haciendo historia, reportaje.

A mí me han criticado mucho mis paisanos porque cuento mentiras, porque no hago historia o porque todo lo que platico o escribo —dicen— nunca ha sucedido; y así es. Para mí lo primordial es la imaginación. Dentro de esos tres puntos de apoyo de que hablábamos antes está la imaginación circulando; la imaginación es infinita, no tiene límites, y hay que romper donde se cierra el círculo; hay una puerta, puede haber una puerta de escape, y por esa puerta hay que desembocar, hay que irse. Así aparece otra cosa que se llama intuición; la intuición lo lleva a uno a adivinar algo que no ha sucedido, pero que está sucediendo en la escritura.

Concretando: se trabaja con imaginación, intuición y una verdad aparente; cuando esto se consigue, entonces se logra la historia que uno quiere dar a conocer. Creo que eso es, en principio, la base de todo cuento, de toda historia que se quiera contar.

2

“Pedro Páramo”, treinta años después

JUAN RULFO

Mis amigos de la agencia Efe me recuerdan que *Pedro Páramo* cumplió 30 años este mes de marzo*. *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* han caminado por el mundo no gracias a mí, sino a los lectores con quienes ahora deseo compartir mi experiencia. Nunca me imaginé el destino de esos libros. Los hice para que los leyera dos o tres amigos, o más bien por necesidad.

En 1933, cuando llegué a la ciudad de México, aún no tenía 15 años. En la preparatoria no me revalidaron mis estudios de Guadalajara y sólo pude asistir como oyente. Viví al cuidado de un tío, el

* En marzo de 1985 se cumplieron, efectivamente, treinta años de aparición de la primera edición de la novela. Con ese motivo, Rulfo escribió este texto, a pedido de la agencia española Efe.

coronel Pérez Rulfo, en el Molino del Rey, escenario que fue de una batalla durante la invasión norteamericana de 1847 y que hoy es cuartel de guardias presidenciales junto a la residencia de los pinos. Mi jardín era todo el bosque de Chapultepec. En él podía caminar a solas y leer.

No conocía a nadie. Convivía con la soledad, hablaba con ella, pasaba las noches con mi angustia y mi conciencia. Hallé un empleo en la oficina de migración y me puse a escribir una novela para librarme de aquellas sensaciones. De *El hijo del desaliento* sólo quedó un capítulo, aparecido mucho tiempo después como "Un pedazo de noche".

Tuve la fortuna de que en migración trabajara también Efrén Hernández, poeta, cuentista, autor de *Tachas* y director de *América*. Efrén se enteró, no sé cómo, de que me gustaba escribir en secreto y me animó a enseñarle mis páginas. A él le debo mi primera publicación. "La vida no es muy seria en sus cosas."

No soy un escritor urbano. Quería otras historias, las que imaginaba a partir de lo que vi y escuché en mi pueblo y entre mi gente. Hice "Nos han dado la tierra" y "Macario". En 1945, Juan José Arreola y Antonio Latorre publicaron estos cuentos en la revista *Pan*, de Guadalajara.

En la posguerra entré como agente en la Goodrich-Euskadi. Conocí toda la República, pero tardé tres años en dar otra colaboración, "La cuesta de las comadres", a la revista *América*. Efrén Hernández logró sacarme también "Talpa" y "El llano en llamas", en 1950, y "Diles que no me maten", en 1951.

Al año siguiente, Arnaldo Orfila Reynal, Joaquín Díez Canedo y Ali Chumacero iniciaron en el Fondo de Cultura Económica la serie *Letras mexicanas*. Me pidieron mis cuentos, y con el título de *El llano en llamas*, el volumen empezó a circular en 1953. Acababa de establecerse el Centro Mexicano de Escritores con parte de la segunda promoción de becarios, con Arreola, Chumacero, Ricardo Garibay, Miguel Guardia y Luisa Josefina Hernández. Cada miércoles por la tarde nos reuníamos a leer y criticar nuestros textos en una casa de la avenida de Yucatán. Presidían las sesiones Margaret Shedd, directora del centro, y su coordinador, Ramón Xirau.

En mayo de 1954 compré un cuaderno escolar y apunté el primer capítulo de una novela que durante muchos años había ido tomando forma en mi cabeza. Sentí por fin haber encontrado el tomo y la atmósfera tan buscada para el libro que pensé tanto tiempo. Ignoro todavía de dónde salieron las intuiciones a las que debo *Pedro Páramo*. Fue como si alguien me lo dictara. De pronto, a media calle, se me ocurría una idea y la anotaba en papelitos verdes y azules.

Al llegar a casa, después de mi trabajo en el departamento de

publicidad de la Goodrich, pasaba mis apuntes al cuaderno. Escribía a mano, con pluma fuente Sheaffers y en tinta verde. Dejaba párrafos a la mitad, de modo que pudiera dejar un rescoldo o encontrar el hilo pendiente del pensamiento al día siguiente. En cuatro meses, de abril a agosto de 1954, reuní 300 páginas. Conforme pasaba a máquina el original destruía las hojas manuscritas.

Llegué a hacer otras tres versiones que consistieron en reducir a la mitad aquellas 300 páginas. Eliminé toda divagación y borré completamente las intromisiones del autor. Arnaldo Orfila me urgía a entregarle el libro. Yo estaba confuso e indeciso. En las sesiones del centro, Arreola, Chumacero, la señora Shedd y Xirau me decían: "Vas muy bien". Miguel Guardia encontraba en el manuscrito sólo un montón de escenas deshilvanadas. Ricardo Garibay, siempre vehemente, golpeaba la mesa para insistir en que el libro era una porquería.

Coincidieron con él algunos jóvenes escritores invitados a nuestras sesiones. Por ejemplo, el poeta guatemalteco Otto Raúl González me aconsejó leer novelas antes de sentarme a escribir una. Leer novelas es lo que había hecho toda mi vida. Otros encontraban mis páginas *muy faulkerianas*, pero en aquel entonces yo aún no leía a Faulkner.

No tengo nada que reprocharles a mis críticos. Era difícil aceptar una novela que se presentaba con apariencia realista, como la historia de un cacique, y en verdad es el relato de un pueblo: una aldea muerta en donde todos están muertos. Incluso el narrador, y sus calles y campos son recorridos únicamente por las ánimas y los ecos capaces de fluir sin límites en el tiempo y en el espacio.

El manuscrito se llamó sucesivamente *Los murmullos* y *Una estrella junto a la luna*. Al fin, en septiembre de 1954, fue entregado al Fondo de Cultura Económica con el título de *Pedro Páramo*. En marzo de 1955 apareció en una edición de 2.000 ejemplares. Archibaldo Burns hizo la primera reseña, negativa, en *México en la Cultura*, el gran suplemento que dirigía en aquellos años Fernando Benítez, con el título de *Pedro Páramo o la unción y la gallina*, que jamás supe qué diantres significaba.

En la *Revista de la Universidad*, el propio Ali Chumacero comentó que a *Pedro Páramo* le faltaba un núcleo al que concurrieran todas las escenas. Pensé que era algo injusto, pues lo primero que trabajé fue la estructura, y le dije a mi querido amigo Ali: "Eres el jefe de producción del Fondo y escribes que el libro no es bueno". Ali me contestó: "No te preocupes, de todos modos no se venderá". Y así fue: unos 1.000 ejemplares tardaron en venderse cuatro años. El resto se agotó regalándolos a quienes me lo pedían.

Pasé los años siguientes en Veracruz, en la comisión de Papa-loapan. Al volver me encontré con artículos como los de Carlos

Blanco Aguinaga, Carlos Fuentes y Octavio Paz, y supe que Mariana Frenk estaba traduciendo *Pedro Páramo* al alemán, Lysander Kemp al inglés, Roger Lescot al francés y Jean Lechner al holandés.

Cuando escribía en mi departamento de Nazas 84, en un edificio donde habitaban también el pintor Coronel y la poetisa Eunice Odio, no me imaginaba que treinta años después el producto de mis obsesiones sería leído incluso en turco, en griego, en chino y en ucraniano. El mérito no es mío. Cuando escribí *Pedro Páramo* sólo pensé en salir de una gran ansiedad. Porque para escribir se sufre en serio.

En lo más íntimo, *Pedro Páramo* nació de una imagen y fue la búsqueda de un ideal que llamé Susana San Juan. Susana San Juan no existió nunca: fue pensada a partir de una muchachita a la que conocí brevemente cuando yo tenía tres años.

Ella nunca lo supo y no hemos vuelto a encontrarnos en lo que llevo de vida.

3

De una charla con Juan Rulfo

FERNANDO BENITEZ

Algunos de los mejores momentos de mi vida los he pasado charlando con Juan Rulfo después de la media noche y muchas veces me he preguntado si verdaderamente lo conozco. Siempre deja una sensación de tristeza, de lejanía, de que está en otra parte a pesar de que habla con una naturalidad absoluta, empleando el lenguaje refinado y popular de sus personajes, un lenguaje que él mismo se ha inventado y que no encontré nunca en ningún otro escritor.

—*Cuéntame algo de las gentes de tu provincia.*

—Bueno, ¿te acuerdas de la vez que pasamos por Zapotlán y traje un pan que ya no comemos en México? Pues ese pan me lo dieron las hermanas de Arreola. Ellas lo hacen, ellas hacen los mejores dulces y compotas de Jalisco y de eso se mantienen. A los Arreola les llaman los Chiripos, porque parece que todo lo hacen de chiripa. Ninguno terminó siquiera la primaria. Su hermano Librado es inventor. Sin que nadie le haya enseñado, es capaz de abrir las más complicadas cajas fuertes o de armar viejos coches inservibles. Librado, cuando está en su casa y llaman muchas veces a la puerta se asoma por una ventana y dice: “¿Qué, no ven que está cerrado? Esto quiere decir que yo no estoy y como no estoy es inútil que llamen”. Juan José era el recitador del pueblo. Recitaba a Ramón

López Velarde. Siempre ha leído a Marcel Schwob, el autor de *Vidas imaginarias* y de cuentos muy semejantes a los de Arreola. Después leyó a Borges, a Kafka, a Claudel. Todo lo que lee y oye se lo aprende de memoria. Fuera de eso no ha leído gran cosa, pero le gusta jugar y baraja de tal modo sus cuatro o cinco autores que da la apariencia de una gran erudición. Es un especie de mago, que hace de un milagroso miligramo un camino encantado. Ha sido Juan José mi amigo de la infancia y no he dejado de quererlo a pesar de que nos separan los ríos de la colonia Cuauhtémoc y los tiempos.

—¿Y tú, Juan, cómo viniste a la ciudad de México?

—Llegué a México debido a la huelga de la Universidad de Guadalajara, que duró de 1933 a 1935. En la Preparatoria no me revalidaron los estudios y me iba como oyente a Mascarones. Asistía a los cursos; pero aprendimos literatura en el café, donde se reunían José Luis Martínez, Alí Chumacero, González Durán, gente toda venida de Guadalajara. Comentaban a los Contemporáneos, que eran nuestros gurúes. Yo comencé a leer a Korolenko, al *Sachka Yegulev* de Andreiev que estaba de moda. Hoy me resulta enfadoso. Tiene Andreiev cosas mejores como *Océano* y sus cuentos. Logré reunir ocho tomos de sus cuentos. Por supuesto, en aquella época leía a Hansum, a Selma Lagerloff, a Ibsen.

—¿Y cómo te sostenías en México?

—Trabajaba de archivero en la Secretaría de Gobernación ganando 84 pesos mensuales. Vivía en el Molino del Rey con mi tío el coronel David Pérez Rulfo, miembro del Estado Mayor del general Avila Camacho. Luego me destinaron a fábrica El Molino, tuve que alquilar un cuarto en una casa de huéspedes.

—¿Qué hacías en Gobernación?

—Manejaba el archivo de extranjeros. Recibía órdenes de ocultar algunos expedientes y los guardaba en un cajón secreto. Inventé un sistema de clasificación que no era alfabético y del que yo solo tenía las claves. Debían recurrir a mí forzosamente. Bueno, era pura maña, porque vivíamos en las transas y hasta que allá arriba no aflojaban la lana, no aparecían los expedientes.

—¿Ya practicabas tu oficio de novelista?

—En las noches, como no tenía amigos, me quedaba en el archivo y escribía una novela. Se titulaba *El hijo del desaliento* y Efrén Hernández me animaba diciendo que era una buena novela. Mandé un capítulo a la revista *Romance* que hacían los españoles y, por supuesto, nunca lo publicaron. Dialogaba con la soledad y era tan cursi como su título. Decidí tirar a la basura mis trescientas cuartillas. Ya para entonces nos reuníamos en un café de Dolores, donde gran vuelo, pero me cortaron las alas. Ahora algo madura, algo se forma y necesito un poco de paz y de silencio para reanudar mi tra-

nació la revista *América*. En *América* publiqué dos o tres cuentos, "Talpa" y "La cuesta de las comadres". No recuerdo otro, tengo muy mala memoria.

—¿Y cómo nació "*Pedro Páramo*"?

—Debido al fracaso de mi novela, escribí cuentos tratando de buscar una forma para *Pedro Páramo*, a quien llevaba en la cabeza desde 1939. La idea me vino del supuesto de un hombre que antes de morir se le presenta la visión de su vida. Yo quise que fuera un hombre ya muerto el que la contara. Originalmente sólo Susana San Juan estaba muerta y desde la tumba repasaba su vida. Allí, entre las tumbas, estableció sus relaciones con los demás personajes que también habían muerto. El mismo pueblo estaba muerto. Debo decirte que mi primera novela estaba escrita en secuencias, pero advertí que la vida no es una secuencia. Pueden pasar los años sin que nada ocurra y de pronto se desencadena una multitud de hechos. A cualquier hombre no le suceden cosas de manera constante y yo pretendí contar una historia con hechos muy espaciados, rompiendo el tiempo y el espacio. Había leído mucha literatura española y descubrí que el escritor llenaba los espacios desiertos con divagaciones y elucubraciones. Yo antes había hecho lo mismo y pensé que lo que contaban eran los hechos y no las intervenciones del autor, sus ensayos, su forma de pensar, y me reduje a eliminar el ensayo y a limitarme a los hechos, y para eso busqué a personajes muertos que no están dentro del tiempo o el espacio. Suprimí las ideas con que el autor llenaba los vacíos y evité la adjetivación entonces de moda. Se creía que adornaba el estilo, y sólo destruía la sustancia esencial de la obra, es decir, lo sustantivo. *Pedro Páramo* es un ejercicio de eliminación. Escribí 250 páginas donde otra vez el autor metía su cuchara. La práctica del cuento me disciplinó, me hizo ver la necesidad de que el autor desapareciera y dejara a sus personajes hablar libremente, lo que provocó, en apariencia, una falta de estructura. Sí, hay en *Pedro Páramo* una estructura, pero es una estructura construida de silencios, de hilos colgantes, de escenas cortadas, donde todo ocurre en un tiempo simultáneo que es un no tiempo. También perseguía el fin de dejarle al lector la oportunidad de colaborar con el autor y que llenara él mismo esos vacíos. En el mundo de los muertos el autor no podía intervenir.

—*Las historias de fantasmas sólo pueden originarse de un modo enteramente fantasmal. Si tú me dejas un hilo colgante, yo lo tomo y el hilo me conduce al inframundo de los indios. Si todo principio ya contiene su fin, para los aztecas todo fin, es decir, toda muerte, ya contiene la resurrección y la vida.*

—El pueblo donde yo descubrí la soledad, porque se van de braceros, se llama Tuxcacuesco, pero puede ser Tuxcacuesco o puede ser otro. Mira, antes de escribir *Pedro Páramo* tenía la idea, la

forma, el estilo, pero me faltaba la ubicación y quizá inconscientemente retenía el habla de esos lugares. Mi lenguaje no es un lenguaje exacto, la gente es hermética, no habla. He llegado a mi pueblo y la gente platica en las banquetas, pero si tú te acercas, se callan. Para ellos eres un extraño y hablan de las lluvias, de que ha durado mucho la sequía y no puedes participar en la conversación. Es imposible. Tal vez oí su lenguaje cuando era chico, pero después lo olvidé, y tuve que imaginar cómo era por intuición. Di con un realismo que no existe, con un hecho que nunca ocurrió y con gentes que nunca existieron. Algunos maestros norteamericanos de literatura han ido a Jalisco en busca de un paisaje, de unas gentes, de unas caras, porque las gentes de *Pedro Páramo* no tienen cara y sólo por sus palabras se adivina lo que fueron y, como era de esperarse, esos maestros no encontraron nada. Hablaron con mis parientes y les dijeron que yo era un mentiroso, que no conocían a nadie que tuviera esos nombres y que nada de lo que contaba había pasado en sus pueblos. Es que mis paisanos creen que los libros son historias reales, pues no distinguen la ficción de la historia. Creen que la novela es una trasposición de hechos, que debe describir la región y los personajes que allí vivieron. La literatura es ficción y, por tanto, mentira.

—¿Y por qué la obsesión de la muerte?

—Tal vez fue cosa de la infancia. Mi abuelo murió cuando yo tenía cuatro años; tenía seis cuando asesinaron a mi padre porque, tú sabes, después de la revolución quedaron muchas gavillas. Mi padre tenía autorización para confirmar del obispo de Papantla, pues en tierras agitadas podían delegar ese sacramento en los seglares. Recaudaba el dinero de las confirmaciones y lo daba a los curas. Regresaba de una gira cuando fue asaltado y muerto por los gavilleros. Tenía treinta y tres años. Mi madre murió cuatro años después. Entretanto mataron a dos hermanos de mi padre. Luego, casi en seguida, murió mi abuelo paterno. Murió de tristeza porque al que más quería era a mi padre, su hijo mayor. Otro tío mío murió ahogado en un naufragio, y así, de 1922 a 1930 sólo conocí la muerte.

—¿Cómo ves la actual literatura?

—No sé que decirte. Lacan y la semiótica llevaron la novela a un callejón sin salida, a la antinovela, a la escritura por la escritura misma. Pero se trata de una crisis pasajera. (...) La novela no morirá. No hay nada que la sustituya.

—¿Y de ti, qué decir?

—Sí, qué decir. En cuatro meses escribí *Pedro Páramo* y tuve que quitarle cien páginas. En una noche escribía un cuento. Traía un

bajo. Espero la magia de otras noches, porque yo soy un tecolote. Todo lo hago de noche.

Abajo, muy abajo, la ciudad duerme envuelta en su cobija de estrellas artificiales. Juan vino de lejos y aquí se ha quedado. Rulfo no ve su reloj y me dice:

—Serán las tres. Aquí no se ven las estrellas.

—*Es hora de dormir.*

—Es hora de tratar de dormir. ¿Sabes? A veces amanezco queriendo no despertar.

4

Nostalgia de Juan Rulfo

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

El descubrimiento de Juan Rulfo —como el de Franz Kafka— será sin duda un capítulo esencial de mis memorias. Yo había llegado a México el mismo día en que Ernest Hemingway se dio el tiro de muerte —2 de julio de 1961—, y no sólo no había leído los libros de Juan Rulfo, sino que ni siquiera había oído hablar de él. Era muy raro. En primer término, porque en aquella época yo me mantenía muy al corriente de la actualidad literaria, y en especial de la novela en las Américas. En segundo término, porque los primeros con quienes hice contacto en México fueron los escritores que trabajaban con Manuel Barbachano Ponce en su castillo de Drácula de las calles de Córdoba, y con los redactores del suplemento literario de *Novedades*, que dirigía Fernando Benítez. Todos ellos conocían muy bien a Juan Rulfo, por supuesto. Sin embargo, pasaron por lo menos seis meses sin que alguien me hablara de él. Tal vez porque Juan Rulfo, al contrario de lo que ocurre con los clásicos grandes, es un escritor que se lee mucho pero del cual se habla muy poco.

Yo vivía en un apartamento sin ascensor en la calle Renán, en la colonia Anzures, con Mercedes y Rodrigo, que entonces tenía menos de dos años. Teníamos un colchón doble en el suelo del dormitorio grande, una cuna en el otro cuarto, y una mesa de comer y escribir en el salón, con dos sillas únicas que servían para todo. Habíamos decidido quedarnos en esta ciudad que todavía conservaba un tamaño humano, con un aire diáfano y flores de colores delirantes en las avenidas, pero las autoridades de inmigración no parecían compartir nuestra dicha. La mitad de la vida se nos iba haciendo colas inmóviles, a veces bajo la lluvia, en los patios de pe-

nitencia de la Secretaría de Gobernación. En las horas que me sobraban escribía notas sobre la literatura colombiana que transmitía de viva voz por la Radio Universidad, dirigida entonces por Max Aub. Eran unas notas tan sinceras, que el embajador de Colombia llamó un día por teléfono a la emisora para sentar una protesta formal. Según él, las mías no eran notas *sobre* la literatura colombiana, sino *contra* la literatura colombiana. Max Aub me llamó a su despacho, y yo pensé que aquél era el final del único medio de supervivencia que había logrado conseguir en seis meses. Pero ocurrió lo contrario.

—No he tenido tiempo de oír el programa —me dijo Max Aub—. Pero si es como dice tu embajador, debe ser muy bueno.

Yo tenía treinta y dos años, había hecho en Colombia una carrera periodística efímera, acababa de pasar tres años muy útiles y duros en París, y ocho meses en Nueva York, y quería hacer guiones de cine en México. El mundo de los escritores mexicanos de aquella época era similar al de Colombia, y me encontraba muy bien entre ellos. Seis años antes había publicado mi primera novela, *La hojarasca*, y tenía tres libros inéditos: *El coronel no tiene quien le escriba*, que apareció por esa época en Colombia; *La mala hora*, que fue publicada por la Editorial Era poco tiempo después a instancias de Vicente Rojo, y la colección de cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande*. Sólo que de este último no tenía sino los borradores incompletos, porque Alvaro Mutis le había prestado los originales a nuestra adorada Elena Poniatowska, antes de mi venida a México, y ella los había perdido. Más tarde logré reconstruir todos los cuentos, y Sergio Galindo los publicó en la Universidad Veracruzana a instancias de Alvaro Mutis.

De modo que era ya un escritor con cinco libros clandestinos. Pero mi problema no era ése, pues ni entonces ni nunca había escrito para ser famoso sino para que mis amigos me quisieran más, y eso creía haberlo conseguido. Mi problema grande de novelista era que después de aquellos libros me sentía metido en un callejón sin salida, y estaba buscando por todos lados una brecha para escapar. Conocía bien a los autores buenos y malos que hubieran podido enseñarme el camino, y, sin embargo, me sentía girando en círculos concéntricos. No me consideraba agotado. Al contrario: sentía que aún me quedaban muchos libros pendientes, pero no concebía un modo convincente y poético de escribirlos. En ésas estaba, cuando Alvaro Mutis subió a grandes zancadas los siete pisos de mi casa con un paquete de libros, separó del montón el más pequeño y corto, y me dijo muerto de risa:

—¡Lea esa vaina, carajo, para que aprenda!

Era *Pedro Páramo*.

Aquella noche no pude dormir mientras no terminé la segunda

lectura. Nunca, desde la noche tremenda en que leí la *Metamorfosis* de Kafka en una lúgubre pensión de estudiantes de Bogotá —casi diez años atrás—, había sufrido una conmoción semejante. Al día siguiente leí el *Llano en llamas*, y el asombro permaneció intacto. Mucho después, en la antesala de un consultorio, encontré una revista médica con otra obra maestra desbalagada: *La herencia de Matilde Arcángel*. El resto de aquel año no pude leer a ningún otro autor, porque todos me parecían menores.

No había acabado de escapar al deslumbramiento, cuando alguien le dijo a Carlos Velo que yo era capaz de recitar de memoria párrafos completos de *Pedro Páramo*. La verdad iba más lejos: podía recitar el libro completo, al derecho y al revés, sin una falta apreciable, y podía decir en qué página de mi edición se encontraba cada episodio, y no había un solo rasgo del carácter de un personaje que no conociera a fondo.

Carlos Velo me encomendó la adaptación para el cine de otro relato de Juan Rulfo, que era el único que yo no conocía en aquel momento: *El gallo de oro*. Eran dieciséis páginas muy apretadas, en un papel de seda que estaba a punto de convertirse en polvo, y escritas con tres máquinas distintas. Aunque no me hubieran dicho de quién era, lo habría sabido de inmediato. El lenguaje no era tan minucioso como el del resto de la obra de Juan Rulfo, y había muy pocos recursos técnicos de los suyos, pero su ángel personal volaba por todo el ámbito de la escritura. Más tarde, Carlos Velo y Carlos Fuentes me invitaron a hacer una revisión crítica de la primera adaptación de *Pedro Páramo* para el cine.

Menciono estos dos trabajos —cuyo resultado final estuvo muy lejos de ser bueno—, porque ellos me obligaron a profundizar todavía más en una obra que sin duda ya conocía mejor que el propio autor. A quien, por cierto, no conocí en persona sino varios años después. Carlos Velo había hecho algo sorprendente: había recortado los fragmentos temporales de *Pedro Páramo*, y había vuelto a armar el drama en un orden cronológico riguroso. Como simple recurso de trabajo me pareció legítimo, aunque el resultado era un libro distinto: plano y descosido. Pero me fue muy útil para una comprensión mejor de la carpintería secreta de Juan Rulfo, y muy revelador de su insólita sabiduría.

Había dos problemas esenciales en la adaptación de *Pedro Páramo*. El primero era el de los nombres. Por subjetivo que se crea, todo nombre se parece de algún modo a quien lo lleva, y eso es mucho más notable en la ficción que en la vida real. Juan Rulfo ha dicho, o se lo han hecho decir, que compone los nombres de sus personajes leyendo lápidas de tumbas en los cementerios de Jalisco. Lo único que se puede decir a ciencia cierta es que no hay nombres propios más propios que los de la gente de su libro. A mí me

parecía imposible —y me sigue pareciendo— encontrar jamás un actor que se identificara sin ninguna duda con el nombre de su personaje.

El otro problema —inseparable del anterior— era de las edades. En toda su obra, Juan Rulfo ha tenido el cuidado de ser muy descuidado en cuanto a los tiempos de sus criaturas. Narciso Costa Ros ha hecho hace poco una tentativa fascinante de establecerlos en *Pedro Páramo*. Yo siempre había pensado, por pura intuición poética, que cuando Pedro Páramo logró por fin llevar a Susana San Juan a su vasto reino de la Media Luna, ella era ya una mujer de sesenta y dos años. *Pedro Páramo* debía ser uno cinco años mayor que ella. En realidad, el drama me parecía más grande, más terrible y hermoso, si se precipitaba por el despeñadero de una pasión senil sin alivio. Las edades establecidas para ambos por Costa Ros no son las mismas, pero no están muy lejos de las que yo había supuesto. Semejante grandeza poética era impensable en el cine. En las salas oscuras, los amores de ancianos no conmueven a nadie.

Lo malo de esos preciosos escrutinios es que las razones de la poesía no son siempre las mismas de la razón. Los meses en que ocurren ciertos hechos son esenciales para el análisis de la obra de Juan Rulfo y yo dudo de que él fuera consciente de eso. En el trabajo poético —y *Pedro Páramo* lo es en su más alto grado— los autores suelen invocar los meses por compromisos distintos del rigor cronológico. Más aún: en muchos casos se cambia el nombre del mes, del día y hasta del año, sólo por eludir una rima incómoda, o una cacofonía, sin pensar que esos cambios pueden inducir a un crítico a una conclusión terminante. Esto ocurre no sólo con los días y los meses, sino también con las flores. Hay escritores que se sirven de ellas por el prestigio puro de sus nombres, sin fijarse muy bien si corresponden al lugar o a la estación. De modo que no es raro encontrar buenos libros donde florecen geranios en la playa y tulipanes en la nieve. En *Pedro Páramo*, donde es imposible establecer de un modo definitivo dónde está la línea de demarcación entre los muertos y los vivos, las precisiones son todavía más quiméricas. Nadie puede saber, en realidad, cuánto duren los años de la muerte.

He querido decir todo esto para terminar diciendo que el escrutinio a fondo de la obra de Juan Rulfo me dio por fin el camino que buscaba para continuar mis libros, y que por eso me era imposible escribir sobre él sin que todo esto pareciera sobre mí mismo. Ahora quiero decir también que he vuelto a releerlo completo para escribir estas breves nostalgias, y que he vuelto a ser la víctima inocente del mismo asombro de la primera vez. No son más de trescientas páginas, pero son casi tantas, y creo que tan perdurables, como las que conocemos de Sófocles.

Aspirar el aire Rulfo

VOLODIA TEITELBOIM

Bajaba de la lancha ese hombre de rostro austero, un poco triste, con la coloración de piel del que los mexicanos llaman huero. Dicen que ese color de tez, las facciones finas, el pelo, los ojos claros, se ven en ciertas zonas del país. Había llegado tarde a la ciudad sobre el agua. No era Comala. Era Venecia. El tipo delgado, con aire tímido, miró hacia el canal y entró a la Universidad, donde lo esperaban, para la celebración de una Jornada de Solidaridad con la cultura uruguaya en el exilio.

Allí y luego en el Teatro Fenice lo vi por primera vez. A Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. (Me apilaron —murmura— todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si fuera el vástago de un racimo de plátanos.) Nadie entra en una sala atestada sin hacerse sentir menos que este Juan Rulfo, de quien se dijo (alguien lo atribuye a T. S. Eliot) que su fama crece con cada nuevo libro que no publica. Ernesto Sábato, al comentar la noticia de su fallecimiento, declaró que Rulfo lo había dicho todo y decidió no seguir fatigando las máquinas impresoras. Sin embargo, durante muchos años habló de una novela que no publicó, *La Cordillera*.

Rulfo es todo lo contrario del famoso tronitronante. En sus dos libros *El Llano en Llamas* y *Pedro Páramo* hay una buena cantidad de soledad, de actas de defunción, de asesinados por la espalda, raptos de muchachas y colgados en postes del telégrafo. Quería que esa novela eternamente en preparación fuera diferente. “¡Ya no quiero sangre! La literatura mexicana está llena de sangre y me niego a contribuir siquiera con una gota más.” En verdad daba la impresión de un hombre muy pacífico y que quería que lo dejaran en paz. Estaba cansado de los episodios de violencia, acaso porque nació rodeado por ella y sintió de niño los tiros de la revolución cristera, en una guerra que duró de 1926 a 1928.

Rulfo, amable y enjuto, no es hombre de discursos, pero en esa ocasión se esperaban de él unas palabras y lo instaron a decirlas. Se levantó de la silla algo trémulo y pronunció, con voz melancólica, unas poquísimas frases. Sí, ¿cómo no iba a estar con la literatura, con los artistas, más bien dicho, con el pueblo del Uruguay, cuando todo eso padecía bajo el gran destructor, la dictadura de los generales? Al decirlo movía las manos escuetas, de dedos largos, nerviosamente. De su rostro fatigado, donde sobresalían las ojeras, partió una expresión amistosa y agregó el nombre de Chile. Ya vio

escenas parecidas en su infancia en la provincia de Avalos. Divisó el pueblo arrasado, libros formando humaredas, piras (en su tierra natal se incendiaban los archivos), y cuando lo decía advertí cierta compasión o ternura saliendo de sus ojos medio claros, que no son tan raros en las regiones donde nació.

Por la noche viajamos en la misma lancha por el Gran Canal, entramos a la Laguna, navegamos mar afuera por el Adriático, a través de esas aguas de abolengo que han visto todas las riquezas del Dux y centenas de batallas navales. Allí están los palacios de los nobles, donde Byron no se comportaba precisamente como un monje, amaba a la Fornarina y era exactamente lo que Rulfo no fue nunca.

Le pregunto algo sobre su vida. Nació el 16 de mayo de 1918, a unos 500 kilómetros de Ciudad de México, en el Estado de Jalisco. Jalisco no tiene nada que ver con Venecia —me dice sin sonreír.

—Donde yo nací había sequías, incendios y revoluciones. Los hombres allí son como yo, lacónicos, huraños. Por eso salí hosco. Nací en un pequeño pueblo que pertenece al distrito de Sayula. Pero yo no conozco Sayula. Viví en un pueblo que se llama San Gabriel. Incluye a la erosión entre las causas de la catástrofe. Con los vientos del desierto y la crisis del comercio, el pueblo se arruinó.

La gente de allá se ve taciturna, hermética, casi no habla nada. Pero Rulfo no es estólido. Es hombre de cierta amarga dulzura. Está demasiado rodeado de muertos. Muertos en su familia, a su alrededor. Decía de sus coterráneos: "Llevar sus muertos a cuestras".

Se detiene la embarcación veneciana, atracada al muelle junto a un hotel que tiene todo el esplendor retro del siglo XIX. A su lado el recuerdo de su pueblo es como un cráter lunar. Cuando entramos al recibo tengo la impresión de haber visto ese hotel y esa playa en un film, o en una novela, concretamente *La Muerte en Venecia*. No nombro a Thomas Mann, pero Rulfo lo evoca. Aquí todo es suntuoso. Allá todo es un paisaje despoblado, perdido. Tal vez sólo una analogía puede acercarlos: las epidemias mortales, que también atacaron al personaje de *La Muerte en Venecia*.

Se ríe de las genealogías mexicanas, de las familias de linaje. Remontando el árbol de los antepasados nos encontramos con un cura o con un criminal —sostiene con cara neutra—. Rulfo conmigo no es tan silencioso. —Todos los Vizcaínos eran delincuentes —agrega—. Me asegura que él lo ha investigado. Su abuelo paterno era abogado y el materno, hacendado. Pero todos están muertos y la familia vino a menos, tanto que él pasó varios años en un orfelinato.

Auténtico, pero no ha aprendido a escribir

Con el tiempo no nos encontramos a las orillas del Adriático, sino del Tigre turbio. Las aguas están más sucias en el Río de la Plata. Me doy cuenta que habrá nuevas conversaciones sincopadas con este hombre que no ama los viajes, pero los hace. Tal vez salir de México no le resultó siempre un movimiento inútil y deprimente. Ahora me lo topo con cierto ánimo tenso, pero con una sonrisa semidibujada, como deslizándose por su cara. No anda con ojos esquivos por un Buenos Aires, que después de años de agonizar levanta de nuevo la cabeza y, como frotándose las manos y desarugando el ceño, se da el lujo de celebrar un Encuentro Internacional de Escritores en el mes de abril de 1985. Rulfo está aquí pagando de nuevo su penitencia, menos sigiloso, pero siempre discreto, sin producir ruido.

En una noche de lluvia en la Feria del Libro me encuentro sin buscarlo con su expresión azorada, al principio cohibido, pero se anima para presentarme a su compañero de delegación mexicana: —Es Arreola —me dice—, Juan José Arreola. Arreola, repite. Se me despiertan lecturas. Ambos destinos literarios al comienzo se entrecruzaron. La historia deja constancia que el primer cuento de Rulfo fue publicado, junto con uno de Arreola, en la revista *Pan*. Hace treinta años no faltó quien los proclamara los dos más importantes cuentistas de México. Son muy distintos. De Arreola se dice que es fantástico. A Rulfo lo califican de realista. Otros aclaran: realista mágico, precursor de la literatura latinoamericana que estallaría después. Los libros de Juan José Arreola, *Varia intención* (1949) y *Confabulario* (1952) son seguidos por la primera obra de Rulfo, los diecisiete relatos de *El Llano en Llamas*. Pero asomaron ambos a las letras publicando en aquella revista de Jalisco. Juan José Arreola es un hombre que parece dominar la escena. Se mueve rápido. Ya está en la otra punta de la reunión. En cambio Rulfo es un antipersonaje, en cámara lenta. Son diferentes en la vida, en el ritmo, en la literatura, en sus inquietudes y costumbres. Algún crítico ácido sostiene que a Arreola le falta autenticidad. Rulfo —admiten— “es un escritor auténtico, que desgraciadamente no ha aprendido a escribir”. El aclara que no es escritor y confiesa que no sabe bien cómo llegó a la literatura, salvo que un día amaneció con ella. Todo esto sucedió tal vez por timidez y porque le gustaba leer bibliotecas enteras y vivía en lugares remotos, en medio de una pequeña soledad, que luego cambió por la gran soledad de la Ciudad de México. La soledad dicen que es mala consejera. Un día lo empujó a escribir. Y se sorprendió escribiendo una novela, desde luego muy solitaria, hipersensible —susurra— que no lo convenció. Tal vez era un desahogo, pero, a su juicio, también fue una falsa

partida. ¡Muerte a la retórica! ¡Viva la simplicidad! Esos individuos que casi no hablan no pueden emplear palabras difíciles. Así surgió ese primer cuento, como se ha dicho, publicado en la revista de Guadalajara. Se llamaba "La vida no es muy seria en sus cosas". El no quería ser trascendente, pero contaba vivencias personales. Se publicó en el año 42. En 1945 apareció otro, "Nos han dado la tierra". Ese puñado de narraciones que cambiaron el cuento mexicano fue recopilado en 1953 y una de ellas dio su nombre al volumen, *El Llano en Llamas*.

José Donoso me ha dicho que considera un milagro *Cien Años de Soledad*. En esa tienda de los milabros de la literatura latinoamericana, donde hay santeros, aparecidos, falsas conversaciones con la Virgen, vendedores de imágenes sagradas de yeso, entre los contados prodigios habrá que anotar este tomito de cuentos y una novela exigua, *Pedro Páramo*, publicada en 1955.

Este hombre que viene de las aldeas muertas, de los campos quemados, en cuya obra la mayoría de sus muertos han caído a la mala, durante el acto de clausura en Buenos Aires recibe una medalla en silencio. Sospecho que le parece ampuloso. En su pecho tan desmedallado brilla con el fulgor triste con que brillaban aquellas que repartían en las iglesias de Zacoalco, Ayutla y Talpa. El sabe que esa medallita no agrega nada. Sin embargo, la acepta calladamente, con abandono, como lo hacía cuando se la regalaban los curas de la aldea. En realidad está muy ligado a su tierra, a los pequeños agricultores y a los braceros, a los terrenitos sacudidos por el desastre.

Después estuvimos juntos en un viejo salón, de parquet relumbrante. El antiguo aposento era muy chico para tanto escritor a los cuales recibía en audiencia el presidente Raúl Alfonsín. Susan Sontag parecía una domadora de leones, con chaqueta de cuero. En ese salón de la Casa Rosada, por donde las hienas de uniforme se han paseado, institucionalmente carnívoras, durante tantos años, uno que no practica la antropofagia, que detesta comer carne humana, viene a mi encuentro, después de veinticinco años. Es Ernesto Sábato. Me pregunta dónde vivo, qué hago. Al lado está Rulfo con la fruición del que ya no escucha tambores de cuartel. Por el momento se han marchado de allí los fabricantes de fantasmas y desaparecidos. El ha escrito en sus libros epitafios, pero en aquella ocasión nada le sugería una oración fúnebre. Ese hombre, que nunca conocí bien, estaba lleno de secretos impulsos afirmativos.

¿El último criollista?

Se ha dicho de Juan Rulfo que es una cima criollista. Su obra sería una suerte de adiós fidelísimo y superador del regionalismo literario

en las letras latinoamericanas, que en nuestro siglo va, entre ciento, de Mariano Latorre a José María Arguedas, de Jorge Icaza a Ciro Alegría, y de algún modo de Miguel Angel Asturias a Autusto Roa Bastos y Mario Vargas Llosa. Posiblemente sea una interpretación abusiva extensiva. Así podría afirmarse que casi toda la literatura latinoamericana crujiría bajo el peso del paisaje, recorrida por las mudas tragedias del indio, del hombre recóndito de la tierra, calcinada por la erosión, la pobreza, el fanatismo, la explotación y la marginalidad.

Como el mundo está hecho de regiones, se explica que Rulfo sea un escritor de sentido universal.

¿De dónde viene su universalidad? Tal vez del hecho que *El Llano en Llamas* sea una antología de cuentos que no se pierden en la geografía ni en las descripciones de la naturaleza, aunque se asienten en una zona determinada, el sureste de Jalisco, donde "los muertos pesan más que los vivos". Quizás porque "Macario", "Es que somos muy pobres", "Acuérdate", más que un ámbito telúrico, fijan un clima moral. Crecen en el humus de la infrahistoria, que engendra forajidos, sacerdotes inclementes, niños bajo amenaza, mujeres desesperadas. Allí el odio, la ausencia, la crueldad, la superstición, la horca, toda la violencia latente empapa, como una lluvia que se mete adentro, las poblaciones, donde la muerte casi siempre está velando con los ojos abiertos. Y se palpa la incuria, el desgaste del tiempo. Todo dicho con sorda espontaneidad, como si fuera la cosa más natural del mundo. Y en esos puntos lo era. "Hace tiempo en Toluca, estaban desenterrando a los muertos. Nadie sabía la razón, la causa. Sucedió en etapas. Era cosa cíclica..." "No oyes ladrar los perros", es algo más que la pugna filuda entre padres e hijos. Es un aire cortante, penoso, con sabor a infinito desencuentro. Todo parece ahogado en pesimismo. En el desierto "nada se levantará... ni zopilotes".

Así sintió, así escribió, así murió este Rulfo a quien, como a César Vallejo, la vida le había pegado con un palo, lo cual hace decir a un personaje suyo: "A mí se me ocurre que hemos caminado más de lo que llevamos andado". O induce a la mujer que espera al ausente a pronunciar una frase simple y tremenda: "Es todavía la hora en que no ha vuelto".

"Luvina" es un villorio desolado, "un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros". En muchos países de América Latina hay pueblos espectrales. "Luvina" habla por todos ellos, por los viejos que se quedaron y por las mujeres solas, por las casas habitadas por las ratas y visitadas por las tempestades de arena.

Pedro Páramo es el hermano mayor de esos cuentos. No hay duda que pertenece a la misma familia. "Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me

lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera." Leyéndolo, más que en Faulkner pienso en Dostoievski. Todo es tan distinto y, sin embargo, esa atmósfera inmisericorde, esa vertiente nocturna que corre por dentro, esa búsqueda, que a fuerza de intensa y real a ratos se torna metafísica. Y en Rulfo todo es tan de México, tan de nuestra América como en el otro era de Rusia. Pero ambos son del hombre. Y llegar a Comala, conducido por un ignorado medio hermano que descubre en el camino, para saber que "Pedro Páramo murió hace muchos años". Pues en ese libro se buscan sombras. Lo más terrible es que corresponden a seres vivos o las más de las veces a muertos, que vagan por caminos y cuartos como ánimas activas y pecadoras. Sopla también el áspero ventarrón de la venganza. La madre le pide: "...El abandono en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro". Pero Páramo terminará como vivió, casi sin decir una palabra. "Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras."

Rulfo no mató a nadie, salvo en sus libros. No participó de cortes ni fue experto en zancadillas. Le irritaban los autores que hacían intrigas de corrillos, gestaban conspiraciones literarias, se alquilaban a los poderes del dinero y se subían a las catapultas del *marketing* a cambio de vender su alma. Se sentía un hombre de izquierda. Le desagradaba el escritor que se convertía en estrella de televisión para denostar por las noches el socialismo. Se lo oí decir en voz fuerte, que saliendo de su boca sin estridencia nunca llegó al grito, ni siquiera a la exclamación airada.

¿Le dolía haberse quedado con dos libros? Tal vez. Sentía que tenía todavía algo que decir. Quizás debió contar la historia de su clan fantasmal, comenzando por los antepasados llegados a México a fines del siglo XVIII. Allí hubo de todo, aventureros "caribes", liquidados por la policía y el ejército, actores o víctimas de tremebundos episodios, porque al parecer en su familia "todos morían temprano, a la edad de treinta y tres años, y todos eran asesinados por la espalda". Por la historia de sus generaciones atraviesan curas pistoleros, raptos de doncellas, alzados en armas. Todo esto y mucho más quiso vaciarlo en *La Cordillera*. Extraña suerte la de esta novela que todo el mundo esperó y que tal vez no aparezca nunca, simplemente porque no fue escrita o porque jamás la terminó.

A Octavio Paz, que ha publicado numerosos volúmenes, se le hace mucha fiesta dentro y fuera de México. Sin embargo Rulfo, de obra tan parca, el hombre de dos libros magros, es el más célebre. Pocos caracteres tan diferentes. Rulfo no escribió tomos de poesía, pero sus cuentos y su novela, sin traicionar su género, son inmensamente poéticos.

Hombre callado, se vuelve no tan ensimismado cuando se suelta.

De pronto se entrega a la fabulación, como su compatriota Diego Rivera, pero no al estilo de un Polifemo de la mentira grandiosa, sino con el humor inaparente del que sabe ordenar los muertos. Nadie conseguirá encasillarlo en un cuestionario rígido; pero, de repente, comienza a hablar como si estuviera conversando consigo mismo. En el fondo se miró con un ojo descontentadizo, porque Rulfo no era complaciente con Rulfo. No aceptaba nada que no estuviera a la altura de sí.

Se autodefine, a lo sumo, como escritor aficionado. Por otra parte el escritor no es el Rey de la Selva. "Un escritor es —para él— un hombre como cualquier otro. Cuando cree que tiene algo que decir lo dice. Si puede, lo escribe." "Claro —agrega— hay escritores diferentes. Son esos que andan encima de un elefante. Me imagino que ahí sí han de sentirse fuera de este mundo." Los versos van para el ex-embajador de México en la India, conocido escritor Octavio Paz, su bestia negra.

A Rulfo no le gusta que lo ninguneen. Pero él se ningunea para más tarde reafirmar algo que le importa. "Yo no soy ideólogo, ni intelectual ni nada; pero sí me interesa lo que pasa en Cuba, en Nicaragua, en El Salvador. Todo lo nuevo que surge en esos países."

No se crea, sin embargo, que Rulfo no posee una cabal conciencia del valor histórico y actual de su obra. Subraya que "el mundo vuelve la mirada a América Latina obligado por las circunstancias". Estas circunstancias son idénticas a las que registran *El Llano en Llamas* y *Pedro Páramo*. La trinidad tenebrosa: violencia, muerte, destrucción. También sabe que sus personajes no son seres del pasado. "Hemos vivido en la violencia total. Este país ha tenido no sólo guerras desde la independencia, sino invasiones, traiciones. El caciquismo subsiste, en forma privada, en forma local. Y hasta en forma regional, estatal, ¿no?... hasta presidencial."

¿Fue uno de los últimos cantores del viejo campo mexicano que se va despoblando, del país de los caciques, que empezó a morir hace tres cuartos de siglo, como murió Pedro Páramo, sin que el hijo que lo buscaba supiera que había muerto, tal vez porque no ha muerto del todo como institución?

No sabía que se había ido, porque seguía flotando en la memoria de la gente. Las épocas mueren de a poco. El aire Rulfo sigue aspirándose en muchas partes de México y de América Latina. Y cuando un día, que aún tardará en llegar, sea sólo lejano aroma, recuerdo e historia, Juan Rulfo continuará leyéndose como obra de arte y como rescate de los padres y los abuelos, como un perpetuo viaje de vuelta a las raíces.

El corazón en huelga

Rulfo decía que los aviones ponen al mundo al revés. Alteran los husos horarios y uno se acuesta cuando debe levantarse y se levanta cuando debe acostarse. En uno de estos *looping the loop* del tiempo y del espacio lo encontré por última vez. No viajaba solo. Lo acompañaba su mujer. Estaba delicado de salud. Yo no sabía que tenía cáncer cuando en el hotel Europa, de Sofía, compartimos mesa y la última reunión de escritores “La Paz, Esperanza del Planeta”.

El presidente, Erskine Caldwell, no dejó de despertarle del sueño antiguas lecturas. Cuando muchacho leyó con pasión literatura rusa, escandinava y también norteamericana. John Dos Pasos, William Faulkner, Erskine Caldwell. Tal vez con los dos últimos acepte cierto involuntario parentesco, esa presencia de la vida en que la muerte está siempre demasiado cerca de los poblados descaecidos por los años. Aunque vecinos, territorialmente hablando, y pese a que muchos de sus personajes sean norteamericanos crecidos en antiguas tierras mexicanas, cuánta diferencia entre él y ellos. Tal vez los aproximen los proscritos, el uso pródigo de las armas. Y allí está el autor de *Pedro Páramo* escuchando al que escribió *La tierrita de Dios*, y ninguna habla de los peones de granja ni de adulterios pueblerinos, ni del perseguidor ni del perseguido, ni de los horribles desquites, de las deudas saldadas por un balazo, sino de un peligro parecido, pero mucho mayor, y de lo bueno que sería que la tierra no desapareciera gracias a la caída de esa dama filantrópica que se llama la “bomba atómica”.

A la hora del almuerzo se declaró cansado. Dormiría una siesta y quedaría bien —dijo—. En ese momento no sabía él, ni menos yo, que Juan Rulfo fallecería pocos meses después, el 7 de enero de 1986, en Ciudad de México, a los sesenta y siete años de edad, cuando su anunciada novela *La Cordillera* no había sido aún publicada y no sabemos si quedó inconclusa. Ello importa mucho, pero cambia poco porque Juan Rulfo Vizcaíno con sus dos breves libritos se ganó un sitio inamovible en la literatura latinoamericana de este siglo.

Acaso presentía que el enfisema pulmonar le cobraría la cuenta por su contumaz consumo de cigarrillos. En alguna época de su vida, como una forma de angustia, bebía en exceso. Todo el mundo le preguntaba por su próximo libro. Es probable que esa interrogación repetida sin fin le molestara. En Sofía me habló de su problema a los ojos. Pero fue en definitiva el corazón, agotado por la deficiencia respiratoria, el que se declaró en paro cardíaco. Murió de noche.

Se dice que *Pedro Páramo* está traducida exactamente a cincuenta y seis idiomas. Escribió también el libro cinematográfico de la

película *El gallo de oro*, que se filmó en 1984, con guión de Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes.

Recuerdo a Clara Aparicio, su mujer, cuidándolo en Sofía. Cuando ya se fue creo que el escritor Fernando Benítez lo definió bien diciendo que había muerto "un clásico de la literatura, quizás el único clásico que haya dado México en el siglo XX, un hombre humilde, lleno de bondad, culto y sabio".

Esto de la cultura y de la sabiduría de Rulfo no lo escuché nunca decir antes a su propósito. Seguramente era así y le venía de lejos. Porque él era mero México, puro México.

El músico chileno Sergio Ortega me pidió que le dijera a Rulfo que estaba componiendo una ópera denominada *Pedro Páramo*, y me enseñó los cuadernos repletos con notas en la pauta y frases entresacadas del libro. Se lo comuniqué en cuanto lo vi en Sofía. Aceptó afable, con bonhomía, sin llegar al gesto, porque así fue en la vida, como lo fue en la muerte, que no tuvo coronas ni ofrendas florales ni misas cantadas. Basta con los dos cantos espirituales hondos y sombríos que nos dejó en herencia.

EL ARAUCO DESTERRADO

Correos de Chile proyectaba editar una serie de sellos destinada a destacar y recordar a poetas chilenos. La lista la encabezaba Pedro de Oña, el primer poeta nacional. Lamentablemente, la máxima autoridad del servicio de Correos rechazó el nombre de Pedro de Oña... porque se trataba de una figura extranjera.

(Revista *Cauce*, núm. 50, 2-XII-85.)



El mejor lugar del mundo

Testimonio de Caroline Richards

CARLOS H. LEON

Caroline Richards llegó a Chile en 1966, contratada junto a su marido Howard como profesores de inglés. Como sucede con tantos extranjeros, el país austral los embrujó y se quedaron. Adquirieron una parcela en Limache y se apasionaron por el proceso social y político de Chile. En 1967 nace una hija chilena, Shelley.

Caroline nació en Atkinson, Nebraska (Estados Unidos) en 1939. Doctorada en Historia en la Universidad de Stanford, el golpe pinochetista la sorprende en Chile. Entonces, siente la necesidad de contar la ignominia en la que era ahogada su patria de adopción y comienza a escribir una novela, *Sweet Country (Dulce Patria)*. La escribe en inglés, su lengua nativa. La familia abandona Chile un año después del golpe. En 1976 nace su segunda hija, Laura. La novela se termina en Estados Unidos y es publicada en Nueva York en 1979. Desde su aparición ha recibido excelentes críticas de los más importantes diarios norteamericanos. El *New York Times* la distinguió como uno de los mejores libros publicados en el país en 1979. *Sweet Country* recibió, además, los premios *Great Lakes Colleges Association for New Fiction* 1979 y *National Endowment for the Arts*, en 1980. De ella se ha hecho una versión cinematográfica —realizada por Michael Cacoyannis, el director griego de *Zorba el griego*— que acaba de estrenarse en Nueva York.

De manera sucinta, se puede decir que la estructura narrativa de *Sweet Country* es rica y compleja, en contraste con el desarrollo del

Carlos H. León es sociólogo y cineasta. Vive en Québec, Canadá.

tema, que es simple. El período en que transcurre la historia es corto: de septiembre a diciembre de 1973. Hay cuatro narradores: Eva María, secretaria de Hortensia Bussi, que trabaja en La Moneda; su hermana Mónica, que es profesora; Ben, médico norteamericano y su esposa Anna, dueña de casa en un pueblo cerca de Valparaíso. Luego del golpe, Eva María es detenida y torturada. Mónica, con ayuda de Ben y de Anna, tratan de buscarle refugio en una embajada. Cada uno de los narradores tiene una visión distinta aunque complementaria de los acontecimientos. Hay, a lo largo del relato, interesantes reflexiones y puntos de vista sobre el proceso social chileno y sobre el gobierno de la Unidad Popular. *Sweet Country* trasciende el género, a menudo sospechoso, de las historias reales transformadas en ficción. Caroline Richards ha marcado esta historia con el signo de los buenos novelistas, infundiendo a la trama un apasionante y sostenido interés, con la ayuda de un arma poderosa: una rica imaginación literaria.

La presente conversación tuvo lugar en Québec, Canadá. Nos juntamos, como miles de chilenos exilados a través del mundo, a conversar de Chile, y, en este caso, también de su novela; ella con su acento gringo y nosotros con nuestra guitarra descolorida.

—*¿Cómo ocurrió tu encuentro con Chile, tu decisión de ir a trabajar allá?*

—En los años 60, nosotros éramos estudiantes. En esa época había en todas partes mucho interés por América Latina, sobre todo a causa de la Revolución Cubana, la Alianza para el Progreso y cosas como esas. Howard y yo queríamos vivir en Latinoamérica, vivir este proceso desde el interior para comprenderlo mejor y poder eventualmente colaborar de alguna manera en él. Nosotros teníamos muchas afinidades con los movimientos de liberación contra el imperialismo. El problema era a dónde ir. A Cuba no era posible. Pero habíamos oído hablar bastante de Chile, que iniciaba un proceso de reformas con un gobierno demócratacristiano recién elegido que nos pareció muy interesante. Además, sabíamos que Chile tenía una tradición democrática sólida, una vida cultural importante y una historia social y política muy especial. Entonces, buscamos trabajo allí desde los Estados Unidos. Nos respondieron positivamente desde el Santiago College de Providencia. Este es un colegio de momios, un colegio de habla inglesa. Howard era Encargado de Estudios y yo profesora de inglés. Trabajamos allí tres años. Cuando llegamos, me di cuenta que en realidad no sabíamos casi nada de Chile. Yo pensé que era un país muy bonito pero un poco aburrido, en el que no pasaba nada... pero no era así.

—*¿Tú hablas de qué año precisamente?*

—De 1966. Frei era el presidente. En el Santiago College la gran mayoría eran momios. Había algunos demócratacristianos; incluso había alguno de izquierda. Pero todo era derechista, hasta las

puertas. La primera semana en Chile, alguien nos presentó a Ariel Dorfman, que desde entonces es nuestro amigo. Recuerdo que ese mismo día Ariel nos llevó a la carpa de Violeta Parra. Ese fue mi primer contacto con la cultura chilena.

—*La Peña era una manifestación desconocida para ti. ¿Cuál fue tu reacción? ¿Conociste a Violeta?*

—Antes quisiera hacer una rectificación. En realidad ése no fue mi primer contacto con la cultura chilena. Yo ya había leído bastante a Pablo Neruda, en inglés, claro. Fue sí, mi primer contacto con la cultura popular chilena en directo, si pudiéramos decir. Recuerdo que llegamos muy temprano a la carpa en La Reina y que no había mucha gente. Pero me llamó la atención una señora un poco fea, pensé yo, con un plato de empanadas. Era Violeta Parra. Para mí fue una sorpresa y también una enseñanza ...Entonces todo el mundo comenzó a decir "¡Violeta, canta, canta!", pero ella dijo: "No, estoy demasiado triste, no, no voy a cantar". Me impresionó profundamente. Esa noche probé las empanadas y el vino tinto y no sé por qué extraño fenómeno, sentí que me bautizaba de chilena.

—*Tu experiencia en el Santiago College debe haber sido muy especial. ¿Cómo te sentías en ese ambiente reaccionario de gente que en esos primeros años del gobierno de Frei había sido desplazada del poder político?*

—En general, creo que fue una experiencia bastante frustrante. Después de un corto tiempo me había hecho una idea propia de la realidad chilena, que era bien distinta de aquella que prevalecía en el colegio. Recuerdo especialmente un hecho: un profesor amigo nuestro, que era hijo del historiador conservador Néstor Meza, había hecho algunas críticas a las clases dirigentes chilenas en el curso que él daba. Esto indignó al Presidente del Centro de Padres, que era Fernando Léniz, futuro Ministro de Economía de Pinochet, quien se quejó ante la Dirección. Entonces, ésta informó del hecho al Presidente de Braden Copper Co., que era a su vez Presidente del Consejo del Santiago College. Este último pidió informes a la Embajada de Estados Unidos sobre las actividades del profesor Meza. A los dos días llegó un informe en el que se daba cuenta que el investigado era democristiano y no izquierdista, pero se agregaba una nota con los nombres de otras personas del colegio que sí eran de izquierda y que no habían sido objeto de sospechas por parte de la Dirección. Esto me pareció increíble. ¡La Embajada Norteamericana podía dar informaciones sobre las actividades y sobre la filiación política de cualquier ciudadano chileno! Cuando Léniz se enteró del informe, dijo que las personas como Meza eran las peores. "Se pueden infiltrar disfrazados de demócratas", afirmó, "parecen limpios, pero son los más peligrosos". Meza, que tiene un doctorado en Historia, se gana hoy la vida en Chile como fotógrafo.

—¿Y ustedes tuvieron problemas también con la Dirección?

—Sí. Había una polarización creciente en todos los sectores y en el Santiago College esto era particularmente evidente. Los momios consideraban al gobierno democristiano como comunista y antipatriótico y actuaban con un odio desmedido contra todo aquello que tocara sus intereses económicos y su dominación ideológica... La verdad es que el calificativo de frustrante para esta experiencia es muy suave. Fue horrible. Hablo de la institución y del ambiente general. Sin embargo, conocimos allí algunas personas muy valiosas, gentes de ideas progresistas que aún siguen siendo amigos nuestros. Además, esta experiencia me ayudó para conocer a la reacción chilena, su análisis de la realidad, cosa que me sirvió bastante para escribir mi novela.

—¿Cómo te afectó a ti esta polarización creciente de la población frente al proceso social y político?

—También me radicalicé, por supuesto. Las medidas tomadas por el gobierno de la D.C. durante los primeros años me parecieron justas y progresistas. No era el socialismo, pero la mayoría de ellas tuvo el apoyo de la izquierda y eran combatidas con odio por la burguesía, que consideraba a Frei como un ente del infierno... El mismo Frei que en septiembre del 73 se arrodillaba al lado de Pinochet y de la camarilla golpista para dar gracias al cielo, mientras el pueblo, en el que había muchos demócratacristianos, era masacrado y Chile se hundía en la larga noche de la dictadura. Bueno, a medida que el gobierno de Frei se derechizaba, yo veía cada vez con mayor simpatía el programa de la Unidad Popular. Un acontecimiento de esos años me conmovió: los guerrilleros que habían peleado junto al Ché Guevara, pasaron al Norte de Chile y Allende fue a recibirlos. Para mí eso era una actitud que demostraba bien la consecuencia de Allende. Pero lo que más me entusiasmaba era esa facultad chilena de progresar en paz y libertad, de caminar hacia una sociedad más justa en democracia. En ese sentido el triunfo de la U.P. me pareció algo maravilloso. Además, que para mí fue francamente inesperado. Me impresionaba especialmente la gran libertad de expresión que existía en el país. Realmente era mucho más completa que la que había en los Estados Unidos. La prensa, por ejemplo, representaba a los sectores más variados y antagónicos, con una libertad que algunos calificaron incluso de excesiva. En Estados Unidos, en cambio, todos los diarios dicen más o menos lo mismo. Es una misma ideología con distintos disfraces. En Chile todo el mundo estaba politizado, lo que constituyó también para mí una experiencia nueva. Los trabajadores, los agricultores de los pequeños pueblos, las empleadas domésticas, los estudiantes, todo el mundo hablaba de política y sabía muchas cosas sobre la política. Llegar al socialismo sin violencia era la tesis nueva y esperanzadora que presentaba Chile ante el mundo. Por eso,

cuando Allende fue elegido Presidente, la idea de vivir definitivamente en Chile se afirmó en nuestra familia.

—*En esa época ustedes ya vivían en Limache. ¿Qué puedes decir de la vida en ese pueblo?*

—Nosotros nos habíamos comprado una pequeña parcela al lado del estero de Limache. Era muy linda. Me gustó la vida del pueblo chico, a pesar del dicho "Pueblo chico, infierno grande". No hay que olvidar que Charles Darwin en su libro sobre El viaje del Beagle, afirma que el valle de Limache es uno de los lugares más aptos para la vida en el mundo. Yo vivía en el campo y también en la ciudad, lo que me permitía el conocer a gentes de todas las clases sociales. Yo había aprendido mucho sobre la historia de Chile, conocía gente de todas las tendencias políticas. En un pueblo chico hay siempre una jerarquía social bien establecida. Yo no pertenecía a la clase alta y todo el mundo se confiaba a mí. Los alemanes me contaban sus problemas porque yo era gringa; las empleadas, porque yo tenía fama de mujer comprensiva; los campesinos, porque nosotros éramos también campesinos. Teníamos cabras, limones, fruta, pollitos...

—*Ya en esa época te dedicabas a escribir.*

—Bueno, yo había decidido dedicarme a la profesión de escritora y estaba comenzando a escribir una novela sobre la época del Presidente Balmaceda. No pude continuar porque vino el golpe y sentí la necesidad imperiosa de escribir sobre lo que estaba pasando. Entonces comencé a escribir *Sweet Country*. Pero algún día continuaré...

—*Después del golpe ¿Qué hacías además de escribir? ¿Cómo era tu relación con la gente?*

—Me sentía viviendo una pesadilla. Pero debía sobreponerme porque dada mi condición de norteamericana podía ayudar mucho. En Limache había mucha gente en las prisiones. Conversé con muchos que habían sido torturados. El ruido de los helicópteros y de los disparos nocturnos, la impotencia y la decepción de los pobres, el rostro de los terratenientes ebrios de crueldad, quedaron definitivamente en mi memoria. Los gestos de humanidad y de valentía me llegaron profundamente en esos días de agudizada sensibilidad. Recuerdo a tantos... al Embajador de Suecia, a algunos norteamericanos que eran voluntarios Quakers y Luteranos, gente que ayudaba y defendía a los perseguidos... Recuerdo que mi hija, que era obligada a cantar la Canción Nacional en el colegio de Limache, con esas estrofas de apología a los milicos. Se puso desde entonces muy circunspecta; a los siete años, ya sabía que tenía que desconfiar de los militares.

—*Un año después ustedes salieron de Chile...*

—Sí, no nos obligaron, pero yo estaba enferma de los nervios y quería olvidar ese mundo de injusticia y de crueldad, a pesar de que

me daba mucha pena dejar a tanta gente sufriendo. De todos modos, ese año que vivimos bajo la dictadura fue muy importante para mí. Fue una experiencia de vida terrible y hermosa a la vez. Conocí la injusticia y la traición, pero también la solidaridad y la dignidad humanas y aprendí que estas últimas cualidades son las de los pueblos. Sin este contacto con la cruel realidad chilena posterior al golpe, no habría podido escribir mi novela.

—*Tú habrías podido escribir un testimonio o un reportaje de lo que viviste en Chile, ¿por qué escogiste una novela?*

—Ya dije que yo estaba comenzando otra novela sobre la vida del Presidente Balmaceda, pero a partir del 11 de septiembre no podía pensar, sino en el golpe. Entonces me dije que era mi deber el contar lo que estaba pasando en Chile, pero no sabía cómo hacerlo. Me parecía todo tan terrible y complejo. Un día, una amiga me contó el drama de algunas personas que ella conocía y pensé que podría tomar esas historias simples y dramáticas como base de mi novela. Me parece que una novela es más apta para expresar las emociones y los sentimientos que un reportaje... escribir simplemente la historia o describirla simplemente es una constatación desprovista de humanidad. El novelista, en cambio, recrea la vida, exterioriza y transmite las miserias y las grandezas de los seres humanos... y se trataba precisamente de liberar un grito, de expresar nuestro sentimiento, nuestra protesta... Para mí, el escribir en ese contexto era un acto político de participación en la lucha contra la dictadura.

—*¿Tus personajes existieron realmente?*

—...Hoy creo que son ficticios. Pero todos tomaron la existencia de gentes que yo conocí, de historias vividas. Mis personajes intentan ser una síntesis, una amalgama del pueblo chileno que yo percibía y también de algunos extranjeros como yo que asumieron la tragedia como propia. Este intento de concentrar en un personaje las características generales de un grupo humano, de salir de la anécdota particular, de implicarse finalmente, de tomar posición con el acto de escribir, se opone a la ideología literaria en boga en Estados Unidos, según la cual la verdadera obra de arte debe pretender la individualidad, la prescindencia política. Algunas críticas en Estados Unidos dijeron que *Sweet Country* es una buena novela "a pesar de contener juicios políticos". Ahora bien, el personaje central es una secretaria de la señora Hortensia Busfi. Yo sabía que la señora Hortensia tenía secretaria, empleadas. Pero yo no las conocía. Entonces, a este protagonista le di las características de gentes que yo conocía. Pero mi personaje central va un poco más allá. Es una metáfora. Esta mujer encarna lo mejor del pueblo chileno. Está casi idealizada en la novela. Algo parecido hice con los otros personajes. Es el trabajo de recreación del mundo del escritor, ese poder sutil y tremendo del poeta, del músico, del creador, del artista.

—*La novela se publicó en inglés solamente. ¿Por qué no ha sido publicada en castellano?*

—Hay varios motivos. En primer lugar, mi lengua es el inglés. Además, la novela fue terminada en Estados Unidos. Allí pude tener acceso a las informaciones que necesitaba ya que en Chile me fue imposible consultar ciertos documentos, libros y periódicos a causa de la censura que se impuso a las bibliotecas y a toda la producción cultural. Por otra parte, aunque la primera edición se agotó en Estados Unidos, el número de ejemplares vendidos no fue suficiente para interesar a las casas editoriales españolas. En Chile era imposible publicarla, en Argentina también. Se trataba, además, de mi primera novela. Había que encontrar un traductor... Ahora, después de haber recibido buenas críticas de los más importantes diarios norteamericanos y de algunos premios, y además, con la versión cinematográfica, estamos renovando las gestiones para poder publicarla en castellano. Creo que se lo debo a Chile.

—*La forma narrativa de Sweet Country no es tradicional. ¿Cómo la concebiste? ¿Cómo se integran los personajes?*

—Se podría decir que *Sweet Country* es una novela abierta, en el sentido que la temporalidad no es lineal. Hay vueltas al pasado y también visiones del futuro. Hay mucha descripción. Las reflexiones de los personajes, la visión que tienen de los acontecimientos que los sacuden, experimentan transformaciones y pasan por diferentes etapas, a veces se contradicen; pero es una búsqueda de luz, de una luz cuya fuente es Chile. Una de las cualidades de la novela parece ser, precisamente, la existencia de un clima de una cierta extrañeza, en el que no existe una verdad absoluta. Lo que sucede está marcado por una ambigüedad, como en la vida. Es una ambigüedad de situaciones, de verdades mutables. Las perspectivas cambian, se vuelven más complejas... Creo que esto es necesario en el arte. Pero la visión total y trascendente, la que elige el escritor, la trinchera desde la que lucha, no son ambiguas. Ya el hecho de escribir una tragedia sobre el golpe constituye una toma de posición inequívoca... En cuanto a los personajes, son ellos los que imponen esta estructura narrativa. Son seres que luchan, que temen, que cambian, que se oponen y que al fin y al cabo se complementan. Lukács decía que los personajes de una novela no deben ser famosos, pero que deben conocer a las gentes famosas, para reconstruir la historia de muy cerca y libremente. Yo creo en eso. Mi personaje central, Eva María, es una chilena que se amalgama en una metáfora con Chile: joven, inteligente y fuerte, pero vulnerable. Los otros actores de este drama hablan y reflexionan de ellos mismos y también de los demás, lo que crea un contrapunto en el que lo esencial, más que diluirse, se vuelve complejo y consistente.

—*La forma narrativa es libre, pero el lenguaje es elevado...*

—Es que el lenguaje forma parte de esta metaforización de la que he hablado. Los personajes son como Allende, como la clase media intelectual, con pensamientos profundos y bien expresados. La novela no es proletaria, ni sus personajes, pero esto no le quita validez porque también es relativo. El proletariado está contenido también. Es que ese lenguaje es mi forma de expresión novelística. *Sweet Country* es una tragedia en la que los personajes y los acontecimientos pretenden tener una significación trascendente. No son ni exclusivos ni excluyentes ni privados. Pero este lenguaje integra también palabras que tienen una resonancia, un color típicamente chilenos y de las que mi novela no podía prescindir. Confeccioné una lista de varias decenas de palabras: ají, terremoto, palta, rodeo, momio, tinto, congrio, etc. Son palabras que están adscritas indisolublemente a la significación de lo chileno.

—*De todo lo que supone la creación de una obra literaria, ¿qué fue para ti lo más difícil?*

—Creo que fue la descripción de las torturas... las escribí respetando escrupulosamente el relato de personas que las sufrieron personalmente. Pienso que es lo más terrible que he escuchado jamás... Es que el acto de escribir es volver a recrear los hechos, es como volver a vivirlos, es, en cierta manera, sufrirlos en carne propia. Es meterse en el alma del torturado y del torturador...

—*A raíz de tu novela creo que has tenido oportunidad de dar algunas charlas sobre Chile en Estados Unidos.*

—Han sido en realidad muchas las charlas y las conferencias y en diferentes lugares de Estados Unidos. He sido invitada por diferentes grupos e instituciones: comunitarios, sindicales, universitarios, religiosos. Entre todas las instituciones norteamericanas, las iglesias, sean Evangelistas, Metodistas o Católicas son las más progresistas. Debo decir que en todos esos lugares, existe una solidaridad extraordinaria con la lucha contra la dictadura chilena. Esto me ha dado la ocasión de conocer y trabajar junto a gente excepcional, como Penny Lernoux, Joel Gajardo, Isabel Letelier...

—*¿Cómo ves tú el futuro próximo de Chile? ¿Sigues creyendo que se puede acceder al socialismo por la vía pacífica?*

—La verdad es que no quiero aparecer como ingenua con respecto a la política. El desarrollo del proceso chileno, sobre todo durante el período de la Unidad Popular, me entusiasmó y me dio esperanzas de que era posible una sociedad socialista por la vía de las elecciones. Pero eso no quiere decir que esté siempre contra toda violencia en toda circunstancia, especialmente si ésta es justificada por intereses del pueblo chileno. Como mucha gente, como la mayoría de los chilenos, yo prefiero la vía pacífica, pero no al precio de humillar y masacrar indefinidamente a la gente y destruir el país. Porque la gran mayoría creyó en la paz y la libertad para construir el

futuro es que el caso chileno despertó tal expectativa en el mundo entero. Era una experiencia inesperada, fascinante. Y yo no estoy segura que lo que pasó en Chile demuestre que es imposible el paso al socialismo por la vía pacífica, porque a las presiones y la ayuda del imperialismo, al complot de la burguesía y a la traición de las Fuerzas Armadas, hay que sumar algo que también fue decisivo y que fueron los errores y más que eso, las disidencias en el seno del gobierno de la Unidad Popular. Mucho se ha hablado y escrito sobre eso, las autocríticas han sido numerosas y honestas, pero es una situación que todavía no podemos superar. Las lecciones de la historia son duras de aprender y de asumir. Después de doce años de dictadura, el consenso mínimo para expulsar a Pinochet y su camarilla no se logra. Todavía las divisiones parecen insuperables en un momento en que muchos caprichos políticos son injustificables. La unidad que vive la base del pueblo chileno no se ve asumida ni apoyada por todas las dirigencias políticas y eso constituye el mejor pilar de la dictadura. Pero también es una responsabilidad histórica de los dirigentes. Afortunadamente, aún la esperanza no se pierde... ya ves que hablo como una verdadera chilena...

—*¿Quieres regresar a Chile?*

—Por supuesto.

—*¿Ahora, a pesar de la dictadura?*

—Ahora... No sé... No estoy muy segura. Es que ya fuimos de visita en 1980 y encontramos un país tan cambiado. Doce años de dictadura y de represión han hecho estragos. Quisiéramos quedarnos aquí en Québec por ahora, pero no es posible. Debemos regresar a Estados Unidos y la idea no nos seduce mucho. No tenemos interés de vivir bajo el gobierno de Reagan, sostenedor de Pinochet y reaccionario como él. En Chile tenemos una parcela que es tan bonita. En Limache, "el mejor lugar del mundo". Y están nuestros amigos, nuestros años mejores. La unidad por la democracia tendrá que lograrse muy pronto. Mi sueño es volver a Chile en un día de libertad, a comenzar de nuevo, a colaborar modesta pero decididamente en la reconstrucción moral y material, a llenarme los ojos de murales y los oídos de cantos, a caminar sin temor por las calles... ¿Sabes? Como para apurar un poco el momento, para empujar la realidad, he comenzado a escribir unas meditaciones sobre la filosofía histórica de unas palabras pronunciadas por el Presidente Allende: "Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto"...

Ejercicio del regreso

Rosalba Campra

EN FORMA DE CARTA

Colonia del Sacramento, Uruguay. 16 de septiembre de 1984.

..., he vuelto después de cuatro años largos, tal vez los más oscuros. Esta es la primera pausa desde que llegué: Buenos Aires, por dos días, ha quedado al otro lado del río. Mientras estoy allí no puedo pensarla ni pensarme —la vida me absorbe demasiado. Entonces te escribo desde la Banda Oriental, en donde la arena es blanca y todo perfuma a retana, a yuyo de campo abierto, y el agua no tiene color de león ni su corriente es zaina —como vienen convenciéndonos desde hace rato poetas engañosos—, sino de una transparencia apenas rosada, apenas centelleante. De este lado del río perdura un silencio colonial: las calles de piedra bola que bajan al puerto, el panadero que sigue pasando en su carro tirado por un caballito overo.

Desde aquí puedo pensar Buenos Aires, las torres de espejo del complejo de las Catalinas, las avenidas tumultuosas: la ciudad que nunca cesa. Tal vez sea ésa la cosa que más inmediatamente me ha impresionado. Vuelvo, un lunes a las doce de la noche, en colectivo, desde Puente Saavedra al centro; son catorce kilómetros: catorce kilómetros de un incesante fluir de gente que se arremolina frente a las vidrieras iluminadas, en

los cruces, en los cafés siempre abiertos a interminables conversaciones. La ciudad que incesantemente crece, que cada mañana se despierta distinta, arrasando barrios enteros, abriendo en las veredas esas vorágines por donde asoma la barranca originaria. Todo sigue estando demasiado cerca, todo tan reciente que la prehistoria misma está aún a flor de tierra: en estas playas del Uruguay una tormenta, hace unos meses, desenterró un gliptodonte. ¿Símbolos tal vez demasiado obvios?

Hay algo que hace que la Argentina sobreviva —un poco machucada, es cierto— a tantos y tan reiterados golpes. Más metáforas, si querés leerlas así: espero un colectivo, en la parada por supuesto. Pero en Buenos Aires los colectivos paran según los semáforos, y el nuestro ha quedado atrapado un poco más allá. Entonces veo señoras elegantes, un tembloroso viejito con bastón, una chica embarazada, que para subir arrostran intrépidos el tráfico pues apenas el semáforo se vuelve verde el colectivo arrancará sin esperar, con los pasajeros menos veloces aferrados a las barandas, flameando en las puertas abiertas. ¡Y sin embargo, la mortalidad pasajera es casi nula!

Rosalba Campra es argentina, ensayista y crítica literaria, profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Roma. Ha publicado, entre otras obras, *América Latina, l'identità e la maschera* (Roma, 1982)

Le pregunto al colectivo cuánto cuesta hasta Suipacha. Elige entre los rollitos de distintos colores que tiene a su derecha, corta un boleto celeste, me dice son once cincuenta. El vuelto es un ramillete grasiento de billetes que dicen 10.000 pesos, pero valen un peso, mezclados con otros que dicen 1 y valen uno. El de un millón vale cien; el de quinientos mil vale cincuenta —como el de cincuenta. Cómo puede uno distinguir, pregunto levemente desesperada. Es muy fácil, me contestan, basta fijarse en el color. Las sucesivas reformas han terminado por agudizar la habilidad cromático-matemática de los argentinos. En 1981 al "peso ley" —todavía en circulación— le sacaron cuatro ceros, y fue el "peso argentino". Pero ya el "peso ley" era el resultado de los dos ceros quitados en 1968 al "peso viejo". Si uno vuelve a colocar los ceros perdidos en la vertiginosa rodada de la inflación, obtiene este resultado anonadante: un millón de hace ocho años tiene hoy el valor de un peso.

Comento con alguien entre preocupada y escandalizada, el problema de los sueldos: este profesor universitario, por ejemplo, que gana nueve mil pesos por mes (en este momento, algo menos de noventa dólares, que mañana serán setenta y pasado mañana cincuenta...). ¿Cómo se las arregla, si es lo que cuesta, no sé, una buena camisa y un par de zapatos? Aquí también la respuesta es muy simple. Hace lo que todos los demás, es decir, trabaja en otros dos o tres lados: una universidad privada, una editorial, la radio. Nadie sobrevive si no acepta reducir su vida a esta frenética persecución de un sueldo que alcance para pagar los primeros gastos del mes y poder colocar el resto a plazo fijo: rinde un interés del 2 % diario. ¿A quién puede convenirle entonces invertir dinero en algo productivo? ¿Y hasta cuánto durará esta reproducción obscena? ¿Hasta cuándo la herencia de Martínez de Hoz y compañía seguirá dando sus frutos envenenados?

Más abajo de todo esto, y siempre a flor de tierra, las muertes que no todos quieren recordar, los desaparecidos, la tortura. En estos días ha aparecido una nueva revista de historietas, *Fierro*. Subtítulo: "Historietas para sobrevivientes". Poco material extranjero —*The long tomorrow*, de Moebius. Todo lo demás es obra de autores argentinos, y habla de la Argentina. Hay una reescritura del *Matadero* de Echeverría, con dibujos de Enrique Breccia y una presentación de Ricardo Piglia; y después de esta zambullida en el pasado cercano de las luchas entre federales y unitarios, el pasado inmediato: *La batalla de las Malvinas*, de Barreiro, Macagno y Pérez; la repugnante solidaridad de un refugiado nazi con los torturadores en *Hermanidad*, de Peiro... Me impresiona sobre todo *La triple B*, de Saborido y Albiac, porque los dibujos de Saborido retoman explícitamente las tiras de Dick Tracy para contar, con truculencia y vulgaridad, las desapariciones, las violaciones, las torturas. Son quizá modos de denunciar, aunque me temo de que se trate esencialmente de modos de espectacularizar, y por tanto de trivializar.

Porque el dilema no es tan simple. Recordar para aprender, para decidir, para que la justicia, para que nunca más. O recordar con una insistencia autocomplaciente que termina por malbaratar el horror, reduciéndolo a imágenes de consumo, sin dimensión ni historia. O por otra parte, la voluntad de olvido —obvia en los responsables— eufemísticamente llamada "mirar hacia adelante". Me asusta la necesidad de eufemizar, como modo de negar la realidad. A todo este tiempo de terror se lo llama "el Proceso" (con lo cual la inocente palabra tiene que ser sustituida por un sinónimo cada vez que uno quiere hablar de un "proceso"). Tal vez por eso, porque se soslayan las palabras precisas, la dictadura sigue siendo una sombra insoslayable.

Claro que hablar de "dictadura" y basta se prestaría a confusión, como

muestra con descarnada elocuencia el índice de *Golpes militares y salidas electorales*, de Félix Luna, publicado en el 83:

- 1930: El golpe militar.
- 1931: La salida electoral.
- 1943: El golpe militar.
- 1946: La salida electoral.
- 1955: El golpe militar.
- 1958: La salida electoral.
- 1962: El golpe militar.
- 1963: La salida electoral.
- 1966: El golpe militar.
- 1973: La salida electoral.
- 1976: El golpe militar.

En 1983, la salida electoral puso fin a la última dictadura: así preferiría llamarla, no sólo como indicación cronológica, sino como apuesta hacia el futuro: la regularidad de los golpes no es un destino.

En la (re) construcción de la democracia hay tareas de las que se sienten responsables en primera persona los que aquí permanecieron todo este tiempo. Pero también están los que regresan —del exilio o de tantos otros tipos de ausencia—; están los que no saben si o cuándo regresarán. En *Humor* (revista que, como su nombre no indica, trata de cosas más bien serias) leo un artículo de desoladora verdad sobre los que vuelven después de mucho tiempo, sobre todos los que vivieron en México, o en España, y hablan un idioma acongojado que no es de allá ni de aquí: voy al estanco a comprar unos puchos, che. Y allá crecieron los hijos que ahora son adolescentes, y para quienes la Argentina es tan sólo una palabra nostálgica en boca de los padres. Ellos, ¿adónde habrían de querer volver? Sería más bien un irse. El "aquí" no tiene siempre los mismos valores.

Y nosotros, ¿volver en pos de qué? ¿De un futuro, o de una nostalgia? Ahí está la pregunta, ahí la asechanza. Incurables elaboraciones míticas que tal vez podamos exorcizar en un cuento, en un poema, y que se desmoronarían al regreso. ¿La recuperación de un recuerdo? Ya no existen recuerdos,

todo cambió aunque la superficie nos parezca la misma: el horror no pasa en vano. Pero la esperanza tampoco. Ni el miedo. Y así podría seguir, enumerando contradicciones irresolubles. Que, por tanto, no soy capaz —por lo menos yo sola— de resolver.

Roma, 3 de noviembre de 1984

..., al tomar el avión a Roma pensé: bueno, vuelvo a casa. Pensé, o mejor dicho me pregunté, si esos días agotadores y exaltantes habían sido algo más que un paréntesis. El regreso a los paisajes del corazón. El Delta del Tigre, el río San Antonio relumbrante de mica. Darme cuenta de que volví no sólo allí, sino a todos los lugares, aun a aquéllos en donde nunca estuve (así como ahora me doy cuenta de que estoy usando "volver" en las dos direcciones).

El reencuentro y el encuentro con la gente: mi palabra frente a la palabra de ellos. Doy un curso de posgrado en la Facultad de Lenguas, sobre las nuevas tendencias en la literatura hispanoamericana; una clase para el posgrado de Arquitectura sobre espacio urbano y espacio literario en América latina; unas conferencias. Es el mismo tema de las lecciones que doy aquí. Y sin embargo, otro es el eco y otro el sentido.

Lo que sentí allá es que, al hablar, no ponía en juego nociones o teorías, sino lo que yo misma soy. Y ésta era también la actitud de los que escuchaban —escuchaban para responder. En Europa estoy dando información sobre un mundo, tal vez ayudando a entender lo que ese mundo es, y por qué es así. En el mejor de los casos, difundiendo una cultura. Allá se trata de aportar argumentos para pensar y discutir el propio presente, a través de lo que se está diciendo y de lo que ha sido dicho en el pasado, a través del testimonio y de la ficción. Argumentos para construirnos. Discutir de literatura se vuelve cuestionamiento de lo que somos. Por eso la discusión es ardua y apasionada: todo esto nos

concierno como seres enteros, no sólo como lectores. Me acuerdo de las conversaciones con Federico Schopf, que defendía la tesis según la cual acá, en Europa, no somos nada más que porteros: intermediarios. Yo no sería ni tan drástica ni tan despectiva, pero es cierto que aquí apostamos sin riesgos. Si perdemos, no perdemos nada. Pero si ganamos, tampoco ganamos nada.

He descubierto una pasión de pensarse que a veces se va por las ramas de la retórica, pero que más a menudo consigue expresarse en novelas luminosas, como *La casa y el viento* de Hector Tizón. El mismo sentido, creo, tiene ese florecimiento de un cine que elige como material de la ficción un hecho histórico, que sirve para esclarecer —a veces demasiado didácticamente, es cierto— el momento actual: *Camila*, *La Rosales...* Y la existencia y difusión de revistas como la que dirige esta mujer menudita e intensa que es Beatriz Sarlo: *Punto de vista* fue fundada en pleno período de la dictadura (1978) como una voz que se animó a seguir buscando su palabra en medio del silencio de esos años, y que ahora se anima a discutir las mitologías mortuarias de la guerrilla, a reconstruir una memoria lúcida que tome en cuenta también los propios errores, y no sólo la monstruosidad del "Proceso"... Y el libro de Pablo Giussani *Montoneros. La soberbia armada* ya va por la quinta edición...

En Córdoba participé en una mesa redonda del "Centro de estudios críticos interdisciplinarios" (recién creado; antes, todas éstas eran malas palabras). El gran problema sigue siendo el mismo, en todos los campos: encontrar una respuesta propia a los problemas que nuestro mundo nos plantea. Encontrar instrumentos nuestros para hablar de lo nuestro, sin que eso signifique caer en el rechazo, en la ceguera cultural de la autosuficiencia. El enorme y minucioso trabajo que Marina Waisman y su grupo, por ejemplo, están dedicando al relevamiento de la arquitectura argentina

—antes de que el afán de crecer la tire abajo sin darse cuenta de que en ese pasado de imitación, heterogéneo, balbuciente, están también nuestras raíces. Un trabajo que permite descubrimientos tan inesperados (y que quizá harán sonreír a un europeo) como "el Art Déco chaco-santiagueño", y que ya ha cuajado en el primer volumen de *Documentos para una historia de la arquitectura argentina*. Otra tarea monumental y necesaria es la que ha emprendido Eduardo Bajo: el trazado general de una historia de las vías de comunicación en Argentina, desde la conquista hasta nuestros días— historia de una búsqueda de integración frustrada innumerables veces.

Todos ellos, en un trabajo discontinuo, en la lucha contra la realidad —y hasta hace poco, sobre todo en lucha contra las instituciones—, robando horas al descanso, a las obligaciones de supervivencia, con esa afanosa urgencia que según Angel Rama es la constante del intelectual latinoamericano: "Escribimos en Nuestra América sobre el papel del tiempo, sobre el tiempo percedero, escribimos sobre la urgencia del lector y el medio y la hora que vivimos o nos vive, y sin duda el tiempo nos escribe y nos dispersa y en cenizas nos convierte".

Pensar para poder pensarse —que sería por cierto, no sé si cartesiana—mente, poder existir. Todos, con igual conciencia de estar haciendo algo que no concierno tan sólo la satisfacción personal, sino que va dibujando este mapa de quiénes somos.

Ese miedo, tan argentino, de no ser, o de no ser suficientemente. La famosa identidad, o más bien la falta de identidad. Pero tal vez bastaría partir de constataciones muy inmediatas, como las que propone Sábato en *Sobre héroes y tumbas*: lo que nos distingue, nos identifica, es la heterogeneidad, o más bien el resultado final de esa heterogeneidad —la amalgama. He ido a la presentación de la última novela de Rabanal, *El pasajero*, y

ahora estamos sentados alrededor de una mesa de café: Vicente Battista, Mario Goloboff, Susana Chamas... Somos italianos, hebreos rusos, libaneses. El único lugar del mundo, tal vez, donde la suma de todo eso no da cosas distintas, sino una sola. Argentinos, que reconocen como pasado propio el pasado del país. ¿No es eso acaso la identidad? Por qué traducir en complejo de inferioridad esto que es una riqueza: haber heredado de todo el mundo, pero ser nosotros. Ya sé que estoy reduciendo, pero creo que es a partir de reducciones de este orden como podemos empezar a plantearnos de otro modo el problema. El resto ya lo sabemos, o deberíamos saberlo: efecto de la colonización, de los imperialismos, de los modelos impuestos...

¿Y la identidad de aquellos que, aparte de tener un pasado argentino de dos o tres generaciones a lo sumo, ni siquiera viven ahí? ¿Yo, dónde estoy cuando estoy de regreso? ¿Qué contenido le hemos de dar a "aquí" y "allá"? Los vacíos de sentido que la lingüística descubren en estas palabras se vuelven abismos en los que podemos desbarrancarnos. Habría que inventar otra palabra, que no fuera "desarraigo", para nombrar esto que nos pasa. Es más bien todo lo contrario: tener raíces a los dos lados del océano. Y la deriva de los continentes, ya se sabe... Otros han escrito sobre estas cosas con más autoridad y estilo, pero a todos nos duele del mismo modo, por los paisajes, los amigos, los amores, las olvidadas costumbres...

Y la gente joven que me pareció tan linda, y ese mundo tan vital... O será nomás agitación, nos preguntamos con Mario Goloboff, sentados en un bar de Suipacha y Santa Fe que, por allí nos hemos encontrado ya dos veces, se ha vuelto "el bar de siempre" —nuestros exorcismos son más bien ingenuos. Pero ahora ya estamos de vuelta (¿de vuelta?), cada uno en nuestro lugar (¿nuestro lugar?), él en Toulouse, yo en Roma, y nos llamamos por teléfono y la nostalgia ha

hecho su previsible trabajo, y cuando pensamos en Buenos Aires la respuesta se arma sola, sin vacilaciones: era la pulsación de la vida. O, más subjetivamente: extrañamos como locos.

En los Pozos, Chile, 11 de enero

..., y aquí me tienes de vuelta: el resultado de la nostalgia es éste. Me parece retomar un diálogo no interrumpido con las cosas y la gente. Ahora, como ves, estoy en el extremo sur del continente, hemos pasado la frontera y por el lado chileno vamos bordeando el estrecho de Magallanes: aquí se acaba América del Sur. aquí la tierra entera. Hasta aquí hemos venido bajando en auto desde Buenos Aires durante casi tres mil kilómetros. Cada vez que pasamos por un puesto policial en las fronteras entre provincia y provincia, Carlos suspira y me dice: ¿Te das cuenta de lo que es ahora la policía? No, yo no me doy cuenta. Me parece perfectamente normal que la policía diga señor, que pida por favor los documentos, o que no los pida, que dé informaciones. Pero es que "antes" no era así. "Antes", era el terror, o cuando menos la humillación, o el chantaje. Y, sin embargo, las personas son las mismas...

Durante todos estos kilómetros, o casi, el camino es una recta que va de un horizonte al otro, y arriba un cielo en perpetuo movimiento. La Argentina es monótona, me confían algunos turistas europeos. Por cierto, no es fácil abarcar el infinito, o mejor dicho dejarse abarcar por él, dejarse hipnotizar por la distancia en la que sólo las nubes acontecen, el mudar del color del pasto, una tropilla de guanacos.

La aventura de la Argentina es ésta: la desaforada extensión. El mal que la aqueja, decía Sarmiento. ¿Lo sigue siendo? Protesto con mis amigos: ¿cómo es posible que del Río Negro al sur haya tan sólo una ruta asfaltada? Bueno, es cierto que no hay caminos, pero como ves, tampoco hay gente

para recorrerlos, me dicen sin que sea necesario subrayar la inmensidad de la que somos los únicos transeúntes. Toda la Patagonia tiene nada más que el uno por ciento de la población argentina. Un planeta desconocido. Excesivo. No será cierto que el ventisquero Moreno es el único que sigue creciendo en el mundo, como solemos afirmar en nuestro afán de ser los primeros en alguna cosa, pero es cierto que se trata tal vez del único al que se puede llegar tan fácilmente, y asistir a la repetición del espectáculo de las eras glaciares, derrumbes de paredes de hielo fosforescentes, altas como catedrales, en medio de un fragor seco y definitivo. O, recorriendo Lago Argentino, toparse con esos coágulos de silencio que son los témpanos del ventisquero Upsala, pavorosas arquitecturas de una materia frágil, relictos de otra galaxia, derivando color turquesa como en un sueño hasta encallar en las orillas para deshacerse despacio. Y el golfo de San Jorge donde los vientos pelean con el mar para que no llegue a tierra; y esas zancudas de hierro con las alas plegadas que en Comodoro Rivadavia picotean incansablemente la tierra para sorberle el petróleo.

El petróleo de la Patagonia que para ser procesado irá a Buenos Aires. Como a Buenos Aires debe ir a la fuerza la lana de la Patagonia. La Argentina sigue siendo eso. La cabeza de Goliat. Buenos Aires odiada, amada, rencor y deseo, único centro donde se decreta no sólo el éxito, sino hasta la simple existencia.

Mañana en la estancia Yotel Aike tienen que hacer el rodeo para la esquila. Acompaño a los dueños hasta la estancia vecina, la Olimpia, para contratar a un peón chileno, don Romero. Parece que no hay nadie, porque son casi las diez de la mañana y todo está cerrado. Sugiero que le dejen un mensaje y Castro, el encargado de Yotel Aike, me dice como con vergüenza ajena: es que don Romero no sabe leer. Don Romero está en la casa, sólo que durmiendo. ¿Qué sentido

tendría levantarse temprano? Los dueños hace ocho meses que no vienen, ni le mandan los repuestos para el motor del agua que se ha roto, ni le pagan; pero él no se decide a irse pues le da pena dejar a los animalitos solos, que se mueran de sed. A otra de las estancias los dueños han dejado de venir ya desde hace varios años. El peón, un viejito, cada tanto mata una oveja para carnearla, o para cambiarla por otras provisiones. Le preguntamos el nombre de los dueños. Se ríe nervioso, busca una memoria borrada, dice: Ay, ¿sabe que ya no me acuerdo? La Argentina también es eso: la Patagonia que tiene otros modos de seguir siendo trágica.

Y la Argentina es también esa pasión por ser y por crecer, por luchar y hacer fructificar estas tierras difíciles y generosas, la pasión que en Yotel Aike hace flamear una banderita desflecada por los vientos australes, plantar trescientas estacas de álamos, de sauces, probar con la remolacha forrajera, inventar un jardín con las tres semillas de girasol que llegaron mezcladas en la bolsa de maíz.

Y la Argentina somos también nosotros que nos encontramos reunidos en esta cena en Córdoba, al azar del nuevo año y por obra de la democracia, argentinos todos y todos con pasaporte de un país extranjero que ahora es el nuestro. *Living architecture* dedica su tapa y su artículo de fondo al diseño escandinavo, es decir al cordobés, Abelardo González, residente en Malmö; Oscar Melano, cordobés radicado en Milán, representa a Italia en el "Sigma" de Bordeaux con sus películas *Alla piu bella, Sfratto nello spazio, Drac e Virginia*. Y Ana María Pelegrín en Madrid, y Aldo Altamirano en París, y otros y otros...

Y hay cosas que nos desconciertan o nos preocupan: la prisa por resolver, la necesidad imperiosa de encontrar una salida a los años de cierre y de censura. La reforma del currículum en las universidades, por ejemplo, ha llevado, como respuesta a ese tiempo en que la reflexión estuvo prohibida, a

una especie de orgía semiótico-sociológica. Desde las páginas de *Clarín* y *Tiempo argentino*, Borges polemiza —tal vez con inquietud infundada— con la universidad de Buenos Aires, que al declarar optativas las literaturas extranjeras, permite sustituirlas con el folklore, la paraliteratura, la tradición oral o la sociología de la literatura.

Otras cosas me parecen merecer mayor preocupación. El director del Departamento de Ciencias biológicas de la Facultad de Ciencias exactas de la Universidad de Buenos Aires distribuye a los estudiantes un "reglamento de evaluación del cuerpo docente", es decir un juicio sobre la actividad didáctica y científica de los profesores; en estos días los estudiantes a su vez proponen "juicios académicos" a los

profesores que permanecieron en la universidad durante el "Proceso". ¿Colaboradores? ¿Cómplices? ¿Se salvarían tal vez sólo los que se exiliaron?

A todo esto no podemos permanecer ajenos, seguir yendo y viniendo, vivir con el pasaporte en la mano, como leí en algún otro artículo. ¿Pero dónde está la respuesta que no nos mutile? Nuestro país también es éste, Italia, Francia, España, Suecia... Lugares donde crecieron nuestros afectos, donde creció también nuestra reflexión, paradójicamente la posibilidad misma de ir pensando la Argentina de otro modo. Con una distancia que nos dio no sé si mayor o menor objetividad que a los que se quedaron allá y la sufrieron, pero que nos dio sin duda algo distinto que vale la pena —que es necesario— aunar.

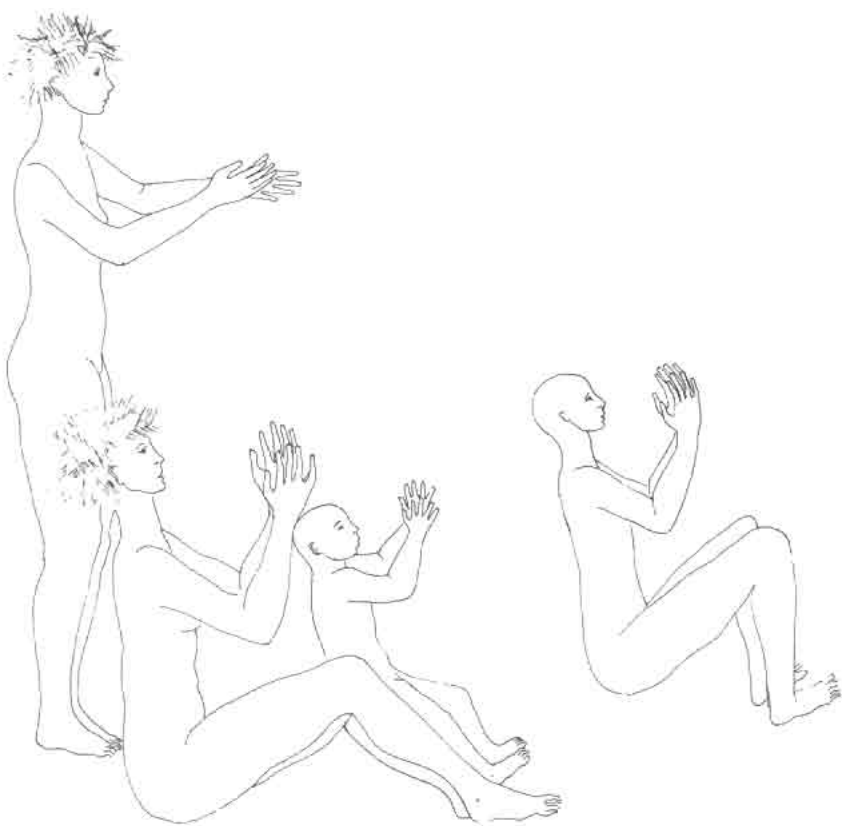
AÑO DEL DERROCAMIENTO

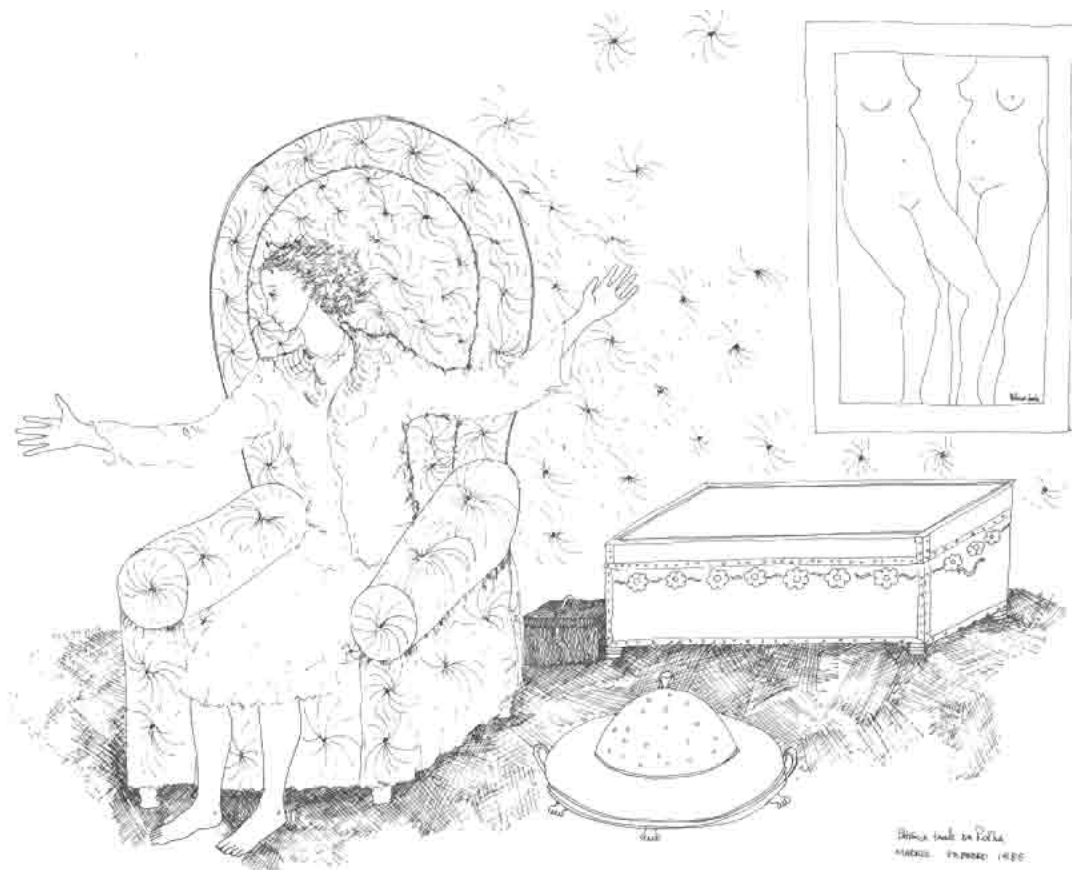
—La política que nosotros, los jóvenes demócratacristianos, tratamos de desarrollar es la de buscar todos aquellos elementos que suman, que aglutinan y que son —a mi juicio— los que van a ser capaces de construir un Chile nuevo.

—¿Y en este año decisivo, usted cree que el Capitán General se va o no se va?

—No, él no se va. El Capitán General no se va. Lo vamos a tener que echar. Sí, lo vamos a echar con el concurso de todo el pueblo.

(Andrés Palma, presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, en *Análisis*, 27-I-86.)





Bianca sale da Roma
MARELLI - ROMA - 1980

Ser mujer en Chile

Conversaciones con mujeres chilenas

1

Olga Poblete: su larga marcha

LUIS ALBERTO MANSILLA

Es menuda, de ojos muy vivos que miran siempre como sorprendidos; habla con voz suave, un poco nasal, y nunca alza demasiado el tono. Nada indica un coraje a prueba de todos los desafíos.

Aunque es una intelectual notable, maestra de varias generaciones, diplomada en varias universidades, con galardones internacionales importantes, ha desterrado cualquier lenguaje que no sea el del coloquio simple. No hay zonas oscuras en ninguno de sus discursos: ni en la cátedra ni en las tribunas de los mitines que han contado con su presencia durante más de medio siglo en Chile.

A los setenta y ocho años sigue activa como siempre. Se dio a la tarea —con Elena Caffarena, de ochenta y cinco años— de organizar a las mujeres en un gran frente para oponerse a la dictadura, solidarizar con los perseguidos y defender los derechos atropellados. Consiguieron unir a casi todos los signos políticos, religiosos, ideológicos. Todavía se recuerda como ejemplar el gran mitir femenino realizado a fines de 1983, que demostró que las mujeres pueden dar lecciones de unidad.

Al regresar de la Universidad en 1928 no quería ser sino una profesora de historia y geografía, tal vez escribir libros, hacer inves-

Luis Alberto Mansilla es periodista, director del *Boletín* del Comité Exterior de la Central Unica de Trabajadores y redactor del departamento latinoamericano de Radio Berlín, R.D.A.

tigaciones que le apasionaban. Pero le salieron al encuentro los grandes problemas del país y se dijo que no podía mirar desde el balcón cómo transcurría la vida de los demás. Intervino para calmar su conciencia, siempre con la esperanza de volver a su trabajo pedagógico, a su cátedra en la Universidad, a sus libros. La arrastró el torbellino y sin ninguna pretensión de líder fue protagonista y dirigente de grandes y memorables batallas. Mientras tanto, también escribió libros y formó a varias generaciones de universitarios.

Pocas veces había hablado de su propia vida. Ella declara que es una característica del historiador, pero pensamos que en su caso operan también el pudor y el hecho de que esta mujer pequeña y de engañosa apariencia frágil, ha guardado para sí misma una preocupación que apenas cuenta ante el tiempo —verbo y acción— que ella ha dedicado a los demás, en las aulas, en la tribuna, en las organizaciones sociales.

Aprovechando un viaje suyo a Europa, hablamos con ella en París durante un largo día invernal. Conversamos de los años pasados y de los que se viven hoy en Chile. No escatimó opiniones, y preguntada por nosotros sobre la pertinencia de la publicación de algunas de ellas (volvía luego a Chile, donde vive), nos dijo que nunca había ocultado lo que pensaba y que jamás le hizo a nadie el regalo de acomodar sus juicios.

—Usted que ha escrito y hablado sobre tanta gente de la historia del pasado y el presente no es mucho lo que ha dicho sobre sí misma. ¿Dónde transcurrieron sus primeros años?

—Es curioso: a los historiadores de profesión nos cuesta hacer nuestra propia biografía. Tal vez es un complejo frente a la gente realmente importante de la que nos ocupamos. Nací en el norte hace setenta y ocho años, en Tacna. Mi madre, Luisa Poblete, era de una familia pobre, de trabajadores “en lo que viniera”. Sus hermanos eran numerosos y sólo uno alcanzó a llegar a las Humanidades. Era el intelectual de la familia. Mi padre desapareció apenas nací y fui la única hija de una valerosa madre soltera. Ella se fue a Santiago, tal vez pensando en mi destino futuro. Entonces era muy joven y, además, hermosa. Conoció a unas amigas que hacían unos cursos de parteras en el hospital San Borja y decidió inscribirse en ellos. El escándalo en la familia fue mayúsculo: mi abuelo y mis tíos le decían que era una profesión inadecuada para una muchacha, que con eso alejaba sus ya limitadas posibilidades matrimoniales. Ella aprobó muy bien los cursos y empezó a trabajar en el hospital por las noches. La hostilidad familiar fue todavía peor. Se vio obligada a abandonar ese oficio. Entonces empezó a trabajar como costurera en su casa. Algunas tiendas le solicitaban blusas, chalecos, vestidos. La recuerdo encorvada de la mañana a la noche en la máquina de

coser. Mis primeros paseos por el centro de la ciudad fueron cuando la acompañaba a dejar sus costuras. Tenía un carácter decidido y fuerte, no se amilanaba frente a las dificultades y si siquiera el estigma de ser madre soltera, que los demás le hacían sentir a menudo, la confundía. Además, le gustaba leer y ésa era su única distracción en los escasos ratos libres. Se casó cuando yo había cumplido los dieciocho años y era estudiante en la Universidad. Sólo entonces consideró que había realizado una parte de sus deberes para conmigo. No quiso para mí un padrastro en mis primeros años.

Una muchacha formal

—¿Cree que su madre influyó en sus ideas? ¿O fueron la Universidad y las inquietudes de su época los impulsos más importantes?

—Diría que conmigo siempre han funcionado más los impulsos humanos que los intelectuales o ideológicos. Soy más una mujer de corazón que de cerebro, aunque esté lejos de ser una sentimental boba. Mi madre fue una mujer postergada, subvalorada y discriminada y que, sin embargo, libró una lucha tenaz por ser una persona. Es el caso de millones de mujeres en nuestros países. El contacto diario con su dura lucha por la vida me hizo entender desde el comienzo los problemas de la mujer en el subdesarrollo. Eso fue más decisivo para mí que el ambiente de la Universidad y las inquietudes de la época que usted menciona.

—Entonces usted fue al Liceo, dio bachillerato e ingresó a la Universidad de Chile. ¿Por qué eligió ser pedagoga?

—Fui alumna del Liceo de Aplicación, donde los estudiantes de pedagogía de la Universidad de Chile hacían su práctica. Pasé el bachillerato con buenas calificaciones. No pensé en otra profesión que no fuera la pedagogía. El tío con el cual vivíamos y mi madre aprobaron esa decisión: era un oficio que daba status, que hacía respetable a una mujer. Antes se empeñaron en que fuera pianista y me inscribieron en el Conservatorio Nacional. Iba a largos balbuceos en el teclado después de las clases en el Liceo. Eso me cansaba. Aprendí a tocar el piano, pero me di cuenta de que no sería jamás una buena intérprete. Me gusta mucho la música, pero carezco de la vocación, que es indispensable en los artistas. En el Pedagógico me inscribí en las asignaturas de Historia, Geografía y Francés. El Presidente del país era Arturo Alessandri: quedaba atrás el populismo y la demagogia del "cielito lindo". Los maestros habían dado batallas exitosas por la ley de Instrucción Primaria Obligatoria; Recabarren había dejado andando un movimiento obrero que, a pesar de las persecuciones feroces, algo significaba en la vida de Chile. Todo eso no me preocupaba todavía. En mi casa jamás se hablaba de los acontecimientos políticos, no éramos partidarios de nada. Yo era

una jovencita formal y tímida que cumplía estrictamente con su deber de estudiar para no defraudar a su esforzada madre. Eramos cien estudiantes en el primer año de la asignatura de Historia y Geografía. Sólo ocho pasamos el colador del segundo año.

—¿De manera que usted era una “matea”?

—Sí, en cuanto a que era una estudiante con buenas notas, que aprobaba todos los exámenes. Pero no era del tipo intelectual. Fui la capitana de un equipo de basquetbol, me atraían los deportes y ponía en ellos una pasión física que me sorprendía a mí misma. Mi única desventaja en el basquetbol era mi estatura pequeña, pero las otras integrantes del equipo también eran menudas. Al mismo tiempo era integrante de un equipo de excursionistas. Ibamos los fines de semana a explorar la cordillera, llevábamos carpas y dormíamos allí en pleno invierno. Mis conocimientos de piano sirvieron para animar algunas veladas estudiantiles. Por supuesto, no interpretaba a Chopin o Mozart, sino tangos de moda. Gardel empezaba a hacer furor. Acompañaba también a una soprano lírica muy buena. Su fuerte eran las canciones de Osmán Pérez Freire.

Las heroínas rusas y el grupo “Avance”

—¿Y no participaba en las organizaciones de los estudiantes?

—Los estudiantes de historia y geografía no éramos asambleístas demasiado inquietos. No obstante era necesario que tuviésemos nuestro propio Centro. Fui elegida dirigente, tal vez por mi entusiasmo en las actividades deportivas. Entramos en relación con los estudiantes de otras asignaturas, especialmente con los de castellano que eran los más políticos. Había entre ellos muchos centroamericanos, exiliados de dictaduras siniestras. Eran apasionados lectores de obras de la literatura universal y a menudo realizaban discusiones y lecturas en voz alta. Un poco incitada por ellos empecé a leer a los rusos: Dostoiewski, Tolstoi, Gorki. Me designaron en una ocasión para que diera una charla en su centro. El tema era insólito: la mujer en la literatura rusa. Tenía que referirme a las atormentadas heroínas de Dostoiewski, en especial. No recuerdo lo que dije y si alguien lo repitiera ahora me daría rubor porque nunca he sido una ensayista literaria. Lo cierto es que mi charla provocó una animada discusión en la que las heroínas de la literatura rusa pasaron a un segundo plano y aparecieron las mujeres chilenas explotadas y discriminadas, los derechos de los trabajadores, la revolución de octubre, la voracidad capitalista, el feudalismo en el campo, el analfabetismo y la miseria en Chile y en toda Latinoamérica, etc. Escuché con interés y no dejé de preguntarme ¿cómo yo he desencadenado todo esto?

—¿El grupo “Avance” no aparecía todavía entre los estudiantes?

Mucha gente de su generación le rinde tributo. ¿Fue en realidad importante?

—Fue decisivo en las inquietudes y la definición política de centenares de estudiantes en la segunda mitad de los años veinte. Naturalmente sus mayores bases estuvieron entre los alumnos del Pedagógico. También yo me incorporé a sus actividades aunque el lenguaje revolucionario de sus integrantes no era el mío íntimo. Allí estaba la gente más destacada, los mejores oradores, los muchachos más estudiosos. Los estudiantes de Historia y Geografía decidieron publicar en medio de esa efervescencia una revista que se llamó *Clio*. No era muy académica y reflejaba las inquietudes de nuestra generación. Por ese tiempo ingresó al Pedagógico como profesor de historia universal Juan Gómez Millas. Era muy joven, tenía apenas diez años más que nosotros. A todos nos pareció brillante y simpático. Creo que ejerció sobre mí una influencia ambivalente: nunca fue un hombre que definió posiciones políticas, pero a menudo daba en el clavo de los problemas sociales. Había estudiado en Alemania y su ídolo era Oswald Spengler. Sus clases resultaban tan atractivas que todos caíamos también en la fascinación por Spengler. Creo que leí toda su obra y llegué a poder repetir de memoria páginas enteras de *La decadencia de Occidente*. Yo no tenía una formación filosófica muy fuerte, pero no me convenía la idea de la supervivencia de ciertos grupos culturales superiores que estaban destinados a regir y desarrollar la civilización. Esas posiciones fueron algunos de los caldos del fascismo, pero eso no lo sabíamos entonces. Gómez Millas no era desde el punto de vista académico buen profesor. Se iluminaba con Spengler y discursaba. De la historia antigua casi no nos habló y sus referencias a la Edad Media eran rudimentarias. La historiografía alemana del siglo XIX era su pasión. No obstante no me parecía sectario ni intolerante. Logró transmitirnos casi como un deporte intelectual el juego de las ideas. Nos entregaba abundantes bibliografías, libros que juzgaba indispensables leer y en eso no hacía discriminación con ninguna corriente del pensamiento, ni siquiera con el marxismo, que otros profesores consideraban casi una mala palabra.

La maestra sale al mundo

—¿Y cuándo finalmente empezó a ejercer como profesora de Historia y Geografía?

—Recibí mi título en 1928. En vista de que no había ninguna posibilidad de trabajo en Santiago, me presenté a un concurso para optar a una plaza en el Liceo de Constitución. Ofrecían un horario de Historia completado con clases de dibujo. Acepté porque tenía absoluta necesidad de ganarme la vida. Estaba en marcha la refor-

ma educacional que contemplaba —entre otras materias nuevas— clases de educación cívica y economía en la enseñanza secundaria. Antes de ir a Constitución me ofrecieron unas horas de clase de tales asignaturas en un Liceo de Santiago. Fueron mis primeras lecciones. Tenía diecinueve años y mis alumnos mayores la misma edad y más cuerpo que yo. Eran unos salvajes que nunca callaban y a los cuales me resultaba muy difícil imponerme. Regresaba a casa llorando. Me decía a mí misma ¿qué clase de profesora voy a ser? Temblaba cuando aparecía en la sala tan revuelta por los insufribles alumnos. Finalmente logré imponerme. Cuando restablecí el orden me pareció la mayor victoria obtenida hasta entonces. Era amiga en el Pedagógico del profesor Eugenio Pereira Salas, que, puso el grito en el cielo cuando supo que me marchaba a Constitución. Dijo que era una barbaridad que alguien con tan buenas dotes se fuera a vegetar a provincias. Me obligó a ir a hablar con don Luis Puga, jefe del Departamento de Historia. Me contrataron entonces como ayudante del Departamento de Geología. Me alegré mucho: había sido buena alumna de geología; me interesaban las rocas, las montañas, los metales. Con el profesor Juan Brieger habíamos hecho muchas excursiones científicas. En la cordillera descubrimos fósiles milenarios y en los cerros del Cajón del Maipo restos marinos. Todo eso era deslumbrante y desconcertante. Brieger era el dueño de la geología en el Pedagógico y guardaba una ayudantía para el profesor Humberto Fuenzalida, que se perfeccionaba en Europa. En espera de su llegada ocupé su cargo. Esto ocurría en plena dictadura del general Ibáñez. La Universidad entera estaba alborotada.

—*¿Qué sentimientos le provocaba la dictadura de Ibáñez? ¿Le era indiferente?*

—Nadie con sentimientos democráticos podía permanecer indiferente ante un régimen que arrojaba al mar en Valparaíso los cuerpos de dirigentes de los maestros y que imponía el terror y el soplonaje policial. Los estudiantes organizaban mítines, desfiles, y los funerales de los asesinados se convertían en inmensas manifestaciones. Me integré a ellos sin que nadie me invitara o presionara. Nuestras protestas en el centro de Santiago eran reprimidas por carabineros a caballo y con lanzas. Nos poníamos a salvo irrumpiendo en las tiendas o los cafés. Cuando finalmente cayó la dictadura los carabineros se refugiaron en sus cuarteles; no querían salir a la calle; le tenían miedo a las masas que los repudiaba. La euforia ante la caída de Ibáñez es de los hechos inolvidables de mi juventud. Todos salieron a la calle a cantar, a gritar, a maldecir una vez más al dictador. No obstante, el terror de Ibáñez fue de tono menor si lo comparamos con Pinochet. En los últimos doce años hemos vivido en Chile el más desatado fascismo y yo he sido testigo —ya vieja— de tal horror. Pero estamos a comienzos de los años treinta.

En los días inmediatos a la caída de Ibáñez, me incorporé a unas brigadas de profesores que se proponían restablecer el orden público: dirigir el tránsito, evitar los saqueos de las tiendas, el pillaje del lumpen que apareció en las calles. Los carabineros continuaban encerrados. Fuimos a un cuartel a pedirles que volvieran a sus funciones; les dijimos que entendíamos que ellos habían sido instrumentos de la represión y que eran sus jefes máximos los que tenían que ser castigados; agregamos que ahora eran necesarios para restablecer el orden, que nadie atentaría contra ellos. Estas operaciones se hicieron en gran escala. Participaban dirigentes sindicales, estudiantes, profesores. Paulatinamente regresaron a sus funciones. El país volvió a sus cauces normales, aunque después vino la aventura de la "República Socialista" de Grove y otros sucesos que no conmovieron a la mayoría. Regresamos en 1932 al alessandrismo y a la Constitución. La represión fue más selectiva. Sus víctimas continuaron siendo los trabajadores.

El Liceo Manuel de Salas y el MEMCH

—*El ibañismo dejó en Chile cierta secuela de grupos fascistas. En 1933 Hitler llegó al poder en Alemania y después vino el asalto a la República española. ¿Cómo respondió usted a esos acontecimientos?*

—El fascismo ya nos era familiar con el régimen de Mussolini en Italia, que tenía en Chile algunos simpatizantes en las capas medias, especialmente entre los dueños de emporios de origen italiano. Nosotros entendimos cabalmente que era uno de los mayores peligros para la libertad y la paz que jamás hubieran aparecido. Los grupos fascistas en Chile fueron creciendo; lucían incluso uniformes y organizaron hasta grupos de asalto, que se enfrentaban violentamente con los socialistas y los comunistas. Mi opción fue sin vacilaciones: era antifascista y haría cualquier cosa en contra de ellos. Entonces tenía algunas horas de clase en el Liceo 3, donde había un grupo de profesoras amigas muy activas en su antifascismo. Primero simpatizamos rotundamente con la República española. Desde el comienzo de la guerra civil nos organizamos para socorrer a los republicanos. Fui parte en el magisterio de la organización "Socorro Rojo", que se preocupaba de reunir víveres, ropas, medicamentos para los niños españoles. Fuimos a solicitar tales ayudas a los comerciantes, a las organizaciones humanitarias, a las iglesias, organizamos kermeses, actos culturales, competencias deportivas. Nos conmovía el destino de España y nos inquietaba cada vez más el Tercer Reich y sus preparativos guerreristas.

—*¿Mientras tanto su carrera pedagógica era interesante o rutinaria?*

—Fue rutinaria hasta cuando ingresé con tiempo completo al

Liceo Experimental Manuel de Salas. Hasta entonces tenía que buscar horas de clases para ganar mi subsistencia en establecimientos fiscales o privados. La destacada pedagoga Irma Salas fue designada directora de ese Liceo, que realizaba interesantes y nuevas formas de enseñanza. Se encontró con que el Departamento de Ciencias Sociales era un desastre. María Marchant, que entonces era allí profesora de inglés, sugirió mi nombre para reorganizar ese trabajo y fui nombrada de inmediato. Esto ocurrió en 1935. Me di a la tarea de organizar los comités de profesores y alumnos, los diarios murales que informaban de los acontecimientos de Chile y el mundo, las discusiones sobre los grandes problemas de la sociedad chilena. Era un ambiente muy abierto, muy libre y yo me sentí allí a mis anchas aunque el trabajo era mucho. Adquirí una conciencia definitiva de la docencia y su compromiso social y político. Sin embargo me resistí a ingresar a algún partido político a pesar de que recibí insistentes invitaciones de mis colegas radicales, socialistas y comunistas.

—¿Su resistencia a militar en algún partido también se extendía a las organizaciones del magisterio o a las asociaciones femeninas?

—Sigamos con el orden del tiempo: el Frente Popular terminó por despojarme de toda reticencia ante los compromisos. Entendí que era la única muralla que le podíamos oponer al fascismo, el único camino para avanzar en el desarrollo del país y desprendernos de los dominios de una clase caduca que ya había hecho su experiencia histórica y sólo existía para conservar sus privilegios. Además, don Pedro Aguirre Cerdá había sido maestro, era de tipo popular, un representante más o menos típico de las capas medias de provincia. Hice todo lo que estuvo de mi parte para contribuir a su victoria. Y fue una gran alegría para mí su elección en octubre de 1938. En el Liceo mi colega María Marchant siempre me reprochaba mi marginación de las organizaciones en las que ella actuaba desde hacía tiempo. Era una mujer enérgica, dinámica, exigente. Sus alumnos la adoraban, aunque ella no era dulce ni complaciente. Era imposible eludirla, me llevó casi de la mano al Movimiento de Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH) que realizaba grandes campañas por los derechos de la mujer. Allí estaban Elena Carena, Lily Garafulic, Marta Vergara, Amanda Peroti, Aída Yávar y otras mujeres que eran profesionales, artistas, sindicalistas. Por supuesto, uno de sus motores era María Marchant. Estaban organizando una gran exposición sobre la historia de las mujeres en Chile y me dieron de inmediato importantes tareas. Se inauguró en el Museo Histórico y fue hasta el Presidente de la República y su esposa. Las luchas del MEMCH eran progresistas y concretas. No tenían nada que ver con organizaciones similares que mostraban un feminismo estrecho y pintoresco. Presionaban por el término a la discriminación de las

mujeres en los servicios públicos, por la igualdad de salarios, por el derecho a voto, por la supresión de los impuestos a los alimentos para los niños, etc. Fui una "memchista" entusiasta y hasta me convertí en oradora no obstante mi horror por la retórica y la gesticulación de los que hacen discursos.

—¿Y se encontró en su camino con el historiador Hernán Ramírez Necochea?

—Fue mi alumno en el Pedagógico y eso indica que teníamos alguna diferencia de años. En 1945 fui ayudante de Gómez Millas en su cátedra de historia universal. Como ya dije, el entusiasmo por Spengler le hacía olvidar el resto de la historia. Era necesario que alguien se ocupara de lo que él omitía. Mis clases eran entonces las que servían de base para los apuntes de los alumnos. Hernán Ramírez era buen mozo y atildado. Tenía una corte de admiradoras que se sentaban a su alrededor, su fama de estudiante brillante era respaldada por impresionantes conocimientos de la historia de Chile, especialmente. Tal vez yo le parecía un poco insignificante por mi estatura y mi voz débil. Me hacía preguntas en clases para verificar si mis conocimientos de historia antigua, de historia del Asia o del Oriente eran realmente profundos. Después fuimos muy amigos. Considero su obra tal vez la más importante de la historiografía chilena. Era un sólido marxista y desmitificó la historia nacional tan distorsionada por derechistas poco rigurosos. Ahora no se puede prescindir de los libros de Hernán Ramírez para conocer la verdadera sociedad chilena y a sus protagonistas, y las causas de los acontecimientos tales como fueron. Siempre me impresionó su honestidad, su consecuencia, el amor a su pueblo. Me imagino cuán duro debe haber sido el exilio para él. Creo que Chile era el único escenario en que podía vivir y trabajar en plenitud.

—Nos estamos alejando de su casamiento y quizás de sus amores juveniles. ¿Podemos hablar de eso?

—Mis amores juveniles no fueron muy numerosos. Creo que en el Pedagógico no fui para nadie "la boina gris y el corazón en calma". La verdad es que no me gustaban tanto algunos intelectuales que se me aparecieron. Uno era muy libresco y siempre estaba en las nubes. Otro era demasiado revolucionario verbal y en buenas cuentas no hacía nada valedero. Preferí a un joven deportista que formaba parte de un grupo de amigos con los que hacíamos excursiones los fines de semana. Tenía a su cargo una peluquería familiar en la calle San Pablo, era un buen lector y sus sólidos principios morales me parecieron más valiosos que los títulos profesionales que no poseía. Recuerdo que su padre habló conmigo cuando anunciamos —en 1934— el matrimonio. Me dijo: "Usted es una señorita universitaria y Humberto sólo un peluquero; piense dos veces en el paso que va a dar, después puede arrepentirse y eso sería malo". No

era necesario pensarlo más. Lo único importante era que nos amáramos. El matrimonio dura ya más de medio siglo, tenemos dos hijos y nietos, y hemos sido felices. Creo que la parte peor se la llevo él. Se casó con una mujer llena de actividades, que regresaba en la noche de reuniones interminables cuando ya los niños habían comido. Siempre ha demostrado una gran comprensión por mis afanes y aunque no es político es de ideas progresistas. He procurado cumplir con mis deberes de dueña de casa, no me gustan las mujeres despreocupadas de las tareas domésticas. Felizmente me ayuda en eso mi orden de profesora, mi afán sistemático de no olvidarme de nada.

En el corazón del Imperio

—Usted ganó una beca para hacer estudios en Estados Unidos ¿No se deterioraron entonces sus relaciones matrimoniales?

—Eso fue en 1945. Postulé a la beca con pleno consentimiento y apoyo de mi marido. Era difícil de ganar porque eran muchos los aspirantes y sólo se concedía una plaza por cada país latinoamericano. Fue un acuerdo de una reunión panamericana realizada en Buenos Aires. Se pretendía que los pedagogos conocieran métodos modernos de educación acordes con el avance técnico y con principios dinámicos y científicos. Llegué a fines de agosto de 1945 cuando Hiroshima y Nagasaki todavía ardían. Me recibió, afortunadamente, una profesora que había trabajado con nosotros en el Manuel de Salas. Viví en New Jersey y esa profesora me ayudó mucho. Mi inglés era desastroso. En diez meses debía hacer un "master" en la Universidad de Columbia y, por tanto, sólo tenía tiempo para estudiar. Eran días de gran efervescencia. La bomba atómica había estremecido a la gente más consciente de los Estados Unidos y sobre todo a los estudiantes; regresaban los inválidos de la guerra; empezaba la difícil reconstrucción de Europa destruida, había muerto Roosevelt y su sucesor, Truman, ya esbozaba un desaforado anticomunismo que al poco tiempo sería la fuente nutricia de la guerra fría. Los profesores de la Universidad, en cambio, eran en su mayoría progresistas. Le planteaban a los alumnos directamente temas políticos para su discusión, los debates eran ricos y apasionados. Yo sufría mucho con el inglés porque debía presentar reflexiones, ponencias redactadas en ese idioma. Se compadecieron de mí dos canadienses que vivían en mi edificio. Me enseñaban con paciencia a redactar y a expresarme correctamente. Felizmente mis trabajos encontraron una excelente acogida y fueron bien calificados. Ahora entiendo que situaba los problemas que desarrollaba en mis tesis en un marco político claro. No había leído todavía a los clásicos del marxismo, pero estaba cerca de un enfoque materialista

y dialéctico por pura intuición. En esos meses en Estados Unidos adquirí una conciencia antiimperialista muy nítida. Vi funcionar los mecanismos del imperio con sus implacables consorcios, a los que sólo les interesan sus ganancias, que siempre serán mayores en la medida que sean los dueños de las materias primas de nuestros países explotadas con mano de obra barata y sumisa. Me di cuenta de la falacia de la política del "buen vecino" entonces en boga. El vecino en realidad era prepotente, abusivo, usurero y tenía el garrote a mano si algún país de nuestro Continente tomaba en serio su camino independiente para liberarse del subdesarrollo y la dependencia. Al regresar creo haber desilusionado a algunos amigos pronorteamericanos, que creían que me había curado de mi izquierdismo y regresaba deslumbrada de la experiencia en Estados Unidos. Había ocurrido con otros becados, que después hasta pensaban en inglés. Pero a mí me ocurrió exactamente lo contrario.

—*¿Su conducta pública fue entonces diferente a la que tenía antes del viaje?*

—Fue diferente en cuanto me decidí a entregar más tiempo y energías a luchas que era indispensable dar en Chile. Era inevitable enfrentar al imperialismo, nuestro enemigo principal. A pocos días de mi regreso, en octubre de 1946, se realizó un foro sobre América Latina en la Federación de Estudiantes. El primer orador fue Hernán Ramírez y después me anunciaron a mí. Puse mucho énfasis acerca de mis conclusiones sobre el imperialismo y fui vitoreada por los estudiantes. Después del acto avanzó desde el fondo de la sala un personaje que me abrazó efusivamente. Era Pablo Neruda, a quien yo sólo había visto de lejos con gran admiración. Dijo: "¿Quién eres tú?" "¿De dónde sale esta mujer?", y le ordenó a Delia: "Tienes que invitarla inmediatamente a comer a casa". Me encontré muchas veces con el poeta y esa vez la invitación se cumplió efectivamente. Nuestra relación fue siempre muy cordial y estoy segura que él influyó decisivamente para que me otorgaran después el premio Lenin de la Paz.

Activista del Movimiento por la Paz

—*Pero el Premio Lenin se lo concedieron creo, no por recomendación de Neruda, sino por su denodada actividad pacifista a partir de 1949...*

—Bueno, la lucha por la paz se convirtió en mi preocupación principal cuando comprobé que la demencia de los consorcios imperiales empujaba hacia una tercera guerra cuando ni siquiera se habían levantado los escombros de la agresión fascista en las naciones de Europa. Hasta González Videla aseguraba en Chile que daba la primera batalla de la tercera guerra y encarcelaba a los comunistas para ser grato a Truman. El llamado de Estocolmo nos impuso

deberes irrenunciables. Se trataba de levantar en todo el mundo una cadena, una voluntad indoblegable de los enemigos de la guerra, de los defensores de la vida y los derechos de los seres humanos. Fundamos en Chile el Movimiento de Partidarios de la Paz, cuyo presidente fue el ex ministro de Aguirre Cerdá, Guillermo del Pedregal. Yo fui designada luego Secretaria General. Durante años removimos cuanto nos fue posible para crear en Chile una conciencia pacifista, reunimos centenares de miles de firmas, realizamos congresos, mítines, desfiles. Salíamos a la palestra apenas era agredido cualquier pueblo, apenas se cometía algún acto monstruoso y provocador como la guerra de Corea, el proceso a los Rosemberg y su condena a muerte, el golpe de la CIA a la democracia guatemalteca, la acumulación de armas nucleares, la tensa situación de Berlín. Denunciamos con miles de acciones el Pacto Militar con Estados Unidos suscrito por González Videla en 1952. Etc.

Fue especialmente impresionante para mí participar en el Congreso Mundial de la Paz de Varsovia en 1950. Fue la primera vez que conocí un país socialista y también la destrucción de la guerra. Varsovia era una ciudad arrasada, la gente vivía en los escombros. Nos alojaron en un bloque de edificios que todavía tenía el cemento fresco; la población se privó de una parte de sus raciones para que los delegados comiéramos normalmente. Estuvieron presentes grandes personalidades del mundo, famosos escritores, políticos, científicos. Pero no fueron sus notables intervenciones las que más me impactaron. Fue la brutalidad de la guerra que percibí con sólo asomarme a la calle y caminar por kilómetros y kilómetros de escombros. Algunos años más tarde visité China. Era especialista en el Pedagógico de su historia milenaria y conocer ese país era como realizar un sueño. Recuerdo mi sobrecogimiento en la visita a la gran muralla, que fue interrumpido por un muchacho que se echó en mis brazos. Me encontraba con un conocido nada menos que frente a la muralla china. Se trataba de un estudiante soviético que había sido mi alumno durante una Escuela de Verano de la Universidad de Chile.

—¿Nunca fue perseguida por todas sus campañas? ¿No la acusaron de comunista?

—No he sido encarcelada ni asediada por la policía porque tal vez han estimado que no era peligrosa, sino ilusa. Me han acusado de ser pantalla, biombo, compañera de ruta de los comunistas. No han dicho que era pagada por el oro de Moscú porque está a la vista que soy una persona modesta, y de escaso dinero. Me han postergado a veces en la Universidad en cargos y responsabilidades a las que tenía perfecto derecho. Debo reconocer, eso sí, la generosidad de algunos colegas que no son de mis ideas y que hasta pudieron sentirse comprometidos con mi cercanía. Uno de ellos es Juan Gómez Millas, que dividió en el Pedagógico su cátedra de Historia

Universal para que yo dictara clases de Historia Moderna. Mi cátedra se llamó "La expansión Europea" y estaba dedicada al estudio del colonialismo en el mundo de nuestros días. Hasta 1973, en las universidades chilenas era posible el libre juego de las ideas, la actitud científica ante cualquier forma de pensamiento, la convivencia civilizada de gente con los más diversos signos políticos. Todo eso se terminó con Pinochet.

Vivir en Chile bajo Pinochet

—*Francamente, ¿su intuición no le hacía temer el peligro de una dictadura fascista como último recurso para aplastar el proceso que inició la Unidad Popular?*

—Con honestidad debo decir que, así como mucha gente, yo no preví tal tragedia ni siquiera después del bombardeo a La Moneda y del asesinato del presidente Allende. Nos parecía que un régimen fascista era posible en cualquier otra parte menos en Chile. Incluso después de la instalación de la Junta creíamos que eso era pasajero, que no tardaríamos en regresar a la normalidad constitucional. Tuve la evidencia que no sería así cuando comprobé que el querido Pedagógico —nunca lo pude denominar de otra manera— era destruido hasta los cimientos. Los mejores profesores fueron expulsados, también centenares de alumnos. Se instalaron allí soplones de la CNI en todas las cátedras, los más mediocres y torcidos individuos fueron designados en las escuelas claves. Finalmente desapareció hasta la Facultad misma, atomizada en pobres escuelas funcionales al servicio del modelo de los "Chicago boys". Era —al comienzo de la dictadura— una mujer de sesenta y cinco años con muchas reservas de energías. Me fui enterando de los asesinatos, de la desaparición de gente querida, como Fernando Ortiz, de las torturas, de los campos de concentración. Me sentí sola después del exilio de tantos colegas entrañables y de la falta de comunicación con quienes por razones de seguridad no me llamaban siquiera por teléfono. En ningún momento pensamos emigrar con mi marido. Me dije "algo tengo que hacer", pero no sabía por donde empezar.

—*¿Y cómo empezó?*

—Un día una amiga vecina me dijo que su hijo escolar le había pedido llevar a almorzar a uno de sus compañeros que se desmayaba de hambre durante las clases. Se dio cuenta que había muchos otros a los que les ocurría lo mismo. Sus padres habían sido detenidos o eran simplemente cesantes. Otras vecinas empezaron a hacer lo mismo: por lo menos una vez a la semana los niños con hambre podían comer normalmente. Me interesé en el asunto y llegué a la conclusión que eso no solucionaba el problema. Organizamos en el barrio una canasta alimenticia calculando lo que un niño podía consumir en un día. Esta iniciativa creció, se multiplicó, respondió

al ardiente deseo de "hacer algo" de gente como yo. Por otra parte, las mujeres de los presos y los desaparecidos empezaron a salir a la calle. Eran heroicas sus huelgas de hambre, sus manifestaciones en los tribunales, en el centro de Santiago, en las puertas de las iglesias y de los edificios públicos. Me invitaron en 1976 a la celebración del Día Internacional de la Mujer en el Auditorium Don Bosco en la Alameda abajo. Me encontré con un local repleto de mujeres con una decisión fervorosa de enfrentar a la dictadura. Pensé que allí estaba también mi lugar. Este nuevo movimiento femenino fue adquiriendo formas. Ayudó mucho el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical, que atrajo a las mujeres trabajadoras. Ya no eran sólo los heroicos familiares de los presos y desaparecidos. En otra ocasión, una periodista nos invitó a Elena Caffarena y a mí para que le habláramos del MEMCH a un numeroso auditorio de mujeres jóvenes. Nos miraban como curiosidades históricas, no tenían la menor idea de lo que había sido ese movimiento. Se interesaron en todo lo que dijimos y creo que al final ya no les parecíamos unas antigüedades de izquierda. Elena me dijo después: "¿Por qué no editamos un libro sobre el MEMCH? Puede ser útil para crear un amplio frente de mujeres". Pusimos manos a la obra, acudimos a nuestros ahorros, nos ayudaron otras personas y el libro salió. De ahí tomó cuerpo la idea de ese nuevo movimiento de que hablaba Elena. Acudieron mujeres de todos los sectores. Nosotras queríamos ser sólo espectadoras o activistas de pequeñas cosas. Pero ellas nos dijeron; "Ustedes son las que saben". Hubo largas reuniones para determinar el nombre del movimiento. Las proposiciones se sometieron a votación democrática hasta que ganó por mayoría la denominación "MEMCH 83" porque ese fue el año de la fundación. Es un movimiento sin presidenta ni secretariado, regido sólo por un comité ejecutivo cuyo objeto es defender los derechos de la mujer y de sus hijos bajo las condiciones de una dictadura que ha causado tantos sufrimientos. Nos unimos al "Comité de Mujeres por la vida" y organizamos a fines del 83 un acto enorme en el Teatro Caupolicán. Sólo hubo mujeres. A todos nos pareció que era como una fuerza nueva que tomaba nuestro relevo con más creatividad, con coraje, con mayor amplitud. Trabajamos con los pobladores, con los niños, con las estudiantes, con las profesionales, con las artistas. Nos preocupamos de los derechos humanos atropellados, de la solidaridad material con los hijos de los presos, del exilio, del retorno, etc. Establecemos un estrecho contacto y colaboración con todas las organizaciones femeninas que existen y combaten a la dictadura. En el momento actual agrupamos a dieciocho movimientos activos. Hay discrepancias entre uno y otro grupo, pero no son graves. Obedecen sólo a las posiciones ideológicas que predominan en ellos.

—*¿El miedo ya no existe? ¿Las mujeres no le temen a la represión?*

—El miedo fue paralizante en los primeros años. A veces en la oscuridad de un cine pifiábamos al dictador cuando aparecía en algún noticiario, pero después salíamos de la sala llenas de temores ante un posible ojo policial. Recuerdo que el conjunto Ictus rompió el hielo en el teatro. La gente aplaudía a rabiar sus alusiones a la situación que se vivía. Muchos se negaban a recibir hasta a sus parientes o amigos de izquierda. Era estremecedor que alguien tocara el timbre de la casa en la noche. Todos tenían miedo. A esto se unía la impotencia y la sensación de cobardía y de incomunicación. En las primeras celebraciones del Día Internacional de la Mujer hicimos miles de tarjetas de saludo con papel de envolver con alguna estrofa de Neruda, que era el mensaje exacto para el momento. Casi todas llegaron a su destino y obtuvimos una gran respuesta. La iniciativa de las protestas fue decisiva para perder el miedo. Si en cualquier barrio eran centenares de personas las que hacían sonar las cacerolas, se agregaban otros centenares. Hay que entender la situación: la gente no sólo temía la represión, sino más que nada perder su empleo; tener trabajo es casi un privilegio en Chile y todos defienden celosamente su precaria estabilidad laboral. El terror es uno de los pilares de sustentación de regímenes como los de Pinochet. No en vano se gastan inmensos recursos en sostener sofisticados aparatos policiales que tienen licencia ilimitada para operar. Pues bien: el terror ya fracasó en Chile. La censura a los medios de comunicación ha sido desbordada. Lo que publican en Chile las revistas de oposición es más fuerte de lo que se dice en el exilio donde he encontrado gente que toma demasiadas precauciones sin que nadie la amenace. Por mi parte decidí desde los primeros días actuar sin miedo. No podía agregar a la impotencia o a la incomunicación la castración del temor. Es claro que siempre he tenido presente que lo que no se puede perder es la cordura. Es absurdo subestimar al enemigo cuando éste tiene todo el aparato del poder.

—*¿A su juicio qué impide el fin de la dictadura? ¿Por qué se mantiene si hasta en las encuestas más frías se dice que el 90 por 100 de la población está en contra?*

—Las verdades de Perogullo son más reales que las explicaciones de algunos ensayistas políticos: no existe unidad de la oposición y esa es la mayor victoria de Pinochet en la actualidad. La unidad no puede funcionar sólo para realizar un mitin de un millón de manifestantes cuyos ecos se terminan una semana después. No basta un paro de un día o dos. Pinochet dispone de la fuerza bruta, no hay indicios claros de rebelión en las Fuerzas Armadas porque los aparatos policiales actúan todavía con mayor eficacia en su interior. La unidad tendría que operar al unísono en todo orden de cosas y de manera sostenida. Si consigue ser más fuerte que Pinochet habre-

mos llegado al fin de estos años espantosos.

—*¿Entonces la rebelión no camina, a su juicio?*

—Rebelión es todo lo que hacemos contra la dictadura. Me considero una rebelde a los setenta y ocho años. Es un término obvio. Creo que al comienzo no se explicó bien tal política. Algunos jóvenes se entusiasmaron con la violencia y convencieron a muchos que ese era el único camino. Las capas medias se espantaron. Ahora las cosas están más claras. La violencia es necesaria porque el ghandismo no funciona en Chile y a los crímenes no se puede responder con rosas. Pero lo principal es la unidad y convertir en activos a ese 90 por ciento de chilenos que está por la democracia. Lo contrario es prolongar el régimen de Pinochet.

—*Finalmente, ¿está contenta con su trayectoria en la vida?*

—A los setenta y ocho años ya puedo hacer una liquidación de cuentas conmigo misma. Mi futuro puede terminar mañana. Me hubiese gustado hacer mucho más. Por ejemplo, hay libros que nunca escribí y conocimientos que no perfeccioné. Soy una abuela que todavía cree que puede pelear. Me parece que sólo los necios pueden morir satisfechos. Amo la vida y me interesará hasta el fin que sea lo mejor posible para la mayoría de los seres humanos.

2

Vivir y luchar, hoy y mañana

CATALINA RÍOS

Las mujeres que hablan desde Chile en las páginas siguientes son profesionales, humildes pobladoras, familiares de detenidos políticos desaparecidos y ejecutados. Representan a algunas de las diversas organizaciones que canalizan hoy las luchas de la mujer chilena, y en las cuales se expresa la voluntad de ésta por cambiar el curso actual de la historia de nuestro país. Más allá de su dolor, ellas no escatiman esfuerzos y sacrificios; diríase, parafraseando un lema popular, que el tiempo que anuncia el fin, tal vez no lejano, de la dictadura tiene un apellido que nos comprende a todos, pero su nombre es de mujer.

Las entrevistas fueron realizadas en el primer trimestre de 1985 en Santiago, y los nombres han sido cambiados por razones de seguridad.

Catalina Ríos (seud.) es socióloga, vive en Aquisgrán, República Federal Alemana, y prepara una tesis sobre la mujer chilena en los años de la dictadura.

Tomar conciencia de los derechos de la mujer

(Conversación con una dirigente del MEMCH'83)

—¿Qué significa la sigla MEMCH?

Ana: MEMCH es la sigla del Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena. Esa es la sigla que corresponde al MEMCH que nació en el año 35 y que trabajó más o menos hasta el año 52-53.

El MEMCH'83 de ahora nació en junio de 1983. No es una organización femenina, sino que es el nombre de una especie de instancia de coordinación. Al principio se le iba a poner "Consejo Nacional de Mujeres", pero lo desecharon; "Comisión Chilena de la Mujer", pero también lo desecharon; "Mujeres Chilenas", pero ya existía la UCHEM (Unión Chilena de Mujeres) y el MUDECHI (Mujeres de Chile)... El nombre de MEMCH'83 nació a partir de una antología que publicamos, entonces se lanzó la idea de unificar a tantas agrupaciones de mujeres que ya existían y llegamos a la conclusión que aún no era el momento, porque algunas eran más pequeñas y otras tenían discrepancias de tipo político. Se habló, entonces, de crear un encuentro, un lugar, una instancia de coordinación, donde las organizaciones, sin perder su naturaleza, su autonomía, sus objetivos, etc., pudieran sugerir, intercambiar, proponer y coordinar la acción. Nació con la idea de juntarnos para conocernos y eso se ha cumplido.

—¿Reconocen las distintas organizaciones de mujeres la capacidad de convocatoria del MEMCH'83?

Ana: Sí, pero hay organizaciones que no se han inscrito. Por ejemplo, el "Movimiento de No Violencia" no se inscribió. Participó en las primeras reuniones, pero dijeron que los métodos de trabajo de ellas no coincidían y que se retiraban.

—¿Qué tipo de organización es ésta?

Ana: Son democristianas en su mayoría y son de la organización "Justicia y Paz". En un comienzo asistieron también las comunidades cristianas de base, por ejemplo, y después dejaron de concurrir. En las primeras sesiones, cuando se trabajaba por constituir el MEMCH'83, habían más de treinta grupos de mujeres inscritos, pero después se retiraron, no podían venir o no podían asistir... al parecer la Democracia Cristiana dio una orden de partido, entonces la democristianas que estaban en un comienzo, dijeron que por razones partidarias no podían figurar como miembros del MEMCH'83, pero que simpatizaban y comprendían la iniciativa. En el MEMCH'83 hay fundamentalmente grupos militantes o simpatizantes comunistas, algunas organizaciones radicales que forman parte de otra organización, como son "Mujeres Democráticas". Ellas participan en su organización, pero van a las acciones y movilizaciones que el MEMCH'83 convoca.

—*¿Las mujeres demócratacristianas no se reservan una cierta autonomía de participación con respecto a las órdenes de su partido?*

Ana: Yo diría que el partido las inhibe de entrar acá por aquello de la pugna que hay DC por un lado, contra MDP por el otro. Esas son contradicciones que se han gestado en los círculos políticos de los hombres y las mujeres que forman secciones en los partidos políticos siguen la línea. Las izquierdistas también...

—*¿Qué izquierdistas no están en el MEMCH'83?*

Ana: Aquí no está el Bloque Socialista, ni las "Mujeres por el Socialismo", pero colaboran con el MEMCH'83 y si nosotras proponemos iniciativas ellas las reproducen, ...y a nosotras no nos molesta: ¡mejor! Otras veces toman iniciativas como "Mujeres por la Vida". El acto del Caupolicán fue trabajado por ellas y por nosotras.

—*¿Qué es "Mujeres por la vida"?*

Ana: Es una instancia de organización. Un grupo de mujeres de distintos sectores, especialmente periodistas, hay católicas y políticas. Allí también hay una del MEMCH, una representación del departamento femenino de la Coordinadora, etc.

—*¿Cuáles son las dificultades principales con las que se encuentran ustedes para organizar a las mujeres en forma autónoma?*

Ana: En estos momentos hay una iniciativa, el "Comité Pro Unidad de la Mujer", que ya ha realizado tres asambleas por la unidad. El MEMCH'83 ha apoyado esto y gente del MEMCH'83 ha estado trabajando, redactando, participando en toda la documentación y orientación, etc. No hay ningún problema. Nosotras como instancia de coordinación estamos metidas también allí.

—*...Pero yo le preguntaba por las dificultades...*

Ana: La dificultad más grande es el miedo a la represión, por una parte, y por otro lado, la contradicción que está planteada en estos momentos en los dos sectores de la oposición. Como el Partido Demócratacristiano es una opción para las fuerzas de centro y en el sector demócratacristiano marcha también todo el sector más progresista de la derecha, consideran que son la opción, entonces no descartan la unidad para más adelante, pero en estos momentos ellas no quieren perder esa oportunidad de ser la opción histórica. Claro que en la base se trabaja perfectamente unidas: yo he estado en asambleas de MUDECHI en Pudahuel, otra en la zona Sur y allí había a la par demócratacristianas con gente relacionada con el partido radical y así...

—*¿Piensa usted entonces que es un problema de cúpulas solamente?*

Ana: ¡Claro! Es por eso que nosotras hemos insistido mucho en esto, y ahora hicimos la "Plataforma de la Mujer" para dirigirse a todas las cúpulas políticas, incluso de la derecha, en torno a las rei-

vindicaciones de la mujer como género.

—*¿Cuáles son las reivindicaciones de la mujer como género?*

Ana: Son las que tienen directa relación con el problema feminista, y que no tienen mucha aceptación aquí, porque no se conocen los movimientos. El "Movimiento Feminista" es también parte del MEMCH'83. Ellas hacen acciones paralelas con su estilo propio, pero no han logrado llegar a las bases. La gente de bases las resiste, porque las ve exclusivamente desde el ángulo de la sexualidad, de la discriminación sexual y de los derechos sexuales que la mujer reivindica. Las bases no ven lo otro: la mujer contra la violencia doméstica, contra la violencia en la sociedad, contra la discriminación de que es objeto por el hecho de ser mujer. La mujer siempre está presente, toma decisiones, trabaja, promueve y todo lo demás, pero cuando llega el momento no quedan nunca en las directivas, no las nombran nunca en altos niveles de decisiones.

—*¿Hay en los partidos de izquierda comprensión por la reivindicación feminista?*

Ana: ¡Muy escasa!

—*¿Hay entre las mujeres de izquierda comprensión por el feminismo o hay reticencia?*

Ana: Hay reticencia, porque no lo conocen. No se han dado el trabajo de estudiarlo.

—*¿Consideran ellas que el feminismo es una reivindicación burguesa, secundaria?*

Ana: Consideran que es secundaria, porque si estamos con el hambre y la dictadura encima, hay que despreocuparse y dejar eso para después.

—*¿Cuál es su opinión con respecto a eso?*

Ana: Yo pienso que es un error, porque la liberación de la mujer no se va a conseguir sólo porque se logre la democracia y un régimen que dé garantías individuales. Todo es parte de una misma lucha, sólo que no es parte exclusiva de esa misma lucha. Las mujeres tienen sus problemas específicos y si no se mueven ellas no van a salir nunca de eso.

—*¿Están difundidas las ideas del feminismo en Chile?*

Ana: Escasamente. El nivel de comprensión aquí es muy inferior a lo que se ve en otros países latinoamericanos.

—*Según esa opinión la mujer chilena habría sufrido un retroceso en ese sentido, ya que en la Antología del MEMCH aparece que las chilenas en tiempos pasados fueron una especie de vanguardia en las luchas femeninas.*

Ana: En ese sentido el MEMCH fue feminista y luchó por el voto político, pero planteó problemas también como la despenalización del aborto, el derecho al divorcio, luchar por la capacidad jurídica de la mujer, defender el derecho de la mujer de ascender a los

puestos de direcciones en el servicio público, etc. El MEMCH tuvo esas ideas, pero en el plano de la sexualidad no fueron tan avanzadas. Nosotras defendimos mucho la planificación de la familia, o sea, se reivindicó la posición feminista a tono con lo que estoy hablando, y eso, hace cincuenta años.

—*¿Piensa usted que la mujer chilena, a pesar de la represión, se ha emancipado en ciertos aspectos en estos últimos diez años?*

Ana: Justamente con la represión es cuando han proliferado los grupos de mujeres.

—*¿Cuáles podrían ser las causas?*

Ana: El motivo es la fuerza de la represión y el aislamiento en que han quedado los distintos grupos. En cada sector surge la necesidad de que la gente se organice para algo. Se han organizado por la necesidad de luchar por el problema de la vivienda, de los policlínicos, contra la violencia de que son objeto en las mismas poblaciones. Han proliferado una cantidad de grupos, y en el MEMCH'83 hay una cantidad de grupos que sencillamente no están.

—*¿Se organizan las mujeres sólo en torno a problemas concretos de la sobrevivencia o también por una conciencia sobre la necesidad de organización de la mujer?*

Ana: La necesidad de organización de la mujer es muy clara. En la "Boletina" hemos recogido muchos testimonios. Nosotras solas no hacemos nada.

—*¿Qué piensa el MEMCH'83 sobre la autonomía del movimiento de la mujer como condición necesaria para que la mujer se desarrolle como persona y se prepare para asumir puestos directivos?*

Ana: El planteamiento del MEMCH'83 es que en esta etapa es muy importante trabajar en torno a problemas que son comunes y que dirigen todas las fuerzas hacia el objetivo central que es terminar con la dictadura. Pero no por eso esto tiene que prevalecer. Ellas tienen que combatir en los dos planos: en su capacitación como mujeres para tales o cuáles fines específicos y a la vez estar presentes en la lucha. La idea que más se maneja dentro de las organizaciones que están en el MEMCH'83 es que la lucha por los derechos de la mujer no es contradictoria con la lucha por la democracia y que también nosotras tenemos el derecho de organizarnos como mujeres.

—*¿Por qué se da la necesidad de organizarse aparte?, ¿piensa usted que la mujer se inhibe más de participar cuando están presentes los hombres?*

Ana: La tradición y todo este peso de estereotipos la condicionan mucho naturalmente. En este último tiempo se ha visto que a nivel sindical, de organización laboral, por ejemplo, en los sindicatos agrícolas la mujer está llegando a cargos directivos. En este momento las secciones femeninas son vitales en las federaciones y dis-

tintas organizaciones, como en la construcción o en el Surco Campesino, donde las mujeres constituyen una mano de obra numerosa y, por tanto, pesan.

—*¿Cuáles son las dificultades más grandes que se presentan para estimular a la mujer a participar?*

Ana: La falta de medios, la falta de recursos. Si nosotras tuviéramos medios para movilizarnos, para ir de una parte a otra, ¡en fin!, la falta de medios técnicos. No es tanto la represión misma, porque se pueden hacer reuniones más pequeñas, de grupo, ...en pleno estado de sitio se han hecho asambleas nacionales, pero faltan los recursos.

—*¿O sea, que sólo se trata de un problema de falta de medios, no de falta de motivación...?*

Ana: Sí, absolutamente. Lo piden mucho. Cuando se cumplieron los cuarenta años del fin de la guerra, se hicieron algunas cosas aquí en el centro, en el "Centro Cultural Mopocho". Las mujeres de las poblaciones venían a reuniones que terminaban a las once de la noche, ¡imagínate tú!, sin embargo ellas venían, cosa que es muy injusta, porque nosotras deberíamos estar yendo para allá, pero no tenemos medios. Entusiasmo no nos falta.

...Pero ahora, volviendo a tu pregunta sobre la situación de la mujer chilena en los últimos diez años... La mujer ha perdido mucho: en capacidad jurídica no ha habido ningún avance, y en materia de derechos conquistados por la mujer ha perdido la defensa de su fuero maternal. El fuero maternal no ha sido suprimido, pero la nueva legislación asimiló el fuero maternal al fuero sindical. Es decir, cuando el patrón quiere despedir a la embarazada, a la mujer la despiden sencillamente y no tiene derecho a prenatal ni a posnatal ni nada.

—*¿Cómo ve el porvenir del movimiento femenino en Chile?*

Ana: Yo creo que en el país no puede dejar de existir un movimiento femenino, mientras haya necesidad de conseguir que las mujeres maduren más la conciencia de sus derechos, y mientras se mantengan los niveles de cerrazón de parte de muchos hombres para comprender esta realidad. Las organizaciones de mujeres, por otra parte, deben dedicar una mayor atención a la capacitación. Por el momento estamos muy sumidas en la contingencia, pero llegará el tiempo en que será necesario proyectar toda la capacidad femenina, pero integrada, total, con fuerza, con convicción, asimilada con una toma de conciencia.

Proteger a nuestras hijas

[Testimonio de una representante de MUDECHI (Mujeres de Chile) en que se relata el asalto de su sede social por nueve individuos armados y enmascarados, el 20 de junio de 1985.]

—...estábamos en la secretaría y vi cómo corrían por la escalera hacia arriba y a un hombre joven que me apuntó y me dijo: “¡Todos al suelo, mierda!” En ese momento estábamos tres personas en la oficina: Vanessa, la chiquitita de siete años, su papá y yo. Las otras personas estaban en la otra oficina; entonces nos pusieron boca abajo y empezaron a sacar todas las cosas enseguida. Antes de eso, me echaron mi abrigo en la cabeza, creo que a la mayoría le hicieron lo mismo..., y por ese instinto que uno tiene yo agarré a Vanessa de guata y me tiré sobre ella como una forma de protegerla..., entonces empezaron con muchas groserías, a sacar cosas y hacerlas pedazos. Fueron largos minutos. Yo temía que a nosotros nos hicieran lo que siempre hacen, pero con la esperanza de que no tocaran a la niña. Para mí fue muy duro en lo personal esa experiencia, porque a la niña la vejaron y la tomaron por su pelo, ...ella empezó a rogar por su papito, ...que por favor no le hicieran nada y que no se lo llevaran. Traté de tranquilizarla, yo le hablaba, en esos minutos levanté un poco la cabeza porque ella empezó a llorar, entonces vi a un muchacho alto con pasamontañas y a otros que se estaban llevando la *Antología* del MEMCH que había llegado justo el día anterior, vi un poco y ahí me amenazaron y dijeron: “...si no bajai la cabeza te vamos a hacer...”, y bueno, ustedes saben los garabatos.

Yo sentí como muy fuerte el ambiente, de tremenda violencia, me sentía muy mal, porque realmente yo quise ser un poco como de Chapulín Colorado para la niña y no fui capaz de defenderla como realmente yo hubiera querido; ...le pescaron su pelito que tenía hasta la cintura y la dejaron toda sucia, le empezaron a echar pintura en la cabeza. Enseguida nos dijeron; “¡Quédense con la cabeza así diez minutos!, ¡cuidadito con levantarse antes!, los van a estar mirando y los van a hacer rezumar si levantan antes la cabeza”.

Quiero decirles qué saqué de esa vivencia personal: para mí ha significado poder tener más fuerzas todavía, siento la necesidad de irnos fortaleciendo cada vez más para ser mucho más duras, porque es terrible el régimen que estamos viviendo. Cuando veo a todas las mujeres que están aquí presentes, con tantas ganas y deseos de poder unirse, estar todas juntas, pienso que ése es mi único deseo y anhelo. Creo que todos soñamos lo mismo cuando vemos un grupo aquí y otro allá. Ya es hora de que sigamos dando ejemplos de unidad, como lo hemos hecho hasta ahora!... ¡Que esto nos sirva para seguir con más fuerza, porque realmente estamos con la verdad! Solamente unidas vamos a ser capaces de sacar a este maldito régimen. ¡Que a nuestros niños no les sigan haciendo esto! A pesar de que Vanessa no era mi hija, yo estaba viendo en ella a mi hija y a todas las hijas de este país!

La dueña de casa sale a la lucha social

(Conversación con dos dirigentes de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.)

—¿Eres tú familiar de un desaparecido?

Violeta: Sí. Yo tengo a mi padre detenido desaparecido desde 1976.

—¿Y tú también?

Sara: Yo también. El 4, el 5 y el 10 de agosto de 1976 desaparecieron mi hijo, mi esposo, mi cuñado y mi sobrino.

—¿Cómo surge la iniciativa de formar la Agrupación?

Violeta: Para ubicar a nuestros familiares nos vamos encontrando en los mismos lugares que recorriamos. Así es como nos conocemos en el Instituto Médico Legal, en las comisarías, en el Servicio Nacional de Detenidos, que funcionaba en 1974 —en esos años SENDET—, en los tribunales de justicia donde se interponían los recursos de amparo, en donde cada uno va haciendo en forma individual la denuncia. Es así como nos vamos dando cuenta que nuestra lucha no puede ser individual, sino que tiene que ser en forma colectiva para poder lograr una respuesta por parte del gobierno.

—¿Cuántos detenidos desaparecidos hay en Chile?

Violeta: En estos momentos, 742 casos registrados y con antecedentes. Hay personas que no tienen antecedentes, pero que también fueron detenidas y hechas desaparecer. Sus familiares no pudieron colocar un recurso de amparo.

—¿Son hombres la mayoría de los detenidos desaparecidos?

Violeta: En su gran mayoría. Son jefes de hogar. Hay también un gran porcentaje de estudiantes universitarios desaparecidos.

—¿Cuántas mujeres desaparecidas hay en Chile?

Violeta: Cincuenta y dos.

—¿Qué problemas surgieron en el interior de las familias, cuando tuvieron ustedes que dejar sus hogares a diario para salir a buscar a sus familiares?

Sara: El hecho de perder a un familiar de esta forma, en donde uno no sabe qué es lo que ha ocurrido con él y de vivir permanentemente en la incertidumbre, hace que cada familiar se vea en la necesidad de tener que hacer muchas cosas que antes jamás imaginó y por eso se producen graves problemas en el interior de la familia. La mayoría de los desaparecidos eran casi sólo jefes de hogar y por esta razón la mujer ha tenido que pasar a hacer el papel de padre y madre a la vez con la consecuencia que los niños se han quedado un poco solos. Su madre se daba por entero al quehacer de la Agrupación y en el caso de sus hijos menores de edad no pudo entregarles la atención permanente que requerían. Muchos niños sufrieron

síquicamente porque quedaban solos a menudo. Hubo muchos problemas con los niños, han sufrido mucho.

—*¿Cuándo se incorporaron ustedes a la agrupación?*

Violeta: En el año 76, ya que en ese año tuve la desgracia de que mi padre fuera detenido y desaparecido. Digo desgracia de haberme incorporado a la Agrupación, porque a nadie le gustaría estar en esta situación, ni nadie tendría por qué estar si estuviésemos en otros tiempos.

—*¿Durante la dictadura militar en Argentina tenían ustedes contactos o líneas de acción en común con las Abuelas y Madres de Plaza de Mayo?*

Violeta: Como la práctica de la desaparición forzada de personas ocurre no sólo en nuestro país, sino que en la gran mayoría de los países de América Latina, en 1981 —producto de toda esta preocupación a nivel continental— se creó la “Federación de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos”, donde están integradas las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas, la Comisión de Familiares de Detenidos Desaparecidos por razones políticas, y así están los familiares de Bolivia, Uruguay, Paraguay y de Centroamérica también, donde se ha dado la desaparición de personas en forma mayor. En Guatemala, por ejemplo, son arriba de treinta mil los desaparecidos. A través de esta Federación todas nosotras estamos coordinadas. Tenemos actividades en conjunto como La Semana Internacional por los Detenidos Desaparecidos, que está instituida, y que se realiza del 25 al 31 de mayo de cada año.

—*¿Son ustedes apoyadas por otras organizaciones de mujeres existentes en Chile?*

Sara: Nosotras participamos en el MEMCH'83. Allí hay organizaciones que son exclusivamente femeninas. Acciones que ellas hacen, nosotras participamos. Cosas que nosotras hacemos, ellas también participan. Claro que en menor grado, porque el tema de nosotros es como muy específico, diferente al de una organización femenina que trabaja por el problema femenino. Eso no quiere decir que son feministas, ¡No!, sino que incluyen los problemas generales: la carestía, la cesantía, la represión.

—*¿Qué ha significado para ustedes como personas este duro trabajo de la búsqueda de sus familiares?*

Sara: Nosotras nos hemos desarrollado mucho, porque como decía Violeta o yo, al principio, muchas eran madres que no se incorporaban a nada. Eran dueñas de casa que no salían más allá. Con esto yo creo que han tomado como conciencia que la participación de ellas ha sido importante. ¿Por qué ha sido importante?, porque nuestra Agrupación ahora tiene contactos con los colegios profesionales, que antes no teníamos; por ejemplo, el de los médicos, y también los colegios de arquitectos, de ingenieros, de asistentes so-

ciales, que han tomado nuestros problemas como propios. También participamos en las organizaciones universitarias. Es decir, que a partir de nuestro trabajo ha habido como una liberación del haber sido solamente dueñas de casa.

—*¿Cómo funciona la Agrupación y cómo está estructurada?*

Violeta: Nosotros después de muchos años de trabajo nos dimos el año pasado una nueva estructura. Tenemos ahora una presidenta, una secretaria general, una encargada de finanzas y hay seis comisiones de trabajo: la de extensión y comunicación, la internacional, relaciones públicas y la comisión juvenil, que se incorpora por primera vez al trabajo de la Agrupación. Están también la comisión de Formación y Capacitación y la comisión jurídica y administrativa. En total son seis comisiones.

—*¿Cómo reaccionan los familiares de detenidos desaparecidos al enterarse que hay esposas de detenidos desaparecidos que al no saber hace muchos años de sus maridos, rehacen sus vidas? ¿Son rechazadas?*

Sara: Es un tema bastante difícil de enfrentar. Yo te diría que este problema se presentó ya más por ahí en 1980. Al conjunto de la Agrupación le costaba entender que la vida sigue, y que hay que respetar lo que cada familiar decide hacer. Es difícil asumirlo, pero es una realidad.

—*¿Cuáles eran los argumentos en contra de esta decisión de algunos familiares de detenidos desaparecidos?*

Sara: ¡Mira!, los argumentos en contra que yo tenía eran que a los dos o tres años de detenida la persona, a mí me parecía como no justificable el tener un nuevo compañero, por la siguiente razón: Siempre hay como una esperanza de que la persona desaparecida pudiese aparecer y entonces sería algo terrible encontrarse con una situación así, sería un golpe muy fuerte encontrar a su esposa con un nuevo compañero. Es muy difícil entenderlo. Una siempre guarda la esperanza, pero yo finalmente he comprendido, a pesar de lo delicado de la situación, que después de nueve o diez años es tan difícil que pudieran aparecer con vida. Además, como decía Violeta, muchas de las esposas de los detenidos desaparecidos quedaron con niños pequeños, tenían que hacer el esfuerzo de luchar por saber de su detenido: ir a una parte, ir a otra y los niños necesitaban también el alimento y quizás necesitaban a un compañero que les ayudara a sostener su propio problema que tenían como mujeres, de soledad quizás...

—*Pasando al tema de la mujer chilena hoy: ¿En qué ha cambiado, a juicio de ustedes, su situación en estos últimos diez años?*

Sara: Yo diría que en estos últimos diez años, especialmente la mujer dueña de casa, que nunca ha trabajado fuera de ella, ha salido a la calle y ha tenido la valentía de defender el pan de sus hijos, sin importarle lo que suceda. Eso yo lo veo como positivo, porque

realmente hay mujeres que nunca pensaron que podrían salir, pero han salido por la defensa del pan para sus hijos y por la defensa del trabajo de su esposo. La otra cosa es que las mujeres han tomado conciencia en el aspecto político, a pesar de que todavía no es suficiente. ¡Falta mucho! Por ejemplo, antes en un gran número de familias llegaba el hombre mandando: "¡Bueno!, yo quiero que me sirvan el almuerzo, quiero tener listo todo y usted m'hijita no me sale a la calle!" y así ¡qué se yo! Sin embargo a estas mujeres ahora las hemos visto en la calle. A lo mejor es por la cesantía del esposo y le dirán: "Si tú no salís, tengo que salir yo". Yo he visto esa actitud y me parece que es positiva, pero no es lo suficiente, falta todavía.

—*¿Ha cambiado esta conducta más independiente de la mujer en algo el comportamiento de los hombres, en el sentido, por ejemplo, de que empiecen a cooperar o compartir el trabajo doméstico?*

Sara: Me parece que todavía existe el famoso machismo.

—*¿Consideran ustedes que el machismo es un problema secundario dentro de la problemática chilena?*

Sara: Yo creo que es como secundario, pero no sé bien. Si nosotras pensamos en el machismo del hombre, yo creo que la mujer tendría que imponerse un poco también, porque la mujer tiene el mismo derecho a decir lo que ella piensa, y no escuchar primero lo que dice el marido.

Violeta: En las últimas manifestaciones de protesta callejera se ha dado que ha habido un gran porcentaje de mujeres y eso incluso llama la atención, porque algunos dicen: "...¡y bueno!, dónde están los hombres?", porque sobre todo la mujer pobladora ha tenido un papel bien importante.

Sara: ...y es por lo que te decía yo: por la defensa de sus hijos, por la falta de terrenos donde vivir...

—*Si ustedes tuviesen que decirles algo a las mujeres chilenas: ¿Qué les dirían?*

Violeta: No sé si sea un poco egoísta como lo plantearía yo, es decir de no permitir que nuestro problema sea olvidado, porque es una responsabilidad tan grande que tenemos, que si mañana se produjeran cambios y el problema de los desaparecidos fuera dejado de lado, sería muy nefasto, porque todo esto podría volver a repetirse, entonces en ese caso yo les diría a las mujeres que con todo lo que ellas están exigiendo también incorporen nuestra exigencia.

Sara: Yo les diría lo mismo, porque realmente nosotras solas no hemos logrado que el gobierno nos diga la verdad del problema. Creemos que muchas mujeres que son madres, hermanas y esposas deben tener presente este drama, porque no vaya a suceder mañana que le ocurra a un hijo de ellas o a ellas mismas y tengan que decir: "¡Tarde lo pensamos!"; entonces ese sería mi mensaje.

¿Son más activas las mujeres que los hombres?

(Conversación con integrantes de UCHEM, Unión Chilena de Mujeres.)

—¿Cuándo se formó el UCHEM?

Delia: El 4 de septiembre de 1983, por iniciativa de un grupo de mujeres que querían organizar a otras mujeres y agruparlas en torno a problemas comunes: el económico y el laboral.

—¿De qué sectores son las mujeres organizadas en UCHEM?

Delia: De poblaciones periféricas. Nosotras somos de la población Yungay.

—¿Es la primera vez que ustedes participan en este tipo de actividades, o ya antes lo habían hecho?

Rebeca: Yo estaba participando activamente en el MUDECHI, pero como no estaba funcionando bien, me cambié al UCHEM.

—¿Por qué no estaba funcionando bien?

Rebeca: Es el miedo más que nada, porque a veces con algunas amigas íbamos a protestar y la gente no se unía de puro miedo.

—¿Qué hacen ustedes en UCHEM?

Viviana: Nos capacitamos. Las niñas que nos van a hacer como unas clases nos capacitan en enseñarnos a ver la realidad, porque nosotras no sabíamos nada, estábamos como pájaros. También nos enseñan arpillera y en eso estamos trabajando, pero lo más importante es que nos van enseñando cómo poder desenvolvernos más adelante y que cualquier persona no nos venga a insultar, porque siempre nos insultan por ser mujeres de pueblo.

—Es decir, ustedes se preparan para defenderse...

Viviana: ¡Eso!, prepararse para defenderse ante cualquier tipo de persona y que a donde una vaya le hablen de igual a igual. Esto es lo que nosotros pretendemos, que algún día nosotras podamos ser igual que otras personas, y no porque alguien tenga estudio, nosotras no podamos hablar como ellas. Esa es nuestra idea, es nuestra meta: Ser mejores como mujeres que lo que somos en este momento.

—¿En qué sentido desean ustedes superarse?

Marta: En el plano de la actividad social de afuera, y también en casa y quitarle un poco el machismo al hombre, porque el hombre no quiere que la mujer participe y hay muchas que no pueden venir por eso. El hombre cree que una nació para lavar las ollas y los platos, para cocinar, para estar en la casa. Yo digo ¡no!, definitivamente no. Pienso que nosotras nos casamos, tenemos hijos, pero tenemos derecho a ser mejor siempre.

—¿Tú tienes hijos?

Marta: Sí, dos hijos.

—¿Con quién los dejas cuando participas aquí?

Marta: Con mi marido, porque mi marido es liberao y él también participa. Me da todas las posibilidades de ir donde yo quiera. El se queda con los niños. No hay ningún problema, entonces yo ya me siento liberada de ese problema del hombre.

—*¿Tuviste que dar la lucha para que esto sea así, o él siempre ha sido así?*

Marta: Yo no tuve que dar la lucha, porque él siempre ha sido así. Yo era la que no quería, porque siempre tenía miedo: “Me pueden matar y los niños van a quedar solos”, y él siempre empujándome: “¡Anda!, ¡participa!, ¡hace algo!, ¡aprende a tejer!, lo que sea, pero aprende algo”.

—*¿Hay comprensión en la población por el problema de la mujer?*

Rebeca: Nos consideran un grupo de mujeres políticas... y la mayoría está en contra de la política. Aunque hay gente que quiere participar, porque hay esas protestas.

—*¿Es muy despolitizada la gente en la población?*

Virginia: Sí, es más despolitizada que nada. Yo soy de otra población, eso sí, soy de Malaquías Concha. Nosotros allá trabajamos bajo el alero de la capilla. No tenemos reuniones en las casas, porque también tenemos miedo de que vaya a pasar algo, además de que la mayoría de las mujeres que están en la capilla ya sus maridos son políticos.

—*¿Ustedes son mujeres de políticos también?*

Viviana: ¡Claro!, porque yo me he dado cuenta de que las mujeres que están allá, son porque sus maridos las han empujado, o por lo menos les dan el derecho a participar. ¡Si el mío no me puso ninguna dificultad, porque yo venía al encuentro!, ¡al contrario!: Me puso el agua, me arregló los zapatos para que yo viniera, porque he sido yo la miedosa toda la vida. Hace un año no más que estoy participando, pero incluso ahora yo venía con miedo, porque si no había nadie más de mi taller..., porque también en una “dinámica” que hicimos se nota que las mujeres tienen miedo, incluso unas preguntas que se hicieron, no querían responder, porque pensaban que eso las iba a acusar. ¡No sé!

—*¿Se conoce el feminismo en las poblaciones?*

Blanca: No. Somos muy pocas las que participamos en algo. Falta la participación de las mujeres que pasan metidas en las casas. ¡Claro!, están demasiado en sus casas. Usted ve que en el taller de nosotras hay tantas, pero unas se sientan por aquí, otras se sientan por allá. Es un grupito no más el que conversa, ...unas van a aprender el crochet, pero más apartá. Llegan allí, pero no participan.

—*¿Qué tipo de mujeres participan en UCHEM?*

Rebeca: Son todas mujeres jóvenes que recién se están enfrentando con los problemas, porque se han casado no hace mucho. Tienen dos niños, que cuando van en segundo y tercer año, ahí es cuando

una siente el peso. Tenemos mujeres que ya han pasado por la etapa de la crianza y otras que recién están empezando.

—¿Y en su grupo?

Viviana: En mi grupo somos muchas las mujeres que hemos terminado de criar, y, a veces, tres o cuatro mamitas que son jovencitas, ...pero son muy calladas, muy tímidas, no participan casi nada, no cuentan sus problemas, una no sabe por qué ellas son así. Mis nueras también son calladas...

—¿Participan los hombres en el trabajo poblacional?

Viviana: Yo estoy participando en una olla común, y no participa ni un hombre. El hombre es muy reacio para participar en la población. El participa por lo de él, no más. ¡Apenas ha ido un hombre!

—¿Son las mujeres más activas que los hombres?

Viviana: Lógico. Yo creo que sí, porque una se da cuenta que cada día la plata se está haciendo más escasa y uno va buscando y trata de hacer lo posible de que los medios le alcancen, por eso la mujer se mueve y se mueve...

—¿Se organizan los hombres cesantes de la población para hacer algo?

Rebeca: No, en mi población, no.

—¿Hay mucho alcoholismo en las poblaciones?

Viviana: Sí, ¡es terrible!, ¡terrible!, ¡es terrible el alcoholismo!

Derechos de la mujer: la lucha por ellos no cesa con la democracia

(Conversación con dirigentes del MOMUPO, Movimiento de Mujeres de Poblaciones.)

—¿Cuándo se formó el MOMUPO?

María: Como movimiento tiene prácticamente tres años de vida. Ha sido todo un proceso de articulación, porque se trata de ir organizando a las mujeres pobladoras en torno a sus propios problemas. Es un movimiento autónomo que no depende de ninguna institución de apoyo, ni de ninguna línea política, realmente. Hemos tratado de hacer un espacio pluralista, donde todas las mujeres se sientan bien.

—¿Qué tipo de labor realizan ustedes?

María: Hacemos un trabajo de educación hacia la mujer y a través de eso ir haciéndola tomar conciencia de sus problemas y que se vaya comprometiendo en una tarea social.

—¿Se entienden ustedes como movimiento feminista o emancipador?

María: ...yo diría que liberador de la mujer

—*¿En qué sentido?*

María: En la medida que la mujer tome conciencia de su propio valor como persona y de su propia identidad como mujer va a poder ser un ser consciente capaz de asumir su papel.

—*¿En qué plano: en el cultural, político, laboral, personal?*

María: Partimos de lo personal, porque es el espacio donde la mujer tiene para practicar, para desde allí darle la dimensión social y política.

—*¿Cuáles son los problemas fundamentales con los que ustedes se encuentran para movilizar a la mujer pobladora?*

María: La situación de aplastamiento que está viviendo por la situación de extrema pobreza, de cesantía; la carencia absoluta de los bienes mínimos, y todo el peso cultural y el sobrepeso de la mujer pobladora que ha tenido que asumir casi toda la responsabilidad de la falta de medios, lo que causa un montón de conflictos en el interior de la familia. Es una situación inhumana en que se vive.

—*¿Por qué crees tú que los hombres no se incorporan casi al trabajo en las poblaciones?*

María: Es el problema de la cesantía que ha ido produciendo una "baja" en el hombre, una pérdida de su identidad, una frustración...

—*¿Pérdida de su identidad como "jefe de hogar", como "macho"?*

María: Como "macho" sí. Claro que desde el punto de vista feminista uno no puede considerar que ha sido positivo, sino que por el contrario es un elemento negativo, porque la capacidad del hombre está aplastada. Una cuestión es que un hombre descubra su rol y lo comparta con la pareja, pero otra cuestión es cuando se le rebaja a una condición tan mínima de expresión que ya deja de ser persona.

—*¿Qué perspectiva a futuro tienen ustedes con respecto al trabajo con pobladoras?*

María: Nosotras tratamos de dar respuesta a las situaciones de hoy día, pero la perspectiva del movimiento es un trabajo permanente a futuro. El trabajo con la mujer no es que se acabe ahora con esta crisis, sino que al contrario después tiene que intensificarse más, para que la mujer realmente cumpla con su trabajo y su papel, que es importante.

—*Si tú tuvieras que decirles algo a las mujeres chilenas: ¿Qué les dirías?*

María: ¡Ah, muchas cosas!

Elena: ...que la lucha de la mujer por sus derechos pasa por encima de lo que estamos viviendo ahora. Por eso tiene que continuar, esa búsqueda tiene que continuar.

Julia: A mí me da la impresión que lo primero que habría que

decirle a la mujer chilena es que reconozca en sí y valore toda su potencialidad. Que no es menos que el hombre, que en esta sociedad hemos estado muy al margen de poder desarrollar todas nuestras capacidades. Lo que le diríamos a la mujer chilena es que no, que nosotras no somos menos y que tenemos las mismas potencialidades que el hombre y que tenemos que seguir desarrollándolas.

—*¿Con quién dejan sus hijos ustedes para participar en las actividades del MOMUPO o en las protestas?*

Julia: ¡Bueno, hay que organizarse no más, pues!

—*¿Los dejan con las amigas?*

Elena: Nosotras, ponte tú, hay una hora en que los niños están en la escuela y una se las arregla para salir. Otras horas, una los deja haciendo tareas... y así.

Elena: O ya se encargará cualquier adulto de quedarse en la casa. Además de que la vida que tenemos nosotras no es una vida de "Bilz y Pap", entonces los hijos tienen que ir madurando prematuramente en algunas cosas.

Rosa: Nosotras nunca hemos contado con el apoyo de empleadas o cosas por el estilo, entonces en la medida que una aprende tienen que organizarse, dejar las cosas listas, o por último, hay mujeres que van con los niños a las reuniones, con los más chicos. Los otros están en el colegio y los grandes se van quedando solos.

—*¿Son casadas las mujeres del MOMUPO en su mayoría?*

Elena: Hay jóvenes, pero en general son mujeres casadas. Eso sí que tenemos una experiencia de mujeres solteras.

—*¿Tienen coincidencia con ustedes en el trabajo o se dedican a otras actividades?*

Elena: Tienen bastante coincidencia, pero también tienen sus cosas específicas por el hecho de no tener la responsabilidad de una familia. Tienen un trabajo más dedicado a ellas mismas porque han podido desarrollar mucho más la cosa de contenido y capacitación. Justamente por el hecho de que allí hay chiquillas que tuvieron más posibilidades que nosotras mismas, que han estudiado más.

—*¿Es nuevo el fenómeno de la aparición de tantas organizaciones autónomas femeninas?*

María: Yo diría que no tan nuevo, pero que en estas condiciones de hoy es algo muy distinto. Antes hubo ya otras organizaciones autónomas que lucharon por los derechos de la mujer. Actualmente en nuestro país hay muchas mujeres que se organizan impulsadas por organismos de apoyo, asuntos de iglesia y ¡qué sé yo! Eso ha sido muy positivo, pero se ha ido transformando en un elemento negativo porque la mujer se ha ido encerrando en eso no más. Esto de ir articulándonos nosotras mismas y generándonos en forma muy autónoma, muy independiente es algo nuevo, sobre todo en nuestra generación.

—¿Trabajaron antes las mujeres que participan en el MOMUPO en actividades sociales y políticas, o son nuevas en este campo?

María: Yo diría que la mayoría son nuevas, son mujeres de treinta años, no alcanzaron a vivir una etapa muy política..., algunas más adultas lo vivimos, pero la mayoría de las que están en el MOMUPO son gente que no participó antes.

—¿Hay mujeres que se han separado o que han ido a la ruptura con sus marido por participar?

Elena: No. En el mundo de nosotras no se da mucho eso.

Julia: ...es que la lucha no es con el marido...

María: ...pero hay algunas que sí se han separado...

Elena: En el campo popular no se da mucho lo de la separación. Puede haber rupturas, pero hay mucha dependencia por el problema socioeconómico. Es muy difícil llegar a la separación.

Julia: Donde yo vivo ha habido más separaciones dentro de la gente que nunca se ha organizado.

La mujer ya no será nunca más la de antes

(Conversación con miembros de familiares de Detenidos Políticos Ejecutados.)

—¿Son ustedes familiares de ejecutados?

Doris: Sí, mi hermana es la asesinada.

Cecilia: Soy viuda, mi compañero es el asesinado.

—¿Participan indistintamente hombres y mujeres en la agrupación?

Doris: Especialmente mujeres. Son generalmente esposas, madres o hermanas de asesinados. Hay uno o dos hombres, a pesar de que ha habido mujeres ejecutadas.

—¿Por qué los hombres no participan en la agrupación, ya que me imagino que las víctimas también tendrán parientes masculinos?

Cecilia: Yo realmente no sé. Me da la idea que es porque en las mujeres no se daba una participación política muy desarrollada como en los hombres, que tenían tareas políticas más de vanguardia, más arriesgadas. Nosotras somos mujeres que trabajamos en la defensa de los derechos humanos, y hemos salido de las cocinas, de las cacerolas a hacer un trabajo por los derechos humanos, contra la dictadura. Por eso me da la idea que nuestra agrupación la constituyen mayoritariamente mujeres, porque los hombres se dedican más a las tareas políticas de lleno, y es donde se arriesga más. Esa es mi idea, no sé si será así.

—¿Con qué dificultades se encuentran ustedes para activar a los familiares de los detenidos políticos ejecutados y estimularlos para incorporarse a la agrupación?

Doris: La dificultad más grande que hay es que la gente aún tiene miedo y temor, porque cada caso que ocurre es tan terrible, que en cada familiar produce un miedo horroroso. La gente se queda en sus casas, cuesta mucho estimularlos a trabajar en la agrupación y explicarles por qué están luchando. La gente tiene miedo y muchos piensan que el familiar ya está muerto y que nadie lo va a resucitar y no comprenden por qué estamos en la agrupación.

—*¿Trabajan ustedes con otros grupos de mujeres?*

Doris: ¡Mira!, en realidad el organismo que coordina a todas las mujeres es el MUDECHI o el MEMCH'83. Allí tienen cabida todos los organismos sociales y sindicales de la parte política y hay cabida para las agrupaciones de familiares que somos víctimas de la represión. En este momento está en formación un organismo que abarque todas las agrupaciones y movimientos de mujeres y quizás allí vamos a tener más contacto con ellas o una experiencia más rica, porque hasta ahora tenemos contactos muy de paso: de entrada y salida.

—*¿Creen ustedes que este auge en la organización de las mujeres es un fenómeno sólo de este tiempo?*

Doris: En realidad en este último tiempo las mujeres hemos tomado más conciencia de la situación. Tal como decía aquí la compañera de que hemos salido de dueñas de casas, de las cocinas a asumir responsabilidades y eso nos ha motivado. Los organismos de la mujer son muy necesarios para que ayuden a impulsar un cambio.

—*¿Crees tú que la mujer se ha movilizó sólo por una situación de crisis, o también porque ella ve la necesidad de actuar como persona en la vida pública?*

Cecilia: A mí me da la idea que es como una necesidad de la mujer actuar como persona en la vida pública, porque nuestra reivindicación como Agrupación es exigir justicia por los asesinatos. Nosotras sabemos que mientras haya dictadura no va a haber justicia. Sabemos que nuestra lucha pasa por derrocar la dictadura y eso es lo que nos une, ...¿y que seamos mujeres? No sé por qué razón se da que todas seamos mujeres, ésa es otra cosa, nuestra reivindicación no es que seamos todas mujeres, sino que somos víctimas de la represión. Nosotros participamos en el coordinador de agrupaciones especiales: con los familiares de detenidos desaparecidos, de exiliados, etc.

—*¿En qué ha cambiado la situación de la mujer en estos últimos diez años?*

Doris: Las mujeres hemos asumido nuestras responsabilidades dentro de los organismos de masas para luchar por nuestras reivindicaciones.

—*¿Tu marido participa contigo?*

Doris: No, no participa pero está de acuerdo en que debo seguir en esto, a pesar que he tenido problemas por la represión, que es algo que le ha afectado, pero no me prohíbe.

—*¿Existe machismo en Chile?*

Doris: Sí, el chileno es machista. El hombre quiere que se le atienda y mantener horarios que para ellos son importantes. Importa todavía mucho el “qué diran” y por eso se piensa que la mujer no debe llegar tarde a su casa.

—*¿Tienen los hombres políticos de izquierda una actitud diferente hacia las mujeres?*

Doris: No.

Cecilia: Lo que pasa es que las mujeres por efecto de una mala práctica que han tenido durante muchos años, por el machismo, no tienen el manejo político suficiente como para desarrollar las tareas al nivel de los hombres, por haber estado toda la vida relegada a la cocina. Yo creo que ellos no consideran que nosotras no tenemos capacidad, porque de hecho nos entregan responsabilidades y nos tratan como a cualquier compañero.

—*¿Piensas que las mujeres se han superado en el sentido político en estos últimos años?*

Cecilia: ¡Por supuesto!, ¡mucho!

Doris: ¡Claro!, creo que la experiencia amarga de haber perdido la democracia nos ha enseñado muchas cosas.

Cecilia: Eso le ha enseñado a todo el pueblo y lógicamente a las mujeres también, como parte integrante de este pueblo.

—*Si tú tuvieses que decirles algo a las mujeres chilenas: ¿Qué les dirías?*

Doris: Que tenemos que unirnos para que se forje lo que nosotras necesitamos en este momento. Ser como un solo hombre para poder terminar con la dictadura.

Cecilia: Yo les diría que tengan confianza en su capacidad como persona. He escuchado a muchas mujeres decir, por ejemplo: “Yo no soy política y no me meto en esto, porque no entiendo”, y no es porque no tengan ganas de hacer las cosas, sino porque se sienten tiradas para atrás, porque ven que otras mujeres tienen capacidad, pero lo que no saben es que esas cosas se aprenden en la práctica y que esa práctica te desarrolla de tal modo que las mujeres somos capaces de hacer cualquier cosa: Pararte, por ejemplo, delante de un tremendo escenario y hablarle a un montón de gente, como yo, que no lo había hecho nunca. Lo aprendí recién este año. Las cosas se aprenden tratando de hacer las cosas y lanzándose a hacer las tareas, en vez de ser acomplejadas y decir: “No, yo no sirvo para esto, me quedo en la cocina”. Las mujeres no por ser mujeres tienen algún tipo de limitación.

—*¿Piensan ustedes que las mujeres regresarán a sus hogares una*

vez que se vuelva a la normalidad en este país?

Cecilia: ¡Ojalá que no!

Doris: No. Yo diría que no. Yo creo que la mujer ha tomado un rumbo tal que sería difícil que ella volviera a la cocina o a cuidar niños solamente. Ese trabajo tendría que ser compartido con la pareja.

Cecilia: Por lo menos yo, no. Ya no me vuelvo a la cocina. Si vuelve la democracia nosotras vamos a trabajar por la construcción de nuestra patria.

MUJERES MAPUCHES

—Es raro ver a una mujer como dirigente de los mapuches.

—Eso es porque no se entiende lo que pasa con el pueblo mapuche y se desconoce que las mujeres han jugado un importante papel en su historia. Tome el ejemplo de Janequeo, que cuando muere en una batalla su compañero, que dirigía una tropa, ella comanda la tropa.

—¿No se sienten segregadas las mujeres mapuches?

—Los segregados somos todos los mapuches, hombres y mujeres.

(María Lucy Traipe, dirigente de Ad-MAPU, en *Análisis*, núm. 122, 30-XII-85.)

FANNY POLLAROLO

El sentido de la lucha

En los años previos al golpe militar, Fanny Pollarolo, médico psiquiatra, estuvo dedicada fundamentalmente a su trabajo profesional. Sólo en los últimos años ha asumido un papel político, haciéndolo de modo destacado, lo que le ha significado cárcel y relegación.

El texto siguiente es un extracto de una entrevista más extensa concedida por ella recientemente en París.

Yo he pensado muchas veces que esta tarea que se me ha ido dando en la práctica, produce en mí un sentido de responsabilidad. Sin duda. Probablemente eso sería lo primero. Pero también, y simultáneamente, produce un sentimiento... yo diría, como de ser una privilegiada, de estar teniendo una oportunidad que nunca imaginé. Porque, bueno, lo que estamos viviendo en nuestro país nadie lo imaginó.

Digo privilegiada porque no imaginé lo doloroso, lo difícil, lo terrible que iba a sobrevenir en nuestra Patria para tantos y tantos y tantos chilenos. Es un privilegio porque frente a ese dolor, frente al fascismo, frente a la crueldad de ese fascismo, frente a la destrucción que ha querido realizar en nuestra Patria, el poder jugar un papel, aportar en algo, formar parte de este conglomerado humano, yo diría tan extraordinario, este conglomerado humano que está en La Victoria, en Pudahuel, en La Legua, en las universidades y también, por supuesto, en el exilio en tantos países del mundo.

...Formar parte de ese conglomerado y sentir que todos juntos estamos enfrentando un momento tan duro, tan doloroso en nuestra Patria, pero que, por eso mismo, por ser tan duro, y tan injusto, sentimos tan válida la lucha, ¡tan llena de sentido! Y al mis-

mo tiempo, tan tremendamente transcendente. Porque, pensamos, se están jugando sin duda momentos históricos, definitorios para el futuro. Y poder aportar ahí, y aportar con otros, con gente tan maravillosa, se convierte en algo... diría, a pesar de todo, hermoso. Entonces, el estar detenida, haber estado relegada, es convivir simultáneamente con la brutalidad y con el heroísmo. Es convivir simultáneamente con lo que uno no quiere, con lo que rechaza, y contra lo cual justamente está luchando, y al mismo tiempo, con esos seres extraordinarios que le van transmitiendo a uno, sin que uno se dé bien cuenta, parece, fortaleza. Fuerza. Entonces, en fin de cuentas, uno siente que está en un proceso en que las personas... crecemos. Algo así siento yo. Crecemos en habilidad, por ejemplo, en aprender nuevas formas de conquistar la justicia. Crecemos en exigencia. Estamos todos sometidos a la exigencia de vencer el miedo, por ejemplo. Crecemos en sentido de tarea colectiva. Que si yo estoy aprendiendo a vencer el miedo, tengo que ayudarle a mi compañero, y que si en algo yo no puedo hacerlo bien, tengo que pedirle ayuda al compañero.

Es también, claro, una experiencia donde está lo terrible. Haber estado en

la CNL y haber percibido, porque nunca los vi, haber percibido que había allí compatriotas que estaban siendo destruidos por el sistema. Era una experiencia dura, fuerte. Pero, al mismo tiempo, haber conocido a esa familia campesina de Río Puelo, que me acogió, y con la que yo compartía sus mates y el ir a buscar el agua al río y sus charlas interminables, que me permitieron conocer, aprender, entender tanto de nuestros campesinos... O en Maullín, donde pude vivir diariamente con esos curas extraordinarios, con esa gente que vive el cristianismo

como uno entiende que es realmente el sentido de la justicia, de la humanidad.

Bueno, todo esto le permite a una decir que la dictadura no logra su objetivo y una se siente reafirmada, siente que se van sumando dentro de una los ejemplos, la fortaleza de tantos, y siente que su optimismo no es un optimismo ingenuo, y siente, en fin de cuentas, que una forma parte de una larga cadena en que lo que importa es el sentido de esa lucha y uno lo está ya disfrutando aunque no lo vaya a ver...

VICTORIA LOPEZ

La mujer y la tortura

Leemos la "Boletina" de MEMCH (Movimiento de Emancipación de la Mujer Chilena. Es el coordinador de las organizaciones de mujeres en Chile). De junio/julio del 85: como siempre un número atrasado, nos es casi imposible estar al día. Es un retazo de la lucha que se da en nuestra patria. La lucha de las mujeres en Chile. Todas juntas (aunque faltan tantas todavía), organizándose, pensando, intercambiando criterios, saliendo a la calle, volanteando, gritando, denunciando, enfrentando a la Dictadura y pagando el precio de ese enfrentamiento. Un precio que, claro, paga todo el pueblo de Chile, pero que en el caso de las mujeres tiene sus características propias, que conviene recalcar. Porque las mujeres pagan un doble precio: uno por ser combatiente; otro por ser mujer.

El año pasado 1984, en el programa de charlas que organizamos la Comi-

sión Federal del Comité Chileno sobre el Movimiento de Mujeres en Chile, reflexionábamos ya sobre la relación que hay entre la tortura y el papel discriminatorio asignado a la mujer durante siglos. Velamos en esos encuentros con qué saña se abatió el fascismo sobre el cuerpo de la mujer que no es igual —por supuesto— que el cuerpo del hombre, también masacrado y violentado tenazmente por el enemigo de estos años de Dictadura.

Y volvemos a nuestra "Boletina" y leemos una y otra vez: "...golpeada, desnudada...", "...la tajan en el cuerpo...", "...le tajan la cara...", "...violada por dos sujetos...", etc., etc.

Y, pensamos entonces en el cuerpo de la mujer, en lo que es nuestro propio cuerpo, el cuerpo de las mujeres a través de la historia, a través de lo que nos enseñan cuando niñas; a través de casi todo lo que hemos leído en las revistas, en los periódicos, de lo que

Victoria López es profesora y dirigente del Centro Regional de la FDIM (Federación Democrática Internacional de Mujeres) de La Habana, Cuba.

nos muestra el cine, la televisión; de lo que hablan los hombres de nuestro cuerpo; de cómo lo repetimos las mujeres, de generación en generación.

El cuerpo de la mujer visto siempre en dos dimensiones fundamentales (hay muchísimas más, en la medida que los mercados se amplían):

1. El cuerpo de la mujer: santuario de la vida, de la maternidad. Vocación premeditada por los siglos. Destino inapelable. Cuerpo de la sacrosanta madre, el inviolable reducto, carne alabada, versificada y cantada como lo más excelso, desde la virgen María hasta las sacrificadas madres de generaciones de chilenos.

2. El cuerpo de la mujer: santuario de la belleza, el placer, el amor y la emoción.

Cuerpo acariciado de palabra y de mirada y de gesto. Embellecido, loado, cantado, exaltado, enjoyado, fábrica eterna de fantasías, visto, revisto, filmado y fotografiado desde todos los puntos de vista, y desde todos los ángulos, desde todos los puntos de análisis, físicos y metafísicos (y patafísicos); desde todos los puntos de contacto, desde todos los geográficos, desde todas las culturas. Cuerpo tabú, cuerpo fetiche, símbolo eterno de la belleza, el placer, la juventud inamovible, la incorruptibilidad del aroma y la piel sin manchas, ni arrugas, ni señales, ni mordiscos, ni quemaduras, ni golpes, la piel brillante, bronceada, anunciando siempre... hasta el infinito.

Esta construcción delicada, bella, infinitamente gratificante para el sistema opresor, para el patriarcado glorioso enquistado en el capitalismo sublime; esta arquitectura de siglos, catedral irreductible de la gloria fetiche del sexo femenino; esta estructura precisa que erige sus señales de bienestar, comodidad y empalago hacia la madre, hacia la divina mujer novia, amante, esposa (o querida o prostituta, o cualquier cosa): todo esto: construcción, arquitectura, bella pieza costosa, es destruida de un plu-

mazo, perdón, mejor dicho de un tajo (o de un navajazo, o perrazo, o mandarriazo) por obra y gracia de la dictadura fascista. La madre adorada es pateada en su vientre fecundo, para que reviente todo de una vez: al extremo mismo hay que acabarlo en su origen primogenio. La mujer bella, magnificada, la juventud, la gracia, con que ornamos nuestros hogares desde toda una eternidad, esa mujer es *violada*, golpeada, hecha trizas por una patota de hombres que no le perdonan que les diga este cuerpo mío lo ocupo, en contra de ustedes, para acabar con ustedes, como sistema, como ideología, como conducta.

Entonces hay que seguir preguntándose:

¿Qué significa esta contradicción entre la imagen eterna de la madre y de la mujer, y la conducta cruel, violadora, de saña, de tajo, de deformación conciente?

¿Qué precio están pagando las mujeres?

¿Qué tabú está quedando al desnudo (y que hay que desnudar en profundidad para ejercer una denuncia justa y honda)?

El fascismo es el autoritarismo llevado a su máxima expresión. El poder envuelto en la capa mágica de la omnipotencia. Es la autoridad de Dios soy el que soy. No hay evolución ni progresión, el eterno ser, y la palabra eterna. Quien se alce contra esta ley que viene desde lo hondo de los tiempos debe ser castigado. Terrible y ferozmente castigado. No se está ofendiendo un hecho, ni un cargo, ni a un hombre siquiera. Se está atacando a la esencia misma. El fascismo se cree esencia, y su autoridad emana de allí.

Pero el fascismo no sólo es autoritario. Sino, además, es absolutamente *sexista*. No es que odie a las mujeres, las *desprecia*, real y profundamente. Las desprecia por ser ellas la otra cara de la medalla, la cara discriminada y oprimida, pero a quien se ensalza y exalta, en su papel de madre abnega-

da, o en su papel de carne bella-objeto. Las desprecia y les alimenta los destinos de siempre. Pinochet agradeció a las mujeres el papel que les cupo —tan “honrosamente”— en la caída del Gobierno Popular, y las invitó a seguir siendo el centro de la familia chilena, honrada, trabajadora y decente (y cultivadora del autoritarismo y del sexismo).

El fascismo autoritario y sexista prolonga (como en todas las otras ramas del árbol) hasta el extremo esta parte sustancial de la ideología burguesa, la ideología sobre la familia y la mujer.

Porque es autoritario y sexista mató, maltrató, golpeó y violó mujeres, cuando se produjo el golpe. Castigó duramente a las disidentes, a las que no marcharon ni gritaron contra Allende. Dijimos reventó vientres de madres, liquidó virginidades, destruyó cuerpos, deformó rostros, sembró la locura y el espanto metiendo ratas y bichos por las vaginas de las mujeres.

En estos años de horror, muerte y miseria, el pueblo de Chile se reorganizó, y lucha, cada día con más fuerza, contra la tiranía. Las mujeres se organizaron como nunca antes lo habían hecho, consiguieron una unidad impresionante, ejemplo para otros sectores políticos y sociales. La mujer lucha, con valentía, con rebeldía, con su belleza de combatiente flameando en el aire de las calles. Y el autoritarismo sexista la vuelve a castigar. De la misma manera: tajeando caras, desnudando, manoseando, violando. Destruyendo lo que la historia de la dominación había construido: la maternidad fetiche; la carne eterna en el tiempo. Recuperando de esta manera su propia carga mágica: yo constru-

yo, yo destruyo, en virtud de mi poder omnisciente y omnipresente.

Pero destruyo caras y cuerpos y vaginas.

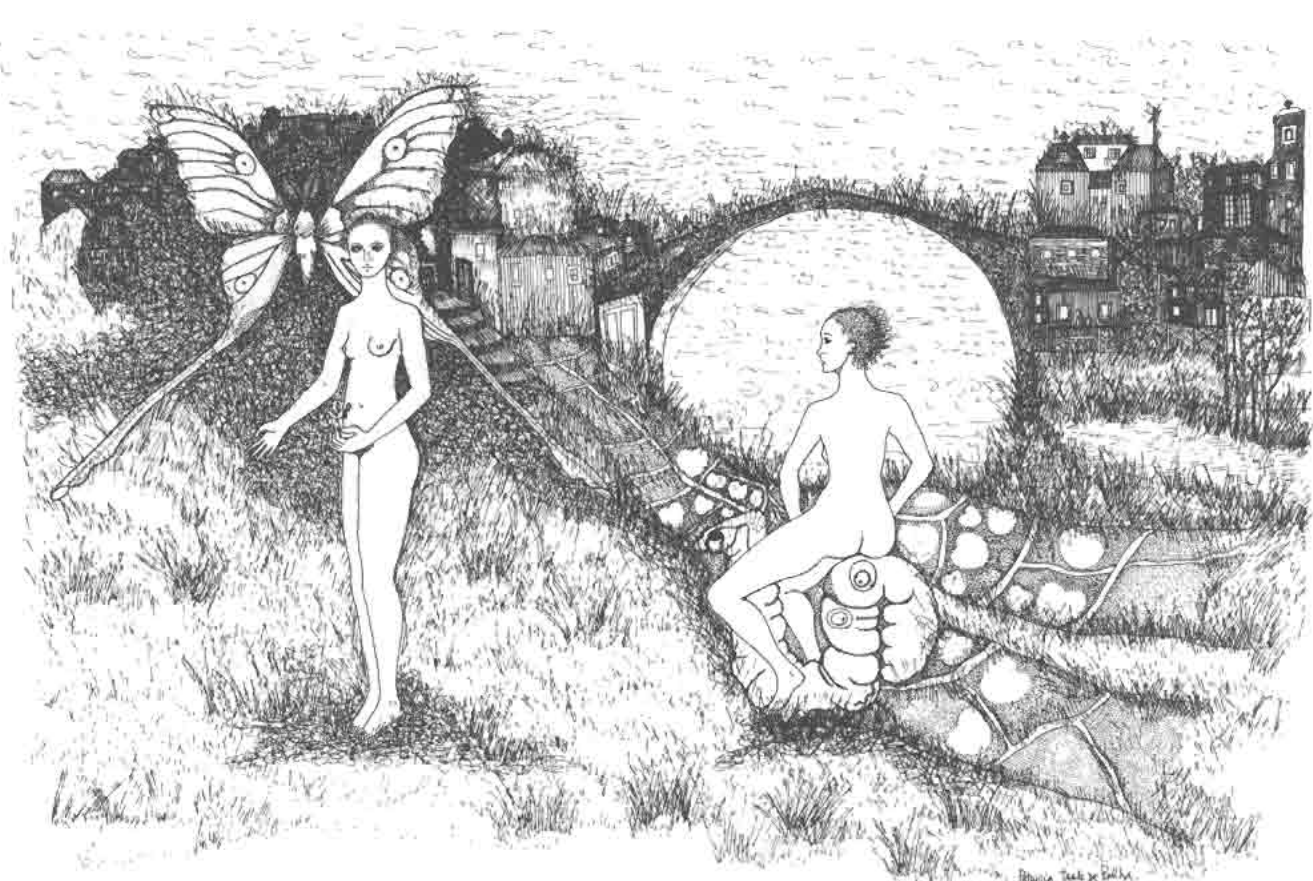
Destruyo el mito para reconstruirlo con otra fuerza, con más fuerza. Sobre la propia inconciencia nuestra, sobre nuestra propia ignorancia, sobre la ignorancia y la inconciencia de la propia mujer.

Destruye a la mujer que atenta contra su poder, a la mujer combatiente. Pero también destruye a la mujer como tal, que ha osado levantar el velo del mito y mostrar su verdadero rostro, el rostro de mujer sujeto, o en todo caso, de la mujer que quiere ser sujeto, desafiando todas las leyes impuestas por el capitalismo y el patriarcado.

Denunciamos la violencia y la vil crueldad que se usa contra la mujer, por parte de la Dictadura.

Denunciamos la profunda herida irreparable que se le aflige a una mujer cuando se la desnuda, se la manosea, se la viola. Denunciamos esto como una manifestación repugnante y extrema de la ideología burguesa y patriarcal, que piensa en la mujer sumisa, pasiva y seductora, a la vez. En la mujer-madre abnegada; y niña-sonrisa-bronceada como eternos mitos que adornan, pertrechan y sostienen su sistema de dominación.

Queremos y respetamos a nuestras compañeras de Chile que, rompiendo con el yugo del patriarcado se lanzan en abierta lucha contra la dictadura sexista y autoritaria, contribuyendo de esta manera a la construcción de una mujer nueva, mujer persona, mujer partícipe, mujer arquitecta de *toda la Vida*, no sólo de una parte de ella.



Recuerdo de un poeta popular

NILDA AGUIRRE

Conocí a Pascual un invierno de inundaciones, cuando él y el poeta Peralta entraron al living de mi casa con sus rostros expectantes y sus cuerpos voluminosos, como pidiendo disculpas a los muebles, demasiado frágiles para sus hechuras de hombres grandes y toscos de campo abierto. Luego de mirar hacia todos lados, curiosos y tomando su tiempo pasaron a explicarme de qué se trataba: necesitaban algo como un guión o libreto teatral para “encachar” el acto, una presentación de poetas populares en el teatro Esmeralda, más bien dicho, un “encuentro” de “puetas” de las organizaciones campesinas. Era un saludo, pero a la vez pedirían a los asistentes que pagaran su entrada con ropa, víveres y lo que pudieran, para ayudar a los damnificados por las últimas inundaciones. Pascual con sus dos grandes incisivos de conejo bien a la vista —en algo como una habitual sonrisa— escogió el sillón más sólido, mientras Peralta se sentaba con precaución en el diván casi a ras del suelo sin quitar los ojos de las telas y los libros del estante. Nos pusimos “cómodos” sin fórmulas y entramos de lleno en el problema. El teatro suele tener para los legos mucho de magia y el solo hecho de acercarse a ese posible libreto los alegraba anticipadamente y se miraban contentos como niños que tratan de adivinar cómo será el juguete. Se desconcertaron algo cuando propuse que en lugar de escribirles un

Nilda Aguirre es dramaturga. Vive en Chile.

libreto, tratáramos de reconstituir en el escenario uno de esos encuentros campesinos de "puetas", tal como eran según la tradición. Entonces hablaron por turno, sorprendidos del interés con que los escuchaba; ellos eran ahora los maestros y les agradó mi curiosidad y mi ignorancia que los alentó a contar detalladamente desde los primeros pasos las circunstancias que los llevaron a esa profesión de poetas. Pascual contó entonces un cuadro de infancia: el día en que por primera vez sintió deseos de componer versos. En ambos casos lo de puetas les venía por familia. Pero ¿cuándo se dieron cuenta que seguirían la tradición heredada del padre? Ambos lo recordaban muy bien. "Fué —dijo Pascual— cuando hubo un velorio de «angelito». Había muerto un hermano chico y le hicieron la ceremonia tal como se estila en los campos: lo vistieron, la madrina regaló la túnica, vino la persona que canta para despedir al angelito...". —"¿La madrina es siempre la que canta?" —le pregunto—. "No siempre, dice Pascual. Hay personas que son cantores, cantoras de profesión, para la despedida de angelito y son ellos los que lo hacen y nadie más." Y agrega: "Yo mismo, por ejemplo, a veces me ponía a cantar esos versos de despedida y mi madre me decía: 'cállate, hijo, que con eso puedes llamar la muerte'." Una cosa quedó clara en el relato de Pascual: los versos por despedida de angelito son una cosa muy seria, un rito que no puede hacer cualquiera ni ha de cantarse si no es en los velorios. "Fíjese —me dice— en este detalle: la mayor parte de las veces no hay ni para comprar un remedio cuando el niño se pone grave. Pero para comprar la túnica ¡para eso no puede faltar!" Primero me escandalizo un poco porque no alcanzo a percibir la sabiduría que se oculta en sus palabras, sabiduría que se transmite de padre a hijos y que con la invasión del "progreso" se siente incómoda, contradictoria y hasta podría parecer una aberración. Indago más sobre el punto. Me explica: "es que si no hay toda la ceremonia, tal como debe ser, no sirve. Mire, si los padres ven que el niño tiene su túnica, su coronita, sus flores, allí sentado sobre un mueble que sirve de altar, si se le reza y se hace la fiesta y lo despide el cantor o cantora, entonces los padres quedan conformes. No sienten pena. Ahora tienen 'su angelito' que los cuida desde arriba". De golpe comprendo por qué las madres pueden hablar con tanta serenidad de sus hijos que han muerto pequeños "en la inocencia", y por qué los nombran con respeto y hasta pareciera, con orgullo.

—"Usted sabe" —me dicen, porque ellos imaginan que alguien capaz de escribir teatro debe saberlo todo— "que en el campo el hombre canta cuando trabaja". El padre de Peralta, por ejemplo que es leñador, canta mientras derriba los árboles. "Y toca que un día —me explica— que del tronco de un sauce que estaba hueco, sale una 'sirpiente'..." Popeta —el otro nombre más familiar de

Roberto Peralta—, cuando habla con pasión dice 'sirpiente' o 'dispués' y su 'sí' se convierte en un 'shi, shi, shi'...", sin embargo cuanto tiene que recitar o cantar más culto, pronuncia tan bien como cualquier poeta docto y hasta toma un tono calmado que recuerda a Neruda, pero no lo hace de intento. Y entonces, continúa: "mi padre se la queda mirando, y la sirpiente se para, así, en la colita y aguarda, porque se acercan, planeando dos águilas grandes para atacarla. Mi padre se quedó con el hacha levantada, observando. Y la sirpiente parece que miraba, con esos ojos que tienen y se va dando saltitos en la cola, arrimándose a una zarza, hasta que estuvo bien cerca...". Aquí Popeta mueve sus manos rudas con marcas de pala y azadón, las agita y se le convierten en serpiente que desaparece bajo las zarzas, y es la zarza, y los ojos de Popeta reflejan el vuelo de las águilas y se olvida que está en mi casa, y estamos los tres en el campo, con el padre y el hacha, detenido junto al tronco hueco del sauce. Entonces Popeta regresa al living y comenta: "observé que mi padre empezaba a trabajar otra vez, a darle al tronco, pero tarareaba una canción que había compuesto". Y esa fue la vez en que Popeta niño sintió deseos de seguir los pasos de su padre cantor. Le pregunto si recuerda la canción. Vacila. "Bueno, es que tenía diez años..., pero algo me recuerdo." Me explica, medio ausente, los ojos perdidos en su paisaje verde, con sol y con lluvia: "él imaginó que la sirpiente era una princesa cautiva y las águilas, dos verdugos y de eso trataban los versos" y me mira, feliz de haberse acordado. Me desconcierto un poco, lo mismo que con el relato de Pascual, pensé que su canto hablaría de árboles y animales, pero pronto le encuentro una explicación. Antes de entrar en las confidencias, en lo personal, urgidos por mis preguntas, Pascual y Popeta me habían estado instruyendo sobre el origen de esa poesía popular; y en verdad me sorprenden: son grandes entendidos y hasta me han traído un libro muy viejo, noblemente estropeado por las innumerables manos que lo han consultado, con sus huellas de café, pan y cebo de las velas de la mesa campesina. Y antes de abrirlo, el libro cuenta del amor con que estos poetas populares toman su profesión. Hay un prólogo que habla de los orígenes de esta poesía en el romancero, ese romancero que se pierde allá por la España de la Edad Media. Luego se explica cómo los romances desembarcan en nuestro continente, y sus castillos, batallas y princesas cautivas se acomodan en esta tierra, llenándose de otras fantasías. Esos reyes y condes, esos caballeros que pelearon en las cruzadas, y que nunca aquí tuvimos, entran sin problemas en nuestro folklore y hablan en un lenguaje salpicado de criollismos y de picardía. Muchas veces por permanecer fieles al verso o la rima de origen, se vuelven ligeramente surrealistas: "Anda vida mía, súbete a la torre, mira la 'violeta' y el viento que corre" decía una tonada que canta-

ba una vieja costurera de la familia; la “veleta” pasó a ser “violeta”, ya que la tonada empieza “por aquella calle viene una guitarra de plata / y ella viene diciendo / aquel moreno me mata”. Y así en muchas tonadas tradicionales, siempre hay algo que no parece del todo lógico. Pero ahora, con el relato de Popeta, aprendo que a su padre —que vive entre árboles, águilas y serpientes—, más le atraen y lo inspiran los verdugos y princesas. Porque esos versos populares no los recogieron de la tierra en que trabajan, sino que les llegaron, llenos de magia, por la tradición oral, desde los castillos medievales que jamás conocimos, en esos versos de juglares nostálgicos que nos llegaron de España. Y los poetas son ante todo respetuosos de la tradición, venga de donde venga. Bueno, es una hipótesis nada más, que poco sé de sesudos estudios, nacida de lo que a mí me llega en la forma tan rotunda y vital de mis inefables amigos, Pascual y Popeta, hijos y nietos de poetas populares. Y ahora Pascual, muy erguido en su sillón, rebalsando un poco cuando se desplaza, me habla como un erudito de las cosas del campo, y me deja atónita con sus conocimientos: Pascual conoce todos los secretos de las Décimas, sus intrincados caminos, aquéllas que “son así no más” y las otras que tienen “su obligación”, esto es, que deben ser iniciadas con una cuarteta y luego cada décima debe reconocer la obligación, empezando cada una con el primero, segundo, tercero o cuarto verso de la cuarteta y así otras variantes en la forma como se han de desarrollar. Y la rima tampoco es cosa de improvisar, obedece a reglas sagradas que nadie osaría modificar; y si se compone en décimas, bueno, es por algo, con un propósito y en una ocasión determinada. Y Pascual las lleva tan en la sangre que esas décimas que a mí me cuestan un día entero de trabajo, las compone él “pallando” (payando), lo mismo que las indias del altiplano, a las que les van saliendo filigranas de colores en sus gorros de lana, sin mirar el tejido, como si llevaran el diseño en los dedos.

Alguien trae una bandeja con tazas de té y grandes panes para los grandes amigos y ellos, llenos de malicia, me cantan “El perro de mi patrón”, que aquí no reproduzco, pero es cosa de ir donde Popeta —que Pascual ya no camina por este mundo— y pedirle que la cante y lo veremos echarse hacia atrás, entrecerrar los ojos y sacar un vozarrón que descompone las grabadoras, con tonos agudos —como para animar yeguas en la trilla a campo abierto— y soltarle a usted todo el resentimiento social de las diferencias entre patrón e inquilino con pura picardía, sirviéndose del perro “que come perdices en escabeche y no debe probar la sopa que me dan a mí” —pero sin dejo de amargura, al contrario, que Popeta parece ser, en las buenas como en las malas, ese hombre feliz —que según los entendidos nunca existió. Entonces entra de nuevo Pascual y habla de lo útiles que son los temas bíblicos porque uno puede

denunciar las injusticias y protestar y todo sin que vengan a decirle que está haciendo política o que es comunista, porque, total, "le echamos la culpa a don Jechua, pues, y a toítos los profetas", que, a juzgar por la Biblia, debieron ser harto teñidos políticamente, y su carcajada asusta a los pájaros del balcón, que emprenden el vuelo hacia el tejado de enfrente. Y ahora, luego de cambiar miradas cómplices, me cantan algo diferente, algo que los toca muy de cerca, canciones que tienen que ver con su organización campesina, y que los llenan de alegres nostalgias recordatorias, porque cada una trae a la memoria una fiesta campesina de tal o cual ocasión, que aún conserva el aroma del cordero asado y la rica chicha baya, y además ahí el canto cumplía la función más noble, porque ellos tienen su lucha y sus ideales tan firmes como un recio corpachón que no se presta a equívocos. Y me cantan ésta o la otra, para escuchar mi opinión, que si conviene o no conviene, y que si será mejor que yo los presente y diga algo, porque recuerdan de pronto que se trata de escribir un libreto para el teatro Esmeralda, un teatro grande en barrio populoso que la Municipalidad se los presta y van a venir poetas populares ¡hasta de Puente Alto! de donde salen los más famosos. Así es que cortamos por lo sano y propongo que tengan en el escenario lo mismo que es menester para sus encuentros en el campo, una rueda de sillas y al centro y brasero y un chuico de vino (desgraciadamente no hubo posibilidad de brasero, ni para el chico había, que salieron a comprarlo con mis veinte pesos de prisa esa misma tarde y hubo que salir al escenario con poncho, gorro de lana y guantes para no quedar paralogizados por el frío). Les digo: los presento a ustedes dos y allí cuentan lo mismo que me han estado contando a mí antes de partir con los cantos. Me miran sin ningún convencimiento, pero después de todo, se supone que soy autoridad en la materia y para finalizar la reunión, que ya se está haciendo "escuro", Pascual toma la guitarra, que le queda bastante adelantada por su barriga al sentarse, y con una expresión muy seria y la infaltable mirada cómplice al Popeta, parte con sus versos "A la Ranquil de hoy" la federación campesina:

*Valiente y muy decidi'o
hay que ser en la Ranquil...*

Y sus dos carcajadas, limpias, estruendosas les sacuden las carnes, mientras se miran con cierto pudor las salientes barrigas, que están allí, supongo, por pura costumbre, porque, en verdad, pienso: "estos dos gordos dirigentes de la Ranquil, deben andar siempre soñando con un enorme y apetitoso cordero asado, sin lograr materializar jamás su sueño".

Poemas

CLARIBEL-ALEGRIA

Paso mortal

A Eraclio Zepeda

Oscilaba hacia el suelo
zigzagueaba
pensé que era una pluma
el ala desprendida
de alguna mariposa.
Sólo era un papelito
que entró por mi ventana
un papelito tuyo
un mensaje cifrado
que yo no fui capaz
de descifrar.
A menudo el cartero
me entregaba en París
tus papeles de Praga:
recetas de cocina cuscatlecas
con olor a loroco
y a canela.

Claribel Alegría es poetisa salvadoreña.

Más tarde
ya en La Habana
mientras almorzaba en el hotel
llegaban mensajeros
de tu parte
casi a diario me enviabas
alas de mariposa
apretadas de signos
y yo no fui capaz
de comprender.
Tropezaba contigo
en todas partes
empecé a juntar mitos
cosas que de veras te ocurrieron.
Como pétalos morados
las prensaba
entre las páginas
de un libro.
Quedó allí el terremoto
que permitió que huyeras
de la cárcel
aquel golpe de estado
que te salvó la vida
la peligrosa aventura
con tu hermana.
Poco a poco
empecé a comprender
empecé a descifrar
tus jeroglíficos
me invitabas al baile
y acepté aturdida
bailamos en La Habana
en México
en Chalchuapa
por laberintos de hojas
me llevabas
vertiginosamente subíamos
bajábamos
fue siempre el mismo paso
como un acto de amor
el mismo paso
¿lo soñé?
¿me soñaste?

Desperté con tu muerte
y empezaron a deshacerse
tus papeles
entre las asombradas yemas
de mis dedos
se me iban deshaciendo
se esfumaban.
Nunca bailamos Roque
ni siquiera nos miramos
a los ojos.
sin embargo, quizás
(Hsuand Sue soñó a la mariposa
¿o fue a la inversa?)
No recuerdo si en México
o en Praga
mientras bebías cerveza
en la taberna
le contaste a Eraclio
que habíamos bailado
que te enseñé ese paso
ese salto mortal.

Aún no

*"¿Y cómo podríamos cantar con el pie
extranjero sobre el corazón?"*

S. Quasimodo

Aún no
no puedo entrar aún
aún me está prohibido
hundirme en tus caminos
entregarme a tus ríos
contemplar tus volcanes
descansar a la sombra
de mi ceiba.
Desde afuera te miro
mi corazón te mira
desde afuera

apretado te mira
en el recuerdo
entre las vacilantes rejas
del recuerdo
que se abren
se cierran
ondean en mis lágrimas.
Es difícil cantarte
del exilio
difícil celebrar
tu nebuloso mapa
accidentado.
No puedo hacerlo aún
un áspero graznido
me cierra la garganta.
Es difícil cantarte
cuando una bota gruesa
de clavos extranjeros
te desgarró la piel
y te desangra.

El Salvador

A Quijada Urías

Es arrugadito
El Salvador
si pretende plancharlo
el enemigo
se enrollará a su cuello
hasta asfixiarlo.

Dos palabras

ISABEL ALLENDE

Tenía el nombre prodigioso de Belisa Crepusculario, pero no por fe de bautismo o acierto de su madre, sino porque ella misma lo buscó hasta encontrarlo y se vistió con él. Su oficio era vender palabras. Iba por el mundo recorriendo las ferias y los mercados para montar cuatro palos con un toldo de saco, bajo el cual se protegía del sol y de la lluvia mientras atendía a su clientela. No necesitaba pregonar su mercancía, porque de tanto caminar de aquí para allá, todos la conocían, había quienes la esperaban de un año para otro y cuando aparecía por el pueblo con su atado bajo el brazo hacían cola frente a su tenderete. Vendía a un precio justo. Por cinco centavos entregaba versos de memoria, por siete mejoraba la calidad de los sueños, por nueve escribía cartas de enamorados, por doce enseñaba insultos novedosos para enemigos irreconciliables. A quien le comprara cincuenta centavos ella le regalaba una palabra secreta al oído que tenía el poder de espantar la melancolía. No era la misma palabra para todos, por supuesto, porque eso habría sido un engaño colectivo. Cada uno recibía la suya con la certeza de que nadie más la empleaba para ese fin en el vasto universo y más allá.

Belisa Crepusculario era la quinta hija de una numerosa familia, tan mísera que ni siquiera tenían nombres para sus hijos. Nació y empezó a crecer en la región más seca y hasta los doce años no tuvo oficio conocido ni otra virtud que su capacidad para sobrevivir al hambre perenne y a la sed de siglos. En un año de interminable sequía le tocó enterrar a cuatro hermanos y cuando le llegó su turno decidió que era mejor echar a andar en dirección a la costa, a ver si

Isabel Allende es autora de la célebre novela *La casa de los espíritus*. También ha publicado *De amor y de sombra*. Vive en Caracas, Venezuela.

por el camino burlaba a la muerte. No sólo lo consiguió, sino que además descubrió las palabras en una hoja de periódico que el viento colocó a sus pies al llegar a una aldea calcinada en las proximidades del mar. Tomó aquel pañal amarillo y quebradizo y estuvo largo tiempo observándolo sin adivinar su uso, hasta que su curiosidad fue más fuerte que la timidez. Se acercó a preguntarle a un hombre que lavaba un caballo en la misma agua donde ella saciara poco antes su sed.

—Es la página deportiva del diario local —dijo el hombre sin dar muestras de asombro ante la ignorancia de la muchacha, porque en esas regiones era muy poca la gente instruida.

La respuesta desconcertó a Belisa, pero no quiso ser descarada y se limitó a inquirir el significado de las patitas de mosca que habían dibujadas sobre la página.

—Son palabras, niña. Allí dice que Fulgencio Barba noqueó al Negro Tiznao en el tercer round.

Ese fue el día en que Belisa Crepusculario supo que las palabras son como los pájaros, que andan por allí sueltas sin orden ni concierto y cualquiera con un poco de maña puede hacerlas prisioneras para comerciar con ellas. Consideró su situación y comprendió que aparte de prostituirse o de colocarse como esclava en las cocinas de los ricos, eran muy pocas las ocupaciones que podía desempeñar para ganarse la vida. Vender palabras le pareció una alternativa feliz y desde ese instante se esmeró en atraparlas, domesticarlas y ofrecerlas a una clientela extrañada al principio, pero satisfecha después de probarlas y habituarse a su uso. Ejerció esa profesión y nunca le interesó otra. Durante años vendió su mercadería sin sospechar que las palabras podían también escribirse. Cuando lo supo comprendió que eso daba infinitas proyecciones a su negocio, así es que pagó doscientos pesos en efectivo a un cura para que le enseñara a leer y escribir y con los diez que le sobraron se compró un diccionario. Lo leyó completo, desde la A hasta la Z y luego lo tiró a la basura, porque no quería estafar a las gentes ofreciéndoles palabras envasadas.

Una mañana de agosto se encontraba bajo su toldo vendiendo palabras de justicia a un viejo que solicitaba su pensión desde hacía once años, cuando irrumpieron en la plaza los hombres del Coronel al mando del Mulato, conocido en toda la zona por la rapidez de su cuchillo y la lealtad hacia su jefe. A su paso quedó un vacío de huracán. Salieron volando las gallinas, dispararon a perderse los perros, corrieron las mujeres con sus niños y no quedó en el sitio del mercado otra alma viviente que Belisa Crepusculario, quien no había visto al Mulato en su vida, por lo mismo le extrañó que se dirigiera a ella.

—¿Tú eres la que vende palabras? —preguntó señalándola con su látigo enrollado.

—Para servirle —respondió ella.

No terminó de decirlo cuando la tropa le cayó encima atropellando el toldo y rompiendo su tintero, se la echaron al hombro como un bulto de marinero y la colocaron atravesada sobre la grupa de la bestia que montaba el Mulato. Emprendieron la marcha a todo galope en dirección al sur.

Belisa Crepusculario estaba ya medio inconsciente por las sacudidas del caballo, cuando sintió que se detenían y cuatro manos poderosas la bajaban a tierra. Intentó ponerse de pie y levantar la cabeza con dignidad, pero le fallaron las fuerzas y se desplomó con un suspiro, hundiéndose en un sueño feliz. Despertó varias horas después con el murmullo de la noche en el campo, que ponía en sus oídos nuevos sonidos. Intentó descifrar esos ruidos en busca de palabras en lenguas aborígenes que pudieran servirle para su oficio, pero no tuvo tiempo de hacerlo, porque al abrir los ojos se encontró frente al Mulato que la observaba impaciente.

—Por fin despiertas, mujer —dijo alcanzándole su cantimplora para que bebiera un sorbo de aguardiente con pólvora y acabara de recuperar el entendimiento.

Ella quiso saber la causa de tanto maltrato y le respondió que el Coronel necesitaba sus servicios. Le permitió echarse agua en la cara y la llevó enseguida a un extremo del campamento, donde el hombre más temido de la región reposaba en una hamaca colgada entre dos árboles. No pudo verle la cara, porque tenía encima la sombra del follaje y la de muchos años viviendo como un bandido, pero imaginó que debía ser terrible si el Mulato se dirigía a él con tanta humildad. Por eso se sorprendió al oír su voz, suave y bien modulada como la de un profesor.

—¿Eres la que vende palabras? —preguntó.

—A sus órdenes —balbuceó ella oteando en la oscuridad para verlo mejor.

Entonces él se puso de pie y la luz de la antorcha que llevaba el Mulato le dio en la cara. La mujer vio su piel oscura y sus jaspeados ojos de puma y supo al punto que estaba frente al hombre más solo de este mundo. Sus palabras confirmaron esa apreciación: el Coronel quería ser presidente. Estaba cansado de recorrer el país en guerras inútiles y derrotas que ningún subterfugio podía transformar en victorias; llevaba muchos años durmiendo al aire libre, picado de mosquitos, alimentado de huevos de iguana y sopa de culebra y en los días de lluvia cojeaba de una pierna porque tenía una bala incrustada en la cadera que se alborotaba con la humedad. Pero esos inconvenientes menores no constituían razón suficiente para cambiar de vida. Lo que en verdad le fastidiaba era ver el terror en los

ojos ajenos. Quería entrar a los pueblos bajo arcos de triunfo, entre banderas de colores y flores recién cortadas. Estaba harto de ver que a su paso huían los hombres. Abortaban las mujeres preñadas y lloraban las criaturas. Por eso estaba decidido a ser presidente. El Mulato le sugirió que fuera a la capital y entraran galopando al palacio para apoderarse del gobierno, tal como antes tomaron tantas otras cosas sin pedir permiso, pero él no deseaba convertirse en un tirano. Eso no le daría el afecto de las gentes. Su idea consistía en hacerse elegir por votación popular en las elecciones presidenciales de diciembre.

—Para eso necesito hablar como un candidato. ¿Puedes venderme las palabras para un discurso? —preguntó el Coronel a Belisa Crepusculario.

Ella había recibido muchos encargos, pero ninguno tan arduo como ése, sin embargo no tuvo valor para negarse porque temió que el Mulato le metiera un tiro entre los ojos o, peor aún, que el Coronel se echara a llorar. Por otra parte, quiso ayudarlo porque por vez primera en su vida de mujer, sentía un palpitante calor en la piel, un deseo poderoso de tocar a ese hombre, de recorrerlo con sus manos, de estrecharlo en sus brazos y supo sin lugar a dudas que se había enamorado.

Toda la noche y buena parte del día siguiente estuvo la vendedora de palabras buscando en su repertorio las más adecuadas para un discurso presidencial, vigilada de cerca por el Mulato que no quitaba los ojos de sus firmes piernas de caminante y sus senos virginales. Descartó las palabras ásperas y secas, las demasiado floridas, las que estaban desteñidas y gastadas por el uso, las que ofrecían promesas inútiles y las carentes de verdad, para quedarse sólo con aquellas capaces de tocar con certeza el pensamiento de los hombres y la intuición de las mujeres. Haciendo uso de los conocimientos que le comprara por doscientos pesos al cura, escribió el discurso en una hoja de papel y le hizo señas al Mulato para que desatara la cuerda con que amarró sus tobillos a un árbol. La llevaron nuevamente al Coronel y al verlo ella volvió a sentir la misma urgencia amorosa del primer encuentro. Le pasó el papel y aguardó mientras él lo miraba largamente.

—¿Qué dice aquí? —preguntó por último.

—¿No sabe leer?

—Lo que yo sé es hacer la guerra —replicó el Coronel.

Entonces ella leyó en alta voz el discurso tres veces, para que él pudiera grabarlo en su memoria y cuando terminó vio llorar a los hombres de la tropa que se arremolinaron para escucharla y percibió que los amarillos ojos del Coronel brillaban de entusiasmo. Estaba seguro de que con esas palabras el sillón presidencial ya era suyo.

—Si después de oírlo tres veces los muchachos siguen llorando, es que esa vaina sirve —dijo el Mulato.

—¿Cuánto te debo, mujer? —preguntó el Coronel.

—Un peso, es decir, cien centavos, Coronel.

—No es caro —dijo el jefe abriendo la bolsa de gamuza que llevaba colgando al pecho con los restos del último botín.

—Además tiene derecho a dos palabras secretas —dijo Belisa Crepusculario.

—¿Cómo es eso?

Ella procedió a explicarle que por cada cincuenta centavos que pagaba un cliente, le regalaba una palabra de uso exclusivo para combatir la melancolía. El Coronel se encogió de hombros, porque no estaba especialmente interesado en la oferta, pero no quiso ser descortés con quien tan bien lo había servido. Ella se aproximó lentamente al taburete de suela donde él estaba sentado y se inclinó para entregarle sus palabras. Entonces el hombre percibió el olor de animal montuno que se desprendía de esa mujer, el calor de incendio que irradiaban sus caderas, el roce terrible de sus cabellos y el aliento de yerbabuena susurrando en su oreja las dos palabras secretas a que tenía derecho.

—Esas son sus dos palabras, Coronel —dijo ella al retirarse—. Puede emplearlas cuanto quiera.

El Mulato la acompañó hasta el borde del camino sin dejar de mirarla con ojos de perro perdido, pero cuando estiró la mano para tocarla, Belisa lo detuvo con un chorro de palabras inventadas que tuvieron la virtud de espantarlo porque creyó que se trataba de alguna maldición irrevocable.

En los meses de septiembre, octubre y noviembre, el Coronel pronunció su discurso tantas veces, que si no estuviera hecho con palabras refulgentes y durables, el uso lo habría vuelto ceniza. Recorrió el país en todas direcciones deteniéndose en los pueblos más olvidados, allá donde sólo el rastro de desperdicios indicaba la presencia humana, para convencer a los electores de que votaran por él. Mientras hablaba encaramado en una tarima al centro de la plaza, el Mulato y sus hombres limpiaban las calles, enderezaban las torres de las iglesias, repartían caramelos de anís entre los niños y pintaban su nombre con escarcha dorada en las paredes. Al terminar el discurso del Coronel su tropa encendía petardos de colores y cuando al fin se retiraban quedaba atrás una estela de esperanza que perduraba muchos días en el aire, como el recuerdo de una cometa. Pronto se convirtió en el candidato más popular. Era un fenómeno nunca visto aquel hombre surgido de la nada por encantamiento, cuyo prestigio se regaba por el territorio nacional conmoviendo el corazón de la patria. La prensa se ocupó de él. Viajaron de lejos los

periodistas para entrevistarlo y creció el número de sus enemigos, dando así la medida de su nuevo poder.

—Vamos bien, Coronel —dijo el Mulato al cumplirse la octava semana de éxitos.

Pero el candidato no lo escuchó. Estaba repitiendo sus dos palabras secretas, como hacía cada vez con mayor frecuencia. Las decía cuando comenzaba a ponerse triste, las murmuraba dormido, las llevaba consigo sobre su caballo, las pensaba antes de pronunciar su célebre discurso y se sorprendía saboreándolas en sus descuidos. Y en toda ocasión en que esas dos palabras venían a su mente volvía a sentir el olor montuno, el calor de incendio, el roce terrible, el aliento de yerbabuena, hasta que empezó a andar como un sonámbulo y sus propios hombres comprendieron que se le terminaría la vida antes de llegar al sillón de los presidentes.

—¿Qué diablos te pasa, Coronel? —le preguntó muchas veces el Mulato, hasta que por fin el jefe le dijo que la culpa de su ánimo eran esas dos palabras que tenía clavadas en el vientre.

—Dímelas, a ver si pierden su poder —dijo el Mulato.

—No te las diré, son sólo mías —replicó el Coronel.

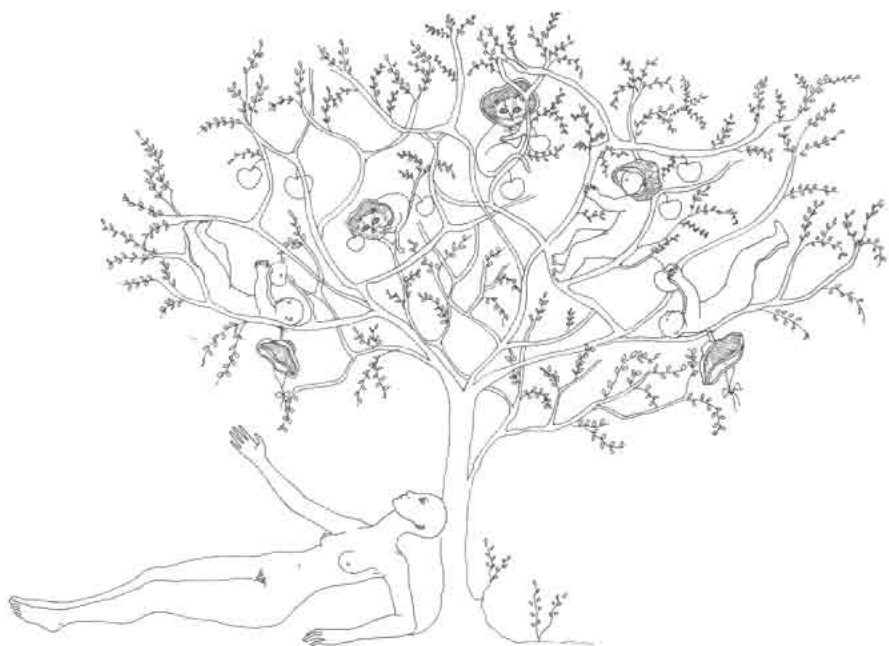
Cansado de ver a su jefe deteriorarse día a día, el Mulato se echó el fusil al hombro y partió en busca de la vendedora de palabras. Siguió sus huellas por toda esa geografía hasta que la encontró bajo el toldo ejerciendo su oficio y se plantó delante con las piernas abiertas y el arma empuñada.

—Te vienes conmigo —ordenó.

Ella lo estaba esperando. Recogió el tintero, plegó el trapo de su tenderete, se echó el chal sobre los hombros y en silencio trepó al anca del caballo. No cruzaron ni un gesto en todo el camino. Dos días después llegó el Mulato al campamento y delante de la tropa condujo a la mujer en presencia del candidato.

—Devuélvele sus palabras, Coronel, para que ella te devuelva la hombría —dijo, colocando el cañón del fusil en la nuca de su prisionera.

El Coronel y Belisa Crepusculario se miraron largamente mi-diéndose desde la distancia y entonces los hombres comprendieron que era tarde para deshacerse de esas dos malditas palabras, porque todos pudieron ver los ojos carnívoros del puma tornarse mansos cuandos ella avanzó sin sonreír y le tomó la mano.



Bosnia waite de Villa
1910.

Sangre en el ojo

EUGENIA ECHEVERRÍA

1

Mes de Julio: Avanza el tanque por la carretera,
yo, el subteniente
rebano sandías para matar el tiempo
yo, el subteniente
disparo pepitas de sandía por la esco-
[tilla
para matar el tiempo
maniobras de soldadito de juguete...
¿así me pasaré la vida...?

Mes de Agosto: Las cosas van cambiando. Campanas,
[rumores,
llamados de alerta, las voces de mis
[sueños.

Mes de Septiembre: Suenan los claros clarines,
estamos acuartelados.
Logré hablar con mi madre: al fin voy
[a practicar,
le anuncié.

Eugenia Echeverría, escritora y poetisa, ha publicado *Las cosas por su nombre*, *Cambio de palabras*, *Como si mi corazón tuviera una ventana rota*, cuentos; *La infinita*, poemas. Vive en México.

Le dí en el ombligo.
¿Viste sus ojos cuando le reventé el ombligo?
Cayó de a poco y al caer abrió la boca.
No tenía un solo diente.

Esta gente no vale nada.
Cuando me veo en la obligación
de ponerlos en su sitio,
pienso en otra cosa.

¿Qué prodigios oculta el puño de mi mano?
¿Un juramento
una granada
una determinación histórica
un telegrama urgente
una carta certificada concediendo plenos poderes
un cheque en dólares
una larga
y angosta
faja
de
tierra
una condecoración de dieciocho kilates
una guillotina
una mar que tranquila bañará los cadáveres
una corona de laurel
una corona imperial?
una condecoración de dieciocho kilates

Ese que lanzó la piedra
y me reventó el parabrisas
y me reventó el antejo
y me cagó de susto en el asiento
ese asesino
ese de la pancarta
ese del pelo negro
ese muchacho, agárrenlo.
Yo haré de él un hombre de bien.

Qué irritante es el pobre de las barriadas. Y ese olor,
ese olor de pobre
sobre todo ese olor a pobre diablo amontonado
a pobre diablo amotinado.

Me marea, me atosiga, me ciega.

Hay que acabar, me digo.
Es una acción como cualquiera otra,
punitiva o sanitaria.

¿Si
el designio
de mis actos
es divino,
cómo dudar?

¡Ojo con la sangre en el ojo!

2

A poner este país en orden, hi-
[juna,
llegó un señor de vinosa cuna
pelao cabeza de tuna.

Es el juez. Habla inglés.

Se las sabe todas, coloso de Ro-
[das.

En el agua
agarra al pez
en un dos
por tres.

Los va a meter en cintura, aho-
[ra sí.

Hace las noches día
en la penitenciaria
qué gran jurista
no se le acaba nunca
la lista de comunistas.

Los va a meter en cintura, flor de
[alelí.

Que los mande cortados
exijo yo,
come niños,
válgame Dios.

Comen niños
hechos bisteques
esas pandillas
de mequetrefes.

Con sus ollas
del pobre
y con sus huelgas
Para Pisagua
grita mi suegra.

Para Pisagua
para Ritoque
a fin de cuentas
son un buen lote.

.....

Ahora sí, flor de alelí,
dueño de fundo de Conchalí.

Hace las noches día
el señor juez
pescando malos
hasta al revés.
En los estadios
en los retenes
los amasija
como pequeños.
Les saca caldo.
Les deja roncha.
En vez de erizos
les sirve bosta.

Paren la oreja
qué gran jurista,
como turistas
a ver pingüinos
mandó mil santiaguinos.

.....

Los generales
están contentos.
Donde el juez llega
no sopla el viento.
Mis hermanitas,
muy alarmadas
con las redadas
desenfrenadas.
Mis parientes,
los palosgruesos
por la frontera
sacan los pesos.
Se hacen los lesos.

Por Andacollo,
por Bío Bío
en verano
está
haciendo frío.
En Chonchi
en Cauquenes
sin contar cuántos
sin saber quiénes
toma testigos
pide rehenes.

Ahora sí, flor de alelí,
dueño de fundo de Conchalí...

En Buenavista
crece la lista.
En Lota
los del carbón
ni con brasero
agarran calor.
A Bariloche
llegan en coche
los que pudieron
salir del boche.

Pero
es locura,
en Angostura
les echa el guante
un primo suyo,
un almirante.

Es tal su saña
que en la montaña
los cóndores,
con enojo
reciben órden
de desalojo.

Esta es la forma, ay sí, flor de
[alelí.

Humitas
mote y
pescado frito.
Toda la noche
se oyen los gritos.
Pescado frito

mote y
humitas
reos convictos
son los curitas
los cabros chicos
y las guagüitas.

Esta es la forma, ay sí.

A puñetazos,
con tonto de goma
y con balazos
y
si no ponen
entendimiento,
fusilamiento,
fusilamiento.

3

Al filo de la madrugada, una mujer
corta de tajo el sueño
y rebana el pan del desayuno.
Mientras su marido el magistrado se rasura
una navaja en la mano de otro hombre degüella
un avión asciende
y una muchacha que no soy yo
sube al autobús por última vez.

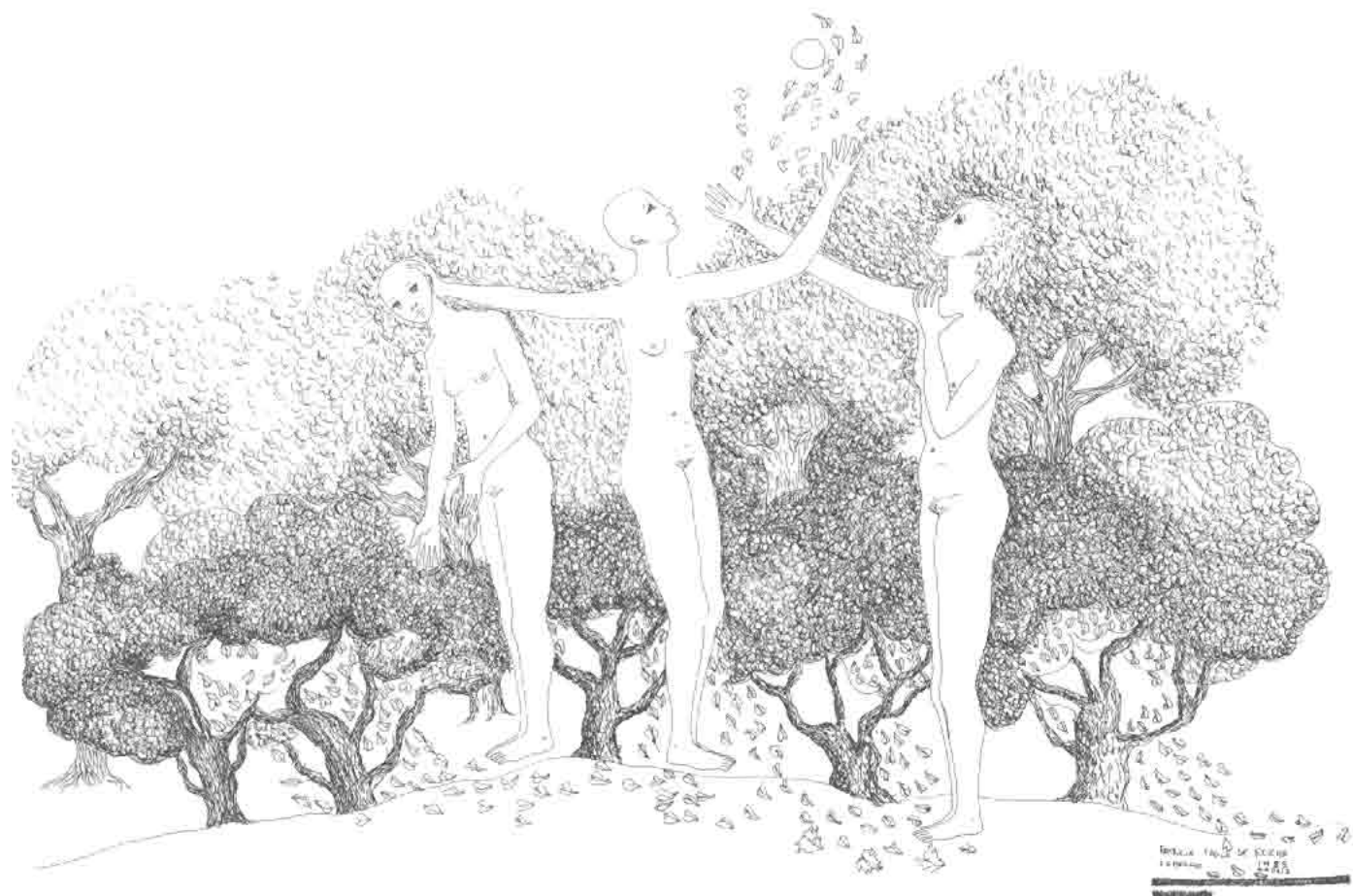
Dicen que murió el poeta.
Si murió no era divino.

Dicen que lo mató la tristeza.
Si lo mató la tristeza
no era valiente.

Dicen que murió cantando.
Si murió cantando no era hombre.

Dicen que está en el infierno.
Si está en el infierno
vivió equivocado.
Si vivió equivocado, no era poeta.

Poeta soy yo, que estrangulo la palabra inapropiada
y quemo los libros donde las palabras amenazan subvertir
el orden del universo,
yo,
que escribo la historia
a mi manera
con sangre,
signo indeleble.



THE
GARDEN
1888

Escrito en el tiempo

BARBARA JACOBS

Chimalistac, México, 26-XII-1983

Señores:

¿Cómo es un escritor?

En un rincón del número uno de la revista *Time* del 2 de enero de 1984, leo que Isaac Bashevis Singer no come pollo. La cita explica que Singer observa dicha costumbre menos por su propia salud que por el bienestar del pollo. Yo ya sabía que era vegetariano, pero ahora recordé otras imágenes suyas con aves, con métodos alimenticios y con hábitos de trabajo.

Mientras Harold Flender lo entrevista para la *Paris Review* en el otoño de 1968, dos loros domesticados vuelan en libertad por su departamento, y Flender relata que la pausa que Singer hace en su caminata diaria, en la que recorre a primera hora entre cincuenta y sesenta cuadras, la dedica a alimentar a las palomas de un parque de la ciudad.

Por otra parte, Tony Shwartz lo entrevista para el *International Herald Tribune* el miércoles 24 de octubre de 1979, y anota que Singer y Alma su esposa desayunan todos los días antes de las 9 en la cafetería de enfrente del edificio en que viven, en el lado Oeste de Manhattan, por los números altos de Broadway.

En una de las dos entrevistas Singer declara que a él no le gustan los restaurantes de lujo y uno de los dos entrevistadores cuenta que

Bárbara Jacobs es mexicana, cuentista y traductora al español de Lillian Hellman, Kurt Vonnegut Jr. y otros autores. Ha publicado los libros de cuentos *Un justo acuerdo* y *Doce cuentos en contra*. Los textos que publicamos —cartas al director de *Time* que nunca fueron enviadas a su destinatario— forman parte de un libro inédito que aparecerá este año en México.

Singer solía invitar a comer a quienquiera que lo llamara por teléfono y quisiera conversar con él pero que, con el tiempo, las llamadas llegaron a ser tantas que ahora apenas puede invitarlos a tomarse un café.

En el libro de fotografías literarias de Jill Krementz, *The Writer's Image*, aparece Singer al lado de una ventana, inclinado ante la máquina de escribir en uno de los extremos estrechos de un escritorio.

Me pregunto si se trata de la pequeña mesa que Tony Shwartz afirma que Singer traslada hacia la ventana cada mañana y si la ventana y la mesa se encuentran en el comedor de la casa del escritor.

Chimalistac, México, 2-VII-1984

Señores:

Aquí va algo de lo que habría escrito yo para acompañar a Lillian Hellman en el tránsito de su granja hacia el paraíso, al que llegó en días pasados según deduzco de la nota del número 28 de la revista *Time* con fecha del lunes próximo:

Qué coraje que este amigo me diga ahora que no recuerda cuándo pero que aquí, en el Little Italy, no en esta mesa, no va a alardear, pero sí en la de al lado, ésta, la alcanzo si estiro el brazo y la toco con las yemas de los dedos de mi mano, una vez vio a Lillian Hellman sola, comiendo sola, pasta o no tiene claro qué, no se fijó, cómo es posible que la haya visto alguien que no iba a fijarse en ella, en si tomaba vino blanco, en si llevaba alrededor del cuello un collar de perlas blancas dócil contra, sobre el pecho, balanceándose con gracia, la vio aquí y no estiró la mano y la rozó, yo no despego los ojos de la puerta, recuerdo cómo me ha transportado y apasionado esta mujer inacabada, pero a quién voy a convencer de que me ha gustado más que a nadie, cómo se prueba una exuberancia semejante, yo que soy incapaz de sostener una conversación literaria sobre Lillian Hellman, apenas recuerdo detalles, apenas enlazo una que otra anécdota, les pongo, eso sí, sentimiento, emoción, algo de lo cual nadie se da cuenta porque lo manifiesto cuando me callo, guardo silencio, me retiro para que los conocedores jueguen y entrecrucen barajas de razones de un lado a otro de este mantel verde de fieltro, qué se le dice a alguien que uno admira, no hay nada que decirle, hay que esperar, esperar que uno pueda pasar tiempo con él, momentos que son olas de lenta familiaridad, olas que te llevan a la orilla en la que deja de hacer falta decirle te admiro a quien admiras, se dará cuenta, lo advertirá, te preguntas si se dará cuenta, si lo advertirá, quiero ser como tú me gustó esto y esto, nos parecemos

en esto y en esto, mira: esto y esto me da derecho a estar más cerca de ti que nadie y cosas por el estilo, no me olvides, pienso y miro la puerta, el Little Italy está concurrido, en alguna cuadra del barrio italiano de Mahattan, pero los pies de Lillian Hellman no descienden por los escalones que conducen de la calle al restaurante, a través de la puerta, aquí abajo, esta entrada que se ha vuelto para mí el departamento, o una ventana del departamento que ella tomó en Cambridge, en el que nunca llegó a vivir porque en eso Dashiell Hammett se murió, y ella iba a vivir ahí con él, y si él ya no estaba, lo más que ella podía hacer sin morir era atravesar la noche de Boston, atravesar la soledad de su media vida, y caminar hacia el edificio y detenerse, mirar hacia la ventana, imaginar cómo hubieran vivido ahí los dos, recordar cómo habían vivido y desvivido en otras partes, juntos, separados, juntos, ahora una de las dos vidas acabada, es decir, ahora sólo una media vida, un amor sólo, un amor no más acompañado, un amor interrumpido y reanudado, una vida interrumpida y reanudada, interrumpida en dónde estás Dash, habrá preguntado ella frente a la ventana del edificio de ladrillos rojos en Cambridge, por qué te fuiste, cosas por el estilo, a dónde, esas que no tienen explicación, que conforman mejor que nada lo que llamamos sinsentido, injusticia, pero a quién se lo digo: Lillian Hellman usó por primera vez un enorme adjetivo en Benicasim, en el hospital al que las ambulancias transportaban combatientes de cien nacionalidades, lo destinó para referirse a los que llegaban a España a luchar por la República, esos hombres y mujeres que murieron o que sobrevivieron o que en todo caso inválidos se llevaron con ellos herida la democracia, ese ideal al que se entregaron, hombres y mujeres que no encontrarían ni gloria ni reconocimiento, y el adjetivo es la palabra noble: uno también es noble cuando se es de buen corazón, cuando perdona, cuando llora para siempre el encarcelamiento, la postergación de una causa, la muerte de una vieja nana, la desaparición de amigos, la muerte de dos viejas tías, la muerte de una amiga joven, la transformación de amigos en desconocidos, en enemigos, cuando mira para atrás y se asombra: hay tanto que uno ve caras y frases y pequeños y grandes actos que saltan de los matorrales del recuerdo y dicen: sigo aquí, haz algo conmigo para que yo no muera, pienso con los ojos fijos en la entrada de Little Italy, y Lillian Hellman no cruza el umbral, en dónde estará, va y viene la posibilidad de encontrarnos, y así fue y vino y viene la de desenmascarar a sus personajes y saber si lo que *ella* dice que hicieron fue lo que hicieron en realidad, si quienes ella cree que fueron lo fueron en realidad, la verdad se afirma, Lillian Hellman se movía entre personajes y situaciones de la realidad, esta realidad que no cruza la puerta, que no desciende por los escalones y se nos pone delante, que no nos roza, que no come en la mesa de al lado, este amigo me asegura que

la vio, que vio a Lilliam Hellman aquí en el Little Italy una vez, hace cuánto, y que no le habló por no perturbarla, cómo decirle te admiro, te admiro se parece tanto a te amo, una oración que existe y que no se aplica, un sentimiento que existe y que se aplica sin pronunciarse, que se pronuncia sin decirse, que se dice con qué: con el tiempo que uno pasa con quien admira, con quien ama, a solas, tengo lo que ha escrito Lilliam Hellman, lo leo y estoy más cerca de ella que nadie, pienso con la mirada fija en la entrada del Little Italy, sólo que ahora el Little Italy está en mí, en mi memoria, estoy en una mesa de mi recuerdo, ante un mantel de fieltro verde o de cuadros rojos y blancos o azules y blancos de donde no me va a mover nada ni nadie, y desde ahí, desde aquí, miro y vuelvo a mirar la puerta y veo a Lillian Hellman descender, camina hacia mí en forma de palabras, y las palabras son omnipotentes, llaves maestras que me conducen al centro de Lillian Hellman, que es donde siempre he querido estar, y de aquí no me mueve nada ni nadie, aún cuando nunca haya visto a Lillian Hellman de otra manera, ni estado de otra manera en su presencia; sus dramas, sus memorias, sus escritos son para mí el departamento de ladrillo rojo al que llego cuando quiero, yo sí entro, y de él no me saca nada ni nadie, y aquí estamos las dos, aunque no tenga en mi mano una sola línea suya dirigida a mí, a mí, y aunque su mano no haya escrito nunca mi nombre y en cambio mi mano haya escrito infinitas veces Lillian Hellman, cuántas cartas sin enviar, cuántos escritos inacabados sobre Lillian Hellman, desde aquí vuelvo con ella a Moscú, rompo con ella un manuscrito que creía acabado, me siento y vuelvo a empezar: a Dash no le gusta lo bueno a medias, es peor que lo malo, dice, y aunque me enoja y me desaparezco una semana, le creo: a mí no me gusta lo bueno a medias, o es bueno o hay que romperlo y volver a empezar, Lillian Hellman y yo nos mecemos juntas en los columpios o de las ramas de la música de Nueva Orleans, en la infancia de no sé cuál de las dos, de las dos, hay datos que olvido, nos enfrentamos a la justicia de nuestro país y no delatamos a nuestros amigos, es una justicia injusta, nuestros amigos, aunque se vuelvan enemigos nuestros, son nobles, lo son para siempre en nuestro recuerdo, y no los delato, mis principios no se ajustan al molde de una justicia injusta, una tarde un año que acaba de empezar nos despedimos de Dash y luego, gradualmente y para siempre, nos volvemos a encontrar, con él, de otra manera una manera hecha de palabras, de recuerdos, esta que es la mejor manera de estar unidos los que se aman cuando uno de los dos se va primero, quién sabe a dónde, nadie sabe a dónde, y el otro se queda, y con su media vida, con su amor inacabado acabado, se detiene frente a una ventana de un edificio de ladrillos rojos, y en su noche acabada inacabada, espera.

Señores:

¿Qué puede hacer un poeta cuando el mundo se le viene abajo?

A un poeta, más que a nadie, el mundo siempre se le está viniendo abajo. Un poeta canta al desmoronamiento del mundo. Para un poeta el mundo está siempre fraccionado: es un rompecabezas al que le faltan piezas. No hay mundo entero y panorama perfecto para un poeta porque entonces qué mundo ideal construiría. Cuando el mundo se le empieza a desmoronar es cuando él empieza a ser poeta. Para él el mundo es el vapor que empaña el vidrio de la ventana por la que se asoma, vapor que cubre la visión, que corre hacia abajo, siempre hacia abajo, en forma de gotas que en un principio son minúsculas y que poco a poco crecen y cobran volumen y peso y caen, siempre caen.

¿A dónde van las gotas que dejan la visión de un poeta? ¿A dónde se llevan el mundo desmoronado que él observaba una tarde, la frente apoyada contra el vidrio?

El mundo del poeta no tiene calma: pende sobre él la amenaza: de desmoronamiento. El poeta a veces lo ve de reojo, corre apenas el borde de una cortina y mira: quisiera por una vez sorprenderlo en calma. Pero el mundo sabe. El mundo intuye cuándo lo mira un poeta, y en ese instante —breve, fugaz—, actúa para él, desmoronándose, un poco, casi nada, lo suficiente para desbaratar la visión de calma que el poeta quiso percibir y que no encontró. El mundo se desmorona —como se despediría una mujer—, para que el poeta padezca. El poeta no encuentra el mundo en calma ni siquiera en sueños. Y de eso se trata.

El poeta fue elegido para detectar catástrofes, las catástrofes que van del momento en que una rosa se marchita al del momento en que una vida se desmorona. Cáptalo, poeta. Cuéntalo a tu modo.

A un poeta no se le puede pedir que viva, es decir, que restaure la vida de los pétalos y el tallo de una flor. Su savia está destinada a otra parte: a una hoja de papel, a escribir un poema de muerte de flores; a lamentarse por escrito, la frente contra el vidrio nublado, de su suerte, de su imposibilidad de hacer lo que hacen los demás y de la manera en la que lo hacen.

Un nuevo biógrafo de Robert Frost (número 46 de la revista *Time*, con fecha del lunes próximo), califica de alarmante la respuesta de Frost ante alguno de los sucesos desmoronados y desmoronantes de sus existencia. Alarmante. La respuesta de un poeta debe ser alarmante, debe desquiciar: lo que retrata es desquiciante y es alarmante. Y los poetas dicen la verdad.

Un hijo de Frost se suicida; una hija de Frost pierde la salud mental; otra hija de Frost —su consentida— muere con algunos

años de diferencia respecto a su madre, es decir, la mujer de Frost, y cuando Frost hace internar a una de sus hermanas en un hospital psiquiátrico, le escribe una carta a un amigo: que a medida que envejece, puede pasarse las noches en vela, demorándose en los problemas de los demás, y que, si bien por el momento no va más allá de esto, que pronto, a su debido tiempo, se unirá a ellos a través de la muerte, como ellos morirá, y entonces, entonces sí, demostrará que lo que comparte con ellos —con el resto de los hombres—, y lo que les es común, es la humanidad.

Los poetas dicen la verdad. Y la verdad es alarmante y desquiciante.

El biógrafo de Frost lo juzga y su juicio lo acusa: alarmante. En medio de su abandono, Frost apoya la frente contra el vidrio empañado de su vida y se lamenta: de su suerte, de ser poeta, de su destino de observador y registrador del mundo que se nubla y se desmora a su alrededor.

Que me canten Las Mañanitas

EVELYN ROSS

*a un hombre que será siempre grande
porque supo el valor de lo pequeño y cotidiano*

No puedo decir que estoy triste. No, no podría afirmar eso. Y, sin embargo, allá fuera todos lloran. Mis amigos y mis siete hijos lloran. Y yo aquí tan cómodo que me siento. Estuvo bien que Pedro le hiciera quitar el crucifijo al ataúd. Mi hijo mayor sabe que su padre nunca fue oportunista. No creí ni quise engañarme en que podría haber otra vida. Tampoco jugué a los porsiacaso. Recuerdo que me gustaba tanto ver a los chamaquitos de la primaria y sus ojos luminosos cuando aprendían algo nuevo. Esa es la cadena de la vida. Al menos la que creí como maestro. La que había entre mis alumnos y yo. Les enseñé lo que pude. Porque siempre sentí que mis conocimientos alcanzaban para la milpa, tan sólo tantito fueron. Mientras que muchos de ellos sembrarían campos enteros. Algunos hasta sembrarían ideas y acciones. Pero entre todos sembrarían la justicia. Les traté de enseñar el respeto por sí mismos y por los demás, la dignidad de ser mexicano, la honestidad en lo que se es y no sólo en las virtudes, también en los errores. Y esos días de las juntas de padres de familia en que se reunía casi todo el pueblo, sentíamos la fuerza de cada quien pero multiplicada en la unión. Así fue como empezamos a conversar sobre la necesidad de electrificar al pueblo. Y esa primera noche en que San Martín Atlixco siguió iluminado después que se escondiera el sol, hicimos fiesta en las calles y bailamos. ¿Cómo olvidar esa noche? La tía

Evelyn Ross, escritora chilena, vive en México. Su cuento, escrito "a la manera de Juan Rulfo" nos ha parecido, fuera de sus calidades propias, otra forma de homenajear al fallecido escritor.

Lucía había invitado a una prima lejana de Mérida que trajo a su sobrina, que a su vez trajo a la Lupe. Ese día nos conocimos y desde entonces no nos hemos separado en cincuenta años. Salvo hoy y estos días en que tuve que morirme yo primero para que no sufriera si se iba ella antes. Siento que tuviste la razón. Qué triste debes sentirte buscando mi abrazo en la cama grande. Y yo aquí. Es cierto eso que dicen hasta que la muerte nos separe. Ha sido así con nosotros, pero al mismo tiempo ella debe saber que pienso en ella, ¿no?, que ha sido la única mujer de mi vida, que al terminar de morirme sentiré hasta el último su sonrisa. Ay, Lupe, no llores. Hemos sido tan felices. Casi demasiado felices. Piensa, mi Lupita, que tuvimos siete hijos maravillosos, piensa en los nietos, en los yernos, en las nueras. Incluso piensa en esta chilanita que me llora amargamente porque dice que nosotros somos su familia mexicana, ¡pobre chilanita sin país! Siempre se está yendo de regreso. Diez años en eso casi. Y Manuel no ha comprendido que no se puede vivir del presente con una mujer sin futuro. Pero ella sabe cómo la quise, aun cuando una mujer sin país camina por los bordes de nuestros amaneceres.

Adios, chilanita. Yo sé que lloras por mí, por ti y por muchas cosas más. Me llevo los calcetines que me regalaste, ¿recuerdas? Por mucho rato aún tendré bien calentitos los pies. ¿De dónde dijiste que eran esos calcetines? ¿De Chiloé? Ya ves. Cuando tu país sea libre vendrás un día a ver el nopal que crecerá donde me entierren.

Gracias, Lupe, por enseñarme lo que es el amor. Contigo fue mucho más que palabras y poesía. Contigo fue nuestra casa con la puerta sin cerrojo. ¿Recuerdas nuestra puerta abierta? ¿Y te contaron, Lupe, del berrinche de Manuel cuando entró el señor cura allá en la capilla nueva donde me estaban velando? Manuel puso esa cara de pirata enojado que es tan propia de nuestro hijo y espantó al cura diciéndole: aquí no queremos que nos recen rosarios. Luego le explicó que la única religión de su padre era la amistad. Sonreí en el ataúd y me dediqué a continuar muriendo tranquilo. ¿Te das cuenta lo que sentí al escuchar a Manuel decir eso? Porque qué cosa grande es la amistad, qué cosa grande y generosa es. Si los pudieras ver a los amigos. Me refiero a éstos que vinieron, a los vivos, claro. Los otros ya están bajo tierra o son tierra, probablemente. Los de mi generación están cerquita de los ochenta años y no se puede vivir tanto. Yo incluso estaba pasadito en años y no me moría. Mis hermanos murieron todos. Salvo Romualdo que me lleva diez años más. ¿Cómo habrá sido eso de decirle a Romualdo? Está sordo el pobrecito. Me imagino su cara al leer que falleció su hermano. Nos costó sobrevivir. Después de la bala perdida, cuando la Revolución, que mató a la abuela María en Xochimilco, sólo quedamos Romualdo y yo que era muy pequeño. Nos vinimos con la tía al Distrito Federal, al barrio de la Merced. Romualdo trabajaba en cualquier cosa y me

costeó los estudios hasta que entré a la Normal; si cuando llegamos al DF apenas nos alcanzó para el primer apellido. Fue tiempo después que rescatamos el de la abuela, ese que le inventaron porque allí en la comunidad ella fue siempre "la reina".

¿Recuerdas, Romualdo, la casa donde nacimos? Sí, aquí mismito en San Martín, por donde acaba de pasar la carroza. Alcancé a ver las enredaderas de nuestra casa blanqueada y descascarada y las flores amarillas que retoñan cada primavera y que tienen esa miel tan dulce que saboreábamos. ¿Sabes, Rómulo?, no sentí el olor de las flores. Parece que eso pasa cuando nos morimos. No se sienten los olores. Te diría que casi no siento nada. Simplemente puedo mirar y eso también se acabará ahoritica cuando me acabe de morir.

No llores, Manuel. Hijo, no llores. Quiero agradecerte la comida en Los Delfines. El chilpachole estaba muy rico y sabes que es uno de mis platos favoritos, porque lo comí por primera vez con tu madre un día en la playa. Ella estaba hermosa con su collar de caracoles. Estaba embarazada de ti, mi hijo querido. Por eso quise saborear otra vez esa sopa de jaiva y luego la paella. Hasta postre comí y el vino con frutas. Brindemos por última vez. Vamos, no llores. Despidase de su padre como corresponde a dos borrachos de vida: salud, hijo. Te pareces tanto a mí. Escucha el discurso de uno de mis alumnos. Dice que fui un hombre chiquito pero de corazón grande. Tú también, hijo. Estuvimos tan cerca. Fuiste débil por fuera. Diferente a tus hermanos. Pero te hiciste fuerte por dentro. Lees mucho. Te enseñé eso. Sigue así, hijo. ¡Salud!

Me tienen instalado en el proscenio. Aquí mismito en el Centro Social de Renovación. El que construimos ladrillo a ladrillo. Ya suenan las trompetas de la banda. Son Las Mañanitas y empiezo a subir el cerro rumbo al cementerio. Me cargan entre todos. Viejo Raúl, no te canses. Deja a Miguel, que está fornido. Sí, así, lentamente. ¡Qué día tan azul, qué bello día este miércoles de marzo!

Una señora pregunta quién ha muerto y le contestan: el profesor. Dice qué barbaridad y empieza a explicarle a su hijo pequeño quién fui. Fui parte de otros, eso sí, fui parte de este pueblo que hoy me acompaña a morir. Tan sólo eso. Fui parte de esta agua, del aire, del magisterio, de su voz, de sus canciones. Ahora seré parte de la tierra. Allí está el hoyo y ya me bajan. Me siento bien. Estoy abajo y ellos arriba. Escucho Las Mañanitas otra vez y las trompetas resuenan hasta Milpa Alta. Ahora tocan Las Golondrinas. ¿Vas a despedirme, hijito? Dices que es mi última broma: estar aquí tranquilo y en paz mientras ustedes lloran.

Vamos hijos echen los puñados de esta tierra que tanto quiero. Así, de uno en uno. Cúbranme, que ya quiero dormir. Adios, primo Tomás. No llores. Adios, hijos. El negro es un color hermoso. Como tus ojos, Lupita, como tus ojos.

La última luna

VIRGINIA VIDAL

*«Todas íbamos a ser reinas
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad...»*

Gabriela Mistral

Ya ni nos hablamos. Las cuatro andamos como fantasmas. No hay nada que decir. Primero se secó la siembra. Luego, las parras. Se fueron secando los olivos. Ya ni briznas quedaron en las laderas. A lo más, una champa quemada. Lo peor fue la higuera. La higuera vieja donde teníamos el columpio cuando chicas. Donde nos estuvimos sentando por años, a la oración, a puro desvariar. Esa higuera lo aguantaba todo, pero la seca también acabó con ella. La tierra se fue retostando hasta que empezó a cuartearse. Nos cansamos de mirar el cielo, de inventarle nubes. Cada vez se fueron acercando los cerros. Uno tras otro. Cada vez más amarillentos, más rosillos, tal si nunca hubieran tenido una mata... Ya nos comimos todo. Hasta los ratones huyeron. Unas botellas, tarros vacíos, es todo lo que queda en el antiguo armario. Ni fideos, ni arroz, ni harina. Nada de azúcar. Va quedando un poco de yerba mate. ¡Se acabó la sal! La mamita decía que eso era el colmo de la mala suerte... El perro mordió la última gallina. Estaba tan vieja. Por más que la hicimos hervir, salió el caldo deslavado. Después, el perro empezó a atacar a las cabras. Mordió a unas cuantas. Se cebó. Cuando le dio un tarascón a Soledad, la Rosalía le mandó un solo palo. Quedó tieso. La Rosalía anda

Virginia Vidal es escritora y periodista. Tiene abundante producción inédita. Vive en Caracas, Venezuela.

como extraviada desde que mató al perro. Su regalón. Bueno. Añares que anda así. Ahora se le nota más... Era tan linda, enterada, traviesa. Y más linda se puso cuando empezó a visitarnos el andarín. Hombre con gracia. Liviano de sangre. Venía a lo lejos, pero nos dejaba encandiladas por tiempo... Cómo me gustaba que hablara de la mar... Decía que para tener una idea había que mirar los cerros. Imaginárselos en movimiento. Como si estuvieran borrachos. Y nos asustábamos. Si se movieran los cerros, qué terremoto... El seguía empeñado en contarnos la mar: teníamos que figurarnos los cerros siempre desiguales, cambiantes, veleidosos. De tonos verdosos, azulencos. No con verde de hoja... Le pedíamos que para otra vez nos trajera una botellita con agua de mar. Se reía: el agua de mar es color agua, pero amarga de salada. Tiene que estar así, en billones y trillones de litros para tener esos colores... Teníamos tantas ganas de conocer la mar... El andarín partió un día. Se iba en un barco mercante. A ganar buena plata. La Rosalía estaba de muerte. El le aseguró que volvería. Aunque demorara. A casarse con ella... Muy de vez en cuando empezaron a llegar unas postales. En una describía que esos colores eran igualitos a la realidad. Fantasías del andarín. Unos árboles verde oscuro. Un cielo como tinta diluida. Un pedazo de mar más oscuro que el agua para enjuagar la ropa: ese último enjuague con azul de ultramar. Todos los colores oscuros, cargados, pero a la vez luminosos... Eso no puede ser la realidad. Han de ser los pintores que retocan las fotografías... No volvió nunca más. La Rosalía nos despertó una noche con sus gritos. Una pesadilla. Un aviso. Lo vio muerto en la mar... Desde entonces anda como ida. Como borrada. Ahora me la quedé mirando y descubrí que su cara está envuelta en una malla de arruguitas. A primera vista no se le notan. La boca se le ha secado. A veces dice algo y una parte del labio se le queda pegada a los dientes... Pero la que está más mal es Efigenia. Se lo pasa echada en la cama. Como que no tiene fuerzas para levantarse. Ni ganas. Ayer estaba medio traspuesta. Yo le había preparado un mate. Empecé a recordarla. Se asustó y escondió algo debajo de la sábana. ¡La peineta de carey! Me quedé muda. La misma peineta que dio por perdida tantos años. La que le regaló el semanero... Desde que pasó lo de la peineta me ha tratado de loca y envidiosa... Yo tenía el pelo tan largo y abundoso. Me llegaba más abajo de la cintura. Negro con brillos azules. Los sábados por la tarde me lo lavaba con quillay y me lo dejaba suelto para que se secara. Después, la Soledad me hacía unas trenzas gordas... Se divertían en la noche cuando me lo escobillaba y salían culebreando las chispitas... Ahora está color ratón y se me cae a puñados... El buhonero nos traía percalas, horquillas, cintas, polvos, agua de colonia, randas, valencianas... Era tan divertido con su modo gringo de hablar, enrevesando las palabras. Tenía el pelo como

plumón de pollito. Y los ojos tan azules... Así debe ser el color de la mar... Pero esos ojos sólo eran para mirar a la Efígenia. A ella le regaló la peineta incrustada de piedritas... En mala hora se la pedí para ponérmela en el moño... Todos íbamos a ir a la procesión de la Virgen. Yo andaba con unos sofocos. Tenía miedo de que notaran mi interés. El afuerino. Estaba segura de que lo iba a ver. No hacía mucho que había empezado a rondar por el pueblo. Hasta que se colocó en la pulpería. Era callado. Muy serio. Nada especial. Salvo la fuerza de los ojos. Unos ojos raros. Como opacos. Y de repente daban un relumbrón... ¿Será así la mar de noche...? Cuando yo iba a comprar, me las arreglaba para que él me atendiera. Notaba que me sonreía. Más con los ojos que con la boca... Será pecado, pero yo tenía tantas ganas de tocarle esa cara de barba cerrada, ese brillito como polvo de mariposa de los párpados y las ojeras... Una vez me tocó la mano. No fue apretón. En realidad no me la tomó. Algo así como cuando uno pone la palma sobre el brasero para sentir el relente del calorcito. Pero al revés. El puso su palma como encima de mi mano y el calorcito lo sentí yo... Algo rápido, pero me quedó durando. A lo mejor ni lo hizo de intento. Y me pareció de adrede. Una mano seca, huesuda. De muñeca fina, pero muy firme, se me ocurre. Tan distinta de la mía: chiquita, rellena, puros hoyuelos en las coyunturas... Yo me las cuidaba hartito. En las noches me las frotaba con benjuí y agua de rosas, y una pizquita de crema del harem, de la que le compré al buhonero. Con un cuerito de gamuza le sacaba brillo a las uñas... Eso era por aquel entonces. Ahora parecen garras. Medio escamosas. Como las patas de las gallinas que mató el perro... Ese día me volví toda ojos, pero no lo pude hallar. No estaba en la procesión... Al fin averigüé que se había ido más al norte. A las minas... Todos los hombres se van a las minas. Como el papá. Partió antes de que naciera el último hermanito... Ni que hubiera estado oliendo la fatalidad. Mi mamá murió en el parto. La Soledad era la mayor y nos crió a los siete. Hizo lo que pudo. Una verdadera madre. Tenía tanta fe en sacarnos a todos adelante. Cómo se esmeró con el huerfanito. Le cantaba canciones preciosas. Yo creo que las inventaba ella misma... Todo su esmero lo ponía en los hombrecitos. A nosotras nos enseñaba de todo. La ayudábamos en la chacra. A sacar agua del pozo, a cuidar las aves y las cabritas. A cocinar, a lavar. Hasta a amasar. Ella se daba cuenta si algo era muy pesado y se lo reservaba... Pero el primero en caer fue el hermanito mayor. Se apensionó. Los otros fueron muriendo de empacho. Lo increíble fue que el huerfanito duró más. Y eso que le faltó la teta materna. Pura leche de cabra. Pero no llegó a grande... Parece que los hombres son más débiles... Pensar que de ellos no quedaron ni fotos. La Soledad decía que cuando ya estuviéramos criados, ella se iba a casar. Y a tener muchos hijos: más que todos nosotros juntos. Y que nosotras iba-

mos a ser tías... Pobre. Nunca nadie la pretendió. ¿Quién nos iba a pretender si por aquí no hay hombres? Los que llegan a grandes se van a las minas. Como el papá. Y como él, se olvidan para siempre de lo que dejan atrás... Hombres. Puros sueños... Yo me pasé un buen tiempo soñando con ése que me rozó la mano. La Rosalía se hundió en el sueño de su marino muerto. La Efigenia hundió en su sueño al buhonero de los ojos claros... Bueno. Ese domingo me costó que me prestara la peineta. Porfié tanto, hasta que la convencí... Me la puse en lo alto del moño. Sujetando el velo, sin importarme que lo agujereara. En cuanto volvimos, me la pidió. No había caso de que me la dejara otro ratito... Lo terrible fue que al desenredármela se la quebró un diente... Nunca me creyó que yo no tuve la culpa. Me trató tan mal. Qué no me dijo. Todavía me duele... Después se hizo la perdidiza. Me acusó de habérsela robado. Cada vez que peleaba conmigo empezaba por tratarme de descursiosa. Lunática. Ladrona. Envidiosa. Y cuando se desaforaba por completo, de loca. Lo que más me hería... Cómo desee que volviera el buhonero. Para comprar otra peineta. La más linda. Y dársela a la Efigenia... Acaso, sólo con que él volviera, bastaría para quitarle la rabia conmigo... Siempre le guardé el secreto. Ella no sabe que la pillé cuando se estaba besando con el gringo... Ni rocharon cuando yo entré. Me dio tanta vergüenza. Como si me hubieran pillado a mí. Toda asorochada y tiritona. Como con vahído. Me acerqué al brasero y me puse a agitar con furia el soplador. Para reanimar las brasas. La ceniza salió en nube. Me puse a toser. La Efigenia me preguntó con voz rara si quería unas cintas. El gringo se puso a ordenar su baratillo. Ni quiso quedarse a tomar un mate... Pasaron semanas, meses, años. Nunca más apareció. Ye eso que le debíamos un saldito... Halló que yo ansié su vuelta con más fuerza que la Efigenia. Para que ella estuviera contenta. Para devolverle una peineta nueva... y ahora descubro que la guardó siempre... Noto que la Soledad está decayendo demasiado. Por Dios que está vieja. Como si la vejez se nos hubiera venido encima de un golpe. A ella, por partida doble. Tiene los ojos asentados. Ya no son más esos ojos inmensos que todo lo veían. Ahora tienen una suerte de telita. Igual que las cabritas muertas... Le hice una agüita de yerbaluisa. Tomó un buchito y la vomitó. Las arrugas de la frente se le empezaron a perlar de sudor. Me miró como pidiéndome que haga algo. Que se me ocurra algo. O nos va a pasar lo mismo que a las cabras. Cada día amanecen muertas de dos, de tres... Ya no queda ninguna esperanza. Aún no les dije lo del pozo... Me puse a revisar la casa entera. Los camastros, la mesa, las banquetas, un par de sillas, un aparador. En las paredes, unos calendarios del tiempo del rey que rabió. Un baúl con los papeles de nacimiento, los certificados de defunción, la escritura del terrenito, la libreta de matrimonio de los viejos. Unas fotos

descoloridas. Sábanas raídas, de esas que una guarda limpietas, para vendas. Pedacitos de trapos, para parches, pero que después no sirven, porque la prenda está demasiado gastada y desteñida... En la cocina, el poyo del fogón que hace ya tanto no se enciende. Unos aperos. Cachivaches. Y, cosa curiosa, lo único nuevito: un rollo de cordel bien firme... En el pozo no más queda un agua barrosa. No saco ni medio balde. La filtro con un paño y la dejo reposando hasta que aclare. La trasvasijo despacito. La hago hervir y preparo el yerbado. Lo que es la costumbre. Sin decirnos nada, nos sentamos a la mesa. Como todos los días. Después que les sirvo ese almuerzo fulero: una tisana clarucha, verdosa, pero caliente para engañar las tripas, les cuento que ya se acabó el agua. La Soledad pregunta qué hacer. Ayuda no se puede ir a buscar a ninguna parte. Por lo menos tres semanas que ya no queda un alma en los alrededores. El pueblo está a más de media jornada de camino. Y eso en tiempos normales. Ahora más, porque estamos demasiado debilitadas. Ya la tierra se cuarteó por completo. Totalmente resquebrajada. Todo el campo es un peladero con terrones como pedazos de vasijas inútiles. Tal si Dios hubiera quebrado todos sus cántaros. Las cabritas ya ni hacen amargo de triscar. Todas en agonía. Apenas quedan ocho. La Efigenia dice que nuestro destino es el de las cabras. La Rosalía propone quedarnos todas en cama, hasta dormir para siempre. Me da una rabia verla tan sin empeño Entonces la Soledad me pregunta: «¿Es que tú, Lucita, tienes alguna ocurrencia?» Ahí es cuando les propongo que entre todas cortemos la cuerda y armemos unos lazos. Y colgarlos en los árboles secos. Ahorcar primero las cabritas y después colgarnos nosotras. Siempre me han dicho loca. Lo menos, que estoy con la luna. Ya las veo que se me abalanzan. No. Se quedan pensativas. La primera en estar de acuerdo es Rosalía. Efigenia sólo mueve la cabeza, afirmando. Soledad levanta la mano y la baja lentamente. Luego agacha la cabeza y pide que recemos un padrenuestro, un avemaría y una acción de gracias. Parece que se nos levanta el ánimo cuando nos ponemos a hacer los lazos. Todos quedan con su buen nudo corredizo. Se me antoja que al terminar el último lazo puede empezar a encapotarse el cielo: ya veo las nubes negras y gordas como cabritas preñadas. Me asomo. Afuera arde todo. Cuesta mirar por lo reverberos. Esperamos que caiga la tarde. Yo tengo más fuerza. Saco una silla para encaramarme. Con toda paciencia voy atando las cuerdas en las ramas más firmes. Nada de fácil porque están muy yesca y se quiebran casi de tocarlas. Pero lo consigo. Una docena de horcas, en total. Colgando en los olivos muertos. De la higuera seca, la más resistente. Efigenia y Rosalía me ayudan a pillar las cabritas. No cuesta nada. Si apenas les laten los corazoncitos debajo del pellejo que les tapa los huesos. Ni pesan siquiera. Matarlas es una obra de caridad. Quedan balanceándose. Como

péndulos peluditos. Con algo de cristianas en esa postura. Los cuernecitos dan un brillo metálico, ligeramente dorado. Nuestro único tesoro ahí, colgando, Soledad, calmosa, se levanta del taburete. En una muñeca tiene enrollado el rosario antiguo de mamá. Las va a palpar una a una. Comprobar que están bien muertas. Después nos llama. Empieza a hincarse con cuidado, tan lento. Nos hace arrodillarnos a las tres. Nos pide que oremos en silencio. Nos quedamos un buen rato con la cabeza gacha. Con la cruz del rosario, Soledad nos va persignando. Enseguida pone una mano en el hombro de Efigenia, la otra en el hombro de Rosalía. Me mira con un ademán, indicando la silla. Nos vamos hacia la higuera. La Soledad en un solo abrazo nos estrecha a las tres contra su pecho. La ayudamos a subirse a la silla. «Las bendigo, hermanas», dice. Ella misma se acomoda la soga en el cuello. Ella, tan poco coqueta, tiene cuidado de que el pelo le quede por sobre la cuerda, como esponjándose. Luego pide que retiremos la silla. Efigenia se echa al suelo poniendo la frente en la tierra. «Esto debí hacerlo antes», dice con calma mientras se levanta y empieza a llevar la silla. No quiere que nos acerquemos. Nos pide que nos demos vuelta. Rosalía me abraza llorando: «Hermanita, Lucita, no quiero ser la última. Ayúdame, por favor». Abrazadas vamos hacia la Efigenia. No nos dimos cuenta cómo lo hizo. Después de ponerse el lazo logró volcar la silla. Medio me inclino y la tomo del respaldo. La voy arrastrando sin dejar de abrazar a Rosalía. Ya sólo quedan dos horcas. Dejo que Rosalía se apoye en mí para subirse. No atina a nada. Decido encaramarme. Con cuidadito. Para no caernos. Apenas nos equilibramos. Le arreglo su pelito. La beso en la cara chupada. Le pido que cierre sus ojos. Vuelvo a besarla. Me bajo deslizando mis brazos por su cuerpo flaquito. Abrazada a sus piernas apoyo mi mejilla en sus zapatos. Sin levantarme le doy un empujón a la silla. No sé cuánto tiempo estuve ahí tirada, sujetándome a una pata. La frente contra el palo. Hasta que siento el filo que se me hunde en la cabeza. Me levanto como puedo. Me quedo un buen rato contemplando el balanceo de mis tres hermanas. Las cabritas muertas. Los árboles muertos. Mis hermanitas muertas. La tierra seca. La casa como cubierta de cenizas. Los cerros parecen rescoldo debajo de la ceniza. No tengo miedo. No. Sólo un poco de fatiga. Como acabamiento de estómago. El cielo, que ni patena. Una luna inmensa. Tengo que aprovechar la poca fuerza que me está quedando. No vaya a ser que en el afán de agarrar ánimo siga debilitándome.

Ahora me toca a mí.



PAYO GRONDONA

Veinte años haciendo canciones

Gonzalo "Payo" Grondona comenzó a cantar en su barrio de origen: Playa Ancha, en Valparaíso. Como la gran mayoría de los miembros de los que más tarde se conocería como movimiento de la Nueva Canción Chilena, empezó muy cerca de los aires argentinos, en su caso, en particular, bajo el ala del Chango Rodríguez. Más tarde, Payo no ha abandonado las influencias que constituyen una buena escuela; en sus canciones es reconocible su parentesco con los grandes uruguayos: Alfredo Zitarrosa y Daniel Viglietti; pero en el plano nacional, Payo es un auténtico continuador de Martín Domínguez y sus personajes urbanos; es decir, este Payo es un payador de la ciudad.

Es uno de los fundadores de la Peña de Valparaíso, la segunda de Chile; luego, de la de los Parra en Santiago. Después formó parte del elenco de la Peña del Mar y más tarde, de la planta de la Peña de los Parra. Es también fundador del conjunto Tiempo Nuevo, al cual perteneció durante dos largos períodos, en Chile y en el exilio. Por último (aunque no es lo menos importante) es entre los de la Nueva Canción el primero que regresa a Chile. (Pronto lo siguen Marta Contreras, Charo Cofré y Hugo Arévalo.)

Su vuelta tuvo una inmediata repercusión entre los jóvenes músicos chilenos. Payo se convirtió en algo así como el nexo necesario entre la Nueva Canción y el Canto Nuevo.

Quienes hemos seguido de cerca (aunque desde muy lejos, en verdad, desde el exilio) su nueva trayectoria en Chile, sabemos del eco de sus recitales en el Café del Cerro, en el Cine Arte de Viña del Mar, y en diversas otras partes del país.

Apenas de regreso, conmemora sus veinte años de oficio publicando una cassette (Alerce ALC 124) que titula sugestivamente "Canto de nuevo". De ella nos habla Payo, y a partir de ella, de lo que han sido sus dos décadas de ejercicio musical ininterrumpido.

Oswaldo Rodríguez

Quando entré al estudio de Filmocentro a grabar me sentí como en mi casa: en ese mismo local había funcionado la Peña de los Parra, de cuyo elenco yo formé parte. Los discos anteriores (años 70 y 71) habían sido grabados en los estudios Splendid, a cuatro pistas; esta vez eran dieciséis los canales a disposición. Esta diferencia técnica me gustó pero también me asustó, porque las exigencias eran mayores: cada instrumento graba casi por separado y sólo al final se pone la voz a los temas. Antes, el conjunto completo se situaba en los estudios y hacíamos una o tres tomas hasta que quedara perfecto a nuestros oídos. En Argentina el 74, en Holanda el 76 y en Alemania el 78, me había familiarizado un poco con este

sistema de grabación, pero ahora estaba en mi país cantando las canciones de dos décadas de diversas épocas y de circunstancias muy distintas, con un grupo musical de primera categoría y con arreglos que realmente mejoraban las canciones. Algunas ya habían sido incluidas en discos anteriores y estaban modernizadas en la instrumentación; el resto tomaba elementos de otras composiciones, como el "Tango de cuna", que ondea en el estilo Cedrón, o "Balada doble", con un dejo de Cat Stevens. Sobre los músicos participantes podría decirse mucho, porque creo que ellos cumplieron ciento por ciento con su trabajo.

Yo soy playanchino de nacimiento, educación provinciana, formación capitalina y desarrollo internacional. Mis canciones son anécdotas de la vida cotidiana en la ciudad, y sus temas centrales son: la pareja, la familia, los amigos. En las canciones circula el humor, un tipo de humor que puede ser calificado de diversas maneras según sea el auditor. Algunos dicen que es humor negro, otro que es pura ironía, sarcasmo, saetas punzantes; lo único que yo no creo es que se trate de algo simplemente "divertido", porque la *di-versión* tiende a *des-unir* los sentimientos, que cada cual escape con los suyos, y yo pretendo todo lo contrario.

Es cierto que mis canciones tienen rasgos autobiográficos; no podría ser de otra manera, porque en toda creación el artista vierte su experiencia y aprendizaje personales. Pero si el público hace suyas las canciones, éstas se hacen universales.

Aunque pienso que las canciones deben sostenerse por sí solas y no hay explicación que pueda hacerlas mejores, en las actuaciones acostumbro a anunciar cada tema, aunque variando siempre el discurso. En "Me diste mal la dirección" pasa cosas: un verano en Horcón, el 66, la Loreto que conocí allí y que después fui a visitar a Santiago, por Tobalaba, donde vivía; junté los recorridos, los nombres de las calles

por donde pasé, y surgió la historia, que se convirtió en una canción que todavía, después de tantos años, causa gracia.

La primera canción completa que escribí en Europa es "Hubo un momento en que la voz..." Uno tenía la inclinación natural a cantar a aquel quiebre, al que nos hayan sesgado la ilusión de profundizar la democracia. Había que partir de algún lado ante tanto que perdimos, y a mí me pareció que una de las cosas peores había sido la ruptura de la "pareja en formación". Y por eso es que la separación aparece tanto en mis canciones de entonces: separación del amor, del país, de la realidad social y política: el exilio.

Cuando volví a Chile traía una docena de canciones compuestas en mis nueve años de destierro. Apenas llegué compuse dos o tres y una serie basada en poemas de poetas jóvenes que apenas comenzaban a editar. Las llamé: "Cancionemas". Mi línea siguió siendo la misma de siempre: la canción urbana.

La canción "Canto de nuevo" que da título a la cassette, es un largo poema que escribí a manera de fundamentación o como una especie de aterrizaje en el ambiente nacional. Parte del texto lo tomé para la canción, y el resto, sin música, sirve de presentación a toda la grabación.

De mi primer LP, sin lugar a dudas, la canción más conocida es "Il Bosco". El tema lo presenté en el segundo Festival de la Nueva Canción Chilena, el que organizaba la Universidad Católica con Ricardo García. Fue mi trampolín, como se dice, para llegar a los escenarios de la capital y continuar por el país. Del segundo LP selecciono "La Nelly y el Nelson", que tuvo también mucha buena suerte.

Debo confesar, una vez más, que el regreso es algo inimaginable, y quizás por eso, por lo inesperado e inaudito que es esto, es que elegí para hacer una canción el poema de Neruda "Regresa el trovador". Es una de mis favoritas, y siento que nunca perderá

actualidad mientras siga habiendo gente que regresa a su patria. Creo que el poema data del año 71; la canción la terminé el 78 y la estrené en Chile en abril del 83.

Han transcurrido veinte años desde

que empecé a componer y a cantar en público. Todavía me pongo nervioso cada vez que actúo. Pero sigo teniendo mis sentidos abiertos al humor, y sigo siendo, como siempre, un optimista incorregible.

RADOMIRO SPOTORNO

Gustavo Mujica y el jardín de los senderos que se bifurcan

Las ediciones GrilloM fueron presentadas en Santiago, en la Librería Altamira, por el poeta Miguel Vicuña. Con diferencia de pocas semanas, en París hacía lo propio el poeta Waldo Rojas en el Centro Cultural de México.

Vicuña presentó la editorial desde adentro, como cómplice del proyecto; él mismo leyó algunos poemas de los autores y habló de una máquina y de la forma en que se manufacturó cada ejemplar.

La presentación parisina fue más complicada: Waldo Rojas, en un francés impecable/implacable, mostró un sólido trabajo que situaba a Ed. GrilloM en la última tradición de la poesía chilena y glosó a cada autor. La actriz Eveline Morvan leyó versiones al francés de los poemas, intercaladas con lecturas en castellano de los propios autores. Los poetas y gráficos construyeron una escenografía a base de deshechos de imprenta que "desestructuraron" gozosamente. El circuito de vídeo que propuso el editor resultó a medias, pero la presentación fue filmada por el Taller Audiovisual del Instituto Cultural Latinoamericano

(INCLA) y fue grabada para la radio "París-Latino".

Ediciones GrilloM (Joinville-le-Pont, región de París, Francia) ha publicado, en el año 84, en abril, *Jaula de Papel*, de Radomiro Spotorno, con ilustraciones del pintor Andrés Gana y, en agosto, *Aisla*, de Felipe Tupper. El año 85, en enero, publicó *Fragilidad de la Tierra*, de Cristóbal Santa Cruz; en junio, *Jaque*, de Patricia Jerez, con dibujos de Matta y, en julio, en edición bilingüe, *Escrito por las olas*, de Gustavo Mujica, con dibujos de Raúl Schneider. Todos los libros son de poesía y todos sus autores chilenos.

Detrás de este loco proyecto (siempre es un poco delirante querer publicar, a rajatabla, poesía) está Gustavo Mujica, poeta y tenaz editor & impresor. Con Gustavo conversamos largamente y, pese a su resistencia, "bombo precoz" decía, le perpetré una entrevista que fue grabada. De la cinta magnetofónica "selecté" (así habría dicho él) algunas preguntas y algo de las respuestas.

G. Mujica: Tú me preguntas por la historia de la editorial. Bueno, es una

historia circunstancial y al mismo tiempo provocada. Un día, en la oficina donde trabajaba, una agencia de viajes, descubrí una imprenta abandonada y le hice cariño durante dos años. La empresa quebró y el PDG (*President-Directeur-General*) me dejó "recuperarla". Yo ya manejaba otra offset en la oficina, imprimiendo catálogos de "voyages extraordinaires". Lo provocado y previsto en esta historia es que a la vuelta de Chile, en el 81, había quedado de acuerdo con unos amigos de introducir una imprenta en Chile y crear una editorial en Santiago (se llamaría ediciones Nerval), pero me di cuenta que no podía participar en ese proceso, para el que era necesario estar allí, de cuerpo presente. Esta imprenta debería haberla embarcado para Chile. Al final concluí que la realización de esta idea también era válida en el exterior.

De repente, la utopía, fue una "utopía realizable". Este concepto es el nombre de un libro del que no entendí los esquemas. Una editorial, en nuestra situación, es una utopía ya realizándose. En la sociedad de consumo hay muchas cosas que se pueden "recuperar". Renuevan material con mucha facilidad y uno ha desarrollado una capacidad "bricolera" que lo arregla todo y así se pueden recuperar elementos técnicos muy lejanos desde el punto de vista económico. Esta es una actitud "tecno-maga" o "mito-poética"...

De este modo me encontré con la máquina en mi casa. Vivo en comunidad, en una casa grande, y me cedieron la "cave". Me demoré otro año en hacer rodar el taller.

Comencé a transmitir con la existencia de mi imprenta, pero sólo me creerón cuando sacamos el primer libro, *Jaula de Papel*. Este libro, que hicimos contigo, constituyó el proceso fundador, el "modus operandi": Tú elegiste a Andrés Gana, que te vacila como plástico, escogiste el papel, la portada, el alfabeto, etc.

El segundo libro, *Aísla*, de Felipe Tupper, se hizo siguiendo el mismo

proceso técnico. Yo encontraba que el papel era demasiado grueso y que había demasiado texto. Traje de "jibarizárselo", pero Felipe lo defendió hasta la última coma. Patricia Jerez compone los libros cuando puede. Otras veces se mandan a componer a España, sale más barato, yo manejo la máquina y...

—¿Qué máquina es?

—Es una Gestetner 210, una prenta de pequeño formato, pero que basta para hacer libros. Recuerdo que fuimos cuatro los poetas flacos que la bajamos desde el tercer piso. No es liviana.

—La editorial lleva ya cinco títulos. *Mirando hacia atrás, ¿cuál es la impresión que te dan esos cinco títulos?, ¿qué te dicen?*

—Primero eso de mirar hacia atrás. Cuando dirigía "Canto Libre", que fue una revista de la comisión de cultura de la Juventud Comunista, para el exterior, más bien casi didáctica, pude darme cuenta de que en el año 78 hubo una especie de explosión poética en Chile y aparecieron muchas publicaciones. Parece que una situación histórica negra engendra poetas. A París me llegó (quizás porque entonces yo ya tenía una roneo) mucho material de expresión de prisioneros políticos. Con esa roneo imprimí el *Cancionero Cautivo*, que era una recopilación de poemas y canciones que Angel Parra sacó de los campos de concentración. Todo aquello servía, tal vez, como instrumento político, pero había poca poesía en esos textos desesperados. Te cuento algunas de las cuestiones que me marcaron, que me impusieron la idea fija de editar. La impresión que me dan juntos estos cinco libros es que son producto de un proceso, simplemente, y que han sido fieles al origen de la editorial, esa intención de autoproducción, de buscar alternativas. En todo esto hay un "miti" circunstancial y un "mota" previsto. En definitiva, la máquina estaba con nosotros. Lo más claro de este "paquete" de libros es la complicidad afectiva de los publicados...

No hay intención de mostrar otra secta. Te digo que cinco títulos es un balbuceo. Omar Lara, por ejemplo, hizo una "performance" salvaje como editor. Publicó más de veinte títulos en LAR, además de volver a editar *Trilce* y continuar con la revista *Lar*. Han existido Ganymedes, Ediciones Cordillera, etc. Es impresionante que Ed. Minga tenga tantos títulos, en las condiciones que sufre Chile. Te hablo de estos últimos años, pero la verdad es que también tenemos una tradición editorial maravillosa. ¿Qué sería de la poesía chilena sin "Cruz del Sur", por ejemplo? Es decir, Ediciones GrilloM no es nada de extraordinario ni exclusivo, simplemente es una experiencia reciente, una más.

Hay otra editorial de un chileno en París, "Parler Net". Allí Armando Uribe Echeverría es el más romántico de todos. Hace libros impecables con una máquina antediluviana, a pedales, y tipos de plomo..., qué sé yo, hay tantas experiencias que luchan por la sobrevivencia de la poesía, la mayoría anónimas, por tanto, más libres...

No sé si hay algún común denominador formal o teórico en nuestro hacer. Creo, más bien, que son experiencias similares en la dispersión...

—En el acto de París se habló de una especie de cuerpo, de una sucesión, de una secuencia de libros. Esto convoca un futuro para la editorial. ¿Cómo ves tú ese futuro?

—Creo que este ensayo editorial es más manual que teórico. Es un quehacer poético. A veces me imagino que son las manos las que piensan. ¿Hasta dónde llega un trabajo "manual"? Supongo que las manos quieren producir algo perfecto. La utopía de las manos es la perfección. Cada libro que salga tiene que superar al anterior, bueno, dentro de los medios recuperados que tenemos... ¿qué era lo que...?

—Te había preguntado por el futuro de la editorial...

—O sea, párame y pregunta, conversa un poco, porque si me dejas en un monólogo, contando una historia,

la historia se me bifurca para todos lados... te decía que soy un artesano y hasta el momento no se me ocurre cómo pasar a un tiraje mayor. Lo cierto es que hay un vacío editorial, que se demuestra por lo requerida que está nuestra iniciativa. Un grupo de poetas latinoamericanos en París me propuso un proyecto editorial completo. ¿Cómo una maquinita como la mía se la va a poder con una cosa así, tan grande? Les dije que el programa de la imprenta estaba completo para más de un año y es cierto. En estos momentos debe haber unos cinco títulos preparándose, pero sólo puedo anunciar *Príncipe de Naipes*, de Waldo Rojas, segundo libro bilingüe, con dibujos de Guillermo Deisler. Este libro lleva un texto explicando el asunto de la traducción y habla de la intención de "puente cultural" de la editorial y éste es un punto prioritario. La editorial actualmente es una "Association 1901", famosa ley francesa que protege las iniciativas sin fines de lucro, que deberíamos copiar nosotros cuando exista un gobierno democrático.

Tengo manuscritos muy buenos esperando billete para el papel. El papel en Francia es caro. A veces hemos contrabandeado de España. Hubo que nominar un Comité de Lectura para decidir qué es lo que se publicará..., lo que es seguro es que los demás libros serán bilingües. Estamos en Francia, es necesario el encuentro lingüístico. Ahora sabemos, al aprender francés, que el mentado "boom latinoamericano" ha sido, en gran parte, masacrado por los traductores apresurados. Mi libro fue cuidadosamente traducido por un equipo. Hay que cuidar al máximo las traducciones.

—Hablas de la línea bilingüe... Pero también está la línea gráfica...

—Bueno, hay antecedentes de eso. Incluso la revista *Canto Libre*, que te mencioné, era un pretexto de búsqueda personal de la relación gráfico-textual. En el 71 introduje elementos gráficos en un poema audiovisual. Ahora me conecta mucho la BD (Bande Des-

sineé). Creo que los escritores más entretenidos son, actualmente, algunos clásicos de la BD. Siempre he trabajado con plásticos, a los que considero poetas.

Hicimos una publicación conjunta con los pintores Arestizábal, Irene Domínguez y Sotelo, que se llamó *Deatraspicaelindio*, que me demostró la riqueza de estas experiencias. Los géneros puros van desapareciendo, hay una tendencia hacia las publicaciones bastardas, que no se sabe si son de poesía, de gráfica, de prosa o de ensayo, todo junto. La "Nueva Novela" de Juan Martínez propone una poética en un "collage" de gráfica, de citas y textos propios, que en el total cobran la misma importancia... Desde siempre los poetas han estado cerca de los gráficos, ahora se reivindica al artista "multimediativo". En nuestros libros el encuentro gráfico-textual es provocado, consciente.

Me interesa mucho el "intertextoimago". Esta es una "palabra-malecón" que salió cuando tratamos de clasificar la revista *Fosa Común* Nº 3, que armó Vicuña.

Bueno, la línea gráfica de Ediciones GrilloM consiste simplemente en pro-

ducir "libros de autor", pero de gráficos, de pintores. Estamos preparando uno de Andrés Gana, con un pequeño texto de Eduardo Parra. Aquí ocurrió a la inversa que con los libros de poesía, puesto que fue el poeta el que se metió con los dibujos, con el universo del pintor.

—¿Cómo se ha intentado resolver el problema de hacer conocer las Ediciones en Chile?

—No se ha resuelto. Digamos que para Chile tendremos que buscar una fórmula, teniendo en cuenta que no tenemos los "media". No sé si alguno de nosotros le habrá enviado su libro al "crítico oficial". Nos movemos en círculos en donde se producen sinapsis intertribus. Quizás se trate simplemente de producir más y mejores sinapsis. Estamos recién preocupándonos de la distribución.

Hacer conocer una nueva editorial es difícil aquí y en "la quebrá del ají". Con un catálogo que sólo tiene cinco títulos no es mucho lo que podemos transmitir a nivel de distribución. Nuestra difusión empieza ahora, estamos en una etapa de fundación. Hacer cada libro es empezar de nuevo...

JACQUELINE MOUESCA

"Dar alas a la realidad"

(VII Festival de cine de La Habana)

Realizadores, actores, escritores, músicos, periodistas, críticos y especialistas en medios de comunicación se dieron cita en La Habana en la primera quincena de diciembre pasado. Participaban en la nueva edición del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, el más importante en su tema entre

los varios que se realizan todos los años en el mundo.

800 participantes provenientes de una treintena de países, que concurrían a la cita para reflexionar, analizar y debatir sobre el conjunto de problemas que afectan al cine latinoamericano, y para ver, además, algunas de

las 450 películas (largos y cortometrajes de ficción y documentales, cine de animación, video) que se proyectaron en las dos semanas que duró el torneo.

No hallamos mejor modo de ilustrar lo que fue el espíritu de este Festival, que dar los extractos principales de la *Declaración Final del Comité de Cineastas de América Latina*:

Se reúnen, por primera vez, cineastas de África y América Latina con el objeto de iniciar un nuevo sueño de integración tercermundista.

Se reúnen, por primera vez en América Latina, la Asamblea de la Federación Internacional de Cineclubes.

Se reúnen los sindicatos y asociaciones de cineastas, los distribuidores de cine alternativo, los directores de festivales, los directores de revistas de cine, los especialistas de medios de comunicación, los directores de cinematecas.

Se reúne la Asociación Cinematográfica Latinoamericana, ACLA, organismo de creación reciente, conformado por los jefes de cinematografías del Continente.

Se organiza un Seminario, de profundas repercusiones, en torno a la situación del cine en Asia, África, América Latina y Europa Occidental.

Se crea, en lo que constituye el punto culminante de esta comparecencia, la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano.

Detrás, por encima y por debajo de las tareas acordadas en cada uno de estos encuentros, algunas veces con la vista puesta en las necesidades del momento, y otras veces, asomándonos a lo que serán las futuras convocatorias, percibimos, como un telón de fondo, como una escenografía tácita, las urgencias de nuestros pueblos y los imperiosos reclamos de la humanidad.

No somos ajenos, en consecuencia, a los problemas relacionados con la crisis económica que afecta al mundo, y a Latinoamérica en particular.

Abogamos, junto a nuestros pueblos, por un nuevo orden económico internacional. Abogamos, por un nuevo orden, de la información, por desterrar los peligros de la guerra y por la paz en el planeta.

Cuba, —el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano— nos permitió, permitió a los cineastas de América Latina ensayar la convocatoria de los sueños, dar alas a la realidad y realismo a la imaginación, explorar los caminos de la integración necesaria, el generoso intercambio de experiencias.

Nos dio oportunidad de comprender mejor el mundo en el cual vivimos. Nos dio el marco adecuado en las tareas de seguir perfeccionando las herramientas imaginadas para mejorar la condición humana y fortalecer nuestra común identidad latinoamericana.

Los premios principales

En los diversos géneros y formatos, el Festival premió más de veinticinco filmes. Los más importantes son los que conciernen al largometraje de ficción, y esta vez, en un justo fallo que no dejó, sin embargo, de despertar en algunos una cierta sorpresa, fueron distinguidos —compartiendo ex aequo el primer premio— *Frida, naturaleza viva* del cineasta mexicano Paul Leduc, y *Tangos: el exilio de Gardel*, filme franco-argentino de Fernando Solanas, que agrega este Premio Coral a diversos otros galardones importantes obtenidos con anterioridad en torneos de otros países.

En las dos películas destacan los sobresalientes méritos de la puesta en escena, la calidad del guión y la eficiente dirección de actores. *Frida* comunica, en escenarios suntuosos y utilizando una narración nada de clásica, el trasfondo de dolor y ternura que arrastró en su vida y sueños la pintora Frida Kahlo, que fuera esposa del muralista Diego Rivera. No se trata de su biografía, sino de los elementos

de ésta —los sufrimientos físicos, las tomas de posición apasionadas, los amores tempestuosos— que encuentran su traducción visual en la pintura de la artista. Los cuadros de Frida Kahlo, como se sabe, funden en el color sus angustias más íntimas con algunos de los componentes claves de la cultura popular mexicana, y la película de Leduc recoge todo eso en una síntesis de gran belleza que sacude profundamente al espectador.

En *Tangos: el exilio de Gardel* se describe la vida de un grupo de artistas exiliados en París que están tratando de montar en la capital francesa un espectáculo musical sobre el tango. En un París ora acogedor, ora hostil, inhóspito y hasta cruel, y aun, a veces, súbitamente insólito, ellos se empeñan en no perder el equilibrio, tan frágil en artistas que luchan contra el desarraigo y por encontrar en el destierro una expresión argentina auténtica. Solanas cuenta la historia —cine, música, teatro, danza— con una mirada sentimental y nostálgica, repleta de guiños reconocibles por cualquier exiliado. Su película representa un muy serio intento de legitimar una cultura latinoamericana del exilio, enriqueciéndola.

Estos dos filmes tan intensos y tan diferentes entre sí muestran una veta nueva del cine latinoamericano, que se aparta de caminos recorridos con anterioridad. Son obras de lectura compleja, en que se rehúye la anécdota excesivamente explícita, los personajes y las situaciones parejos y lineales. Proponen otro modo de entender los acontecimientos históricos y sus contenidos políticos y sociales.

La nueva veta se revela plenamente productiva, y los premios de La Habana indican que el festival cubano se hace sensible al fenómeno, lo que nos parece digno de ser relevado. No carece de significación, también, el que se haya acordado el tercer premio Coral a la excelente película del peruano Francisco Lombardi *La ciudad y los perros*. En los mismos instantes en

que Vargas Llosa alza más y más el tono de su prédica contra Cuba, el que se premie en La Habana una película basada en su novela es una digna muestra de amplitud y serenidad de espíritu que debiera hacerlo meditar.

El segundo premio Coral fue para *La historia oficial* del argentino Luis Puenzo, lo que no puede extrañar a nadie dadas sus excepcionales calidades (ver *Araucaria* N° 32).

Cine chileno en el Festival

Para una cronista chilena que viaja al Festival desde Europa, es natural que uno de sus aspectos más interesantes haya sido la oportunidad de conocer lo que se hace hoy, en el interior de Chile, en el terreno cinematográfico.

Lo primero que llama la atención es la presencia dominante del formato video. El 90 por 100, en efecto, de los filmes chilenos presentados, corresponden a este tipo de producción. Las razones son fáciles de explicar: el video es más barato que los otros sistemas y su difusión es más fácil, desde el punto de vista de la infraestructura disponible. Los cineastas chilenos lo utilizan como una alternativa a la televisión oficial y al cine comercial extranjero, con el cual es virtualmente imposible competir; y lo enarbolan como símbolo de la libertad de expresión: para los "videastas" representa la posibilidad de desafiar la imagen cínica y mentirosa que proyecta la dictadura de Pinochet, registrando y difundiendo imágenes de acontecimientos que de otro modo permanecerían inéditas e ignoradas.

El video, por otra parte, ha sido un medio de formación técnica, la posibilidad de toda una generación joven para entrenarse en la adquisición de lenguaje cinematográfico. Estos jóvenes, al igual que sus predecesores, los cineastas de la Unidad Popular que se quedaron en Chile después del golpe o que han vuelto estos años, han tenido que hacer cine publicitario para subsistir económica y profe-

sionalmente, y es a partir de este ejercicio obligado que ellos han terminado por adoptar el video como medio para expresar sus inquietudes artísticas o sus convicciones políticas. Un dato que habla bien a las claras de la popularidad y expansión del trabajo en este terreno, lo dan las cifras de producción: 200 videos entre 1980 y 1985, difundidos a través de circuitos académicos, sindicatos, poblaciones e iglesias*.

En el festival se exhibieron más de treinta videos entre documentales y obras de ficción. La mayoría mostró imágenes de los acontecimientos recientes de Chile, y otros ponen el énfasis en la búsqueda expresiva de pintores y escritores, o directamente de artesanos específicos de este formato visual.

Presencia de la mujer chilena

Uno de los rasgos distintivos de esta muestra fue la presencia de la mujer chilena, tanto como protagonista de las historias que se cuentan o como testigo ocular de aquéllas. En este terreno, el filme más destacado fue *Somos más*, documental que se presentó como realización anónima, y al que se distinguió con el Premio Saúl Yelín otorgado por el Comité de Cineastas de América Latina. Se trata de una historia con mujeres, una manifestación callejera en Santiago, el año pasado, que se realiza bajo el lema de "Somos más" y que reunió a mujeres de todos los colores sociales, ideológicos y políticos, enfrentadas con coraje e imaginación a la política represiva del gobierno. En forma temeraria pero ágil, la cámara va registrando todos los momentos de la marcha. Los enfrentamientos verbales, en el primer instante: el ingenio, por ejemplo, en la respuesta al oficial de carabineros que las increpa porque están entorpecien-

do el tránsito y al que le gritan que no, que no es cierto, porque ellas se han ido deteniendo disciplinadamente ante cada semáforo rojo. Más adelante el cotejo deja de ser verbal: vienen los "guanacos" y los potentes chorros de agua que caen sobre las manifestantes. Ellas se sientan en el pavimento y empiezan a cantar el "Himno a la alegría". Los carabineros les lanzan bombas lacrimógenas. Las manifestantes buscan protección en el alero de los edificios, y las mujeres que han ido con niños en brazos no saben qué hacer para protegerlos. De pronto, un hecho insólito: desde las ventanas del segundo piso de diversos departamentos surgen decenas de brazos que rescatan a los niños y a sus madres elevándolas hasta el refugio protector. El episodio final muestra ya el desenfreno: los carabineros que descienden de sus furgones, sus máscaras de plástico, sus escudos y porras, y que golpean a matar, que arrastran salvajemente a las mujeres tirándolas de los cabellos. La barbarie pura, la violencia demente y despiadada.

Otro documental de interés: *Carrete de verano* realizado por Patricia Mora y Carlos Aguirre, excelente reportaje a sectores importantes de la juventud chilena de hoy. Se trata de jóvenes de diferentes clases sociales, adolescentes en su mayoría, que parten de verano: a Cartagena, Las Cruces, El Quisco, Isla Negra. Van "a dedo", en bicicletas, en buses colectivos. En las noches, frente al mar y alrededor de una fogata o sentados en la terraza de algún café, hablan ante la cámara de lo que ha significado para ellos crecer bajo la dictadura. Están también lo que vivieron en el exilio y han vuelto. Los temas: la falta de trabajo, las angustias económicas, las dificultades familiares, sus posibilidades o imposibilidades de estudios, sus anhelos. Es una juventud que ha sufrido y que ha madurado, por eso, muy temprano. A quienes abandonamos Chile hace ya más de doce años nos impresiona, además, del drama

* María de la Luz Hurtado. *La industria cinematográfica en Chile*. CENECA. Santiago, 1985.

expuesto, el lenguaje de estos jóvenes, que ya no es el mismo de principios de la década del 70.

Un aspecto importante de la muestra es lo que se presenta como "Video-arte". Una exponente destacada del género es Diamela Eltit, que presentó varios videos experimentales: *El padre mío*, *Zona de dolor I*, *Zona de dolor II*. Lotty Rosenfeld mostró *Una herida americana*, y Tatiana Gaviola dos documentales de contenido político pero presentados con un lenguaje narrativo que procura poner énfasis en lo estético y en lo renovador: *Tantas vidas una historia* y *Machali 51*. Con *Oleo sobre tela de Juan Francisco González*, el realizador Carlos Altamirano intenta un juego visual a través de deformaciones en el lente de la cámara, con lo cual las imágenes de una ciudad se ven como si estuvieran pintadas sobre tela.

El tema político y social

En el festival se vieron también videos producidos por grupos como ICTUS, Tele-Análisis y Gepy, o por realizadores independientes.

El teatro ICTUS ha producido videos documentales y de ficción. Entre estos últimos, *VI A: 1965*, realizado por Claudio de Girolamo con guión de Carlos Cerda, y protagonizado por Roberto Parada. Es la historia de la búsqueda por un profesor, de un alumno suyo que ha sido secuestrado por la policía. La encuesta no tiene éxito y al final se establece que el muchacho ha sido asesinado. (Mencionemos que las escenas que se desarrollan en Valparaíso están ilustradas musicalmente con la canción del mismo nombre de Osvaldo Rodríguez.) Otros videos-documentales, *Andrés de la Victoria* y *Hasta vencer*, muestran en Di Girolamo a un realizador de pulso firme, del que pueden esperarse obras de mayor envergadura.

Tele-Análisis (grupo asociado a la revista *Análisis*) ha producido varios excelentes reportajes: *Jornadas por la*

vida y por la paz, *Entre la protesta y el acuerdo* y *Cuando no hay vacantes, vivir de la basura*, todos ellos realizados por Fernando Paulsen. Tratan de la actualidad política, pero también la vida miserable que están obligados a sobrellevar una masa enorme de chilenos. Es sobrecogedor el espectáculo de esas legiones de seres que escarban en los tarros de basura, buscando papeles, cartones o, derechamente, restos de comida. Entrevistados, declaran lo que son: obreros, la mayoría, pero también comerciantes, profesores, estudiantes. Otras escenas impactantes: mujeres y niños con los rostros envejecidos pintan un mural en su población; es una leyenda que dice: "Y ganaremos los más sencillos, aunque tú no lo creas, ganaremos los más sencillos".

Del grupo Gepy vimos *Creecer entre la violencia* y *Neoprán por pan*. Imágenes tremendas: la represión salvaje contra los pobladores, la juventud drogadicta; pero también imágenes esperanzadoras: las ollas comunes en las poblaciones, y cómo se organizan éstas para resolver sus problemas de salud, de educación, de seguridad.

Conmover es el video de Juan Forch, *Papá te habla desde lejos*: un niño que escucha, mientras viaja en un bus, el mensaje que su padre le ha grabado en un cassette en Alemania. También trata del viaje en un autobús *Un nombre y un apellido* de Iván Arellano, sólo que aquí el vehículo es un mero punto de observación: lo que la pantalla muestra es Santiago, sus barrios pobres y sus barrios ricos; las casas dañadas por el terremoto y los edificios de lujo vacíos, que nunca nadie ha ocupado; árboles, ventanas, muros, estos últimos llenos de afiches y leyendas contra la dictadura. Santiago se ve en éste y en otros videos como una ciudad en guerra, de pesadilla, a veces melancólica pero también combativa, y por momentos como si fuera de otro planeta, la ciudad de un mundo de ciencia-ficción.

También vimos algunos videos que tocan el tema de los derechos huma-

nos: *No olvidar* y *La tortura en Chile*, de Hernán Fliman y Romy Golshmiéd.

Mencionemos, por último, dos películas filmadas en 16 milímetros: *Hechos consumados*, de Luis Vera, basada en la obra teatral de Juan Radrigán, y *Dulce Patria*, de Andrés Racz, que es un reportaje sobre la vida política y social de los dos últimos años. Más costoso que el video y, por tanto, más difícil de realizar, este género cinematográfico es el desafío mayor: hay cineastas, sin embargo, que se atreven con él, a pesar de los obstáculos enormes y del ningún apoyo oficial o privado.

El total de lo presentado por Chile en el Festival da que pensar. Allí vimos el verdadero rostro de Chile, sus inquietudes, sus angustias, sus esperanzas. Un cineasta afirmó alguna vez: —Este es un paréntesis, hasta cuando llegue la democracia. Lo cierto es que es un paréntesis rico en experiencias y expectativas: es el cine que está resurgiendo después de años de silencio. Muchos cineastas habían tomado en el exilio el bastón de relevo, llevando a sus países de adopción el cine que había nacido en la década del 60, que asentó sus principios en el Primer Festival de Cine Latinoamericano, el de Viña del Mar, y que diera obras y autores cuyos méritos nadie discute. El bastón de relevo vuelve ahora al interior de Chile, y lo que hemos visto en La Habana es bastante decidor y elocuente: con la infraestructura que existe en el país, que es considerable, y con el alto nivel técnico y de preparación que han alcanzado realizadores, camarógrafos, etc., con la llegada de la democracia no dudamos que, así como está ocurriendo con Argentina y el Brasil, el cine chileno podrá ocupar un lugar impor-

tante en el concierto de la creación cinematográfica mundial.

Otros aspectos del Festival

No es posible verlo todo en un Festival de la magnitud del cubano. El participante está obligado a elegir su opción, y no es difícil imaginar la de una chilena estudiosa del cine de su país. Pero vimos también muchas otras cosas. En La Habana existía la posibilidad de tener una visión bastante exacta de lo que es hoy, en Latinoamérica, el cine. La muestra de la producción brasileña, por ejemplo, era bastante representativa. Recordemos el largometraje de ficción *El bahiano fantasma*, de Denoy de Oliveira, o el corto *Frey Tito* de Marlene Franca. Y el festival es, por supuesto, una buena ocasión para saber lo que pasa con el cine cubano de este instante. La muestra era de calidad, en particular los documentales, entre los que recordamos uno notable: *Niños desaparecidos* de Estela Bravo. Obtuvo un premio, merecidamente, un filme de animación, *Quinoscopio*, de Juan Padrón, inspirado en los dibujos del padre de Mafalda. En la producción de ficción, sobresalió el largometraje *Lejanías*, de Jesús Díaz, que insiste en una línea que empieza a ser más frecuente entre los cinematografistas de la isla: la de filmar historias que muestran la vida de ahora, con sus problemas, por agudos que éstos sean. Así ocurrió ya en el festival del año anterior, con la comentada película *Hasta cierto punto*, de Tomás Gutiérrez Alea, que trasladó bruscamente la preocupación del cine cubano desde los temas donde lo dominante es la reconstrucción de época, al a veces crudo pero franco presente.

Los noventa de Dolores

El domingo 8 de diciembre el diario español de más circulación, *El País*, publicó dos editoriales. El primero se titula "Pinochet, contra todos" y el segundo, "Pasionaria".

Hablando de Chile, comenta que Pinochet da "la sensación de un hombre cortado de la realidad, encerrado en una especie cruel e implacable para seguir gobernando a su antojo... Muchos consideraban que la fecha de 1989 era demasiado lejana, que sería imposible resistir tanto tiempo la presión de un país que ya no soporta la barbarie dictatorial. Ahora Pinochet hace saltar esa fecha y lo que ofrece es su poder indefinido. Ello radicalizará, lógicamente, las actitudes de la oposición, al tiempo que los sectores de derecha partidarios de negociar con Pinochet se quedan ahora sin argumento. Incluso en círculos próximos al dictador puede empezar a cundir la convicción de que, descartada una transición gestionada por el propio Pinochet, es imprescindible buscar otra salida".

El insolente rechazo por parte del tirano a la propuesta del Cardenal Fresno y de los suscriptores del "Acuerdo Nacional" equivale a un bofetón. Confirman que el proceso de cerrazón a piedra y lodo del régimen viene de lejos. Constituye, en verdad, uno de sus pecados originales, de modo que es completamente contranatura esperar una transición aceptada por el dictador.

Como se comprenderá, el segundo editorial es muy distinto. Posee un tono diferente, pues corresponde a dos incompatibilidades absolutas ante la vida, la historia y el hombre. Ese órgano, que no comparte en absoluto las posiciones políticas de Dolores Ibárruri, reconoce que "esta *dolorosa* laíca, que aún recuerda el latín, las oraciones y las canciones religiosas de la

primera escuela, era el brote negro de un luto eterno por la injusticia...". "El personaje emblemático mantiene su entereza, la línea que la ha llevado, desde la infancia a los noventa años, dentro de un tráfago de acontecimientos tan intensos como pocas veces se ha conocido, a mantener una misma imagen y una misma personalidad. Pasionaria es un trozo vivo de la historia de este pueblo."

Ese día domingo por la mañana, en representación de los comunistas chilenos, concurrimos al Palacio de Deportes de Madrid, para sumarnos a ese homenaje tan pocas veces visto. Se la llamó Madre Coraje, la Antígona de España. Una multitud tan espesa como la que desbordaba ese estadio cerrado se quedó fuera, en un día frío, bajo una lluvia intermitente. Gordón Mac Lennan, Secretario General del Partido Comunista británico, me comenta: —Me parece estar en el teatro Caupolicán. Es cierto. Ambos coliseos se parecen por su estructura, pero lo que inducía a establecer la analogía eran otros dos elementos: la concepción del acto, como expresión orgánica de los mejores artistas y de la más célebre cultura española. (Si en algunos de nuestros memorables caupolicanzos se veía la mano o el consejo de Neruda, aquí el que abre la fiesta y le transmite su ángel es Rafael Alberti.) El otro factor que despierta la reminiscencia de aquellas manifestaciones santiaguinas es el clima, esa enfervorizada pasión que ahora se concentra en un personaje tan representativo de valores inculcables.

Todo el siglo xx de este país se aprieta en el vasto recinto o escucha por los altavoces, canta y baila a la intemperie, bajo el goterío de una tormenta que se interrumpe para volver minutos más tarde. Adolfo Marsillach,

Ana Belén, Aurora Batista, Francisco Umbral, Gila, José Antonio Labordeta, José Sacristán, Nuria Espert, Paco Rabal, Rosa León, Víctor Manuel, la flor de la escena en la Península.

Hubo ciento cincuenta delegaciones extranjeras presentes. Podríamos decir, gente del mundo entero. Algo aprieta la garganta cuando ocupan el escenario veintiocho veteranos de las Brigadas Internacionales, sobrevivientes de aquellos que participaron defendiendo la República en la Guerra Civil. Al final Pasionaria se pone de pie y entona una canción de juventud con voz vibrante. Al terminarla agrega: "Pero no será Dolores la única que cante. Ahora todos entonaremos *La Internacional*". Y así fue. Llenó el Palacio de Deportes el himno cantado en muchas lenguas, por tantos corazones, que sintetizaban en sus palabras y en esa música el símbolo de la lucha de toda su vida.

Nilde Jotti, Presidente de la Cámara de Diputados italiana, compañera de Palmiro Togliatti, ha venido con Giuliano Pajetta, a festejar los noventa años de Pasionaria. "Ella forma parte del patrimonio revolucionario universal y de la historia del movimiento comunista", murmura.

La primera fotografía, la más antigua que se conserva de ella, de su pueblo, se la envía un viejo vizcaíno. Rota, resquebrajada, aparece allí una bella mujer, fuerte, de pelo negro, con la expresión un poco triste. "Claro, Dolores —le dice Irene Falcón, su amiga y secretaria que la ha acompañado durante más de cincuenta años— tuviste tantos hijos y tuviste que enterrar a cuatro." Ella dijo: "En mi propia experiencia aprendí la dura verdad del dicho popular: 'Madre, ¿qué cosa es casar? Hija, hilar, parir y llorar'". El poeta Blas de Otero sostuvo que "es resistente como el hierro de Gallarta y venerable como un roble de mi valle natal". Junto con su esposo Julián Ruiz ingresa a la lucha, siendo una muchacha. En agosto de 1917, estalla la primera huelga general minera. A los tres meses, en plena represión,

una ventosa mañana de noviembre, el cartero le grita desde lejos: "¡Dolores, Dolores, en Rusia ha estallado la Revolución!" Esto contribuyó a aclararle el camino, un camino largo y difícil. "Murió, nada más nacida, mi Amagoya. Y con un cajón de conservas un vecino hizo un pequeño féretro que mi marido llevó al hombro al cementerio". Nunca se dejará abatir por la adversidad. Aunque se llama Dolores, jamás cederá a la aflicción. Un día va a la taberna del barrio en Somorrostro junto con otras mujeres a exigir mayor responsabilidad de los hombres que llegan borrachos a sus casas. Moviliza a las vecinas, para impedir la salida de un tren con reclutas destinados a la guerra colonial con Marruecos. En los años de la dictadura de Primo de Rivera entra como una tromba al despacho del gobernador civil de Bilbao para exigir la libertad de los presos políticos. Participa en la formación del Partido Comunista de España.

Tiene poco más de veinte años y esta mujer, que apenas fue a la escuela, comienza a escribir artículos, que se caracterizan por la vida, la exactitud, la fuerza y su poder movilizador.

En los días de la República se revela todo su talento. Miguel Hernández en su poema "Pasionaria" escribe: "Mujer, España / madre de infinito, / eres capaz de producir luceros, / eres capaz de arder de un solo grito".

Se dice que nunca en este siglo hubo en España un orador más elocuente. Ella es la que dijo el 19 de julio de 1936, poco después del levantamiento de Franco, una frase que sigue dando la vuelta al mundo: "No pasarán", y "Más vale morir de pie que vivir de rodillas". Ernest Hemingway anota: "Si hubieras podido oírla... fue uno de los mejores momentos de la guerra para mí cuando escuché aquella gran voz en la que se mezclaba la piedad, la compasión y la verdad". Alguna vez ella, cuando se le pidió que explicara las raíces del poder de su palabra, contestó: "Dicen que soy una oradora que enardece a las

masas. No sé si será cierto. Sólo sé que en mí habla el dolor milenar de las multitudes explotadas, escarnecidas, privadas de toda alegría, de todo regocijo, de todo derecho".

Ahora está ella, con noventa años, sentada en el teatro, escuchando la voz de las Brigadas Internacionales, que han venido a saludarla desde diversos países de Europa. Tal vez recuerde su mensaje de despedida, en noviembre de 1938, con ese su "No os olvidaremos, y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República Española, ¡volved!" No fue exactamente así, pero han vuelto a celebrarla.

Tenía la vista larga. Ya el 8 de septiembre de 1936, en el mitin del Velódromo de Invierno en París, sostuvo con ademán visionario: "...Si se deja que el pueblo español sea aplastado, sereis vosotros, será toda Europa la

que se verá obligada a hacer frente a la agresión de la guerra. Ayudadnos a impedir la derrota de la democracia porque la consecuencia de esta derrota sería una nueva guerra mundial".

Vivió casi cuarenta años de exilio. Y para ella el exilio desde 1939 a 1977, fue "como si nos hubieran arrancado las alas del corazón". Lo dedicó entero a luchar por la libertad de España. Su hijo Rubén muere en la batalla de Stalingrado luchando contra el hile-rismo.

En la película *Dolores*, filmada en 1980, el escritor español Francisco Umbral exclama: "Qué joven esta vieja contra la vieja nieve... y su rostro de Dama de Elche del socialismo". El día en que dejó Moscú, le telefonamos para desearle buen retorno. Ella nos contesta: —Es el anuncio de la vuelta de ustedes los chilenos. Como ella, sí, volveremos.

Varia intención

ENCUENTRO CULTURAL EN LA "CAPITAL DE LAS ARTES"

La primavera no se acaba de instalar en Buenos Aires, cuando personajes tan dispares y apasionantes, cada uno en su propia actividad, como la actriz sueca Bibi Andersson, el poeta chileno Nicanor Parra, el pintor ecuatoriano Osvaldo Guayasamín, el cineasta brasileño Ruy Guerra, el compositor italiano Luigi Nono, y muchos más, inauguraban el mes de diciembre en el primer encuentro internacional de la cultura democrática, que bajo el lema (un tanto altisonante) "Buenos Aires, capital de las Artes", organizó la Secretaría de Cultura de la Municipalidad bonaerense.

No fue propiamente uno de esos congresos de intelectuales tan anatematizados por García Márquez, sino una serie de actos, diálogos, recitales, conferencias, proyecciones de películas, conciertos, exposiciones, mesas redondas, y todo lo que la imaginación quiera agregar. La misa criolla de Ariel Ramírez, dirigida por el autor y con la participación de los coros del Teatro Colón y del banco de la provincia de Buenos Aires, clausuró el encuentro en un lúdico espectáculo sobre el césped del parque Lezama, en pleno barrio de La Boca, al crepúsculo de un domingo ya definitivamente estival.

Atrás había quedado el caótico orden que impera siempre en estos

encuentros, y el recuerdo de actos multitudinarios. El público siempre fiel de Buenos Aires no abandonó en ningún momento a sus visitantes. Las conferencias y actos se realizaban en diez o doce escenarios a la vez, distribuidos por la anchurosa y extensa geografía de los barrios porteños, reservando cada tarde los tres o cuatro más importantes para el Centro Cultural General San Martín, que funcionaba a todo dar, con sus seis salas repletas, y colas en la puerta que da a la estrecha calle de Sarmiento.

Primero, el tango

El acto inaugural de la jornada fue, no por casualidad, un homenaje al maestro Astor Piazzolla, a quien se le declaró Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires, en medio de la sorpresa de periodistas extranjeros que creían que Piazzolla era desde hace mucho ciudadano ilustre no sólo de Buenos Aires, sino de toda América. Sin buscar la coincidencia, Buenos Aires celebraba en esos mismos días los ochenta años del maestro Osvaldo Pugliese, y lloraba la inesperada muerte de un jinete, que Gardel mediante unió su vida al tango de forma indisoluble: Irineo "El Pulpo" Leguizamón.

No es posible omitir en esta descripción de ambiente las frases pronunciadas por el presidente Alfonsín, en una convocatoria de largo alcance que nada —y mucho— tenía que ver con el encuentro cultural. Alfonsín, invitado a un acto de su partido, lanzó el reto de la modernización y la unidad para avanzar, invitando a sumarse a dicha iniciativa a todos sus conciudadanos. "El primer paso para la construcción de una sociedad diferente, de una sociedad mejor, es esta 'apertura de puertas' que convierte a la vieja sociedad cerrada en una abierta y plural". Yendo aún más allá en la definición de su idea, el presidente explicó que "cada argentino debe sentir que posee el poder de opinión, poder de decisión y poder de construcción; lo debe sentir, y debe estar en condi-

ciones de ejercerlo efectivamente".

El ruso Oleg Efremov, director desde hace tres décadas del complejo de actores del teatro académico de Arte de Moscú, se sorprendió cuando al llegar a una sala abarrotada de público hasta en los pasillos, fue recibido con un "*Dazvidañia* (buenos días) *maestro!*", gritado a coro por los casi cuatrocientos espectadores —muchos de ellos actores o alumnos de actuación— de su conferencia. Resulta imposible resumir cabalmente lo que fue la jornada porteña. Pero sin duda que las presentaciones de Bibi Andersson, mujer inteligente y de expresión audaz, y los debates con el cineasta polaco Jerzy Kawalerowicz, así como las conferencias de los italianos Luigi Nono y Gillo Pontecorvo, figuraron entre los actos más concurridos y más comentados.

Al margen de los nombrados, la conferencia del uruguayo Eduardo Galeano sobre el trabajo que realiza para su próximo libro, el tercer volumen de la trilogía "*Memoria del Fuego*", constituyó un éxito total.

Chile en tres dimensiones

Antonio Skármeta, con grandes anteojos y la frente notoriamente crecida, se encargó de presentar dos facetas de su infatigable actividad. Leyó primero su conferencia que lleva por título "*Escritor latinoamericano en Europa—Autorretrato de un proceso*". Al día siguiente movió toda clase de influencias, y obtuvo que le prestaran una sala doble para exhibir su película *Ardiente Paciencia*. En ambos empeños tuvo un éxito espectacular. A Skármeta se le quiere y se le conoce en Buenos Aires. Sus obras no sólo están en librerías, sino también los jóvenes las han leído y las comentan, y en sus apariciones públicas, firmó feliz varios centenares de ejemplares de sus libros.

Jorge Edwards abordó un tema conflictivo y difícil: "*Escribir en Chile hoy*". Cinco escritores argentinos, entre ellos Silvina Bullrich, le acompa-

ñaron en el estrado ante el público. Edwards mencionó a los jóvenes poetas chilenos, leyó incluso versos de Raúl Zurita, y describió el apasionante fenómeno de la literatura chilena que ha aprendido, según dijo, a utilizar la imaginación y la alegoría.

Rindiendo antes que nada un homenaje a Martín Fierro, el poeta y matemático Nicanor Parra mostró otra faceta cultural de Chile. Casi no recurrió a la prosa ni dio explicaciones. Tampoco el público se las pedía. Parra se limitó a leer sus poemas y sus anti-poemas, algunos de sus "Artefactos" (como los dedicados a Violeta: "Este país debiera llamarse Violeta. / De lo contrario, que se llame Chuchunco"). Y muchas exhortaciones del Cristo de Elqui.

Esta parte tal vez no es lo que a todos los chilenos les habría gustado; pero lo cierto es que el país estuvo dignamente representado en Buenos Aires.

LEONARDO CACERES

PREMIO "TIRSO DE MOLINA" PARA JORGE DÍAZ

Con su reciente obra *Las cicatrices de la memoria* (subtitulada "Finale: allegro ma non troppo"), el dramaturgo chileno Jorge Díaz ha vuelto a ganar el importante premio teatral "Tirso de Molina", convocado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) y Televisión Española, y dotado con 750.000 pesetas (unos 5.000 dólares aproximadamente). Además, el mencionado Instituto se encargará de la edición de la obra, y de la subvención —junto a Televisión Española— para el montaje de ella. Con *Mata a tu prójimo como a ti mismo*, Díaz había obtenido en 1975 este mismo galardón.

En esta obra, reitera Díaz uno de sus temas obsesivos: el análisis de la soledad absoluta y de la soledad compartida. Efectivamente, en ella se muestra cómo la pareja formada por

Ana y Teo se va desintegrando y cómo, sus múltiples ideales, son condicionados por factores externos. Cuando Teo afirma: "No habíamos empezado a vivir y ya estábamos viejos. No habíamos conocido aún la libertad y ya estábamos desencantados", está definiendo con exactitud su momento histórico.

Con objeto de tener una visión más de conjunto de *Las cicatrices de la memoria* (escrita en abril de 1985), tuvimos una breve conversación con Jorge Díaz, en un apartamento cercano a la Plaza Mayor de Madrid.

—*Es un hecho que todos los títulos de tus obras son muy sugerentes y aporten importantes significados para la comprensión de la totalidad. En este caso en particular, qué has querido conceptualizar.*

—En este título he querido encerrar "el desencanto", lo que ha sido llamado por un escritor "la herida del tiempo". En los personajes de mi historia, la memoria es un registro de sueños, agresiones y frustraciones. Y aun los mejores sueños dejan cicatrices.

—*La obra transcurre en dos planos, uno que nos muestra la situación actual de Ana y Teo, con sus ilusiones convertidas en despojos, y el otro que nos presenta las primeras relaciones entre estos dos personajes, llenos de proyectos e ideales. A su vez, mediante estos dos planos no sólo conocemos una determinada relación de pareja, sino que, fundamentalmente, un contexto sociopolítico importante en la historia de España. Explicanos un poco cómo visualizas esta doble perspectiva.*

—En efecto, la obra transcurre en dos planos sociopolíticos: el presente, hoy mismo, y el plano de la etapa de la transición de la dictadura a la democracia en España. Por supuesto que, aparte de ser la historia de dos seres concretos, hay una intención de "radiografiar" a una generación de inadaptados españoles: los que hicieron del antifranquismo una militancia, una forma de vida, pero que no supieron adaptarse a las nuevas for-

mas de vida democrática. Existe una frase humorística en España que resume esto: "Militando contra Franco vivíamos mejor". Dicen estar desencantados de la democracia, pero en realidad están desencantados de sí mismos.

—Este análisis de la soledad de Ana y Teo, ¿qué es en el fondo? ¿Un análisis de la soledad de una pareja, un análisis de las esperanzas frustradas, o, más general, un análisis nostálgico de una generación, "la cochambrosa generación del 68"?

—Hay una lectura de la obra que es más general y que sintoniza con mi obsesión de toda la vida: los tiernos, torpes, confusos, ciegos, intentos de comunicación de dos personas, aun a costa de inventarse mitos políticos o mitos sentimentales. Una vez más, juego a los ácratas desencantados del mayo del 68.

Nuevamente el dramaturgo chileno da muestra de su vigencia dentro del panorama teatral español, que se afianza, además, estos meses, con el estreno en la sala Cadarso, de su obra *Dicen que la distancia es el olvido* (escrita en agosto del año pasado), con dirección del argentino Roberto Villanueva.

EDUARDO GUERRERO

CARLOS HERMOSILLA, GRABADOR DE CHILE

Entre el olor húmedo de la greda y el yeso, junto a la trementina y el óleo —aquel aroma que llenaba los pasillos de la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar— quiero hoy recordar otro aroma: el de la tinta.

El taller de grabados de Carlos Hermosilla se hallaba en uno de los costados de lo que alguna vez fue el patio techado de invierno de la Quinta Vergara, ese palacete de falso estilo morisco metido en el corazón de Viña del Mar y rodeado de grandes jardines.

El taller era pequeño, comparado con los de modelado o las grandes sa-

las de dibujo. Pero acaso fuese, precisamente, esa cualidad especial y especial lo que le daba un carácter íntimo, un calor que contrastaba con la frialdad del resto del edificio.

Un mesón como de carpintero, grueso y algo tosco, bateas para los ácidos, recipientes para la cera, estantes que guardaban herramientas y papeles y, como centro de ese universo reducido, una gran prensa de rodillo con su rueda giratoria más alta que una persona. Allí, en el invierno del año 1962, me tocó la suerte de conocer a don Carlos Hermosilla, dura tarea para un principiante en el dibujo: el maestro no aceptaba cualquier trazo. Someterse a su crítica y dirección no excluía la posibilidad de ciertas imprecaciones y estallidos. Es que para él, el Arte siempre ha sido asunto de vida y disciplina rigurosa. El mismo es una demostración de lo que significa la voluntad de vivir y trabajar aunque la naturaleza y el destino disparen en contra nuestra con saña. En su caso, antes de librar batallas políticas o estéticas, tuvo que ganarle a la vida el derecho de quedarse en este mundo; su contrincante, una osteomielitis, le arrebató medio brazo y media pierna, pero Hermosilla reemplazó la pierna por un bastón y el brazo perdido, por una voluntad y una fuerza que hasta el día de hoy hacen nacer rostros, personas, volantines, banderas, paisajes, pescadores, multitudes, viento, obreros y muchachas, porque desde hace más de medio siglo trabaja incansable.

No quisiera decir que mi maestro tiene una voluntad de hierro. Más bien tiene voluntad de mar, persistencia de viento norte, insistencia de arena o de ola, paciencia de minero, visión de cosmonauta, pero más que nada alegría de niño. Pertenece a esa especial raza de chilenos que ostentan un rostro serio de piedra o de madera, pero que saben sonreír.

Y sabe, don Carlos, todos los secretos del grabado. Yo le he visto darle vida a la tinta con un golpe de gasa, iluminar un rincón de una plancha

entintada con un gesto ligero, observar con dedicación de relojero el trabajo del ácido y elegir un papel con delicadeza musical.

Observando sus grabados se aprende que es posible retratar el viento, la naturaleza del trompo y su movimiento, la danza del volantín o la fuerza de los pescadores que sacan un bote de la mar. Y sobre sus retratos hay que decir que no cualquiera llega a ganarse la distinción de estar presente en la galería de personajes del primer grabador de Chile. Hace falta pasar por el juicio de la Historia, estar entre las mujeres y los hombres a quienes el pueblo ha consagrado un lugar en la esperanza. Nombrarlos ocuparía muchas páginas y siempre será mejor verlos cómo salieron del linóleo o de la madera o del aguafuerte o el aguainta, sacados por la gubia del maestro. Observar los rostros de Abraham Lincoln o Salvador Allende, de Bertolt Brech o Charles Chaplin, de Gabriela Mistral, Neruda, Víctor Jara o Violeta Parra.

Hay que examinar esos grabados con el respeto y la ceremonia naturales de quienes están viendo el retrato de una parte del mundo, hecho por un hombre que nació prácticamente con este siglo y que se ha pasado toda la vida enseñando y creando.

Hace ya varios años le quitaron su taller en la vieja Escuela de Bellas Artes. Pensándolo bien, eso dejó las cosas en su lugar: los enemigos de la cultura trataron de quitarle a mi maestro la posibilidad de continuar su tarea de creación y enseñanza, pero eso es como pretender ponerle rejas al viento. Allí está todavía, a los ochenta años, Carlos Hermosilla, padre del grabado, trabajando como siempre, rodeado de sus alumnos y de aquellos que lo quieren y que sienten, donde quiera que estén, cómo nos llega desde Chile la fuerza especial que él irradia, suma de cobre y sal marina.

OSVALDO RODRIGUEZ-MUSSO

"EL DÍA QUE ME QUIERAS" DEL VENEZOLANO CABRUJAS

Por uno de esos misterios de lo real maravilloso latinoamericano, a José Ignacio Cabrujas le ha sido dado vivir un episodio muy similar al que ya protagonizó uno de sus personajes. Una historia comparable, en muchos sentidos, a la que experimentó Gardel en la casa de la familia Ancizar en su obra *El día que me quieras*.

En doce años, que van para trece, no había llegado a la capital chilena dramaturgo alguno para asistir al estreno de una obra suya. Pero el Nuevo Grupo de Santiago de Chile —extendiendo a la ciudad del Nuevo Extremo el nombre de la entidad teatral fundada por Isaac Chocrón en Venezuela—, con Julio Jung y María Elena Duvau-chelle, dos exiliados que retornaron, puso en escena *El día que me quieras* e invitó al autor.

Como en el Chile de hoy se acostumbra a hacer "teatrazos", es decir, presentar la obra a habitantes de las poblaciones, a Cabrujas le tocó asistir al "teatrazo" de La Victoria. Impresionado por la receptividad de ese público, quiso conocer el lugar donde vivían. Fue recibido por tres señoras: una testigo de Jehová, una marxista y una apolítica. Lo invitaron a recorrer la población, le mostraron el lugar donde comen los niños de lunes a viernes, le hablaron de sus actividades y sus sueños. El dramaturgo venezolano se quedó admirado por la organización de los pobladores y por sus variadas formas de actividad: desde la olla común al consultorio para tratamiento antialcohólico. También conoció al padre Pierre Dubois, el cual está entregado de lleno a los intereses de los pobladores.

Todo esto y mucho más contó Cabrujas en el Teatro "Alberto de Paz y Mateos", en el homenaje que le rindió el exilio chileno: "Me impresionó en la población La Victoria oír hablar a las madres, con toda propiedad, de proteínas y carbohidratos. Vi miseria y vi esperanza. Vi a esos pobladores

romper esquemas. No los oí hablar del pasado, sino empeñados en un punto nuevo, en una partida, ansiosos de conquistar un nuevo mundo, un nuevo espacio, una nueva vida".

José Ignacio Cabrujas conoció la población La Victoria de larga tradición, asentada en antiguos basurales y terrenos robados al Zanjón de la Aguada, después de luctuosa toma efectuada por centenares de familias sin casa. Sufrieron cerco y pasaron apremios. Allí había un hombre, el único que disponía de un auto, que fue llamado "el chofer de la cigüeña", porque era solicitado cada vez que una mujer iba a parir; a él mismo le tocó atender muchos partos y dejó muchas de sus camisas a modo de pañales.

Así como las hermanas Ancízar le agradecen a Carlos Gardel aquella espiga besada y devuelta a la tierra, *"porque será una forma de permanecer en esta casa"*, los pobladores de La Victoria agradecerán a Cabrujas la bolivariana solidaridad: su decisión de otorgar sus derechos de autor al programa de nutrición infantil que se llevará a cabo en población santiaguina.

El día que me quieras se estrenó en el "Alberto de Paz y Mateos" el 26 de enero de 1979, tres días después de la celebración del 21 aniversario de la caída del dictador Pérez Jiménez. La obra fue vista por más de 25 mil personas en 86 funciones. Fue repuesta en el mismo teatro el 24 de junio de 1983, bajo la dirección del propio Cabrujas.

La obra está inspirada en el acontecimiento que significó la venida de Carlos Gardel a Venezuela en 1935, bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez. "El canto de Gardel (su luminosa vivacidad corporal), será la única alegría que tendrán los venezolanos en la primera mitad de la década del 30. (...) Ese canto —sin nosotros, entonces, llegar a saberlo— será una metáfora de nuestro pueblo. Si éramos capaces de cantar con Gardel, igualmente seríamos capaces de dialogar con el

país", ha dicho la escritora Elisa Lerner, actual agregada cultural en España, a propósito del drama de Cabrujas.

Nos parece que esta obra demuestra estar incorporada a la vida nacional, integrada por vivencias comunes que provocan alegrías, recuerdan dolores y frustraciones, enfocan los desvaídos mitos que alguna vez dinamizaron la conciencia colectiva. Amalgama de humor, sufrimiento, revisión crítica, contiene aquello admirable en la creación cervantina: la capacidad de reirse de sí mismos y el valor de encarar sin amargura los fracasos resultantes de errores históricos. Por sobre todo, pervive la carne de los sueños que no es obstáculo para la lucidez. Se comprende, al verla por primera vez, o al verla después de la primera puesta en escena, la vigencia que le ha permitido el triunfo en escenarios del exterior.

Cabrujas es *"el continuador y, a la vez, el renovador de la corriente histórica en el teatro venezolano"* (Rubén Monasterios). A juicio de Chocrón, *"Es el talento más versátil de todo el teatro venezolano actual. Dramaturgo, director, actor, sobresale en cada una de estas especialidades..."* *"Como dramaturgo, Cabrujas ha insistido en un tema central que aparece en las nueve obras que ha estrenado: a través de la Historia o de historias del pasado, podemos entender mejor nuestro propio presente"*.

He aquí algunas claves que permiten comprender el porqué del éxito de *"El día que me quieras"* en Santiago de Chile, donde cada espectador puede repetir con Matilde, la muchacha del drama, que con esta obra siente *"la historia universal del ser humano"*: su propia historia, transida de sufrimiento, monda de mitificaciones, pero —como pudo apreciarlo Cabrujas— no exenta de esperanzas ni de confianza en el futuro, en el "teatrzo" de La Victoria.

VIRGINIA VIDAL

HISTORIA (INCONCLUSA) DE UN PREMIO DENEGADO

EL 9 de mayo de 1985, Jaime Miranda recibió el Premio Municipal de Literatura por su obra dramática *Regreso sin causa* (no confundir con el premio de los Críticos Teatrales santiaguinos), según oficio número 29 de la coordinadora de eventos culturales.

El miércoles 8 del presente (mayo), en el auditorio de la Casa Colorada, el Sr. Alcalde de Santiago (Carlos Bombal) se reunió con el jurado de los distintos géneros para otorgar el Premio Municipal de Literatura 1985.

*En consecuencia me es grato poner en su conocimiento que usted fue designado con el primer premio en el género teatro de su obra **Regreso sin causa**, lo que lo hace (aproximadamente US\$ 1.250).*

La ceremonia de entrega de premios se llevará a efecto el viernes 24 de mayo, a las 12,00 horas, en el Museo de Santiago, Merced N° 860.

Ese fue el primer acto de la historia que llega a su término cuando Jaime Miranda con su mejor terno y corbata se presentó al lugar señalado y estaba presente. El día 4 de junio Jaime recibe verbalmente de parte del secretario-abogado municipal la notificación de que el Consejo Comunal de Desarrollo ha declarado "desierto" el Concurso Literario Municipal. El jurado que entregó sus decisiones fue seleccionado por el mismo municipio y estuvo integrado por Jorge Dahm, representante de la Corporación Cultural de la Municipalidad de Santiago; Edmundo de la Parra de la Sociedad de Escritores de Chile; Pepe Rojas de la Sociedad de Autores Teatrales y Carlos Hervia de la Municipalidad de Santiago.

EL día 5 junio el autor premiado recibió el oficio número 1.294 de parte del secretario-abogado municipal. Ese fue el texto:

Ratifico a Ud. por escrito la notificación personal que me permití efec-

tuarle en mi oficina de la secretaría municipal de Santiago, en el día de ayer 4 de junio de 1985, a las 15,15 horas.

*En tal oportunidad, textualmente expresé a Ud. lo siguiente: En mi calidad de secretario municipal y ministro de fe del Consejo Municipal de Desarrollo de esta I. Municipalidad, debo notificar a Ud. el acuerdo adoptado por este Consejo, por la unanimidad de sus miembros, en el sentido de solicitar al Sr. Alcalde se procediera a declarar desierto el Concurso Literario Municipal correspondiente al presente año, en el género teatro, por ser su obra **Regreso sin causa**, altamente inconveniente.*

El acuerdo anterior fue oportunamente ratificado por el Sr. Alcalde, lo que transcribo para su conocimiento.

Aclaremos al lector que la obra fue vista por 38.000 espectadores y representada por Julio Jung y María Elena Duvauchalle en el teatro La Taquilla de Los Leones en Providencia.

El segundo acto se inicia con la querrela iniciada por Jaime Miranda en el Tercer Juzgado del Crimen en contra del Alcalde Carlos Bombal, por infracción el artículo 288 del Código de Procedimiento Penal que se refiere a abusos o injusticias que funcionarios públicos comentan en el desempeño de sus cargos. La acción judicial es por "prevaricación" pues el Código Penal sanciona a "todo el que desempeñando un empleo público no perteneciente al Poder Judicial, dictare a sabiendas, providencias o resoluciones manifiestamente injustas en negocio contencioso administrativo o meramente administrativo". Anotamos que Jaime Miranda donó el premio a nombre de Monseñor Juan Francisco Fresno para que fuera invertido en favor de los damnificados por el terremoto del 3 de marzo de 1985.

En declaraciones a la prensa el 21 de junio, Carlos Bombal aseveró que "la municipalidad ha evitado premiar obras que tengan alguna connotación

política, cualquiera que sea su alcance. Es una tradición municipal desde que el premio es premio". *El Mercurio* 21 de junio). Estas frases hacen saltar a la palestra al dramaturgo Sergio Vodanovic quien replica desde las páginas del mismo periódico (junio 28 de 1985).

Señor Director:

Gran perplejidad me han causado las declaraciones del señor Alcalde de Santiago quien, para justificar la anulación del Premio Municipal que el Jurado otorgó a la obra Regreso sin causa expresa: "tradicionalmente, en estos premios, la Municipalidad ha evitado galardonar obras que tengan alguna connotación política, cualquiera sea su alcance.

(...) me veo en la obligación de aseverar que la tradición en la que fundamenta su decisión el señor Alcalde, no existe ni ha existido nunca

Tres de mis obras dramáticas fueron honradas con el Premio Municipal de Teatro. Las tres El Señor no es Honorable, Deja que los Perros Ladren y Viña son tanto o más políticas que Regreso sin Causa si se quiere dar el término político a la amplitud que le otorga el señor Alcalde.

No hemos comentado que el apoyo solidario se hizo presente, por ejemplo: la Sociedad de Escritores de Chile, el Centro Chileno del Instituto Internacional del Teatro, el Círculo de Críticos de Arte y personalidades.

El tercer acto, inconcluso a la fecha contiene cierta dosis de suspense, de intriga a alto nivel, pues el miércoles 10 de julio el Ministerio de Educación le informa a Julio Jung que desde esa fecha *Regreso sin causa* no tendría la extensión del IVA (impuesto al valor agregado), que les habían concedido y renovado cuatro días antes por considerar la obra en esa ocasión como "cultural". En cuatro días lo cultural desapareció de la obra por dictamen del Ministerio de Educación, lo cual tiene sentido y concuerda

con el premio, que a los pocos días deja de ser premio. Hay coherencia en tales determinaciones intelectuales y culturales.

La escena final o desenlace aún no se produce al escribir estas líneas. Hablé con Jaime Miranda en enero de 1986 y todavía no hay decisión judicial por prevaricación, lo que prueba que su regreso era con causa.

PEDRO BRAVO ELIZONDO

BREVES

● El Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL), uno de los más jóvenes (y de menos recursos) organismos de promoción cultural que funcionan en Chile, sigue ampliando su campo de actividad sin descuidar las que ha venido realizando hasta ahora.

En el mes de diciembre del 85 ha inaugurado su línea de edición de libros con la obra *Derechos humanos y soberanía popular*, de Sergio Teitelboim, con prólogo del ex-senador Rafael Agustín Gumucio. Teitelboim es abogado, miembro del Grupo de Estudios Constitucionales (conocido como "Grupo de los 24"), y todos estos años ha jugado un importante papel en este organismo y en tareas relacionadas con la defensa de los derechos humanos. El libro resume esta experiencia. La calidad de su contenido, más la cuidadosa e irreprochable presentación gráfica, dan cuenta de un trabajo que el ICAL empieza con singular seriedad y madurez.

En el mismo mes apareció el N° 3 de los *Cuadernos del Instituto*, que mantiene la línea de calidad sobresaliente del número 1 (no podemos aludir al número 2, porque no lo conocemos). Del sumario: "Estados Unidos y las Fuerzas Armadas de Chile", de Luis Guastavino; "El legado del general Prats", de Carlos Albrecht; "Seguridad de la nación: seguridad del pueblo", de Antonio Cavalla; "Sobre la democratización de la Justicia" de Pedro Barría; "Salud, política, partici-

pación", de Mariano Requena; "Elementos para un proyecto agrario alternativo", de María Elena Cruz; "Aportes de la UTE a la teoría y práctica de la Universidad chilena", de Ángel Pizarro, y otros materiales. Al igual que el anterior, la diagramación es impecable, de lo cual hay que felicitar a su responsable: el arquitecto, músico y poeta Julio Alegría.

Finalmente, en el mes de enero, el ICAL organizó su Segunda Escuela de Verano. Su lema: "Democracia para Chile: imperativo del presente". Hubo diversos ciclos: Historia del movimiento obrero; La Economía Chilena, crisis y desafíos; La filosofía de ayer y de hoy; Chile en el Siglo xx; Mundo 86. Entre profesores y participantes en los paneles, hubo una presencia superior a la treintena de personalidades: economistas, historiadores, filósofos, sociólogos, arquitectos, etc.

● Las revistas, como todo lo que alguna vez nace, mueren alguna vez, inevitablemente. Sólo que, por obra de situaciones que pueden ser más frágiles que en otros géneros, las revistas suelen no tener una vida demasiado larga (con las excepciones que confirman la regla, naturalmente). Ahora le toca cerrar su ciclo de trabajo a *Amérique Latine*, la excelente revista de ciencias sociales que se ha publicado estos años en París bajo la dirección del jesuita chileno Gonzalo Arroyo. 24 números publicados en poco más de un lustro. Una centena de páginas en cada uno de ellos que entregan al estudioso del tema latinoamericano una muy valiosa documentación sobre los más diversos dominios, en particular en el terreno sociológico y económico.

Concluye sus actividades, también, CETRAL —Centre de Recherches sur l'Amérique Latine et le Tiers Monde— el organismo que la apadrinaba. Falto de créditos, el centro cierra sus puertas y cesa de publicar su revista. Clausura también su espléndido local de la rue des Jeuners, cuyos amplios despachos, la magnífica biblioteca, y

el equipamiento humano y material tan completos, despertaban la indisoluble envidia de quienes han hecho también revistas, durante largos años, con muy poco más que una máquina de escribir semiportátil a cuestas.

● A fines del año pasado se efectuó en la Sociedad de Escritores de Chile un homenaje a Rosamel del Valle con motivo de los veinte años de su muerte. Escritor considerado en su tiempo, difícil, ahora es estudiado en profundidad y sirve de lección a los jóvenes poetas especialmente en lo que concierne al rigor del oficio y al espacio que debe dársele a la imaginación en la obra de poesía creadora. Participaron en el homenaje, Martín Cerda, Presidente de la Sociedad de Escritores; Humberto Díaz Casanueva, quien leyó fragmentos de su Elegía dedicada a Rosamel del Valle, y Alfonso Calderón. Se leyeron poemas y el compositor musical y poeta José Paredes tocó algunas composiciones en guitarra, inspiradas en los versos de Rosamel. En la sala Continua a la de actos, se organizó una gran exposición de fotografías que envió su viuda Thérèse, desde Montreal. Junto con evocar la figura literaria del poeta, se puso especial énfasis en destacar su adhesión a las causas del pueblo y su solidaridad con los oprimidos.

● Mario Milanda Guzmán, colaborador de *Araucaria*, es investigador del Instituto Latinoamericano de Investigaciones y Estudios Musicales, Caracas, Venezuela. Es también poeta. Penquista de origen, publicó en su ciudad, en 1975, una plaqueta con diecinueve textos poéticos. Ahora anuncia una nueva obra de insólito título: *El asco y otras perspectivas*. Es un libro de poemas. El autor la ofrece en suscripciones: su precio es US \$6, y los interesados pueden enviar sus cheques a nombre de Milanca, al Apartado 50.034, Sabana Grande, Caracas 1050-A, Venezuela.

Se aproxima la noche más nostálgica del exilio*. Una noche triste, con el corazón puesto en la patria, esperando el llamado telefónico con un nudo en la garganta que apenas alcanza para cruzar saludos sin decir casi nada más que contraer la promesa de celebrar juntos la próxima... Navidad.

En torno a un botellón del tinto local (jamás reconocido como comparable a los mostos de Cauquenes o Linderos), se reunirán en Nochebuena las familias chilenas evocando como nunca la cordillera, el barrio y los mariscos. Los viejos volverán a contarse mutuamente las mismas anécdotas relatadas mil veces, cada año de los últimos doce, cantando uno que otro tango y escuchando conmovidos el Chile Lindo o las letanías del Temucano.

Por estos días es pleno invierno en Dinamarca, donde siguen viviendo algo más de mil chilenos. Ya cayeron las primeras nieves que no se irán hasta el próximo abril o mayo. La luz natural no dura más de seis horas en el día. Amanece alrededor de las nueve y se oscurece a las tres de la tarde. El Chueco, como tantos otros compañeros, partirá a su trabajo a las seis de la mañana, con diez grados bajo cero, enfundado en gruesas parcas y guantes. En todo su trayecto a la pega lo acompañarán las estrellas, que volverán a iluminar su regreso por la tarde.

Don Pedro ya no podrá separarse hasta junio del inhalador. La humedad de Copenhague es nefasta para su asma crónica. Cada día empeora su comunicación con los nietos, que van perdiendo el castellano. En las noches, clavado frente a un televisor enigmático, que habla una lengua con doce sonidos diferentes de vocales, terminará riñendo acaloradamente con la Leonta, que tiene una versión diferente de lo que

acaba de emitir la pantalla.

No hay gobierno en el planeta que haya aplicado, como Chile, el arma del exilio en forma tan sistemática, despiadada y masiva. Las Fuerzas Armadas chilenas, que han hecho la vista gorda en este asunto, no pueden imaginar el grado de crueldad que representa para un ser humano este tajo profundo, esta obligada ruptura con el aire y las raíces, esta impotencia de ver crecer a hijos y nietos para quienes Coquimbo o Tocopilla no son sino majaderías de los viejos.

No hay metro para medir la magnitud del daño cometido. Jamás podrán devolvernos lo que nos perdimos. Permanecí afuera casi diez años y me privaron del derecho a compartir con mi madre sus últimos días. Me impidieron contribuir a la formación de mis sobrinos y recibir de ellos su ternura. Me quitaron el Parque Forestal, el nogal de mi patio, las tertulias en Auca, mi perra Canela, la frescura de las noches estivales, Caszely, la Recoleta-Lira, los paltos de Chillán, el semáforo de la esquina, las masas de la señora Ernestina y el Cajón del Maipo.

A Laurita y al Tito les rechazaron la posibilidad de morir en casa. Tampoco Jarica alcanzó a ver de nuevo su apacible Victoria. El profesor Tejeda no pudo celebrar sus ochenta años en Antuco, muriendo solitario en un hotel en Viena. Héctor Duvauchelle fue apuñalado en los arrabales de Caracas y entonces admitieron su ingreso dentro de un ataúd. Al buen David, fulminado por la hemiplejía en Nairobi, le niegan el retorno una y otra vez.

Enterrar al destierro de los chilenos es un clamor que recorre los cinco continentes. Lo formulan las Naciones Unidas, El Vaticano, las centrales sindicales mundiales, y —sobre todo— los chilenos dentro y fuera de Chile, que ejercen múltiples formas de presión. Si algunos hemos

* Este artículo fue escrito en diciembre del año pasado.

podido retornar, es gracias a la lucha sin tregua por suprimir esta forma de tortura a control remoto. Por borrar esta mancha que involucra a todos los chilenos, no hay otro camino que intensificar este combate.

En este diciembre promisorio,

abrazamos a nuestros familiares y a tantos compañeros obligados a vivir fuera de su tierra y reafirmamos la decisión de desalambrar las vallas que les cierran los caminos del retorno.

MIGUEL LAWNER

Textos marcados

CONFIESO QUE HE PECADO

Es la misma mujer que sin vacilación alguna y con una escalofriante seguridad en las palabras afirmó ante las cámaras de televisión que los detenidos desaparecidos eran una patraña inventada desde alguna fría oficina de Moscú.

—*¿Cuándo tuvo conciencia, por primera vez, que le mentían?*

—Yo creo que con lo sucedido en Lonquén. Para mí fue como una verdadera bofetada. Todo aquello que se me hizo creer que era producto de invenciones del marxismo, de pronto provocó en mí una tremenda duda.

—*¿Pero no se le ocurrió alguna vez tomar usted misma la iniciativa e ir a conocer por sí misma las cosas que estaban ocurriendo?*

—Fui en una oportunidad a visitar Tres Alamos. Había allí tres personas que alegaban haber sido torturadas. Me mostraron las marcas. Un médico me acompañó y su explicación fue: "estas son escoriaciones antiguas recidivas (heridas antiguas)"..., es decir, usó términos médicos muy serios y yo salí tranquila. Lo creí hasta que me tocó ir a Caracas y me encontré con el médico. Lo saludé con mucha efusividad diciéndole: "Doctorcito, ¿qué hace usted aquí?". Me respondió, entre risueño y molesto, que él no era médico, que era el coronel equis y que había tenido que hacer el "show" porque yo hacía demasiadas preguntas.

—*¿Tiene conciencia cabal de su obra y de su utilización?*

—Sí, siento mucha molestia conmigo misma...

—*¿Por qué pide perdón?*

—Por tantos perdones que en este país no se han pedido. Es porque yo estoy asumiendo responsabilidades que no se han asumido. Es porque yo colaboré y estuve en el centro de cosas que no han sido buenas (...). Yo no sé si llamar cobarde la actitud que tuve entonces por varios años. Quiero ser justa conmigo misma. Tuve la actitud del avestruz.

(Párrafos de la entrevista "Mónica Madariaga pide perdón", hecha a la ex ministra de Educación y ex Ministra de Justicia del gobierno de Pinochet. Revista *Análisis*, núm. 120, 16-XII-1985.)

EL PARAISO MERCURIAL

Una ciudad tanto mejor que la de antes, con más parques, jardines y paseos que nunca; más limpia y con locomoción tan mejorada; de comercio moderno, variado y abundante, como el de esos países que los chilenos anhelábamos salir a disfrutar al extranjero. (...) Los "talentos" que antes se "fugaban", hoy prefieren vivir aquí. (...) Millones de libros lanzados cada año y a precios populares, con lo mejor de la literatura universal. Todo gracias a la competencia y a la libertad de los mercados. Las mejores temporadas de ópera, auge del ballet, proliferación de exposiciones, muestras y concursos artísticos, algunos de nivel internacional. (...) Y tantas pequeñas-grandes libertades personales; la posibilidad de tomar leche entera, inexistente en Chile durante décadas de precios controlados e intervencionismo; el ahorro previsional contante y sonante en una libreta individual; la posibilidad de tener teléfono de un día para otro y hasta ¡de instalar un anexo!; la variedad de ropa, artefactos, vehículos y útiles en general. Y para qué seguir...

Es un buen país éste de hoy, tan distinto al mediocre y gris de ayer.

(Hermógenes Pérez de Arce en "Miseros e indignos", *El Mercurio*, 27-XI-85.)

"EL DIABLO VENDIENDO CRUCES" O "DE COMO EL CABALLERO CONFUNDIO A CARLOS MARX CON GROUCHO MARX"

"Por espacio de veinticinco años fui profundizando en el análisis de la ideología marxista, que hoy no vacilo en calificar de siniestra, ya que parece concebida por un espíritu diabólico que procura, sin escrúpulos de ninguna clase, sustituir los principios espirituales y morales en que debe asentarse la sociedad por una concepción materialista y envilecedora de la dignidad humana, que sólo busca un aparente bienestar material, pero que para ello aniquila toda expansión del espíritu y transforma al hombre en parte de su maquinaria totalitaria."

"El marxismo aspira a la destrucción sistemática de todos los principios espirituales que han conformado nuestra civilización occidental y cristiana, para reemplazarlos por un régimen totalitario enteramente incompatible con la esencia de nuestras identidades patrias."

"Por otra parte, desde el punto de vista filosófico puro, el materialismo dialéctico, típico producto del escéptico siglo XIX, ha sido definitivamente refutado por el pensamiento contemporáneo, que, en las diversas modalidades que presenta en el mundo libre, ha marcado una vigorosa reafirmación de la metafísica, la espiritualidad del hombre, la vigencia de valores éticos absolutos. Nadie puede ignorar la crisis de vejez que ha sufrido el marxismo en nuestros días y que se refleja claramente en el creciente abandono de esta ideología en muchos sectores intelectuales de avanzada de Europa y América y en los esfuerzos de algunos pensadores de izquierda por revisar, renovar o rectificar un pensamiento caduco."

"Los dos grandes adversarios de todo sistema democrático estable, y que fueron precisamente los que destruyeron el nuestro, son, en primer término: el

marxismo, doctrina intrínsecamente perversa, que impulsa una agresión permanente al servicio de una superpotencia extracontinental e imperialista; y en segundo lugar, *la demagogia*, corrosivo veneno con que la politiquería partidista se nutre electoralmente, preparándole el camino al totalitarismo, a través de la siembra de odio, la envidia y las promesas utópicas."

"La aparición y propagación del marxismo-leninismo en el mundo actual representa la destrucción de los fundamentos básicos de la verdadera moral, a partir de la cual se edificó la civilización occidental y cristiana."

"El 11 de septiembre de 1973 las Fuerzas Armadas y de Orden devolvieron la libertad a nuestra Patria."

(Augusto Pinochet. Extractos de su folleto "Repaso de la agresión comunista a Chile".)

"El principal éxito de nuestro gobierno es haber recuperado la libertad para nuestros compatriotas y con ello podemos esperar un futuro que coincida con nuestros principios y valores culturales propios. (...) Estos doce años se han dedicado a la construcción de una sociedad justa, libre y moderna."

(Pinochet, en declaraciones al diario alemán *Die Welt*.)

MAS SOBRE GROUCHO MARX

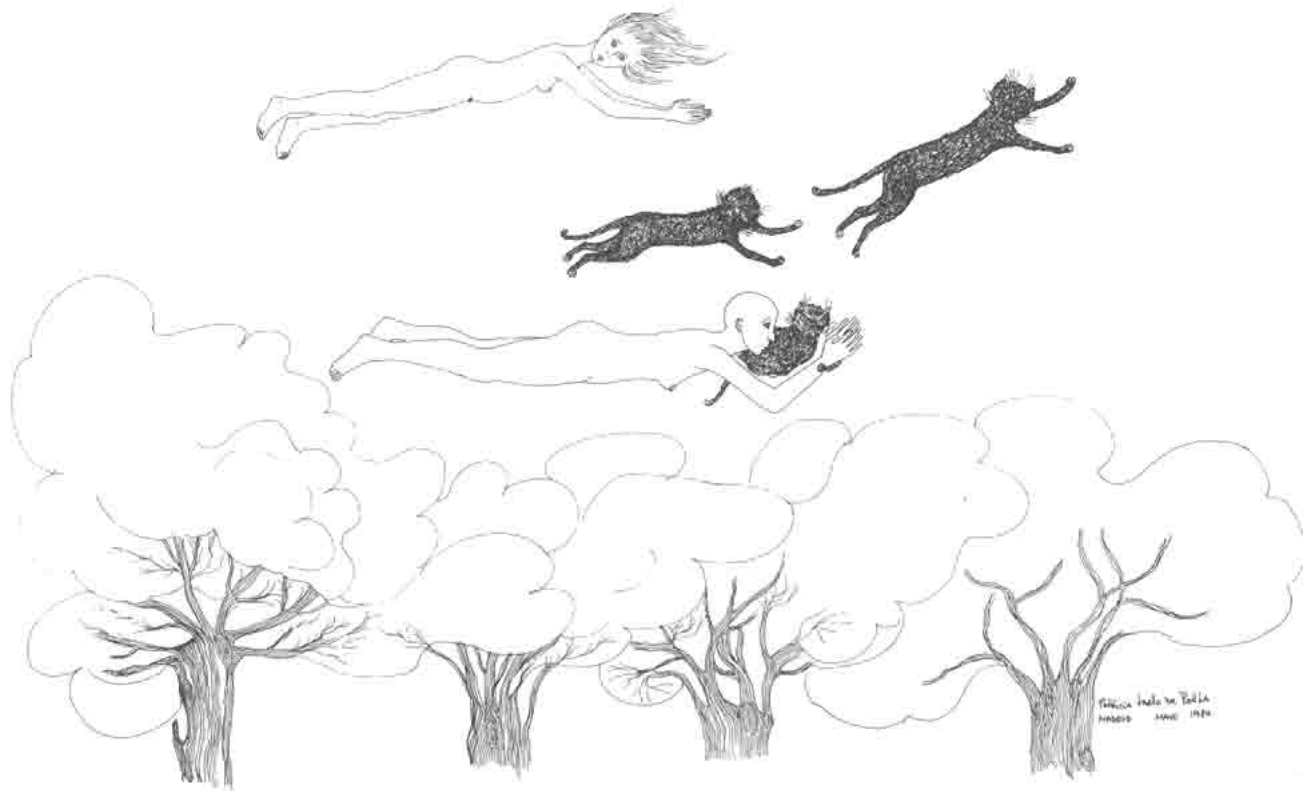
"Muchos dicen: 'Yo no soy leninista, soy marxista' y piensan que así superan las deficiencias intrínsecas que se aprecian en tal ideología (...). Para nosotros lo que cuenta es la adopción del marxismo como doctrina fundamental (...). El marxismo es un tema clave y determinante, por la gravedad que tiene para la vida nacional, en el análisis y evaluación política del gobierno. Es un punto central y absolutamente intransable en conversaciones formales o informales, expresas o tácitas, abiertas o cerradas, directas o indirectas..."

(De una entrevista a Francisco Javier Cuadra, Secretario General de Gobierno, revista *Qué Pasa*, 15-I-86.)

CERO EN CONDUCTA

—El tema comunista revela el parroquialismo de los políticos de este país. Cuando De Gaulle entró a París devastada por la guerra y ante el desafío de reconstruir Francia y sus bases institucionales destruidas, democráticas y materiales destruidas por el nazismo, no pensó que sobrarán los comunistas. La discusión parroquial chilena revela el éxito que ha tenido la dictadura en hacer que las mentes chilenas —otrota muy amplias— sean ahora chiquititas y estén preocupadas en pedir certificados de buena conducta.

(Ricardo Lagos, dirigente del Partido Socialista-C. Brionés, en declaraciones a la revista *Cauce*, 26-I-86.)



Tullia Perle da Tullia
1984

NARRATIVA

Vicente Urbistondo

Nina Asturriaga

Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1984, 717 páginas.

En la novela chilena de la última década (1974 a 1984) se advierte un proceso de expansión retrospectiva del mundo narrado que va de la inmediatez de la experiencia del golpe militar de 1973 (*Soñé que la nieve ardía*, de Antonio Skármeta, *El paso de los gan- sos*, de Fernando Alegría, *A partir del fin*, de Hernán Valdés, *Abel Rodríguez y sus hermanos*, de Ana Vázquez, *Viudas*, de Ariel Dorfman, *La guerra interna*, de Volodia Teitelboim, para mencionar algunos títulos sobresalientes) a la configuración de un pasado que gravita ominosamente en las formas actuales de la vida nacional, en el presente de la escritura y su radio de comunicación cultural. Ordenadas retrospectivamente en relación al tiempo que cubren, al período histórico que les sirve de eje, las novelas más destacadas de esta última serie son: *En un lugar sagrado*, de Poli Délano, *Los convidados de piedra*, de Jorge Edwards, *Coral de guerra*, de Fernando Alegría, *La última canción de Manuel Sendero*, de Ariel Dorfman, *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende, *El museo de cera*, de Jorge Edwards, y *Casa de campo*, de José Donoso.

Se trata de novelas que re-crean distintos momentos de una temporalidad histórica configurada como una realidad ficticia autosuficiente, evocadas desde una perspectiva narrativa que busca definir las claves de un comportamiento social ideológico y cultural que puedan explicar el violento cam-

bio que se operó en Chile con el golpe militar. En otros casos, como en *Casa de Campo* o *El Museo de cera*, la imprecisión temporal y el diseño alegórico del relato atraen o superponen directamente el pasado ficticio, un orden decimonónico, al presente real que vive Chile bajo la dictadura: el discurso novelesco, engañosamente tradicional, se puede leer como un acto paródico que impugna las formas ideológicas y culturales de que se ha revestido la dictadura para justificarse históricamente.

La extensa novela de Vicente Urbistondo puede filiarse cabalmente en esta serie narrativa destinada a re-formular imaginativamente el pasado, a re-construir su fisonomía intrahistórica, sus tensiones íntimas y colectivas, y perfilarse una razón al presente oficial que se ha instalado en el país con sus miserables y altisonantes gestos de artificio.

Centrada en los años 50, un eje equidistante entre el triunfo del Frente Popular y la victoria de la Unidad Popular, la novela des-cubre el mundo privado de una burguesía en su proceso de cambio desde las pautas ideológicas y culturales provenientes de Europa a las que le propone el nuevo centro de poder del que depende, Estados Unidos.

Lo que pone en evidencia la acuciosa e irreverente mirada del narrador, que se define a sí mismo irónicamente como un memorialista, es algo que la historiografía chilena reciente ha querido explicar en líneas esenciales pero que sólo la novela puede representar en el amplio despliegue de sus formas contingentes: que la burguesía tradicional chilena, como sus congéneres latinoamericanas, es una burguesía dependiente que pasó de un polo imitativo, el de los centros de poder europeo, a otro, el poder norteamericano que consolidó su influencia política y

sus pautas culturales después de la segunda Guerra Mundial.

La novela muestra este proceso ideológico sin necesidad de acentuar el referente histórico, al modo de la novela histórica tradicional, o imponer una elaboración reflexivo-alegórica al asunto, como suele ocurrir en algunas obras contemporáneas que buscan definir situaciones de la experiencia colectiva de un país, sino destacando la trayectoria de un personaje en la cambiante cotidianidad de Chile y visualizándolo a partir de los intereses, prejuicios y aspiraciones de su clase.

Ese personaje es Nina Asturriaga, una muchacha que transita de un idealizado pasado aristocrático cuyo referente sigue siendo Europa a un hipotético futuro ligado a Estados Unidos vía una calculada relación amorosa con el agregado cultural de la Embajada de ese país en Chile. Pero ella no es, en definitiva, ni la protagonista de su destino ni el personaje protagónico de la novela; su peripecia vital se va perfilando en el relato desde la refracción que deja en los que la rodean y tratan de orientarla. En este sentido, el personaje se convierte en el rostro fragmentado y a la vez aglutinante de una burguesía en busca de un perfil distintivo en el curso cambiante de la vida nacional. Lo que estas figuras aledañas perfilan al tratar de definirle un lugar a Nina en la sociedad chilena, con sus rechazos y adhesiones, es la autoimagen de una clase social proverbialmente hipócrita y acomodaticia.

Pero hay otros personajes, voluntariamente marginados de ese círculo social, que son capaces de confrontar los falsos valores con que se envuelve la sociedad oficial y desnudar sus pautas ideológicas. Es esta perspectiva, que la refracción se reordena en una actitud refractada, rebelde a los modelos propuestos, la que le otorga una dimensión crítica a la obra, en la tradición de esa crítica interiorizada que caracteriza, por ejemplo, a la novelística de José Donoso o Jorge Edwards.

La tensión entre la tradición oficial y la reformulación creadora de ese pa-

sado a partir de la dinámica cultural del presente se resuelve estilísticamente en un diálogo inter-textual entre dos modelos de discurso. El título de la novela evoca esa tradición novelística decimonónica centrada invariablemente en figuras femeninas (*Amalia*, *Cecilia Valdés*, *Blanca Sol*, *María*, *Santa*, etc.), configuradas como representaciones ideológicas de un modo de ser nacional. En la tradición chilena, el modelo más cercano es *La chica del Crillón*, una novela que Urbistondo, acucioso investigador de la narrativa nacional, sin duda tuvo presente como referencia cultural. Nina Asturriaga resuelve idealmente la contradicción entre tradición y modernidad imaginándose un destino que une precisamente los dos polos culturales en que se mueve su clase; quiere ser una heroína de novela decimonónica, una Margarita Gautier, actualizada en un guión de Hollywood.

Este modo de discurso, a fin de cuentas un modelo ideológico, es confrontado por un proceso narrativo que incorpora con gran soltura creativa las modalidades expresivas de la novelística hispanoamericana posterior al boom. Esta narrativa reciente se ha caracterizado por un regreso a la cotidianidad como ámbito formador de la experiencia, privilegiando en muchos casos el tema de la formación individual del personaje (*bildungsroman*) como aventura desacralizadora de lo estatuido y búsqueda de un nuevo sentido vital en un mundo cambiante, y por la incorporación desinhibida a la literatura de los variados registros culturales de esa cotidianidad, desde las pretenciosas formulaciones sociológicas o políticas, que los personajes diseccionan con una actitud paródica, hasta la dulce banalidad de los temas musicales de moda.

El texto está presentado como el discurso de un "probable memorialista" que se propone dilucidar el destino privado de Nina Asturriaga. Pero en el proceso de situar la peripecia individual del personaje en su contexto social e histórico, la memoria se convier-

te paulatinamente en un acto de subversión textual que va revelando la fisonomía colectiva de una clase que no tiene, en verdad, modelos protagónicos auténticos que defender. Al abrirse a esta dimensión social del mundo, derogando críticamente sus pautas ideológicas, la "memoria" se convierte en la contrapartida del discurso historiográfico o la hagiografía individual que aparenta seguir: la escritura es la parodia y la superación creativa del modelo textual que la orienta.

En este sentido, la novela explora una línea expresiva que se ha transformado en una de las opciones preferentes de la nueva promoción narrativa hispanoamericana: la de proponer una nueva lectura de la realidad a partir de la parodia y transgresión de los modos tradicionales del discurso, desde los géneros literarios populares hasta las formas canónicas de los medios de comunicación de masas. El escritor hispanoamericano que puede filiarse como la referencia inmediata a este tipo de discurso es Manuel Puig, y un lector atento al desarrollo de esta nueva narrativa encontrará en *Nina Asturriaga* más de una resonancia estimulante del autor de *Boquitas pintadas* y de *The Buenos Aires Affair*.

Pero sobre todo, es una obra que responde a las exigencias éticas y creativas que se le asignan a la literatura hispanoamericana de hoy con la configuración de un universo de múltiples resonancias, de parámetros a la vez precisos y aleatorios, y donde el decurso transitorio de los hechos colectivos y privados que busca fijar la memoria del historiador, ese tiempo invariablemente perdido, se recupera proustianamente en el espacio proyectivo de la imaginación.

JUAN A. EPPLÉ

Luis Enrique Délano
Las veladas del exilio
Editorial Vilicaña, México,
D.F., 1984

El tema del exilio, que ha engrosado caudalosamente -aunque también desigualmente, claro está- la poesía chilena actual, no ha sido muy pródigo para nuestra narrativa de los últimos años. Es cierto que hay un par de novelas de indiscutible valor sobre el tema. Nos referimos a *El Jardín de al Lado* de José Donoso y a *Nopasónada* de Antonio Skármeta. Es verdad también que hay algunos hermosos cuentos del exilio, entre los que han llegado a nuestras manos, cuentos pertenecientes a Poli Délano o a Omar Saavedra, por ejemplo. Sin embargo, creemos que las dimensiones y características del éxodo chileno puede entregar todavía mucho y rico material a nuestros narradores. La novela *Las Veladas del Exilio* es un buen ejemplo.

Publicada pocos meses antes de la muerte de su autor, esta novela está nutrida de las experiencias directas del exilio de Luis Enrique Délano y del vasto anecdotario de más de cuatro mil chilenos que desde 1973 han sido acogidos en México.

Asumiendo una actitud narrativa próxima a la del cronista,¹ esta novela tiende a recrear la cotidianidad de un grupo típico de exiliados argentinos, uruguayos, ecuatorianos, salvadoreños, algún español rezagado y, especialmente, exiliados chilenos en Ciudad de México. La ambientación temporal muy próxima a nuestros días, quizás los años 82 u 83 -en los mismos momentos en que la novela iba siendo escrita-, refuerza el carácter testimonial, de crónica vivaz que asume esta novela. Igualmente, los per-

¹ En el recuerdo y sin posibilidades de relectura, nos parece que varias novelas de Luis Enrique Délano son también logradas crónicas de algunos episodios de la historia de Chile. Pensamos en obras como *El Rumor de la Batalla*, *El Viento del Rencor* y, especialmente, pensamos en *La Base*.

sonajes novelescos, tras cuyos nombres ficticios se entrevén a ratos seres de carne y hueso, tienen como telón de fondo el mundo real del destierro, sus organizaciones y actividades —la *Casa Chile*, la U.N.A.M., actos de solidaridad o en memoria de Salvador Allende, por ej.— y también la presencia de personajes reales, tales como Anselmo Sule, Juan Vargas Puebla, Galo Gómez.

Con este material, construye Délano una novela que, en torno a las alternativas de una historia de amor, despliega, pese a su brevedad, un animado mosaico de las vicisitudes, alegrías y problemas del éxodo chileno. Con capacidad de observación, con buen ojo para el detalle costumbrista y la vida cotidiana, van surgiendo las historias de aquellos que día a día viven esperando la carta de Chile o de los que con su botella de ron y sus tangos se encierran a rumiar su morriña o la de aquel joven que decide poner punto final a un exilio relativamente pasivo y se va con su compañera a luchar en la guerrilla en El Salvador; también la historia de aquella que salvó a tanto perseguido en Chile y que vino a morir en el destierro o la historia de aquel mecánico —nuestros «maestros Chasquilla»— quien, de a pedacitos, se construyó su propio automóvil o, a la inversa, la fobia demencial de aquel que quiere destruir los tres millones de autos de Ciudad de México, porque «lo invaden todo». En fin, la historia de los que tienen la nefasta «L» en el pasaporte, el caso de los niños que van creciendo en el exilio y perdiendo también progresivamente sus vínculos con Chile o el caso de aquel compañero que volvió mediante un prolijo trabajo clandestino y que, sin embargo, fue detenido a los tres meses.

Al igual que los personajes, las situaciones, las inquietudes, la atmósfera vivencial que refleja esta novela tienden a la tipificación del medio ambiente. Las discusiones político-literarias, las añoranzas del terruño —de un Valparaíso que en primavera

es como una campana azul y transparente—, el acuciante problema de la unidad en la izquierda chilena y el tema recurrente exilio-retorno deambulan sostenidamente por estas páginas.

Poniendo de relieve su mensaje de esperanza —en un momento histórico en que crece la lucha de masas y se abren nuevos procesos de democratización en Latinoamérica—, la novela termina con el gran sueño del retorno como posiblemente lo han ensoñado miles de emigrantes políticos, «como una gran cantidad de columnas de chilenos procedentes de todos los países del mundo, de los cuatro puntos cardinales, convergiendo milenariamente hacia la patria...» (p. 211).

GUILLERMO QUIÑONES

ENSAYO

Ariel Dorfman

Hacia la liberación del lector latinoamericano

Ediciones del Norte, Hanover, USA, 1984

Tras de varias incursiones en narrativa y poesía, el escritor chileno Ariel Dorfman (nacido en 1942) retorna al ensayo, género en el cual se dio a conocer en 1971 con *Para Leer el Pato Donald*, penetrante acusación sobre la manipulación de la conciencia del lector a través de las tiras cómicas, escrita en colaboración con Armand Matelart.

“Hacia la Liberación del Lector Latinoamericano” es el fruto del trabajo académico en el exilio de Dorfman, preferentemente de su estada en la Universidad de Amsterdam y está compuesto de cinco extensos estudios sobre literatura latinoamericana, precedidas de una introducción, en la que el autor explicita su intención reden-

tora del lector de nuestra América: "Este libro está basado, entonces, en la esperanza de un lector liberado, en la certidumbre de que tiene derecho a la democracia. Derecho a la democracia social y económica; y derecho a la democracia interna, literaria".

Con un método personal, en el que se conjugan conceptos de procedencia semiótica, con perspectivas éticas y revolucionarias, manejando un vasto caudal bibliográfico y admitiendo, incluso, obsesiones personales, indaga Dorfman con lucidez en cinco importantes textos de literatura latinoamericana. Los tres primeros ensayos —la parte medular del libro— están referidos a narrativa.

El enfoque de la novela *Los Ríos Profundos* de José María Arguedas, está planteado por Dorfman como la búsqueda, el hallazgo y la defensa de una identidad y una liberación, valores que se imbrican en el quehacer social, en la esencia social del hombre. Según tal interpretación, el sentido central de *Los Ríos Profundos* sería: "Crecimiento de un niño, crecimiento de un pueblo. Entender que ambos crecimientos son uno; entender que el canto de uno multiplica y garantiza el canto del otro"... (pág. 81).

El segundo estudio, dedicado a *El Recurso del Método*, descubre vínculos entre la estructura novelesca de la obra de Carpentier (manejo del tiempo, recurrente estructura musical y relaciones con la historia concreta del primer cuarto del presente siglo en París) y nada menos que *A la Recherche du Temps perdu* de Marcel Proust.

El tercer estudio, junto con ser el más breve, nos parece también la más lograda y didáctica de las interpretaciones que este libro intenta. Partiendo de la afirmación de que en la novela *La Insurrección* (1982), el escritor Antonio Skármeta "encuentra por fin el protagonista que ha estado buscando toda su vida: un pueblo entero" (pág. 149), Ariel Dorfman hace un rápido pero certero análisis de los contenidos y del mundo vivencial de los personajes y su entorno social que

esboza Skármeta en sus cuentos de los libros "El Ciclista de San Cristóbal" y "Desnudo en el Tejado" y, especialmente, en su obra mayor, la novela *Soñé que la Nieve Ardía*.

Escrita en gran medida para estudiosos y estudiantes de literatura, acentúa un tanto en la exégesis de textos poéticos (Neruda y Cardenal), en los que el razonar ágil e inquieto y la capacidad especulativa de Dorfman tiende a ratos a diluir un poco los contenidos claves o a acotar a veces lo obvio, como ocurre con los "Epigramas" de Ernesto Cardenal, cuya breve, directa, descarnada consistencia no admite casi escalpelo ni interpretación. Sin embargo, el claro compromiso ideológico con los pueblos, la historia y la literatura de Latinoamérica que sustenta este libro, así como la capacidad de análisis y sugerencias de Ariel Dorfman, son virtudes que prevalecen sobre cualquiera objeción.

G. Q.

José M.^a Ibáñez Langlois
Teología de la liberación y
lucha de clases

Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1985,
164 pp.

El auge que tiene actualmente la crítica a la teología de la liberación en Chile, a raíz del documento vaticano «Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación», firmado por el cardenal Ratzinger el 6 de agosto de 1984, no se expresa sólo a través de *El Mercurio*, que ofrece sus páginas a detractores de la teología de la liberación. También en julio de 1985 se ha realizado en Chile el «Encuentro de los Andes», integrado por diversas figuras opuestas a la teología de la liberación, que han intentado revisar y denunciar los «desvíos» de la teología

latinoamericana. Además, en el mes de junio ha publicado Ibáñez Langlois esta obra ambiciosamente titulada *Teología de la liberación y lucha de clases*.

Si un profano en cuestiones teológicas quiere acercarse a este libro, que medite sus deseos y abandone sus propósitos: no entenderá lo que es teología de la liberación ni menos la lucha de clases, salvo si ese profano lector se detiene en aquellas referencias a Marx y Althusser y en las citas de teólogos de la liberación como Assmann, Sobrino, Gutiérrez, Boff, etc. que Ibáñez Langlois formula en el libro con el fin de «desenmascarar» el marxismo existente en la teología de la liberación. Este afán del autor viene del espíritu y la letra del punto X,3 del documento vaticano, en el que, refiriéndose al carácter «global y totalizante de la teología de la liberación», se promueve la necesidad de que ella sea criticada «no en tal o cual de sus afirmaciones, sino a nivel del punto de vista de clase que adopta a priori y que funciona en ella como un principio hermenéutico determinante» (p. 161).

Confuso el autor en un primer momento por el reconocimiento que hace la Instrucción vaticana de «las» teologías de la liberación, comienza Ibáñez Langlois explicando (?) en la Introducción que ellas son plurales no sólo «porque así lo dice expresamente la Instrucción» sino porque existe una «corriente» en ellas influida teóricamente por el marxismo, y que forman un cuerpo ideológico que articula una teología, recogida en Latinoamérica. Atribuyendo arbitrariamente este sentido principista a la teología de la liberación latinoamericana (representada en el libro por referencias y citas de Boff, Assman. Sobrino, etc.), el autor no tiene escrúpulos, sin embargo, en desear que brote «una correcta teología de la liberación que tanto necesitamos» (p. 15). «Teología de la liberación» ocultamente propuesta por él gracias al pensamiento de Gilson, Maritain, Calvez, Bigo, como inspiradores de su crítica al

marxismo, y sobre todo gracias al pensamiento, al espíritu y la mística que ofrece José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, citado a lo largo del Capítulo III. El autor recurre a otras obras suyas, a Ratzinger, a Solzhenitsyn, a López Trujillo, y naturalmente a la Instrucción vaticana para desacreditar la vida materialista de Occidente (¡no sólo la de U.R.S.S.!), el presunto estatuto epistemológico del marxismo en la teología, los afanes liberadores de los pueblos del Tercer Mundo, la realidad concreta del pobre en América Latina, el carácter popular de la Iglesia comprometida, la espiritualidad de liberación que brota de ambientes cristianos después de Medellín, etc.; y con la presentación de Escrivá de Balaguer este trabajo de Ibáñez L. adquiere matices pintorescos. Sobre todo cuando con él quiere refutar aspectos muy densos discutidos seriamente por la teología de la liberación (relación historia-liberación-salvación; compromiso-espiritualidad-construcción del mundo; amor-lucha de clases-justicia; teología-política-socialismo) apenas mencionados en esta obra que su título sugiere tocar. De este modo redundan Ibáñez Langlois en las críticas imputadas a la teología de la liberación por la Instrucción romana de un modo cansino y monótono, siempre de una forma poco creativa —cosa curiosa viniendo del autor, que también es un poeta— excepto si valoramos la audacia teológica y la creación espiritual que supone vincular/refutar a Escrivá de Balaguer con la teología de la liberación latinoamericana. En este sentido el autor insiste en la falta de contenidos «espirituales» que ofrece la liberación propugnada por algunos teólogos latinoamericanos, intentando criticar también desde un punto de vista idealista las contradicciones que surgen de la relación del hombre con Cristo en América Latina (cristología) y la realidad histórica de la Iglesia de los pobres (eclesiología). Subraya asimismo las carencias esencialistas que adquiere el mal y el pecado en una

teología popular y la confusión que, a juicio del autor, se establece por la teología latinoamericana entre Iglesia y reino de Dios, Salvación y Liberación. Todo ello formulado precipitadamente por José Miguel Ibáñez sin desarrollar los tres planos propios de la Liberación articulados entre sí mencionados por G. Gutiérrez: liberación humana, sociopolítica y salvífica, que resulta indispensable distinguir para precisar el carácter que adquiere la liberación y el sentido del reino en ella. El permanente silencio sobre esta cuestión en este libro induce a serios equívocos en el lector que desconozca la teología de la liberación. Especialmente confuso se hacen en este sentido las descripciones del marxismo y de la filosofía hegeliana presuntamente latentes en la teología latinoamericana. Esquemáticos análisis permiten al autor homologar en su crítica a la teología de la liberación al pobre con el proletariado, la trascendencia de Dios con la inmanencia histórica, el compromiso popular con la revolución; ignorando el continuo reconocimiento que hace la teología latinoamericana de las fronteras establecidas entre ideología y fe. Precisamente porque la «teología» de Ibáñez Langlois no distingue estos aspectos necesarios de observar gracias al evangelio, el autor nos dice curiosamente al final del libro que hay que intentar promover la superación «de la doctrina social de la Iglesia» (p. 162) como respuesta «al desafío latinoamericano», considerando de paso con ello tentativas ocultas de reducir los urgentes problemas, específicamente teológicos, que plantea la teología de la liberación. Evitando observar el vasto mundo de pobreza, dependencia y opresión que ofrece Latinoamérica —y especialmente Chile hoy— el autor no es interpelado por un afán de cambio y transformación a raíz del orden injusto existente en el Tercer Mundo. La ideología cristiana de Ibáñez reflejada en el texto, apoyada en la superable Doctrina social de la Iglesia, se limita a promover «una teología del trabajo, una filosofía del

trabajo, una ética del trabajo, una cultura del trabajo, una educación para el trabajo, una capacitación para el trabajo y sobre todo una praxis diaria del trabajo concreto de cada uno, grandioso y humilde a la vez, histórico y cotidiano, santificante y civilizador» (p. 164). Aquí cabe no sólo una crítica a la «teología desarrollista» y al funcionalismo en el pensamiento social de la Iglesia, cuyos ecos encontramos en las posturas caducas de Ibáñez Langlois. También es posible observar a lo largo del libro la facilidad del autor para instalarse dentro del estrecho marco ideológico que ofrece la teología más conservadora del catolicismo para comprender los cambios en la Iglesia y los contenidos de la teología de la liberación de América Latina.

MARIO BOERO

POESIA

Sergio Macías

Memoria del exilio

Ediciones Cultura Hispánica,
Madrid, 1985

Nacido en 1938 en el sur de Chile, en el pueblo de Gorbea —aldea de castañas, avellanas, queltehue—, Sergio Macías ha vivido un proceso de significativa maduración poética en las diversas etapas de su exilio (Méjico, República Democrática Alemana y España). Su último libro, *Memoria del Exilio*, que en 1984 obtuvo el Premio de Poesía Pablo Neruda otorgado por la Sociedad de Escritores de Chile, así lo atestigua.

Concebido en un tono memorialístico, persistentemente autobiográfico, este poemario es una inmersión constante en la nostalgia, oía que va y viene “en la fatalidad de no encontrarse en la armonía de los bosques de Cautín”, de sentirse “el desterrado de

la Cruz del Sur", mientras "las uñas del desarraigo se quiebran en el muro de los sueños".

A Macías la nostalgia lo persigue y lo alimenta. Poeta de tono menor y vernacular —a la manera de Juvencio Valle— rastrea con amor y dulzura en el mundo de la aldea y rescata un universo de partículas pequeñas, de objetos menudos y aparentemente insignificantes, pero henchidos de tibia ternura. La memoria del poeta "vuela como golondrina en busca de la aldea" y reconstruye un mundo de hojas, líquenes, el canto de los grillos, "los viejos puentes pálidos por la lluvia", "la carreta de cerezas que devoraron los queltechues", "el calor de las enredaderas subiendo por las esquinas del corazón".

Aunque esta poesía no quisiera morir "por el ojo de la cerradura del tirano" y ni siquiera evocar "aquel tiempo labrado por el odio", de todas maneras, inexorablemente caen sobre estas páginas las aflicciones, las des-

venturas de un "soñador humillado en una mañana de septiembre" y la penosa convicción de que aquél que "salió de su tierra ya no es el mismo".

En contraste, hay una imagen que deambula con insistencia a lo largo de este libro. Nos referimos al roble que con sus connotaciones de grandeza, altura, dureza, reaparece reiteradamente, sugiriendo diversos matices, tales como memoria, resistencia, afirmación de ideales y de nuestra identidad, hasta asumir, incluso, símbolos revolucionarios. Por ahí se vislumbra la salida para este mundo de exilio y de nostalgia: "¿Veré el viejo roble en un día detenido de luz? / Roble de la patria en la extensión geográfica del alma, / nutriéndose del idioma del mar y las tormentas. // Un idioma de hombres desaparecidos en la hora del desierto. / Palabras de un pueblo que dibuja en el viento sus signos de alfarero".

G. Q.

GRACIAS, DOCTOR

"Yo puedo hacer un diagnóstico de la enfermedad que aqueja a Chile: este es un país que desde el punto de vista político está extraordinariamente enfermo, tiene una enfermedad grave y progresiva. Se le ve mal, bastante mal. Chile está enfermo de exceso de autoritarismo, de falta de democracia y de miedo... Nosotros pensamos que el único tratamiento posible es la vuelta a la democracia y creemos que con las actuales estructuras de gobierno las posibilidades de un diálogo son prácticamente imposibles.

(Dr. Juan Luis González, Presidente del Colegio Médico, en revista *Apsi*, núm. 170, 26-I-86.)

Noticia sobre las ilustraciones del número

IRENE DOMÍNGUEZ hizo sus estudios en las Universidades Católica y de Chile. Ha realizado exposiciones en Chile, Argentina, Cuba, Francia, Italia, Holanda, Suecia, España, Grecia, Dinamarca, República Democrática Alemana. En este número se reproducen los cuadros siguientes: *La camita azul*, en la portada principal; *Y todo a media luz*, portada posterior; *Tango de la mujer con las alas rotas*, pág. 4; *Tango del hombre verde*, pág. 11; *El día que me quieras*, pág. 12; *Tango del crimen en el cine*, pág. 69, y *Tango del "clochard"*, pág. 70. La pintora vive en París.

PATRICIA TAGLE es pintora y dibujante. Tiene estudios en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, pero debe lo esencial de su formación al pintor José de Rokha. Ha realizado exposiciones en México, Italia, España, y otros países. Vive en Madrid, aunque prepara su vuelta definitiva a Chile.

